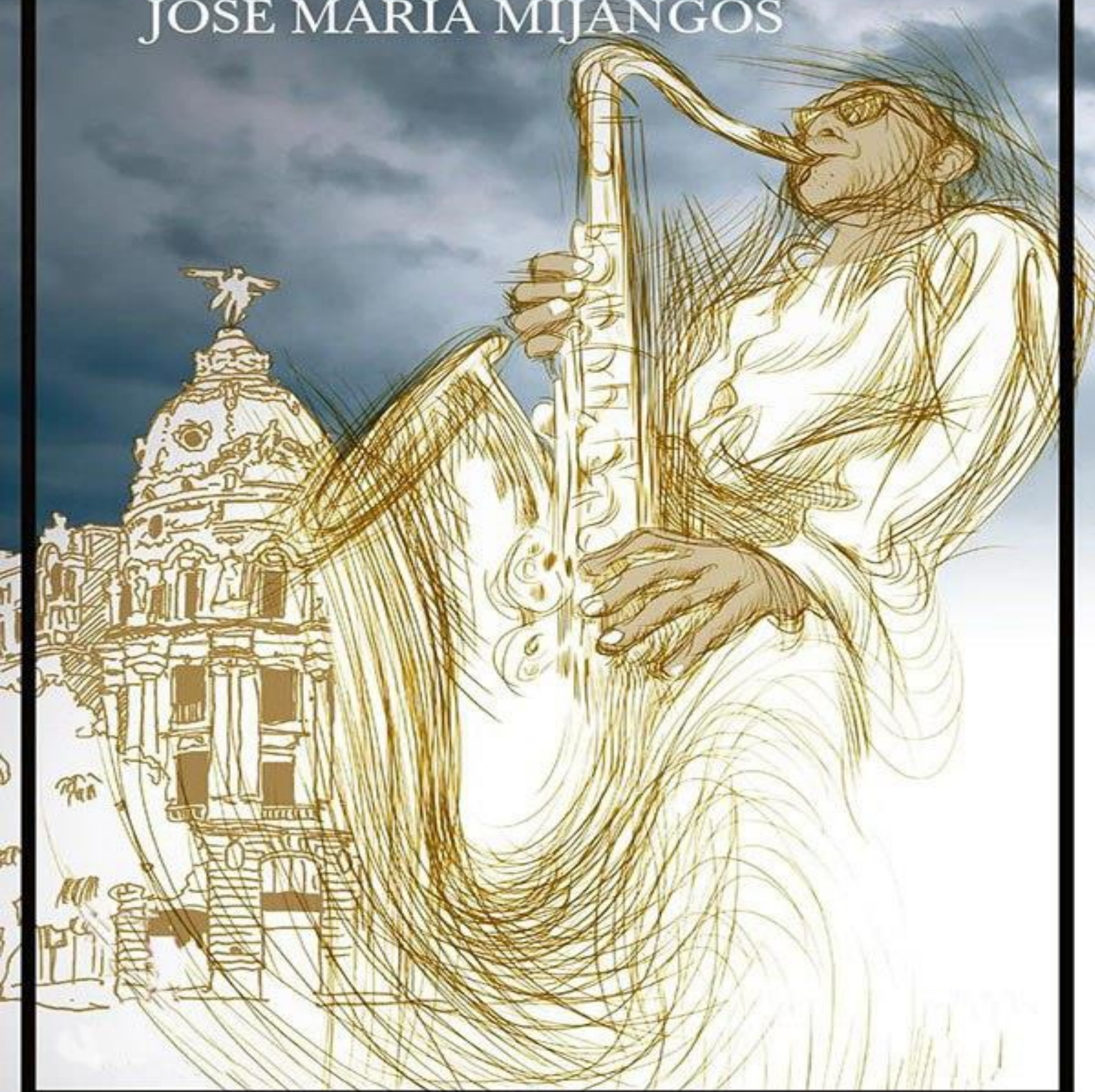


La sangre del verdugo

JUANA CORTÉS

JOSÉ MARÍA MIJANGOS



¿Y SI CONOCER LA VERDAD ES DESCUBRIR QUE SIEMPRE HAS VIVIDO UNA MENTIRA?

Gracia Martí, una periodista que ha investigado una trama de abusos sexuales por parte de un alto cargo relacionado con la Iglesia, se encuentra con la oposición de su periódico para publicar el reportaje. Frustrada, decide dejar su trabajo. Sin embargo, la noticia de que Jaime Cobo, el abogado que le ha impedido avanzar en sus pesquisas, ha sido asesinado, la anima a avanzar en esa dirección.

El inspector Carrillo, encargado del caso, cae en una trampa y es apartado de sus funciones por querer investigar a fondo un asunto que muchos quieren silenciar. Descubre que el asesinato del abogado no ha sido el único. La firma del asesino, un crucifijo, permite asociarlo con al menos un crimen anterior.

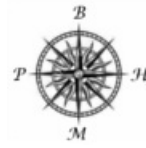
Carrillo y Gracia se alían para descubrir la identidad del culpable y limpiar sus nombres. Para ello cuentan con la ayuda de Cleofás, un músico callejero y confidente de Gracia; de Cuadrado, el chófer del periódico La Verdad, y de la subinspectora Pezuela, amiga del comisario. Sus averiguaciones, sin embargo, los conducen en una dirección insospechada, en la que todos desconfían de todos.

Juana Cortés y José María Mijangos escriben a cuatro manos con el ritmo y el pulso narrativo de una locomotora. Una novela plena de tensión, de intriga y de personajes contruidos con el escalpelo de los más precisos cirujanos, que abrumba por la emoción que destila, que desvela por las verdades que retrata, que apabulla por su maestría.

José María Mijangos & Juana Cortés

La sangre del verdugo

Título original: *La sangre del verdugo*
José María Mijangos & Juana Cortés, 2023



Revisión: 1.0
24.10.2023

A María Frisa, que nos contagió de su optimismo en nuestro proyecto

*Se alegrará el justo cuando viere la venganza; sus pies lavará en la sangre del
impío.*

Salmo 58:10

*El jurado está compuesto por doce personas elegidas para decidir quién tiene
el mejor abogado.*

ROBERT FROST

Día 1, domingo 13 de noviembre de 2016

Capítulo 1

Una motocicleta de gran cilindrada aparca en las proximidades de la Embajada de Nigeria en Madrid, en el lujoso barrio de El Viso. A pesar de ser festivo, un miembro de la embajada sale del edificio envuelto en la oscuridad de la noche de noviembre y el silencio de la calle. Son las ocho y media de la tarde. El hombre no puede evitar mirar con curiosidad al hombretón que desciende de la moto con un maletín en la mano y una gruesa mochila a la espalda. Los dos se sostienen la mirada, hasta que la mujer que conducía la moto se quita el casco, sacude la melena rubia y le propina un leve empujón a su compañero para que siga caminando.

—Recuerda, Aslan, cincuenta minutos. Es el tiempo que tenemos.

La mujer lleva la voz cantante y su acompañante se limita a asentir.

Ascienden la calle y se detienen frente a un chalé de dos plantas con frondoso jardín y una fuente de la que mana un agua cristalina.

Ella saca su móvil. «Adelante», escribe.

Al momento recibe un mensaje. «Dame 30 segundos.»

Los cuenta mientras estudia la calle tranquila, a la espera de la respuesta que llega a los veintiocho segundos, «Sistema de alarma y cámaras desconectadas».

Se guarda el móvil y la puerta del chalé se abre como por ensalmo.

—En marcha —le dice, mirando a su compañero.

Cruzan el jardín a gran velocidad, confundiéndose con la oscuridad que los va envolviendo.

—¿Jaime? ¿No has escuchado un ruido? —se escucha decir a una voz que proviene del interior del chalé.

Es el principio del fin.

La pareja se encuentra en el salón, una estancia de lujosos muebles, en la que abundan cuadros religiosos y retratos de santos. Una foto firmada por el papa Juan Pablo II dando la bendición al matrimonio preside la pared principal. Los intrusos los sorprenden sentados en los sofás de piel. Antes de poder reaccionar reciben una descarga eléctrica que los deja inmóviles pero conscientes.

—Cuarenta y cinco minutos.

El hombretón ata en una silla al sorprendido dueño de la casa, un hombre de más de setenta años. Le aprieta las manos con una soga y le tapa la boca con cinta aislante.

La mujer hace tumbarse a la cónyuge, de una edad similar. Le abre la bata, retira su camisón y deja desnudo el vientre flácido. La anciana olvida el pudor y mira horrorizada a su atacante, que toma un fino bisturí del maletín con el que hace un leve inciso en la zona abdominal del que empieza a manar abundante sangre.

El anciano sacude la cabeza y los ojos parecen querer salirse de las órbitas al ver cómo su mujer es vejada. Intenta desasirse, tirar la silla. Imposible. Mira al suelo aterrado; el intruso le pega un estrecho cable desde el pie izquierdo, que asciende por la pierna, pasando por los

testículos, el ombligo y curvándose justo hasta la altura del corazón, donde corta el cable y lo deja pegado.

Mientras tanto, su esposa está a punto de perder la consciencia. Para evitarlo, la mujer rubia la espabila colocándole un excitante bajo la nariz. Así puede sentir cómo le arde la piel. A continuación, extrae dos bisturís más del maletín y comienza a abrirle la cavidad abdominal.

El anciano gime enloquecido. A su vez, el hombre empapa el cable con líquido inflamable de lenta combustión y le arrima una llama al pie. El cable empieza a quemar el dedo gordo, ascendiendo lentamente. El anciano gruñe, siente el inmenso dolor físico que se une al horror de ver cómo su mujer es vaciada entre convulsos estertores. Pide a Dios morir en ese momento, pero su deseo no le es concedido. Es más, va a pasar treinta minutos más en el infierno, hasta que el líquido le inflama los pulmones, poco antes de llegar al corazón. La muerte le alcanza con los ojos anegados de sangre y lágrimas, la piel quemada, castrado por el fuego y contemplando cómo la figura rota de su mujer, con el batín de seda a modo de sudario, descansa en el suelo con sus órganos colocados en orden, como en una casquería de postín.

La mujer saca una bolsita ignífuga y la deja junto al cadáver.

Unos minutos después, ambos salen por la puerta. No cruzan palabra. Aslan va hacia el norte, caminando hacia la calle de Serrano. La mujer recoge la moto frente a la embajada y la arranca casi con violencia perdiéndose por el paseo de La Habana. Cuando llega al cruce con la Castellana, escucha la explosión y sabe que ha comenzado el incendio.

Antes de llegar a su destino se cruzará con dos camiones de bomberos que acuden raudos al lugar que ella acaba de abandonar.

Capítulo 2

En el momento en el que Gracia Martí escribe la última frase de su carta de renuncia, esa carta que lleva rondando en su cabeza hace ya varios días, suena el teléfono. Mira la pantalla: «Extensión 2000». Es una llamada importante, que no debe ignorar. Duda un momento, total, a estas alturas..., piensa. Pero de forma mecánica descuelga el aparato y responde.

—Dime, Ángel.

Ángel Villaescusa es el director de *La Verdad*, su jefe.

—Hola, Gracia, me alegro de tenerte de vuelta, lista para cubrir las próximas noticias.

Gracia no responde. Ya no queda apenas nada de la chica que saltaba sobre la Burgman y volaba por las calles en busca de la primicia. Y no son solo los treinta y cuatro años recién cumplidos. Hay algo más. Es el cansancio y, sobre todo, el hartazgo que siente.

—Veo que has sido sensata —insiste.

Se refiere a la conversación que han tenido unas horas antes. Ella le ha dicho que deja el periódico. Que lo deja, que esta vez va en serio. Pero él como si oyera llover. Erre que erre.

—Te equivocas... Lo siento, Ángel.

Pero realmente no siente nada. Solo es una expresión, una forma de decirle: esto también se ha acabado. Gracia buscará otro periódico, sabe que no le será difícil encontrar algo. Allí ya no tiene nada que hacer, tan solo darse de cabezazos contra la pared, porque está claro que son una panda de cobardes.

—No me vengas con esas.

Gracia se ha pasado más de dos horas caminando por Madrid, buscando un solo motivo para seguir, para no tirar por la borda su carrera en *La Verdad*, pero no lo ha encontrado. En la pantalla está su carta. Espera que en su próximo trabajo publiquen sus artículos sin tijeretazos ni cortapisas. Es una buena periodista, joder, de las que huele la noticia, de las que escarba y no cede en su empeño hasta volver con una liebre entre los dientes. Pero... ¿de qué sirve si luego se acojonan y la censuran y le piden silencio porque hay mucho en juego?

—He tomado una decisión. Me voy —responde.

Mira su mesa, su lugar de trabajo, consciente de que pronto será solo un recuerdo. No queda nadie en esa sala. La oscuridad de la noche entra por las ventanas de la tercera planta y se diluye bajo las luces blancas incrustadas en el techo. Son más de las nueve.

—Sé que estás cabreada, y no te faltan motivos. Pero... De verdad, hazme caso, no podemos publicar tu reportaje.

El mensaje se repite una y otra vez: «Olvida el maldito artículo». Porque ese artículo es una bomba y nadie quiere que le estalle en las narices. Vuelve al redil, querida. No es necesario tener tantos principios.

—Escúchame... —insiste Villaescusa.

Gracia evita un suspiro de hartazgo. No le gusta perder el tiempo ni que se lo hagan perder.

En ese momento entra un aviso. A pesar de que ya ha decidido que esas son sus últimas horas en el periódico no puede dejar de mirarlo. Hay un incendio en Madrid. Está a punto de ignorarlo, cuando reconoce la dirección.

¡Joder!, exclama, y se pone en pie de inmediato.

—Te dejo, Ángel.

—¿Adónde vas? Estamos hablando.

—A ver, Ángel, aclárate —le dice con sorna—. ¿No quieres que trabaje? Pues eso voy a hacer.

—¿De qué hablas?

Gracia cuelga la llamada, coge el bolso y sale de la oficina.

Capítulo 3

Cuadrado está en el vestíbulo, fumando un cigarro junto a una planta artificial en cuya maceta suele apagar las colillas. No le entra en la cabeza que no se pueda fumar en el interior de los edificios. Tozudo, él, el rey del cotilleo y del buen rollo, usa sus privilegios. Además, tras casi cuarenta años como chófer del periódico, se toma sus licencias y se aprovecha del exceso de confianza.

—Qué, Gracia, ¿alguna emergencia de las tuyas?

—Vamos, Cuadrado. Tenemos un incendio.

El conductor hace un ademán de saludo militar y le abre la puerta del coche. Gracia se sienta una vez más en el asiento del copiloto, allí donde ha escrito montones de noticias, acompañada por el intenso olor a nicotina.

—¿Adónde vamos, jefa?

—A El Viso.

—¿Donde viven los ricos? —pregunta arrancando.

—Exactamente.

El vehículo cruza la Castellana en dirección al estadio Santiago Bernabéu. La colonia de El Viso había sido construida un siglo atrás con el fin de otorgar viviendas dignas a los obreros que trabajaban en la expansión de la ciudad por el norte. Eran unos hotelitos de dos plantas, con un pequeño jardín, pero hacía muchas décadas que de los obreros no quedaba ni rastro. Ahora las viviendas de aquel oasis en medio de la zona de negocios de Madrid pertenecían a familias de gran fortuna y apellidos ilustres.

La periodista mira la ciudad iluminada, absorta. Piensa en la conversación con Villaescusa, compórtate, cede, traga, querida, traga como todo el mundo. Y le vienen a la cabeza los recuerdos de la niña dulce y obediente que fue en la infancia. Hija única de una familia bien, mimada y consentida. La princesa en la comunión, la anfitriona adorable en las fiestas de cumpleaños con payasos, la dueña de la perrita Puk, una caniche de competición, las clases de guitarra los sábados por la mañana. Pertenecía a un grupo religioso en el que cantaban «junto a ti, buscaré otro mar».

Y luego, la explosión. El instituto y la rebelión de las hormonas, crecer, descubrir el mundo tras arrancarse la venda de los ojos. Vivir, sí. Los amigos. La diversión. La universidad. Fumar maría, beber *bourbon*, sexo en el coche. Desafiar las normas, porque era joven y audaz.

Sus padres, disgustados, intentaron atarla corto, hacerla entrar en razón. Compórtate, por Dios. Les hubiera gustado verla casada con un joven prometedor, madre de unos niños rubios y dóciles a los que vestir todos iguales y llevar a misa de doce agarraditos de la mano.

¿Por qué no eres como las demás?, le preguntó un día su padre, decepcionado. ¿Por qué no haces una vida decente? Eres una vergüenza para esta familia.

La decencia. Gracia, desafiante, había cruzado cada límite que le habían impuesto. El mundo

es otra cosa, papá. Acéptalo. Pero no, no iba a aceptarlo. Su única hija jugando a ser revolucionaria, desafiando los cánones que sustentaban a la familia. Janis Joplin, The Cure, Bowie... Pero también los viejos músicos que descubrió por casualidad y le fascinaron. Ese particular impulso, atávico, que le hacía escuchar los mismos vinilos cientos, miles de veces.

¿Qué hemos hecho mal?, decía su padre. Es joven, se calmará, dijo su psicólogo. La juventud consiste en ponerse a prueba. ¿Verdad, Gracia? Ovejita rebelde, volverás al redil. Volverás avergonzada, pero lista para ser una buena esposa. Mira tus amigas del colegio, tus primas, las hijas de las amigas de mamá. Mira las bodas fastuosas, los viajes exóticos, una dieta sana y un comportamiento intachable.

Sin embargo, sus padres murieron decepcionados. Distantes, no se veían apenas.

Así que su jefe lo tiene claro si cree que va a ceder, que puede manejarla.

—Gracia... —la interrumpe Cuadrado.

Ella regresa a la realidad. El taxi, el tráfico nocturno de la gran ciudad.

—Quería darte las gracias. Sé que le has hablado de mí a Villaescusa, que le has pedido que estudie mi prejubilación.

—Es lo que querías, ¿no?

—Bueno, yo se lo digo a todos, ya sabes cómo soy. Pero a la hora de la verdad, cada uno va a lo suyo y solo mira su propio ombligo. Te estoy agradecido por lo que has hecho.

—No te pongas sentimental, Cuadrado —bromea Gracia—. No es tu estilo. Solo espero que haya servido de algo.

—Pues no, la verdad es que no. Villaescusa me tiene entre ceja y ceja. No va a mover un dedo para facilitarme las cosas. Es de esos.

—¿A qué te refieres?

—Pues que es de los que, para sentirse bien, tiene que putear a los de abajo. No sé qué coño hacías con él, Gracia. No te llega a la altura del tobillo.

—¡Joder, Cuadrado! ¿Y tú cómo sabes eso?

Gracia creía que la relación sentimental que mantuvo con Ángel Villaescusa dos años antes era un secreto a buen recaudo. Fueron amantes durante siete meses. Todavía recuerda la última vez que se vieron en el hotel Puerta de América. Fue ella quien tomó la decisión de cortar y a él le costó aceptarlo, sobre todo por orgullo. No es un hombre acostumbrado a que otros decidan por él.

—¿Crees que hay algo en este periódico de lo yo no me entere?

—Ya veo, ya. Lo que no sé es qué haces de conductor. Serías un reportero cojonudo.

—Eso mismo digo yo. ¡Mira ese resplandor! —exclama Cuadrado—. ¡Es el incendio!

Capítulo 4

El olor a quemado anuncia la desgracia. Mientras Cuadrado aparca a cierta distancia, un par de ambulancias pasan junto a ellos con las luces encendidas y el alboroto de las sirenas.

—Voy a ver qué pasa por ahí —dice Gracia—. No hace falta que me esperes.

—¿Seguro?

—Sí, seguro. Además, te queda poco para acabar el turno.

—Como quieras, jefa. Si no me necesitas, me iré para casa. Tengo una semana difícil. Velasco presenta su libro el martes en la Fnac y me tocará llevarlo de aquí para allá.

—Ánimo con Velasco y buenas noches.

Gracia camina mientras estudia la situación. Allí está el jefe de bomberos, al que ya conoce. Distingue miembros de la Policía Nacional, de la Científica, y hay un pequeño grupo en el que seguramente se encuentre el juez. También hay ambulancias con el personal médico listo para actuar.

Pregunta quién está al mando y la respuesta llega de inmediato al reconocer la silueta alta y delgada, ligeramente desgarrada, del nuevo inspector de la comisaría de Tetuán, Luis Carrillo. Se dirige a él y lo saluda.

—Buenas noches, inspector. Soy Gracia Martí, periodista de *La Verdad*.

Este se vuelve. Tiene el pelo oscuro y más bien largo, el rostro alargado, los labios gruesos. Se han visto un par de veces antes. Le recuerda a alguien, aunque no sabe a quién.

—Buenas noches. —Y asiente.

Gracia sabe lo importante que es mantener una relación cordial con la Policía. Aunque cada cual tiene sus intereses y sus principios, es importante respetarse y permitir al otro hacer su trabajo. Hasta ahora la han dejado estar cerca de los hechos, con la condición de que se mantenga al margen. Es cuestión de morderse la lengua y mantener los pies dentro del tiesto, lo suficiente para no entorpecer las labores de la Policía.

Y Carrillo, por su parte, ha oído que es mejor tener a la periodista de su lado. Es muy probable que ella acceda de un modo u otro a la información, pero, si es él quien le facilita las cosas, se la ganará y ella respetará la información confidencial.

Ahora ambos observan impresionados el trabajo del fuego. Las llamas han dado cuenta de una zona de la casa, aunque los bomberos han conseguido detenerlas. Se escuchan gritos, hablan entre ellos, mientras los vecinos y curiosos asisten al desastre, reconfortados porque no les ha tocado a ellos. Es la naturaleza humana, piensa Gracia.

—¿Y dónde está el dueño de la casa? —pregunta buscándolo entre la gente.

El inspector Carrillo se encoge de hombros.

—No sabemos nada de Jaime Cobo ni de su mujer.

—Puede ser que el incendio les sorprendiera fuera —dice Gracia.

—Por desgracia no contestan al móvil —añade el inspector.

Puede ser casualidad, pero Gracia hace tiempo que no cree en las casualidades.

—¿Es posible que haya alguien dentro? —pregunta mirando la casa incendiada.

La expresión del rostro del inspector le dice que sí, que todo es posible.

Las llamas van disminuyendo ante el trabajo de los bomberos.

—Inspector, el fuego está controlado. Vamos a entrar —dice el jefe de bomberos, que se ha acercado.

Cuatro bomberos acceden al interior, mientras Gracia piensa que el fuego es un castigo justo para el abogado. Lo tiene metido entre ceja y ceja. Sabe que es un tipo peligroso, de la peor calaña. Un cabrón inteligente que ha defendido a muerte a muchos indeseables. Él es un eslabón fundamental en su caso, «Trento». Sin él, habría logrado llegar mucho más lejos.

Unos minutos después, los bomberos sacan un cuerpo, cubierto por una manta cubrecadáveres. Se produce un estremecimiento colectivo, un murmullo de horror.

El jefe de bomberos informa al inspector. Todo apunta a que es el cuerpo de Jaime Cobo.

El inspector atiende una llamada en la que alguien importante le pide información de lo que sucede. Mientras tanto, Gracia se acerca a los paramédicos, que se disponen a examinar el cuerpo. Junto a ellos se encuentra el juez de guardia, un hombre delgado de cabello aplastado y aspecto cansado.

—El cadáver estaba sentado en una silla, atado con unas cuerdas en mitad de la habitación en la que al parecer se originó el fuego —dice uno de los bomberos.

—¿Atado? —pregunta el juez, como si dudara de lo que ha escuchado.

Al momento, comprendiendo lo que supone esa afirmación, pide que hagan venir al inspector.

Capítulo 5

Cuando Carrillo se une a ellos, uno de los paramédicos retira la manta de aluminio. La imagen es dantesca. Los restos del abogado todavía humean. Se aprecian jirones de piel casi arrancados a tiras y las muñecas en carne viva mostrando los desesperados intentos del hombre por desasirse de las cuerdas.

—¡Dios mío! —exclama el juez, dando un paso atrás.

Además de la imagen terrible, el olor a carne quemada les alcanza. Es un olor fuerte y repugnante que les revuelve el estómago.

El inspector se alegra de no haber cenado, para evitar el mal trago de vomitar allí, ante sus hombres. El juez no tiene tanta suerte y se tiene que apartar. Su rostro amarillento lo delata.

—Esto tiene mala pinta —dice uno de los paramédicos—. No solo fue atado. Miren... — Señala los profundos surcos que recorren el cuerpo—. Parece que fue torturado.

El inspector maldice por lo bajo ante tanto horror. Lo que consideraba un simple incendio se complica, e intuye ya la presión para esclarecer un caso en el que está involucrada gente poderosa.

Gracia se mantiene en un segundo plano; no puede ver el cuerpo, pero sí llega a ella el horrible olor que desprende. La expresión desencajada de los presentes se le contagia.

Los bomberos sacan un segundo cuerpo. Los paramédicos esperan a que regrese el juez para examinarlo. Cuando el juez vuelve con el rostro blanco como la cera y los zapatos salpicados de vómito, lo descubren.

—Es una mujer mayor. Será su esposa... —dice el paramédico que lo examina, comprobando que este cuerpo no ha sido afectado por el fuego.

Y, sin embargo, su aspecto es también terrible. Lo primero que llama la atención es el rictus de horror en el rostro. Pero hay algo mucho peor. La luz de los focos permite ver su vientre abierto.

El juez se cubre la mano con la boca, para controlar una nueva arcada.

—La han vaciado —afirma el paramédico con un hilo de voz, señalando un corte de cirujano—. La han eviscerado —añade mirando a uno de sus compañeros, como si esperara que alguien le diera una explicación.

El inspector pide que cubran los cuerpos. No soporta más esa visión terrible que no logrará olvidar en mucho tiempo. Habrá que esperar a la autopsia para obtener más información.

El rumor de que han aparecido cuerpos se extiende. Los curiosos se acercan.

—Despejen la zona —pide Carrillo a dos de sus hombres.

Siguiendo sus órdenes, la Policía echa a los curiosos. Gracia se retira, intentando procesar lo sucedido. Al igual que el resto de los que han observado los cadáveres está también conmocionada. Lo sucedido parece obra de un sádico o un vengador. Quizá las dos cosas.

Adiós, Cobo. En lo que a ella respecta, ya no tendrá que volver a enfrentarse a él. Odiaba su

media sonrisa que pretendía ser educada. Sin embargo, bajo ese aspecto de persona meticulosa y formal, ocultaba la frialdad de una hiena. Además, era un misógino de mierda. Gracia sentía su superioridad; no le gustaba hablar con mujeres. Al menos con mujeres como ella, que no formaban parte de su ideal femenino. Y es que, en lugar de mostrar sumisión y valores, Gracia lo abordaba una y otra vez, incansable, lo presionaba, buscando una información que él finalmente se ha llevado a la tumba.

—¡Martí!

Gracia se vuelve al escuchar su apellido. Es el inspector que se acerca.

—He oído decir que estabas investigando a este hombre.

Ella asiente.

—¿Sabes si tenía enemigos?

—¿Enemigos? Solo sé que era una buena pieza. No era de esos que van dejando amigos por donde pasa... Ya me entiendes.

La periodista se vuelve y sigue su camino.

Capítulo 6

Al mismo tiempo, el teléfono de emergencias 112 recibe una llamada de una mujer que avisa de que ha escuchado voces en la casa de sus vecinos. No es la primera vez, pero las amenazas esta noche parecen más violentas. De hecho, acaba de oír un grito que le ha dado muy mala espina.

—Creo que ahí dentro ha pasado algo malo —dice preocupada—. Dense prisa, hay dos niños dentro.

El protocolo de actuación se pone en marcha y en menos de diez minutos un coche zeta se traslada a la calle de Aguacate, en el barrio de Carabanchel. Lllaman a la vivienda cuya dirección les han facilitado, pero nadie les abre. Sin embargo, desde la calle, han comprobado que hay luz en la casa. Ante la falta de respuesta, tras repetidos intentos, fuerzan la puerta y entran en el domicilio.

Lo primero que encuentran es una mujer joven, de unos treinta años, inconsciente, en el pasillo. Su cabeza está girada hacia un lado, de modo que parece mirar la pared. La bata está manchada de sangre, bajo ella se ve un camisón azul. Muestra las piernas desnudas, flexionadas.

La Policía busca a los niños que viven en la casa. Finalmente los encuentran escondidos debajo de la cama de una de las habitaciones. Parecen estar bien, aunque muy alterados por lo sucedido. Han obedecido a la madre y se han refugiado en la habitación ante el comportamiento violento del padre, que amenazaba con hacer una locura.

Una de las policías se encarga de ellos. Calcula que el niño tiene nueve años; su hermana, unos doce. Les habla con suavidad, pero ellos no responden. Los saca de allí y ellos se comportan como autómatas.

Al ver la sangre en el pasillo, el niño deja escapar un lamento. Su hermana se contiene. Le impresiona tanto la sangre como las zapatillas de su madre que están en el suelo, separadas, una de ellas dada la vuelta. Aunque está lívida, la cría coge la mano de su hermano y tira de él para salir de la casa.

—Mamá... —dice el crío con un hilo de voz.

—Se la han llevado al hospital —dice la policía.

La casa queda vacía; no hay rastro del agresor. La Policía pide refuerzos para buscar al exmarido, identificado como P. S., de treinta y tres años. La mujer había presentado varias denuncias contra él por malos tratos, pero fue absuelto. No había orden de alejamiento en vigor.

Encuentran al exmarido en un bar cercano a la casa. Como si los estuviera esperando, toma tranquilamente una cerveza. Sin ofrecer resistencia, es arrestado mientras mastica unos cacahuetes. El presunto agresor se niega a prestar declaración y pide que le asista un abogado de oficio.

Mientras tanto, el servicio de Emergencias se ocupa de la mujer en la ambulancia. Sigue inconsciente. La ropa levantada hasta el pecho muestra la parte inferior de su cuerpo desnudo. Tiene los pies descalzos. Presenta una herida penetrante en la zona del abdomen producida por

un arma blanca. El médico la examina y suspira aliviado. Tras ser estabilizada, es trasladada en una UVI móvil del Samur al Hospital Universitario 12 de Octubre.

Una portavoz de este hospital confirma poco después a la prensa que la mujer se encuentra fuera de peligro tras ser intervenida quirúrgicamente. Su pronóstico es reservado, a la espera de realizarle pruebas complementarias.

Por su parte, el detenido se encuentra en la comisaría de Carabanchel, donde será interrogado y pasará a disposición judicial.

Los hijos de la pareja son atendidos por los servicios sociales. Ante el colapso en los centros de acogida públicos, la Fundación Estamos Contigo se ofrece para hacerse cargo de ellos temporalmente. Estamos Contigo es una institución privada religiosa sin ánimo de lucro que se ocupa desde hace tres décadas de niños y jóvenes provenientes de familias vulnerables, prestándoles apoyo de todo tipo. Proporciona recursos sociales, educativos y permite un entorno estable, así como el acompañamiento necesario para el crecimiento de estos chicos, tal y como anuncian en su página web.

Estamos Contigo ha sido reconocida en diferentes ocasiones por su labor social comprometida con los más débiles, y, entre otros, ha recibido alabanzas del alcalde. Son muchas las empresas que colaboran con la fundación, orgullosas de contribuir a una buena causa.

Carlos e Irene llegan de madrugada a la casa de acogida y los instalan en una habitación de dos camas. Sin embargo, en cuanto se quedan solos, el crío se mete en la cama de su hermana mayor y se abraza a ella, pasando su brazo por la cintura.

Capítulo 7

El inspector regresa junto a sus hombres. En el aire flotan las cenizas provenientes de la casa. El olor tardará horas en desaparecer, en diluirse en la capa de contaminación que cubre la ciudad. Los cuerpos ya han sido introducidos en bolsas y estas en las ambulancias. El silencio en el que se han sumido, mientras retiran los cadáveres, se ve interrumpido por una policía científica que se acerca a ellos.

—Inspector, hemos encontrado algo.

Carrillo, todavía sobrecogido por los hechos, se vuelve.

—Un bombero nos acaba de entregar esto —dice la mujer, mostrando una bolsita ignífuga.

—¿Qué hay dentro? —pregunta el inspector.

La policía lo abre con cuidado y sostiene con sus manos enguantadas un objeto que Carrillo no puede ver bien.

—Es un crucifijo —afirma la policía científica, sorprendida.

El inspector lo ilumina con la linterna del móvil y observa incrédulo esta pequeña reliquia que cabe en la palma de una mano.

—¿Dónde lo han encontrado? —pregunta.

—Estaba junto al cuerpo de la mujer.

Un crucifijo en una bolsa ignífuga. ¿Qué demonios significa? Lo único que Carrillo tiene claro es que alguien quería que ese objeto se salvase del incendio.

—Analícenlo, por favor —pide el inspector.

—Lo haremos de inmediato en el laboratorio. Sin embargo, así, a simple vista, parece que hay algo... —dice sintiendo la superficie rugosa en las yemas de los dedos enguantados.

La luz blanca cae sobre el objeto. La policía tiene razón; hay una inscripción en la madera.

—Son letras —indica la mujer, esforzándose en leer—. Me-men-to-mo... —balbucea.

—«Memento mori» —afirma el inspector con rotundidad.

La policía acaba de leer la inscripción y asiente.

—¿Le dicen algo esas palabras, inspector?

—Es una frase en latín —dice Carrillo.

El inspector había leído en algún sitio que cuando los generales desfilaban victoriosos por las calles de Roma, un siervo iba tras ellos pronunciando esa frase, «Memento mori». Lo hacía para recordarles las limitaciones de la naturaleza humana y animarlos a evitar la soberbia, y para que no se creyeran dioses, capaces de usar su poder por encima de las leyes.

—Pero... ¿qué quiere decir? —insiste la policía, curiosa.

—«Recuerda que has de morir» —explica el inspector.

Y no puede evitar sentir un escalofrío.

Capítulo 8

Gracia regresa al centro de Madrid, donde vive. Esa noche necesita una copa. Entra en un bar que está cerca de la calle de San Bernardo, uno de esos viejos *pubs* de estilo inglés de aspecto vetusto. Prefiere esos bares, oscuros, serios, a los locales modernos que han proliferado por el barrio. Esos bares bonitos, herederos de Mr. Wonderful e hijos de la globalización, le resultan excesivamente complacientes y falsos.

Pide un *whisky* con hielo y se sienta al fondo de la barra. El alcohol la ayuda a aclarar las ideas. Suele ser así, aunque, si se le va la mano, acaba enturbiándolo todo. El camarero intenta iniciar una conversación, pero Gracia le corta. La dureza de su mirada es suficiente para que la deje tranquila.

Cobo ha caído, no sabe por qué ni quién ha acabado con él de esa manera tan salvaje. Y pensar en el abogado la lleva de inmediato a Dumboa, y este simple nombre despierta los recuerdos y la tristeza, pero sobre todo la rabia.

Todo empezó con Laura, una cría de trece años con una historia que contar. Una historia que nadie quería escuchar, pero ella, Gracia, lo hizo. Y sus palabras quedaron grabadas en su memoria, no podía sacárselas de la cabeza. Era una historia de abusos que ella escuchó conteniendo las lágrimas. Y, según afirmaba Laura, habían sido muchas las víctimas de abusos por parte de Guillermo Dumboa, el principal de la mayor congregación laica de España, un intocable.

Sin embargo, al parecer, Dumboa no era el único. Cuando se cansaba de las chicas las cedía a otros que continuaban con los abusos. Gracia decidió llamar Trento a esa red que ocultaba y protegía a diversos pedófilos que habían destruido montones de vidas. Y para desenmascarar a Trento animó a Laura a denunciar. Dumboa tenía que pagar por lo que le había hecho.

Laura, Laura... Se mostró valiente, decidida, pero no calculó bien sus fuerzas.

Si es que solo era una niña. Hasta que un día no pudo más. Quizá comprendió que no era capaz de vivir con esos horribles recuerdos, o, simplemente, el dolor fue demasiado grande.

Gracia fue a reconocer su cuerpo al Anatómico Forense. No logra olvidar la imagen de su rostro con los ojos cerrados, el color azulado de su piel. Una jovencita muerta antes de la muerte. Mientras observaba impresionada el cuerpo, el forense confirmó lo que era obvio: el suicidio. Laura se había cortado las venas con una cuchilla. La encontraron en la bañera, el agua teñida de rojo, ya fría.

Gracia escuchaba las explicaciones del forense, con el corazón en un puño, ajena a términos médicos y rota de dolor. El cabrón de Dumboa se había asegurado de que se sintiera su bestia particular, una perra más de la camada, y contaba con que así fuera hasta que creciera y fuera inservible para él. A pesar del daño brutal, ella había intentado devolver a la niña el orgullo de ser un ser humano.

—Lo siento tanto... —sollozó Gracia.

—Uno nunca se acostumbra a esto —dijo el secretario del juzgado.

—Supongo que abrirán diligencias inmediatamente, se trata de un suicidio inducido.

—Todos los suicidios son inducidos. El amor, el desamor, la decepción, la culpa.

—Pero este tiene nombre y apellidos, y usted lo sabe —dijo Gracia con rabia.

—Yo solo sé que la pobre chica se ha suicidado y cómo se tratan estos casos.

Gracia apretó las mandíbulas. Prometió ante el cuerpo de Laura que no pararía hasta que el culpable pagara. Porque ella sabía quién era. También la Policía, la Iglesia, la judicatura y los poderes políticos, pero nadie parecía dispuesto a derribar al infame.

El forense señaló a Gracia la mano de la chica, ahora abierta. La periodista no podía apartar la mirada de la herida de la muñeca por la que había escapado la vida.

—Al morir tenía la mano cerrada —dijo el forense—. ¿Y sabe lo que encontramos dentro?

Gracia sacude la cabeza.

—Un diente de leche.

—El último vestigio de la niñez que le arrebataron —suspiró Gracia.

El secretario del juzgado ya había salido cuando la periodista vio cómo cubrían el cuerpo con una sábana blanca, el color de la inocencia.

Gracia pide otro *whisky* para apartar esas dolorosas imágenes de su cabeza. El alcohol la ayuda a ir hacia una nebulosa en la que la tristeza se difumina.

No sabe a qué hora ni cómo llega a casa. Se deja caer en la cama vestida y se duerme al instante, pero sus sueños son agitados.

Día 2, lunes 14 de noviembre de 2016

Capítulo 9

Todas las mañanas el inspector Luis Carrillo se pone su chándal de Los Angeles Lakers y sale a correr por la Dehesa de la Villa. Reconoce a los jubilados que juegan a la petanca y a los mendigos que duermen en los bancos del parque. Esta mañana no es distinta, pero sus pensamientos son más sombríos que otros días. No puede dejar de pensar en las muertes del abogado y su esposa. Y son muchas las preguntas que se hace sobre el caso tan peliagudo que le ha tocado en suerte.

Está a punto de chocar con un universitario que camina hacia su facultad y al que, concentrado, ni siquiera ha visto. El inspector se disculpa y sigue su camino, dispuesto a completar su entrenamiento de diez kilómetros.

Media hora después asciende, empapado en sudor y con la respiración entrecortada, al apartamento de la calle de Reina Victoria, donde hasta hace poco más de dos meses vivía. Llama al timbre y escucha en el interior los excitados ladridos de un perro, que, nervioso, golpea la puerta.

Cuando esta se abre, el perro se lanza hacia el inspector, y posa las patas en sus muslos gimiendo de placer y alegría ante el encuentro.

—Llegas demasiado pronto —dice su exmujer.

Incluso recién levantada y con las huellas del sueño en el rostro sigue siendo atractiva.

—Hola a ti también —responde el inspector, poniendo el arnés al perro—. Vamos, Rufus, es hora de estirar las piernas.

El perro es lo único que queda del fallido matrimonio del inspector. Cuando aprobó la oposición, él y su mujer adquirieron el apartamento de Reina Victoria para una vida en común que enseguida se truncó. La dedicación de Carrillo a su trabajo, y la vida social que demandaba su esposa y que el inspector aborrecía, acabaron minando el vínculo que los unía. Sucedió poco a poco, como la gota que va cayendo de un grifo averiado, hasta que queda inerte, sin vida.

El perro salchicha hace sus necesidades contra un árbol sin dejar de mirar a su dueño. Reanudan el paseo cuando el inspector siente vibrar el móvil en el pantalón del chándal.

—Carrillo, ven al Anatómico. El forense ya ha practicado las autopsias.

Cuando asciende las escaleras del Anatómico Forense aún lleva en la mano las golosinas del perro y en la cabeza la mirada censora de su exmujer al recibir a Rufus solo diez minutos después de haber salido. Ya había aprendido durante su matrimonio que el tiempo disponible de Carrillo se limitaba al que le permitía el caso que tuviese entre manos.

En la puerta del Instituto está esperándolo la subinspectora Pezuela, quien lo ha llamado por teléfono. A pesar de tener diez años más que él mantienen esa química que se da entre los buenos compañeros de trabajo.

Al ver su aspecto, ella no puede evitar una sonrisa. Ya está acostumbrada a las excentricidades de su jefe; Carrillo se desenvuelve como un elefante en una cacharrería.

—Bonito uniforme, inspector. Un policía de Los Angeles Lakers —bromea—. Nada mejor para poner un poco de color a este tétrico lugar, y además —señala la bolsa de golosinas del perro—, has traído el desayuno.

—Admiro tu buen humor, Pezuela, pero vayamos al grano.

Juntos atraviesan los pasillos del edificio. Observan las miradas desconsoladas, de sorpresa, de frustración, de los que salen de ver a sus muertos. Tampoco el olor de ese lugar ayuda. Pezuela lo conduce hacia un despacho apartado. La puerta está entreabierta. La subinspectora llama con los nudillos y, sin esperar respuesta, entran en el habitáculo.

Un hombre con bata blanca se ajusta las gafas mientras teclea en el ordenador. Se vuelve en su silla giratoria y no puede evitar cierta sorpresa al ver la indumentaria del inspector. Tiene la intención de hacer un chiste, pero la mirada de Carrillo hace que se corte.

—Me ha pillado corriendo. No esperaba que acabara tan pronto.

—Hay cierta presión en el ambiente... —confirma el forense, mirando a Pezuela—. He tenido a la subinspectora respirando en mi cogote desde que he llegado esta mañana. Pero siéntense. Estoy acabando de redactar el informe.

—¿Nos puede adelantar algo?

El doctor se quita las gafas y las introduce en el bolsillo superior de su bata.

—Me ha dado mucho trabajo. Un crimen atroz, como no había visto desde hace tiempo.

—Empecemos por Cobo.

—Sufrió una tortura muy peculiar. Se le fue quemando la piel paulatinamente hasta llegar al corazón. Un trabajo metódico. Hay que ser muy hábil para que la quemadura no sea lo suficientemente profunda y evite el colapso del torturado desde el principio.

—¿Había visto alguna vez algo parecido? —pregunta Carrillo.

—No, pero algo he oído.

—¿A qué se refiere?

—Escuché a un compañero hablar de algo parecido. Se lo encontré en un caso de venganza entre mafias del Este.

En ese momento, una mujer de pelo cardado entra en la habitación.

—Perdón, doctor, tiene que dar la clase.

—Sí, acabo en un momento. Estoy atendiendo a la Policía.

La mujer los deja a solas.

—¿Puede decirnos algo más?

—La persona que lo ató ejerció una gran presión con la cuerda. Debe de ser una persona muy fuerte.

—¿Cree que encontraremos huellas?

—Me temo que no. Utilizaron guantes.

—De todos modos, hay que analizar la cuerda —pide Carrillo.

Pezuela asiente. Verán el modelo, y si se ha utilizado ese tipo de cuerda en otros crímenes.

—Respecto al asesinato de la mujer, estoy bastante seguro de que lo realizó otra persona. Extrajeron sus órganos con la precisión de un cirujano.

—¿Sabe qué tipo de instrumento se utilizó?

—Bisturís quirúrgicos. No puedo especificar el tipo, pero son de precisión. Realizaron cortes muy limpios.

—Hay que investigar dónde se pueden conseguir —solicita Carrillo, dirigiéndose a Pezuela.

—También veremos si hay denuncias por sustracción de algún centro médico —añade la subinspectora.

—Ahora, sintiéndolo mucho, tengo que dejarles.

—Envíenos cuanto antes el informe.

—Todo para ayer, ¿verdad, Carrillo? Lo haré en cuanto regrese de clase. Ahora... —se incorpora trabajosamente el forense—, me van a permitir.

El trío se levanta y el inspector estrecha la mano del doctor.

—Cualquier cosa que se le ocurra... —le dice mientras cruzan la puerta.

—Ya sé, ya sé, Carrillo, que no me va a dejar en paz —dice el forense, perdiéndose por el pasillo—. Es usted como un perro de presa.

—Me muero de hambre —dice Pezuela.

Carrillo no dice nada. El olor persistente de aquel lugar le ha cerrado el estómago.

—¿Quieres desayunar aquí? —pregunta con incredulidad.

—¿Por qué no? Llevo horas levantada.

—Anda, vete para comisaría y reúne al equipo. Yo voy a casa a ducharme. Nos vemos en... cuarenta y cinco minutos. Te da tiempo a tomar algo allí hasta que yo llegue.

—Lo que digas, jefe.

Capítulo 10

El bastón nacarado tiene un pomo con las fauces de un perro salvaje.

—¡Alcánzamelos, niña!

La joven retira la sábana de seda y se incorpora. Guillermo Dumboa se frota los ojos para desperezarse mientras contempla el joven cuerpo desnudo. A pesar de haber cumplido los dieciocho años es una jovencita menuda, de pecho pequeño y caderas escurridas. Es la última de sus elegidas, su chica de confianza, la que se encuentra más cerca de él y es una apuesta segura. Se llama Lucía, como santa Lucía de Siracusa, la santa de los pobres y los ciegos. Él la llama por su nombre en italiano, Luchía.

A Lucía la conoció a través de la fundación. Era una más de esas chiquillas que llegan allí tras una vida dura, difícil. El perfil es casi siempre similar. La vieja historia que se repite: padres drogadictos y con evidencias de abuso sexual por familiares. Criaturas que han visto de todo, que saben más de subsistencia que muchos adultos, tras vivir en centros de los que escapan y vuelven y vuelven a escapar, a la espera de que la vida les dé una oportunidad.

Lucía, como las otras chicas, llegó a la fundación con la promesa de que allí todo iba a ser distinto. Es un centro privado, con más medios que los centros públicos, donde se les ofrecen estudios, se les enfoca profesionalmente, se trabaja con ellas para que se valoren y puedan convertirse en personas de provecho. La fundación ha sido un logro para el viejo magnate. Le ofrece una pátina de respetabilidad y, al estar cedidos los terrenos del centro a la titularidad de la Iglesia Católica, se nutre de aportaciones de fieles y ni siquiera paga el Impuesto de Bienes Inmuebles.

Pero lo que más le interesa al hombre no es la labor social de la fundación como tal, sino las niñas.

—Ayúdame a incorporarme.

El viejo, desnudo, se apoya en la tierna espalda de la jovencita. Le señala el batín de seda que reposa en una butaca y ella corre a por él.

Lucía es muy complaciente. Sus vivencias desde la infancia han distorsionado la idea del sexo. Para ella, esa relación que mantiene con Dumboa es consecuencia directa del poder que él ejerce sobre ella y al que ella responde con entrega y sumisión. Y no solo tiene poder sobre ella y el resto de las chicas, ella se da cuenta del miedo de los que se cruzan con él y obedecen las órdenes que da con voz pétrea y engolada. En la amplísima habitación tiene fotos de gobernantes, de diversos papas, del alcalde de Madrid y el nuncio de su Santidad saludándolo en la inauguración del ala oeste de la catedral, que costó casi íntegramente.

Ella le tiende el batín. Él se lo pone y se anuda el cinturón. En ese momento llaman a la puerta.

—Señor Dumboa...

—Pasa.

Entra en la habitación un hombre trajeado, de mandíbula cuadrada y pelo muy negro. Es Flores, el guardaespaldas, matón, confidente y mano derecha de Dumboa. Jamás cuestiona las decisiones de su jefe, para eso tiene la nómina que tiene y el sobre que recibe a modo de propina cada fin de mes. También Dumboa le permite el trapicheo con cocaína, a baja escala, con los chicos de acogida que ya trabajan y pueden permitírselo. El dinerito negro y sin pasar por caja lo ayuda a pagar la hipoteca de su chalé en Pozuelo, un sueño para alguien como él.

El hombre ni siquiera mira a la chica. Es Dumboa quien se vuelve hacia ella.

—Puedes vestirme en la habitación de al lado —le dice señalando la puerta que comunica las dos habitaciones—. En cuanto estés lista te vuelves a la fundación, a ver cómo están las cosas por allí.

Dumboa espera a que la chica salga.

—¿Sabemos algo más de Cobo? —pregunta al recién llegado.

—Lo torturaron. He oído que hasta le quemaron los huevos.

Dumboa arruga la frente al imaginar lo que Cobo tuvo que pasar.

—Y a su mujer la vaciaron.

Ahora el viejo se santigua. La noticia deja una huella de preocupación en su rostro.

—Después de lo sucedido a Pradera, ahora esto... Sabes que no soy un hombre fácil de asustar, pero esto no me gusta nada. Se acercan a mí, esa es la impresión que tengo. Tienes que andar atento, Flores. Y organiza para que aumente la vigilancia en casa. No quiero sorpresas.

Flores asiente.

—Estaba pensando en aquel tipo que estuvo molestando a Cobo, ¿te acuerdas?

—¿El negro?

—Sí, el negro aquel.

—Me ocupé de él.

—Pues me gustaría que lo localizaras, a ver si sabe algo de lo que le ha ocurrido a mi viejo amigo.

—No veo al negro quemándole los huevos a Cobo. Era un pobre patán.

—Puede ser, pero igual trabajaba para alguien que ha decidido contratar a unos profesionales.

A pesar de haber pasado la noche acompañado, Dumboa no parece de buen humor, y así es. Además de la noticia de Cobo, le duele la cadera. Putos clavos.

—Tú habla con él.

Flores asiente.

Se mantiene a cierta distancia. Sabe que cuando tiene un mal día es mejor ser cuidadoso con el jefe para no despertar a la fiera que lleva dentro.

—Pero primero me tienes que acompañar, tengo mucho que hacer esta mañana. Espérame abajo.

Flores sale de la habitación, mientras Dumboa, apoyándose en el bastón, se dirige al cuarto de baño.

—Nos esperan días difíciles —dice hablando solo.

Capítulo 11

Diario

Hoy me he despertado mucho más tarde de lo habitual. Por fin he logrado dormir profundamente; la tensión de los últimos días ha desaparecido. Si alguien me preguntara cómo estoy, la respuesta sería, bien. Estoy bien. Tranquila. Algo parecido a la paz me hace respirar profundamente, con satisfacción.

Es algo extraño. ¿Cómo puedo sentirme así? ¿Cómo es compatible esa placidez que me rodea con la extrema violencia del acto que llevamos a cabo ayer? Desoigo esas preguntas y evito sus respuestas. No son importantes. Lo único importante es que hemos logrado cumplir el objetivo y el mundo es ahora un lugar mejor.

Aunque nadie lo sepa ni lo pueda imaginar, se ha realizado un importante acto de justicia. La violencia es solo un añadido, no tiene sentido por sí sola. De hecho, aunque parezca puro cinismo, nunca me definiría como una persona violenta. Pero la violencia aumenta el dolor, y a un mayor dolor, una mayor reparación. ¡Y hay tanto por reparar! Es así como son las cosas.

Me pregunto qué hará Aslan. Él también es distinto; está, de algún modo, roto desde que sucedieron aquellas desgracias. Su único sentimiento es el de amor y gratitud hacia mí. Aslan es un soldado obediente. Me idolatra. Daría su vida por mí sin ni siquiera pestañear. Y si soy capaz de hacer todo esto, es porque él está a mi lado.

Hemos logrado un nuevo triunfo, dos de dos. Y ya toca concretar los últimos detalles del próximo acto. Es una forma de mirar hacia adelante, de sanación. Repaso los pasos a dar. Estudio los posibles problemas y sus soluciones.

Capítulo 12

La estación de metro de Gran Vía es el corazón de Madrid; ingiere y escupe viajeros constantemente, como una bomba en permanente trabajo. En los bajos, antes de las taquillas, sopla el saxofón diariamente Cleofás Rafael Esteban Jesús Creole, un músico portorriqueño setentón de raza negra, que compartió cartel con los mejores. Una vez, Miles Davis lo invitó a su casa para una sesión, o al menos esa es una de las muchas anécdotas que él cuenta a cualquiera que se para a escucharlo. Oriundo de Guayanilla, a los siete años cruzó el charco con su familia para establecerse en Nueva York, después de que su padre hubiese tenido la malaventura de intentar seducir a la mujer del gobernador de la provincia.

Gracia desciende las escaleras automáticas del metro. Con cada paso, siente un pinchazo en la cabeza. Tiene una resaca importante.

Cleofás toca las mismas melodías que tocaba en el Bronx de los años setenta.

Entonces el *free jazz* era lo más, y a él lo llamaban *el Rey*, así, en español. Desgraciadamente, el alcohol se llevó su tributo y, después de una gira por España en el 86, los promotores se quedaron con su caché y con su billete de vuelta. Desde entonces, saca para la pensión y el coñac tocando para los viandantes del metro de Gran Vía. Los extras suelen correr por cuenta del sobresueldo que, mes a mes, Gracia deja en su mano callosa.

—¡Cuánto bueno por aquí! ¿Qué es lo que quieres, amiga?, ¿cómo estás? —saluda con una enorme sonrisa el músico al ver a Gracia.

—Te veo bien, Cleo.

—Todo lo bien que se puede estar en este rinconcito de mierda. Contento de verte de nuevo, amiga. Un placer saludar a la hija de Chet Baker. ¿Sabes lo malo de él? Era un jodido blanquito que cagaba más arriba del culo —dice soltando una carcajada.

Gracia se ríe también; Cleofás utiliza a veces expresiones portorriqueñas que no dejan de sorprenderla. Y respecto a su parentesco con Chet Baker, ya se lo soltó la primera vez que la vio: «¡Ave María! ¡La reencarnación de Chet Baker en mujer!». Y desde entonces siempre insiste en su parecido con el bello trompetista californiano que perdió la vida en un hotelucho de Ámsterdam, devastado por las drogas y el sufrimiento de los genios.

No solo bromea con ello, sino que en ocasiones ha insinuado que la madre de Gracia tuvo que conocer al músico cuando este tocó en Madrid en los años ochenta.

A la periodista le cuesta imaginar a su difunta madre, una mujer recta, seria, teniendo una aventura con Baker. Es algo casi surrealista. Sin embargo, no deja de ser curioso que ella sea también una apasionada del *jazz* y del *blues*. Siempre que puede se marcha a Londres a comprar antiguos vinilos, a ver conciertos y a descubrir qué se cuece en el panorama musical de la capital británica.

—Cleo, ¿puedo hablar contigo?

—Por supuesto, miss Baker.

Salen del metro y entran en una cafetería próxima. Se sientan junto al ventanal, desde donde ven el trasiego de gente que convierte la Gran Vía en un volcán de lava en permanente erupción.

—¿Un brandi, Cleo? —pregunta una camarera desde la barra.

Él levanta el dedo pulgar en un gesto afirmativo.

—Este es mi segundo hogar. Me aguantan, aunque siempre acabo un poco jumeta... —dice guiñando un ojo a la camarera que sirve la bebida en una copa.

—¿Y usted? —le pregunta a Gracia.

—Un café solo bien cargado.

La cafeína es cojonuda para sus dolores de cabeza.

—Y ahora —dice el saxofonista, cogiendo la copa entre los dedos—, dime ¿qué quieres de mí esta vez?

Capítulo 13

El inspector Carrillo asciende las escaleras de la comisaría de dos en dos. La ducha no ha logrado hacerle olvidar el fuerte olor del anatómico forense. Se rasca la barbilla; con las prisas ha decidido perdonar el afeitado. Sujeta en su mano diestra un portafolio y dobla la esquina del pasillo saludando distraídamente a un par de agentes que conversan animadamente.

Cuando entra en su despacho sorprende a sus colaboradores riendo ante un gesto de Pezuela. Seguro que les está contando su aparición en el tanatorio con el llamativo chándal de Los Angeles Lakers. No le importa, sabe que la subinspectora sirve para dar cohesión al grupo y contribuye a que, en los momentos difíciles, mantengan la moral alta. Al verlo entrar, disimulan y cada cual ocupa su puesto.

—¿Has desayunado bien, Pezuela?

—Como una reina, inspector. Y tú deberías hacer lo mismo. ¿Quieres que te traiga un café?

—Luego, luego... —responde mirando en derredor—. ¿Estamos todos?

El equipo asiente. A la izquierda, en un rincón, un joven barbilampiño se mordisquea las uñas. Es el policía Rubirosa, recién salido de la academia, que se ha incorporado a la comisaría hace tan solo un par de semanas.

—Tu primer asesinato, Rubirosa. Y uno especialmente cruel. Quiero que vayas a casa de Cobo y la registres concienzudamente.

—Concretamente a los restos de la casa —precisa Simón, una joven oficial pelirroja.

—Presta atención a cualquier documento, extracto bancario, correspondencia, facturas, todo puede ser importante —continúa Carrillo—. Busca si hay caja fuerte y si ha sido forzada... Intenta averiguar si falta algo de valor, y si los atacantes buscaban algo en la casa.

—Hay que ser muy concienzudos, el incendio nos lo ha puesto aún más difícil —interviene Pezuela.

—Simón, tú lo acompañas y le muestras el procedimiento —dice Carrillo.

La mujer asiente en un breve gesto mientras cruza una mirada con Rubirosa, que, nervioso, apunta en su libreta las instrucciones del inspector.

—Encargaos también de interrogar a los vecinos. Si han visto algo. Si los ancianos les habían comentado algo raro. Lo que sea.

—Sí, inspector —dice la policía.

—Pezuela, ¿y el crucifijo?

—Ya se lo llevaron para analizarlo. Hay que esperar a que nos den los resultados.

Carrillo chasquea la lengua y da una vuelta en su silla giratoria. En un extremo de la estancia está Wilson, el informático, trasteando con el ordenador. Carrillo se dirige ahora a él.

—Tú vete buscando si hay antecedentes de asesinatos parecidos. También qué información hay sobre Cobo en la red. No creo que tuviese redes sociales, pero nunca se sabe. Me interesan sobre todo los comentarios sobre él, profesionales o personales. Revisa su ordenador, correos

electrónicos, lo que sea.

El informático asiente a la demanda del jefe.

—Y tú, Pezuela, coordinas conmigo. ¡Ah, muy importante! Las cámaras de la zona. Es una calle estrecha y no muy concurrida, y menos a esa hora. No hay comercios, solo viviendas unifamiliares, alguna pequeña escuela infantil.

—Y la Embajada de Nigeria —dice Pezuela.

—Que tendrá sus propias cámaras.

—Les pediremos las grabaciones para ver si hay movimientos sospechosos durante las horas anteriores y posteriores al crimen. Yo me ocupo —añade la policía.

—Y no os olvidéis de las cámaras de la propia casa —dice Carrillo—. Y las de las viviendas próximas, esos chalés tienen por lo general sistemas de seguridad propios. Venga, hay mucho que hacer, así que...

Rubirosa, Simón y Wilson asienten y salen del despacho.

Pezuela, aprovechando que está a solas con el inspector, le pregunta:

—Por cierto, ¿ha dicho algo el comisario?

—¿Celso? No, no ha dicho nada.

—Yo creo que ni se ha enterado —bromea la subinspectora.

—Pezuela.

—Le he visto luchando con la máquina de café antes de la reunión.

El inspector no puede evitar una sonrisa. Celso Santiago no es especialmente espabilado.

—Voy a hablar con él para ponerle al día y que nos facilite las cosas. Y ahora... —da dos palmadas enérgicas—, al lío.

Capítulo 14

La camarera deja las consumiciones sobre la mesa. Gracia echa el azúcar y da vueltas con la cucharilla al café. El músico coge la copa y da un largo trago al brandi.

—Necesito tu ayuda, Cleo —dice Gracia, y él la escucha atentamente—. ¿Te acuerdas de Cobo, el abogado?

—Por supuesto, me envió un matón comemierda para dejar de seguirle. Todavía me duelen las costillas —dice llevándose una mano al pecho.

—Ya no lo volverá a hacer. Ha muerto.

—Justicia divina. El mundo no pierde gran cosa.

—En eso estamos de acuerdo. Quería que refrescaras la memoria y me ayudaras a encontrar el motivo por el que se lo han cargado.

—¡Hey! —exclama sorprendido—. Dijiste muerto, no asesinado, por Dios bendito.

—Los asesinaron a él y a su mujer. Y luego prendieron fuego a la casa.

—¿Y por qué tanto interés? Creía que te habían pedido que dejaras ese asunto.

—Así es, pero no puedo... —suspira—. Quiero saber qué le ha ocurrido, quién le ha dado su merecido. No voy a tirar la toalla ahora.

Cleofás toma su bebida y piensa.

—Conocí a la criada, Estela. Toda una mamisonga —dice.

Gracia eleva una ceja. El comentario del músico dispara su curiosidad.

—En la casa solo estaba el matrimonio. Nadie dijo nada de una criada.

—Pues esa gente siempre tiene criada, amiga. Los ricos son más vagos que la quijá de arriba... Y no creo que Estela hubiera dejado la casa. Ganaba su buena plata. Lo mandaba todo a Colombia, para los estudios de sus hijos.

—¿Entonces?

—Tal vez le dijeren que ahuecase. Que no estuviese allí por si fuese un arroz con culo.

La periodista frunce el ceño y Cleofás se esfuerza en explicarse.

—... que no querían testigos, Gracia. Que nadie viera lo que allí iba a pasar.

—Dime que se te ocurre un modo de dar con ella.

—Me halaga tu confianza, miss.

Claro que Gracia confía en él. El viejo músico tiene cien ojos, cien oídos y se entera de todo lo que sucede, gracias a sus innumerables contactos. Se mueve como pez en el agua y consigue que cualquier desdichado, cualquiera de sus posibles «hermanos», le aporte información. Cleo es el amigo de las señoras de la limpieza de las comisarías, de los del mantenimiento de los hospitales, de los que entregan mensajerías en bancos o en prestigiosas oficinas, o de los que reciclan los tóneros de los bufetes más importantes.

—Se me ha ocurrido algo. Puedo probar.

—¿De qué se trata?

—Ella va a la iglesia pentecostal. Yo también iba, de joven, en el Bronx, hasta que estrellé el Cadillac del reverendo. Después de eso —se señala el pecho, sonriendo—, fui excomulgado.

—¿Qué iglesia es esa?

—Está en el barrio de Tetuán. Estela me habló de ella y yo me pasaba por allí de vez en cuando para tocar espirituales. Ahora soy la estrella de la congregación —dice contento.

—Pues ponte con ello —dice Gracia—. Aquí tienes un adelanto. —Saca varios billetes de cincuenta de la cartera y se los ofrece al músico—. Y si puede ser cuanto antes mejor —le dice mostrándole un billete más.

El músico guarda el dinero en el bolsillo.

—No hay problema, miss. Hablaré con mis panas, a ver qué pasa. Seré todo oídos y buscaré a Estela hasta en el fin del mundo. —Se levanta cogiendo el saxofón con el mismo cuidado que si fuese un recién nacido—. Y ahora..., me voy pa'l curro.

—Por cierto, he dejado el periódico. Ya no trabajo para *La Verdad*. Acabo de enviar por *mail* la carta de renuncia al puesto.

—Eres lista, amiga. Seguro que encuentras algo mejor. Muerto el pollo, a vivir —dice yendo hacia la barra—. Hoy invita Cleofás.

Tras pagar, el músico se gira y se despide de Gracia antes de salir.

—Cuídate, miss Baker.

Y a continuación, la encorvada figura del hombretón se dirige a la boca del metro, dentro de la cual desaparece.

Capítulo 15

Irene se despierta tarde; tardó mucho en dormirse y ha pasado una noche muy revuelta. Siente inquietud al descubrir el lugar en el que se encuentra. No es su habitación. El miedo le asalta y el funesto presagio toma forma. No, no ha sido una pesadilla. Los recuerdos se asientan. Sucedió. Sucedió lo que tanto temían. Las amenazas de su padre, esas con las que han crecido, se cumplieron, y la noche anterior intentó acabar con su madre.

A Irene se le llenan los ojos de lágrimas al recordar. Encerraos en la habitación, escondéos; no dejéis que os haga daño. Esas fueron las últimas palabras de su madre antes de enfrentarse a él.

Su padre se había ido de casa hacía unos meses. Al principio tenían la ilusión de no volver a verlo, hasta que se enteraban de que él merodeaba por el barrio, y eso era suficiente para paralizarlos y detener sus vidas. Volvían a estar atrapados. Siempre lo estarían, eso era lo peor de todo.

Los gritos de su padre, el chillido de su madre. Supo que había pasado algo horrible. El dolor. La vida que se escapa. Irene pensó en todo eso y quiso salir de debajo de la cama para ayudar a su madre. Para abrazarla. Para enfrentarse a él si era necesario y decirle: no la vuelvas a tocar. Pero le frenaba la promesa hecha a la madre de que cuidaría de su hermano.

Se estremece y a la vez se consuela con el cuerpecito que tiene a su lado. Carlos duerme. Siente su respiración, el aire caliente que expulsa y acaricia su cuello. Al menos están juntos. Y ella será fuerte para cuidar de él.

Su madre. ¿Cómo estará? ¿Por qué no les han dicho nada? ¿Eso es bueno o malo? No sabe. No sabe cómo funciona el mundo exterior, solo cómo lo hace su casa, al ritmo endiablado del humor del padre. Al ritmo de sus golpes y sus amenazas.

Mamá, piensa.

Si existe un dios, su madre vivirá. Y su padre morirá. Y ellos tres volverán a estar juntos, se dice. Y reza a ese dios con los ojos apretados, con las lágrimas corriendo por sus mejillas.

Entonces se abre la puerta y alguien se asoma.

—Buenos días —dice.

Es una mujer, la misma que los recibió la noche anterior. La que los acompañó a la habitación, les entregó pijamas y les dio unos cepillos de dientes que venían en unas bolsitas de plástico. La que les dijo: si necesitáis algo, solo tenéis que pedirlo.

La mujer entra en la habitación y levanta un poco la persiana. La luz ilumina la habitación y la cama de Carlos, que está vacía.

—Buenos días —contesta Irene.

—¿Habéis podido dormir?

—Al principio no, pero luego... Me acabo de despertar —dice la cría.

Carlos se mueve. Se frota los ojos antes de abrirlos. Bosteza. Cuando se da cuenta de dónde

está, mira a su hermana desconsolado.

—¿Queréis desayunar?

Sí, sí quieren. No cenaron anoche y sus tripas suenan como respuesta.

—Está bien, pero antes tenéis que ducharos. El baño está en el pasillo, a la derecha. Os dejo unas toallas.

Irene sale de la cama y se acerca a la mujer antes de que se vaya.

—¿Cómo está mi madre? —le pregunta.

—Ha habido suerte —revela la mujer con una sonrisa.

—¿Está bien?

—Sí, se va a recuperar.

No les cuenta que habla de las heridas físicas. Las otras, las psicológicas, esas son aún más difíciles de valorar. Y de sanar.

Los hermanos se miran. El alivio es tan grande que sienten un ligero mareo. Su madre está viva. Se va a curar. Y eso, por el momento, es suficiente para que el mundo siga girando.

Capítulo 16

La subinspectora Pezuela entra en el despacho del inspector Carrillo. Ha sido un día agitado, pero ella todavía tiene energía suficiente y así lo muestran sus movimientos rápidos.

—Novedades —dice sacudiendo unos folios que lleva en la mano.

Carrillo está dando un último trago a la Coca-Cola Zero que tiene sobre su mesa. Evita un gesto de desagrado; está caliente.

—Tenemos el informe de la Científica sobre el crucifijo —declara Pezuela.

Carrillo lanza la lata vacía a la papelera, mientras la subinspectora se sienta junto a él.

—Canta, Pezuela.

—El crucifijo no tiene huella alguna.

Al inspector no le sorprende. Ya contaba con ello.

—Pero tengo información sobre el objeto.

—Adelante.

Pezuela echa un ojo al informe.

—Ha sido fabricado en Umbría, Italia. El INRI y el Cristo están hechos de metal chapado en plata 999. Son ejemplares muy comunes —dice levantando los ojos del papel—, los puede encontrar hasta en El Corte Inglés; y si lo compras por internet, Amazon te lo lleva a casa en uno o dos días.

—Nunca me hubiera imaginado a los de Amazon repartiendo crucifijos —dice Carrillo.

—Ni yo, pero, como te decía, estos crucifijos se venden como churros. Cuestan poco más de veinte euros y se regalan en bautizos, comuniones...

—Eso no ayuda mucho —dice el inspector—. ¿Algo más?

—Respecto a la cuerda, na de na. Es un tipo de cuerda muy común. Tampoco hay denuncias sobre robo de material médico, aunque es un material que abunda en hospitales y clínicas. No vamos a encontrar nada por ese lado.

Las puertas se van cerrando, piensa Carrillo. Pero todavía hay hilos de los que tirar.

—¿Y las cámaras?

—Pues... —Pezuela sacude la cabeza.

—¿Qué pasa con las cámaras?

—No han encontrado grabaciones.

¿Cómo que no hay grabaciones? Carrillo alza las cejas, intentando entender el alcance de las palabras de la subinspectora.

—Las cámaras fueron bloqueadas durante una hora y media, es decir, desde poco antes hasta un rato después de que se cometiera el crimen.

—¿Hackers?

—No hay otra explicación. Intervinieron en los programas de grabación y los manipularon durante ese espacio de tiempo. Un trabajo limpio. De hecho, nadie reparó en ello hasta que

Rubirosa y Simón han ido a revisar las cintas.

Malas noticias. El nivel de complejidad aumenta. Carrillo confirma así que se enfrentan a profesionales, como ha temido desde el principio.

—Intervinieron las cámaras de videovigilancia de las vías públicas cercanas, pero también hubo bloqueos en las de la casa de Cobo y en chalés vecinos. Al menos, en los que han investigado por el momento.

Los asesinos están bien organizados y han tomado muchas precauciones. Eso significa que va a ser muy difícil dar con alguna pista. A no ser que hayan cometido algún error, la investigación pinta mal.

—¡Joder, Pezuela! Este caso nos va a dar mucha guerra... —exclama Carrillo.

La subinspectora asiente.

—Creo que lo mejor es dejarlo por hoy, jefe. Mañana será otro día.

Capítulo 17

El inspector Carrillo se rasca la barbilla, pensativo. Hoy no ha corrido sus diez kilómetros habituales. Se ha levantado de la cama como un resorte, sin haber podido pegar ojo, y se ha dirigido a la comisaría a paso rápido mientras la oscuridad de la noche todavía envolvía la ciudad, que se desperezaba lentamente, como cada día.

Sobre la mesa del despacho tiene las fotografías de la casa de Cobo y de los cadáveres. Las examina de una manera enfermiza, busca algo que se les haya escapado. Al cabo de un rato se incorpora y da un par de vueltas por el despacho.

Interrumpe su meditación la mujer de la limpieza, que entra en el despacho armada con el cubo y la fregona.

—Disculpe —se excusa al ver al comisario—. No sabía que...

—No se preocupe. Hoy he llegado antes al despacho.

La mujer espera una orden, pero al ver que el inspector vuelve a abstraerse en sus pensamientos agarra el cubo, cierra la puerta y se dirige a otro despacho.

La pareja de ancianos. Un asesinato con saña, salvaje. Un asesinato que recuerda a los realizados en un país del Este. El incendio. Los casos de Cobo que Carrillo ha estado siguiendo. Guillermo Dumboa que no ha contestado todavía a sus llamadas. El crucifijo.

El tiempo pasa sin que Carrillo se dé cuenta. Lleva casi dos horas en el despacho cuando una animada conversación interrumpe su concentración.

—El caso es que estoy en la discoteca y...

Se asoma a la puerta y ve acercarse a Rubirosa y a Simón.

—¡Perdón!... —exclama él.

—Buenos días, jefe —dice ella—. No pensábamos encontrarte aquí a esta hora. Precisamente queríamos hablar contigo.

—Pasad y sentaos.

La pareja se acomoda en sillas contiguas, observando la abundante documentación que hay sobre la mesa del inspector. Carrillo espera a que hablen, impaciente.

—Las cámaras...

—Ya me dijo Pezuela que no habían grabado nada, debe de haber intervenido un *hacker*. ¿Habéis descubierto algo sobre él?

—Algo mejor —dice Rubirosa con un gesto de orgullo.

—La Embajada de Nigeria. De ahí venimos —confirma Simón.

Carrillo se frota las manos.

La oficial Simón extrae de su bolsillo un *pendrive* y lo coloca sobre la mesa.

—Aquí está. Las cámaras del ayuntamiento y las de la casa fueron desactivadas desde un ordenador, sin ubicación ni IP conocidas, pero la Embajada de Nigeria tiene un protocolo de seguridad propio. Salta una alarma cuando las cámaras dejan de funcionar.

Carrillo escucha atento la explicación, mientras Rubirosa confirma, asintiendo con la cabeza, el relato de su compañera.

—Al dejar de funcionar las cámaras avisaron rápidamente a un técnico. Y este las puso de nuevo en marcha. Sin embargo, más tarde volvió a caerse el sistema.

—¿Cuánto tiempo funcionó?

—Un rato, no nos lo han sabido decir exactamente —dice Simón, retirándose el cabello rojo de la frente.

—A ver si tenemos suerte, joder. ¿Habéis visto la cinta?

—No. Hemos venido directamente en cuanto nos han entregado la copia en la embajada —confirma Rubirosa, entrechocando las manos, nervioso.

—Buen trabajo.

La pareja exhala un gruñido de satisfacción.

—Ojalá aporte algo...

Carrillo toma entre sus manos el *pendrive* y lo coloca en la ranura de la computadora. Espera a que aparezca el archivo. Solo hay uno: «November, 14».

Abre el archivo y contempla una imagen de la calle oscura, iluminada por las farolas, sin una clara definición. Carrillo adelanta el rostro para no perderse un detalle de la grabación. Frente a él, Rubirosa y Simón escrutan el concentrado rostro de su jefe, sin atreverse a intervenir.

De repente la grabación se vuelve más clara. Nada, no aparece nadie. Unos segundos después se pueden ver dos chavales. Carrillo para la imagen y la agranda. No aparentan más de trece años, llevan mochila a la espalda y parecen bromear. Pulsa de nuevo el *play*. Tres minutos después, una mujer con un carro de la compra. Detiene de nuevo la imagen y la agranda. La mujer va de uniforme y se detiene brevemente para tomar aire antes de reanudar su camino. Carrillo congela la imagen y guarda el archivo con el rostro de la mujer.

—¿Alguna pista, inspector? —pregunta Simón.

Carrillo regresa al mundo y cae en la cuenta de que sus colaboradores aún están frente a él.

—Nada de importancia, por ahora. Disculpad.

Aprovecha para girar la computadora para que sus dos compañeros puedan observar lo que él está viendo.

Transcurren otros cinco minutos en los que nadie pasa por esa calle tranquila. Un trabajador de la embajada la abandona. En ese momento, aparece en el centro de la imagen, justo frente a la embajada, una motocicleta de gran cilindrada. El hombre que sale de la embajada se fija en la motocicleta.

—Venga, venga... —musita Carrillo.

Aparcan la motocicleta. La figura más menuda es la que la maneja. Detrás, un hombre muy corpulento, cargando a la espalda una voluminosa mochila y sosteniendo un maletín en la mano diestra. Los dos llevan casco, es imposible ver sus rostros. Van vestidos de negro, con trajes de motoristas.

—Vamos..., quitaos los cascos —susurra el inspector.

Rubirosa y Simón miran expectantes las imágenes. Pueden sentir la tensión en la respiración

del inspector.

Se bajan de la moto. La figura más menuda da una palmada a su compañero, que se pone en marcha.

—Venga... —repite de nuevo, mirando fijamente la pantalla.

De repente, la persona que manejaba la moto procede a quitarse el casco. Lo deja sobre el asiento y sacude la cabeza. Se puede apreciar su melena de pelo claro.

El inspector observa la imagen sin aliento.

—¡Joder! —exclama, dando un puñetazo en la mesa.

—¿Pasa algo, inspector? —inquieta Simón, preocupada por la reacción de su superior.

—¡No me lo puedo creer! —continúa Carrillo—. ¡Se ha estado riendo de nosotros! ¡Cómo he podido ser tan estúpido!

Capítulo 18

Gracia lleva todo el día en casa. Encerrada en su despacho, pasa las horas revisando el dossier de Trento. Da un sorbo a la taza de café caliente que se acaba de servir. Se recoge el cabello en una coleta alta, se remanga la sudadera, sin apartar los ojos de la pantalla.

A pesar de haber dedicado cientos de horas al informe, no ha conseguido la distancia suficiente para abordarlo con frialdad. Todavía le revuelve. Tiene que hacer un esfuerzo simplemente para leer, apartando las imágenes que su cerebro ha construido. Porque ella conoce los rostros, los detalles, las historias de algunas de las víctimas de Dumboa. Sabe lo que han sufrido. Niñas que solo eran objetos para aquel que las traumatizaba hablando del pecado y la salvación mientras las sometían a su antojo.

Y de nuevo Laura, su cuerpo sin vida en el agua helada de la bañera. Y le duelen las decenas de niñas abusadas, que ella ya no puede salvar. Pero sobre todo le duelen las futuras víctimas, las criaturas inocentes que, si nadie hace nada, seguirán cayendo en la tela de araña que ha tejido Trento.

Acaba de anochecer cuando el móvil de Gracia suena. Ve el nombre de su interlocutor en la pantalla.

—Hola, Cleo —lo saluda.

—Miss Baker... ¡Por todos los santos! La cosa está jodida —dice el músico con voz alterada.

—¿Qué pasa?

—La Policía, miss. Hay problemas con la Policía. Y lo que vendrá es cañita del mono.

—Cleo, no te entiendo. ¿Qué sucede? Dime, ¿te has metido en líos?

—No, miss... Por esta vez eres tú la que tiene problemas. Y, mucho me temo, son de los gordos.

Gracia se levanta y da unas vueltas por la habitación.

—Cleo, tranquilo. Explícame qué pasa.

—Van a por ti.

La periodista siente un escalofrío y su confusión aumenta.

—¿Quién? ¿Quién va a por mí?

—La jara..., la pasma, jodidos cabrones que en el infierno ardan. Tengo información. Te mando wasap.

Gracia pone el altavoz y cambia de pantalla. En ese momento entra el mensaje. El circulito que gira indica que una imagen, todavía borrosa, se está cargando. Hasta que se detiene y... Increíble, Gracia da un paso hacia atrás y está a punto de dejar caer el móvil. ¿Qué es eso? ¿Qué broma de mal gusto le está gastando Cleo?

Es una foto bastante oscura en la que se la ve a ella, quitándose el casco de la moto. Ahí está su rostro anguloso, bien perfilado, la nariz pequeña y respingona y la melena rubia. La observa con incredulidad, sin reconocer dónde está hecha.

—¿De dónde la has sacado? —pregunta, desconcertada.

—De comisaría, miss. Tengo mis contactos.

—Pero ¿por qué me buscan? Yo no he hecho nada.

—Les dije que me mandaran toda la mierda que tuviese que ver con el caso de Cobo. Y mira lo que envían...

—¿Qué dices?

—La muerte de Cobo. No debes confiar en nadie. Tienes que...

En ese momento, Gracia escucha un estruendo al otro lado y la llamada se corta. Gracia maldice. Llama a su confidente, mientras se pregunta qué locura es esa.

—¡Cleo! —grita con impotencia.

Pero no hay respuesta a su llamada. Un mensaje se repite. «El móvil al que llama está apagado o fuera de cobertura en estos momentos.» Escucha una sirena que rompe la tranquilidad del barrio.

Capítulo 19

A Irene y a Carlos les han dicho que pueden tomarse el día de descanso. Llevan un buen rato en la habitación, mientras el tiempo transcurre lentamente. Carlos juega con una antigua Nintendo portátil que le han dejado, y a Irene le han traído un montón de cómics de Astérix. Se entretiene, intenta leer, pero le falta concentración. Todavía tiene una bola en el estómago. Una bola que le impide ponerse recta, respirar con normalidad.

La puerta se abre y la mujer que los atiende los avisa de que tienen una visita. Los dos dan un respingo; el miedo está siempre ahí. La mujer los tranquiliza; es una psicóloga que ha venido a verlos. Los espera en una salita.

Se sientan en una mesa redonda, los tres. La psicóloga anda cerca de los cincuenta años y lleva unas gafas con una cadenita, que se pone y se quita continuamente. Su voz es musical y la utiliza para ganarse su confianza.

—Carlos, Irene, lo primero que quiero saber es cómo estáis.

La mujer mira fijamente los rostros infantiles. Los dos asienten, sin saber muy bien qué decir. Criaturas desorientadas, piensa la psicóloga. Y aunque la lástima no es buena compañera en su trabajo, no puede evitar que le arañe el corazón. Esos críos han visto lo que nadie debería ver, han vivido lo que nadie debería vivir. La violencia en la familia es dolorosa, cruel, desafía el orden natural.

—¿Os encontráis cómodos aquí?

Se encogen de hombros. Tienen cama y comida. Tienen gente que se preocupa por ellos, pero nada de eso es bastante.

—¿Necesitáis algo? —continúa la psicóloga.

—Queremos ver a mamá —dice Carlos.

—Pronto, cariño. Pronto podréis verla. Ya está mejor, así que estad tranquilos.

—¿Vamos a volver al cole? —pregunta Irene.

—Sí, claro. Pero podéis descansar unos días. Estamos organizando todo ahora.

La psicóloga observa que la cría se mordisquee el labio inferior. Hay algo que le preocupa.

—¿Quieres preguntarme algo, Irene?

—¿Qué va a pasar con mi padre? —pregunta la cría por fin.

La psicóloga se da cuenta de que la simple mención al padre hace que Carlos se tense. Parece aún más pálido.

—Ahora está detenido. Tendrá un juicio por lo que hizo —les explica—. No temas por él, no os va a volver a hacer nada.

De momento decide no hablarles del proceso judicial, que suele ser complejo y a veces incluso incierto.

—¿Estás preocupada por él?

—No quiero volver a verle —responde enfurecida Irene.

Esa reacción es normal. Los niños defienden a su madre y temen a su padre.

—¿Tendremos que hablar en ese sitio...? —pregunta con cierta alarma.

—No te puedo contestar a eso.

Es importante decir la verdad. Pero a veces hay que matizarla para que no sea amenazadora.

—Como os decía, habrá un juicio. Y muy seguramente vuestro padre pase una larga temporada en la cárcel.

—¿Y luego?

—Os ayudaremos a empezar de cero y volveréis a tener una vida normal.

Un poco de esperanza, se dice. Eso es lo que ofrecen a las víctimas de violencia de género.

—Quizá tengáis que cambiar de ciudad.

—Yo no quiero irme lejos de los abuelos —dice el niño.

—Ahora no os preocupéis por eso. Lo importante es que vuestra madre se ponga bien y volváis a estar los tres juntos.

Los niños asienten; en eso están de acuerdo. Y respecto a lo demás... Todo se funde en una nebulosa. Todo es incierto. La psicóloga tiene razón, es mejor no pensar en ello. Pero... ¿cómo se hace para no pensar? ¿Cómo pueden vivir sabiéndose en la cuerda floja?

—La unión hace la fuerza —les dice la psicóloga.

Sí, tienen que estar unidos los tres para hacer frente a lo que les espera.

E Irene, que es débil y delicada, se propone que esa zozobra que la invade, esa bola que crece en su estómago, se transforme en otra cosa. En el impulso para continuar. En el arrebato por la lucha, por la vida. Porque, de algún modo, será ella, y lo sabe ya, lo intuye con certeza, quien tendrá que tirar de los tres.

Y lo hará, se dice, mientras arrastra la silla, porque la reunión ha terminado.

De regreso a la habitación tiene la impresión de que está creciendo a marchas forzadas, de que la niñez se ha empezado a desdibujar desde hace unos días. Y muy pronto, por desgracia, no quedará nada de ella.

Capítulo 20

Gracia siente el aldabonazo de la angustia en su cuerpo. La ansiedad va ganando terreno y echa de menos el Lorazepam que le recetaron tras el suicidio de Laura. No le vendría mal tomarse una pastilla, están en el cajón, pero... ¿es real o es simplemente una ilusión ese sonido que le hace pensar que un grupo de hombres ha entrado en el portal?

El pulso se le acelera aún más, el pensamiento se le dispara en mil direcciones. En el momento en que su mente debía estar más despejada para tomar una decisión, diferentes emociones saturan su cerebro. Sus manos tiemblan, está a punto de darlo todo por perdido, pero de repente, como el viejo motor que arranca en el último intento, tiene una idea.

Coge el bolso y sale del piso. Cierra la puerta con cuidado mientras escucha la trabajosa respiración de los policías ascendiendo el primer tramo de escaleras. Saca unas llaves del bolso y abre con sigilo la puerta contigua. Se apoya contra ella una vez dentro. ¡Dios! En tan solo cuestión de segundos dos agentes de la Policía Nacional aporrean la puerta de su casa.

—¡Abran! ¡Policía!

Gracia, todavía alterada, no consigue tranquilizarse a pesar de saberse momentáneamente a salvo en la casa de su vecina, una anciana con la que tiene muy buena relación. Ahora que ella está fuera, visitando a su hermana que vive en el sur, Gracia se ocupa de alimentar a sus gatos y regar las plantas.

La Policía continúa llamando a la puerta, avisando de su presencia. Gracia se asoma a la mirilla.

—¿Qué hacemos? —pregunta uno de los policías.

—Vamos a entrar. Tenemos una orden judicial.

Gracia se muerde los labios. Ella sabe bien lo que significa que tengan una orden judicial. ¿Cómo la han conseguido tan pronto? Lo que está sucediendo es jodidamente serio.

Paralizada, con los músculos en tensión, observa cómo los policías se preparan para cargar contra la puerta de su domicilio. ¡Dios! ¡Van a entrar! Coge el móvil y pulsa la tecla de llamada. Cleo, contesta. Cleo, por favor... Pero no, el móvil sigue apagado y siente un nudo en la garganta.

Tranquilízate, se dice. Estás a salvo, insiste para lograr pensar con claridad. A salvo, insiste, aunque un fuerte golpe en la puerta de su casa le sobresalta. No tiene tiempo que perder.

Recorre el pasillo de ese piso antiguo, atestado de muebles, en el que los tres mininos se saben los reyes de la casa. Gracia entra en el dormitorio de su vecina. Sobre la cómoda, en la cabeza de un maniquí, reposa una peluca de color gris platino. La dueña del piso está en tratamiento por un cáncer de pecho y la quimio le ha pasado factura, y desde hace unos meses utiliza pelucas para ocultar su calvicie.

Ponerse la peluca es como echarse treinta años encima. Gracia se atusa el pelo frente al espejo, sin reconocerse. Bajo el efecto del pelo canoso sus rasgos parecen acusarse. Abre el

armario y saca al azar una chaqueta azul de lana, mientras un gato mimoso se enreda entre sus piernas.

Escucha un estruendo y comprende que los policías han forzado su puerta. Los imagina paseándose a sus anchas por el interior de su casa. Es el momento. Antes de irse, duda sobre qué hacer con el móvil. Le cuesta deshacerse de él, pero no puede llevárselo; sabe que por triangulación la Policía podría localizarlo incluso estando apagado. Toma una decisión; lo pone en silencio y busca un lugar donde dejarlo. Debajo del colchón de la cama de su vecina le parece un buen sitio.

A continuación, abre la puerta embutida en la vieja chaqueta azul. Lleva también unas grandes gafas de pasta que la anciana utiliza para leer. Y en el último momento coge del paragüero de la entrada una muleta.

Baja las escaleras conteniéndose para no correr y delatarse. En el portal hay un policía joven, de aspecto serio. Camina despacio, fingiendo una cojera y apoyándose en la muleta. Las gafas resbalan por su nariz.

—Buenas tardes —dice con voz cascada.

Él le devuelve el saludo.

—¿Qué ha pasado, agente? Esta es una casa muy tranquila... —dice.

—Nada, señora. No pasa nada —le corta.

Los policías están acostumbrados a que su simple presencia inquiete a la gente. Y luego están los chismosos que solo saben hacer preguntas y entorpecer su trabajo.

—Pero agente... —insiste.

—Señora, circule. Estamos trabajando —le dice Rubirosa, abriendo la puerta del portal.

La anciana no parece precisamente contenta, pero se aleja balanceándose.

Capítulo 21

La pareja está sentada en la salita de espera de la maternidad. Parecen nerviosos, y es que han pasado años soñando con ese momento. Sí, muchos años. Al principio con ilusión, hasta que el sueño se volvió pesadilla. No lograr cumplirlo los amargó, envenenó sus vidas. Hasta su relación cambió, se volvió tensa, difícil. Todo les molestaba. La mujer dejó de tener relaciones con su marido. ¿Para qué? Si no iban a procrear... Lo rechazaba cuando él insistía, porque ahora que sabía que era estéril aquello solo podía ser pecado.

Pero cuando ya lo daban todo por perdido, les hablaron de que era posible; otros lo habían logrado. Y ¿por qué ellos no? El marido se encargó de todo y no tardó en cerrar el trato. Fueron meses difíciles. A ella le costaba mentir y en eso consistía el asunto, en mantener la farsa del embarazo. Pero ahora, por fin, el sueño se va a hacer realidad. Y los dos esperan inquietos a que aparezca el objeto de su deseo, el bebé que va a formar parte de sus vidas. Su hijo.

El sonido de la puerta al abrirse hace que los dos se levanten como impulsados por un resorte. Una monja anciana entra con un bebé. La mujer aprieta la mano del marido. Todo ha ido bien, dice la monja. Es una niña. Se acercan para ver a la recién nacida, envuelta en un arrullo; la carita redonda, los ojitos cerrados, la nariz delicada.

¿Puedo? La mujer se sienta con el bebé y lo sostiene contra su pecho. No sé cómo agradecerle lo que ha hecho por nosotros, dice. Denle una vida en la fe de Dios a esta criatura. Eso será suficiente, contesta la monja. Pero sus palabras no reflejan exactamente la realidad. Para llegar hasta allí han tenido que pagar una cantidad importante de dinero. Y no solo a la monja, también al doctor Pisabarro, a la matrona y a algunos más.

La monja les da el certificado de nacimiento para que puedan inscribirla en el Registro Civil. Ya pueden marcharse, dice. Vayan con Dios.

Realmente es una escena inventada, aunque tuvo que suceder de un modo muy similar a como lo he recreado. Sin embargo, hay algo cierto en ella; fue el doctor Pisabarro quien asistió al alumbramiento. Por ese motivo, él es nuestro próximo objetivo.

Capítulo 22

El inspector Carrillo dirige la operación desde un coche próximo a la escena. Mientras la Policía registra la casa de Gracia Martí, él habla con el juez. Cuando termina, se pone en contacto con sus agentes. Estos han comprobado que no hay nadie dentro. Sin embargo, el ordenador del despacho de la periodista está encendido. Sobre la mesa hay dos latas de Red Bull esparcidas y varias tazas de café.

—Inspector, no hay rastro de ella —dice al auricular la subinspectora Pezuela—. Da la impresión de que acaba de dejar el piso. Hay una taza de café todavía caliente.

—¡Rubirosa! —increpa Carrillo, llamando a uno de los policías que custodian el portal.

—Sí, inspector.

—¿Ha habido algún movimiento? ¿Ha salido alguien de la casa mientras estabais allí?

—Solo una anciana. Quería saber qué hacíamos aquí, pero yo...

—¡Me cago en la puta! —ruge el inspector—. Vete a buscarla. ¡Ya! ¿Me has oído?

Rubirosa intenta farfullar algo, pero finalmente cierra la boca. ¿Realmente le ha engañado la periodista?, se pregunta saliendo ya del portal. Corre por la calle, buscando a la que hasta ese momento solo consideraban una vieja cotilla.

—Hija de puta —farfulla, al descubrir que ha desaparecido.

—Inspector... —comenta Pezuela, que continúa dentro de la casa—. Deberías venir a ver esto.

Carrillo corre hacia el edificio. Acostumbrado a entrenar a diario, sube las escaleras con facilidad hasta la puerta de la casa de Gracia.

Entra en la casa, pero solo cuando llega al despacho de Gracia comprende qué quiere mostrarle Pezuela.

El enorme mural es impresionante.

Carrillo mira atentamente las paredes empapeladas con croquis llenos de nombres y flechas que relacionan unos documentos con otros. Es el trabajo al que se ha dedicado Gracia desde que se enteró del asesinato de Cobo dos días antes. También hay múltiples pósits con nombres, direcciones, teléfonos. Entre las fotografías, destaca una en el centro, a donde van a parar todas las flechas. Es Jaime Cobo, el abogado asesinado.

—Parece el trabajo de un demente —dice la oficial Simón, desconcertada.

—Una demente —puntualiza Pezuela, observando la fotografía enmarcada que hay sobre la mesa.

En ella se ve a Gracia, sonriendo delante de la Torre Eiffel. Una mujer guapa, joven, en apariencia inofensiva.

—Será una demente, pero se ha escapado delante de nuestras propias narices —dice Carrillo—. Salió del edificio disfrazada. Incluso tuvo el cinismo de pararse a hablar con Rubirosa.

—Nos ha dejado como gilipollas —farfulla Pezuela en voz baja.

Y Carrillo finge no haberla escuchado, quizá porque comparte su opinión.

—Hay que llamar a la Científica para que registren la casa —dice el inspector, recuperando la iniciativa.

—A ver si hay suerte y encuentran algo que relacione a la periodista con el crimen de Cobo —dice Pezuela.

Carrillo asiente.

—Que busquen si hay huellas de una segunda persona —dice pensando en el hombre que aparece en las imágenes de la embajada y del que desconocen su identidad.

—¿Nos llevamos el ordenador? —pregunta Simón.

—Sí, que Wilson se ponga con él de inmediato.

Carrillo vuelve a mirar la fotografía de Cobo.

—¿Vamos? —le pregunta Pezuela al verlo ensimismado.

El inspector tiene la impresión de que el abogado a su vez lo mira fijamente desde el centro de la pared, con sus vivos ojos negros que parecen exigir justicia para su muerte.

—Sí, vamos. Aquí ya no hacemos nada.

Capítulo 23

Gracia se aleja de su casa con paso raudo y se pierde por las calles de Malasaña, que a esas horas de la tarde están tranquilas. La peluca cubre su cabeza y lleva las gafas en la punta de la nariz para poder ver por encima de ellas. Harta de la muleta, la abandona en una papelería.

Cuando alcanza Gran Vía baja las escaleras del metro. El silencio le dice que Cleofás no está allí abajo, pero ella continúa. Puede ser que esté hablando con alguien. Eres un chapas, Cleo, le dice ella a veces en broma. Ojalá esté charlando con cualquiera y ese sea el motivo por el que no suena su saxofón. Pero no, el músico no está en su lugar habitual de trabajo. El vacío de esa esquina del metro le resulta tétrico y dispara su ansiedad.

Gracia da media vuelta. ¿Y si ha salido a tomar un coñac? La música fluye mejor con un poco de gasolina, suele decir Cleofás. La periodista va a la cafetería que el músico frecuenta, su segunda casa, como él la llama. Pero no, no está. Su mesa está vacía.

Joder, Cleo, ¡qué coño ha pasado contigo! No puede dejar de pensar en esa mole negra de dientes amarillentos y ojos bondadosos.

Se dirige al hostel en el que vive Cleofás, en la calle de Hortaleza. Le pica el cuero cabelludo a causa de la peluca, que es un incordio, pero no se atreve a quitársela. En ese momento, la peluca es el menor de sus problemas.

Se detiene en el número 8 y examina el telefonillo. La pensión Ponderosa se encuentra en el 2.º B. Se dispone a pulsar cuando se abre la puerta y salen dos chavales arrastrando una maleta. Aprovecha que la puerta ha quedado abierta para entrar en el portal y ascender las viejas escaleras de madera.

Empuja la puerta de la pensión. Sobre el mostrador, un hombrecillo delgado garabatea un crucigrama. Farfulla algo en voz baja.

—Perdone... —dice Gracia—. ¿Decía algo?

—Pérdida de habilidad para entender el lenguaje hablado o escrito. Seis letras —dice el hombrecillo, achinando sus ojos miopes para ver mejor a la recién llegada.

—Pruebe con «afasia» —responde Gracia.

El viejo sonríe mientras escribe la palabra que le acaba de regalar la recién llegada.

—Busco a Cleofás.

—Andaba por aquí... Durmió la siesta, eso se lo aseguro. Ronca como un oso. Y luego, que yo sepa, no ha salido. Ha debido de tomarse la tarde libre.

—Entonces está en su habitación —dice Gracia, aliviada.

—Bueno, yo vengo de tomarme un carajillo en el bar de la esquina. No sé si en este rato ha...

Gracia recorre el pasillo y llama con los nudillos a la habitación 206, el pequeño hogar de su amigo, donde descansa sus viejos huesos al terminar cada jornada.

Pero no hay respuesta. ¡Venga, Cleo! Y lo intenta de nuevo, mientras el silencio alimenta un mal presentimiento que la sobrecoge. Hasta que finalmente Gracia abre la puerta. No hay nadie.

Observa la cama deshecha, las sábanas arrugadas, la colcha caída hacia un lado, cubriendo parte del suelo. No sabe si descubrir la ausencia de Cleofás la tranquiliza o la preocupa aún más.

Se dispone a salir cuando algo llama su atención. La colcha parece ocultar algo. Se acerca, levanta la tela, y descubre el saxofón en el suelo. El metal está abollado y hay algo que parece sangre seca. ¿Han golpeado a Cleo con él? ¿Y luego qué ha sucedido? ¿Dónde está? ¿Se lo han llevado?

De nuevo la ansiedad, la angustia. El saxo roto se le antoja una metáfora. Una puta metáfora. Pero no quiere pensar en su amigo destrozado.

Como en un sueño, abre la puerta. Esta vez utiliza la manga de la chaqueta para abrir el picaporte sin dejar huellas y lo limpia torpemente. Cuando llega a la recepción escucha al vejete de los crucigramas hablar con alguien en una de las habitaciones. Aprovecha que no hay nadie para salir de la pensión. Desciende las escaleras y, al salir de nuevo a la calle, respira profundamente.

Nunca se ha sentido tan sola.

Capítulo 24

El jefe superior de Policía, Marcelo Fraga, pregunta por el inspector. Luis Carrillo está en su despacho. Fraga sube a la primera planta, camina por el pasillo. Esta vez Fraga no silba, como suele ser habitual en él, y eso, para cualquiera que lo conozca, significa algo.

Cuando la puerta se abre, el inspector juguetea con un cubo de Rubik. Lo relaja concentrarse en cada movimiento y la particular conexión que se produce entre el cerebro y sus dedos que se mueven con rapidez. Mientras gira las piezas no tiene otro objetivo que el siguiente movimiento, y el siguiente, y el siguiente, hasta completar el cubo. Un destino y un proceso para conseguirlo. Así es la vida para Carrillo, a quien siempre han tildado de concienzudo, por no decir rematadamente cabezota.

Fraga entra en el despacho y se queda frente al inspector. Este no reacciona, pero sabe que la visita del jefe superior de Policía es algo inusual.

—Me he enterado de las novedades —dice Fraga.

Carrillo no suelta el cubo, lo sostiene entre los dedos.

—Gracia Martí se os ha escapado —concluye.

—La estamos buscando —contesta el inspector—. Se están peinando hoteles, pensiones, albergues... También se ha avisado a las agencias de viajes y medios de transporte, y tenemos sus movimientos bancarios bajo control.

—No hace falta que le diga que Cobo tenía muchos contactos y los de arriba están presionando para que su muerte se esclarezca cuanto antes.

El inspector asiente. El asesinato de alguien tan poderoso como Cobo, y más en las circunstancias en las que se llevó a cabo, ha revuelto el patio.

—Daremos con ella —se limita a decir—. Tiene muchas preguntas a las que contestar.

—Sí, esa grabación de ella en la entrada de la casa de Cobo es esencial.

—Por supuesto... Aunque hay que tener en cuenta que es solo una prueba circunstancial.

—Lo es. Pero espero que cuando la detengan consigan una confesión. Y, a partir de ahí, avanzar en el caso hasta cerrarlo.

—También estamos siguiendo la pista del crucifijo encontrado dentro de la bolsa ignífuga. Y estamos investigando a Cobo, los casos que llevó él.

Las palabras de Carrillo no le gustan al jefe superior de Policía. No es un buen camino investigar a Cobo, eso lo tiene claro. Es como tirar colillas encendidas en un bosque castigado por la sequía.

—Mire, Carrillo, todo eso está muy bien, pero lo importante es dar con Gracia Martí. Hay que detenerla cuanto antes.

El inspector sostiene la mirada al mandatario policial. No le gustan las prisas. Este es un caso complejo, pero parece que hay mucha prisa en cerrarlo.

Fraga se impacienta.

—Escúcheme bien, Carrillo...

¿Cómo hacerle entender que este caso es muy especial y que hay que andarse con pies de plomo? No atañe solo a Carrillo, sino que a él también le alcanza. De ahí las llamadas que lleva recibiendo desde que encontraron a Cobo. Por eso es importante darse prisa. El único objetivo es detener a la periodista y que se tranquilicen los de arriba. Solo así dejarán de tocarle los cojones.

—Deténganla y olvídense del resto. ¿Me ha entendido? —insiste.

Capítulo 25

De repente, Gracia tiene la impresión de que todos los rostros convergen hacia ella. Los que hasta ayer fueran viandantes anónimos parecen vigilarla. La paranoia, la preocupación y el miedo confluyen en su ánimo. Camina hacia la Red de San Luis sin saber qué hacer ni adónde ir. El mensaje, su fotografía, la Policía entrando en su casa, Cleo desaparecido... En tan solo unas horas su mundo se ha derrumbado.

Escucha la sirena de la Policía atronando por la Gran Vía. Los viandantes se giran curiosos y siguen el avance de los coches policiales. Gracia se pregunta si la buscan a ella. Se confunde con la gente, mira hacia el suelo. La situación es complicada, se le ha ido de las manos. No tiene móvil, no tiene apenas dinero y no se atreve a utilizar sus tarjetas. Y, sobre todo, no tiene adónde ir.

Necesita ayuda. Sí, pero ¿a quién recurrir? ¿Vigilará la Policía a sus contactos?

Entonces recuerda las palabras de Cuadrado unos días antes. Velasco. La FNAC. Las presentaciones se suelen hacer en la librería de Preciados, que está a unos quinientos metros de donde se encuentra.

Llega a Callao, cruza la plaza y se asoma a su destino. Allí es fácil pasar desapercibida, debido a la cantidad de gente que transita por esa calle. Se detiene al ver los televisores del escaparate del edificio. La noticia sobre la muerte de Cobo aparece en cada uno de los aparatos. El rostro de su enemigo, con su mirada penetrante. El barrio de El Viso y su casa mostrando los efectos del incendio. El jefe de la Policía de Madrid hablando con los medios. Aunque Gracia no puede oír sus palabras, las imagina perfectamente. Estamos trabajando duro en este caso. Este crimen no quedará impune. Bla, bla, bla.

En ese momento aparece un pie de imagen. «Novedades en el asesinato de El Viso.» Gracia siente un pellizco en el estómago al leer la frase que se repite en los televisores. «La Policía busca a un sospechoso.»

Traga saliva. Se siente totalmente desvalida. En un gesto inconsciente, empuja las gafas, se las coloca bien. Desea ocultarse tras ellas, aunque al hacerlo la visión de las pantallas se vuelve borrosa.

Mira el reloj. Todavía falta un rato para que empiece la presentación. Se dirige a la plaza de las Descalzas, donde se encuentra el *parking* más cercano. Ahora es cuestión de suerte dar con Cuadrado. Lo conoce bien. Dejará el coche en la misma plaza y saldrá a fumarse un cigarrillo y darse una vuelta, mientras Velasco hace su presentación.

Efectivamente, eso es lo que hace el chófer. No tarda en verlo, sí, es él. Enciende un cigarrillo a escasos metros del acceso a la rampa del garaje. Gracia camina con sigilo, pone su mano en el hombro y él se vuelve. Este tarda unos segundos en reconocerla, debido a la peluca.

—¡Gracia! ¿Eres tú? —exclama sorprendido al verla.

Ella asiente.

—¡Joder! La Policía ha venido al periódico preguntando por ti. Te están buscando.

—Lo sé. También han estado en mi casa. No puedo volver...

—Pero... ¿qué ha sucedido? ¿Qué has hecho?

—No he hecho nada —dice con impotencia—. Solo sé que estoy metida en un buen lío.

—Vamos, no será para tanto.

Pero sí lo es. Claro que lo es, aunque todo lo que está sucediendo no tiene ni pies ni cabeza.

—No quiero comprometerte, pero...

—Tranquila.

—Es que no sé a quién recurrir. Me da miedo que la Policía vigile a mis amigos. Y... no tengo adónde ir.

Una pareja de policías pasa cerca de ellos. Cuadrado rodea con su brazo el hombro de Gracia y la atrae hacia él en un gesto cariñoso. Ella hunde la cabeza en su pecho. El chófer siente su temblor. Cuando los policías se alejan, Gracia se separa de él. Está pálida.

—Ven —dice agarrándola del brazo.

—¿Adónde vamos? —pregunta asustada.

—Con lo pesado que es Velasco hablando de sí mismo, todavía tenemos un buen rato —dice tirando el cigarro al suelo.

Entran en el aparcamiento. El chófer saluda al taquillero con un leve movimiento de cabeza antes de pagar. Bajan al segundo piso, donde está el coche.

—Sube, Gracia.

La periodista obedece como una autómatas. Una vez dentro del vehículo, se quita la peluca, y se rasca el cuero cabelludo, aliviada.

El coche sale del *parking* y va en dirección a la plaza de España. A continuación, enfila Princesa hasta Moncloa. Su único objetivo es alejarse del centro.

—No veas la que se ha montado —le dice Cuadrado—. La Policía ha rodeado la sede del periódico, y el imbécil de Villaescusa sale afirmando tajantemente que ya no tienes nada que ver con *La Verdad*, que te habían echado del diario hace tiempo.

—Es un cobarde —farfulla Gracia, recordando la insistencia del director en que se quedara, y su negativa a dejarla ir.

—¿Por qué te buscan?

Esa es la pregunta. La jodida pregunta para la que no tiene respuesta. Tan solo la imagen que le envió Cleofás.

—Parece que me relacionan con la muerte de Cobo.

—Pero eso no tiene ni pies ni cabeza... Yo sé que lo odiabas, y no soy el único.

Pero de ahí a... Además, se oye que antes de matarlo fue torturado.

—Sí, lo torturaron salvajemente. No sé quién ni cómo, pero quieren cargarme el muerto. Soy la sospechosa que buscan. Van a por mí.

Permanecen en silencio mientras el coche avanza.

—Esto es una locura —dice hablando sola.

Quince minutos después, el coche toma un desvío en el kilómetro catorce. Un poco más adelante, Cuadrado reduce la marcha. Al fondo, se puede ver un chalé solitario.

—¿Adónde me llevas?

—A un lugar seguro en el que no te buscará nadie.

Capítulo 26

La Delegación del Gobierno se encuentra en una calle señorial paralela a la Castellana, donde todo pasa, para bien y para mal. El jefe superior de Policía, Marcelo Fraga, se encamina hacia allí. Nada más hablar con el inspector Carrillo ha recibido una llamada del delegado del Gobierno para que se presente enseguida. No pintan bien las cosas. Espera que, si puede capear el temporal, cuando acabe se irá caminando hacia el bingo Carretas a jugar un par de cartones y beberse un *gin-tonic*. Después, quizá se deje caer por un club de *striptease* para relajarse y darle gusto al cuerpo.

Dos agentes de la Policía lo saludan. Mientras se adentra en el edificio no puede evitar tropezarse con una de las antiquísimas alfombras que adornan el amplio vestíbulo. Ascende las escaleras hasta el primer piso, donde se encuentra el despacho del delegado del Gobierno.

—Pasa, Fraga, pasa.

El delegado es un hombre delgado, de pesados párpados, con las luces justas para haber hecho carrera en el partido en el que milita desde que su padre lo afilió al cumplir los dieciocho años. Después de tanto tiempo en el partido, por fin le dieron el puesto que demandaba. A partir de aquí, quién sabe si aspirará a la alcaldía o la presidencia de la Comunidad de Madrid.

—Delegado...

Fraga cae en la cuenta de que este no está solo. Frente a la mesa, y sin darse la vuelta para saludar, se encuentra el famoso magnate Guillermo Dumboa, fumando un cigarro. Lo apaga nervioso, casi con violencia, contra el cenicero de nácar. Con la otra mano acaricia el pomo del bastón y recorre las fauces del perro salvaje con el dedo pulgar.

—No hace falta que os presente —dice el delegado—. Todo el mundo conoce a Dumboa.

—¡Señor! El ministro por la línea seis —lo interrumpe un joven trajeado.

El delegado compone un gesto de fastidio y toma el auricular con prevención.

Fraga observa cómo el delegado asiente con vehemencia ante los comentarios del ministro. Cuando cuelga el teléfono, se rasca la barbilla, pensativo. Seguidamente, mira a sus interlocutores con gesto preocupado.

—Como sabéis, el asunto de Cobo va a traer cola. El caso es primera noticia en todos los medios de comunicación, y las redes sociales están que arden. Como me acaba de exigir el ministro, esto hay que pararlo inmediatamente.

—No puedo estar más de acuerdo —afirma Dumboa.

Ambos hombres miran ahora al jefe superior de Policía.

—Estamos haciendo todo lo que podemos, se lo aseguro —dice Fraga.

—Pues tendrán que hacer más —dice Dumboa.

Fraga siente que le hierve la sangre. Tiene que obedecer al delegado, pero no a ese viejo de mirada despectiva.

—Hay que cerrar este caso cuanto antes. No interesa a nadie que se remuevan ciertas cosas...

Así que encuentren cuanto antes a esa mujer.

El jefe superior de Policía mira con incredulidad al delegado del Gobierno, tratando de decirle por qué está Dumboa al tanto de las investigaciones.

—He oído que se os ha escapado, que habéis sido incapaces de dar con ella —escupe Dumboa con rabia.

—¿Ha compartido con él información reservada? —le pregunta Marcelo Fraga al delegado.

—Escuche, Fraga, no fue el delegado quien me informó. La información me llegó de más arriba. Ya ve... No sea tiquismiquis.

Fraga no dice nada. Su inquina hacia Dumboa aumenta.

—Lo que tenéis que hacer es encontrar a la periodista —exige el delegado por su tono de voz—. Así podremos dar carpetazo al caso.

—Esa mujer es peligrosa —dice Dumboa.

—Lo sé, el asesinato fue salvaje.

—Y además está obsesionada conmigo. Así que ya sabe, ¡encuéntrela!

Fraga asiente. No hace falta que Dumboa insista. Ya se lo han dejado claro el delegado, y a este el ministro y la madre que lo parió.

—¡Deténganla. Que confiese! Y si no lo hace, tomen las medidas que sean necesarias.

A Fraga no le gusta lo que escucha.

—No quiero que esa mujer hable, ¿está claro? Lleva tiempo buscándome las cosquillas —dice Dumboa.

Fraga mira fijamente al delegado, que se encoge de hombros.

—Cualquiera diría que me están dando una orden criminal —dice Fraga con ironía.

—Bueno, bueno... —dice el delegado—, es solo una forma de hablar. Dumboa es muy vehemente, ya has escuchado sus discursos en la televisión. El caso es que hay que zanjarlo ya. ¿A quién tenemos al cargo?

—Al inspector Carrillo —aclara Fraga—. Un tío listo y tozudo. Le he dicho que se limite a buscar a la periodista, pero él quiere investigar a fondo.

El delegado tamborilea la mesa con un lapicero.

—Estoy al tanto de que ese Carrillo ha estado metiendo las narices en los casos de Cobo. Incluso ha preguntado por mí, cosa que no me hace ninguna gracia. Así que poned a otro —exige Dumboa, levantándose—. Yo me voy, llámame cuando hayáis encontrado a esa mujer —le dice al delegado.

Fraga se gira para ver al magnate alejándose, mientras resuenan los golpes del bastón por el ancho pasillo. El delegado se pasa la mano por la frente y exhala un hondo suspiro.

—¿Tanto manda este tipo, que tiene que darte órdenes? —le pregunta Fraga.

El delegado no contesta, avergonzado.

—Lo que insinúa Dumboa es algo muy serio.

—No adelantemos acontecimientos —carraspea el delegado—. De momento haz lo que dice y deshazte de ese tal Carrillo. Lo último que queremos es agitar el avispero, tú me entiendes...

—¿Y cómo voy a hacer para apartar a ese inspector? —pregunta Fraga, poniendo los brazos en jarras.

—Expediéntalo. O suspéndelo de empleo hasta que encontréis a esa periodista.

El jefe superior de Policía sacude la cabeza.

—Carrillo tiene un buen expediente, no se puede suspender a nadie de empleo y sueldo sin una causa grave. No es tan sencillo.

—Si hay que buscar una causa, búscala. Algo encontrarás. Quiero a ese inspector fuera, y no pongas esa cara. Y ahora... —lo invita a salir con un gesto de la mano— he de hablar con el ministro otra vez.

Marcelo Fraga sale del edificio preocupado. Camina hacia el bingo Carretas con paso furioso. No serán dos cartones, serán una decena. Tampoco un *gin-tonic*. Mejor dos o tres, para digerir lo que acaba de suceder.

Capítulo 27

Cuadrado abre una puerta enrejada con el mando a distancia y el coche entra en la finca. La oscuridad impide a Gracia ver bien el exterior, pero por lo que dejan entrever los faros del coche parece un chalé de lujo.

El chófer baja del coche y ella lo sigue. En lugar de dirigirse a la entrada principal, camina hacia un lateral de la casa y abre una puerta. Lo primero que hace es desconectar una alarma acercando un dispositivo que lleva en el llavero, junto a las llaves.

—Ya estamos —confirma encendiendo unas luces.

La intuición de Gracia era correcta. Se encuentra en una casa de alto *standing* que le impresiona.

—Cuadrado, ¿adónde me has traído?

—A un lugar en el que no te buscará nadie.

—Pero... ¿de quién es esta casa? —pregunta ella, nerviosa.

—Conozco a los dueños. Mi mujer trabajó aquí durante años, era la *nanny* de la familia. Como te imaginas, no tienen preocupación por llegar a final de mes.

—¿Y no van a volver por aquí?

—Ahora están de viaje en las Seychelles. Yo tengo las llaves, me pidieron que pasara de vez en cuando a echar un vistazo y ver que todo está en orden.

Gracia observa el enorme salón decorado con gusto. Está segura de que esos cuadros que adornan las paredes cuestan una fortuna.

—Puedes estar tranquila y quedarte aquí unos días. No volverán hasta dentro de dos semanas por lo menos.

—Todo esto me parece excesivo...

—Pues ven, sígueme.

Cuadrado coge unas llaves de un armarito y sale de la casa. Ilumina el jardín con la linterna del móvil. Detrás de la villa hay una pequeña construcción. Cuadrado abre la puerta y entran.

—¿Qué te parece esto?

Mucho mejor, piensa Gracia. Es un *loft* de unos cincuenta metros, funcional, en el que se ve una pequeña cocina, una cama, un salón y un cuarto de baño.

—Aquí se quedan las visitas si quieren tener independencia. No necesitas siquiera pisar la casa principal. Hay wifi, un ordenador, una tele de la hostia... Y en los armarios comida enlatada y demás. Seguro que aquí estás bien.

—Cuadrado, gracias. Me estás salvando la vida —dice Gracia, apretando su brazo en un gesto de agradecimiento—. Nunca pensé que acabaría de okupa.

—¿Y qué vas a hacer ahora?

—Necesito pensar. Ahora mismo no sé ni por dónde empezar.

—¿Por qué no hablas con la Policía? Demuéstrales que no tienes nada que ver con lo de

Cobo. Tendrás una coartada para el momento del asesinato...

—No, no tengo coartada. Estuve sola por ahí, dando vueltas por la calle, pensando qué hacer con el asunto de la dimisión. Villaescusa me había puesto la cabeza como un bombo.

—¿Entraste en algún sitio? ¿Te encontraste con alguien?

Gracia sacudió la cabeza.

—¿Recibiste alguna llamada en el móvil? ¿O hiciste tú alguna?

—¿El móvil? ¡Qué va! Salí tan ofuscada que me lo dejé en la mesa.

No, de momento hablar con la Policía no es una opción que contemple. Además... Hay algo turbio e incriminatorio que tiene que descubrir y, desde luego, será más fácil hacerlo libre que encerrada en una celda.

—Tengo que volver a por Velasco o al menos estar por allí cerca para cuando me necesite. Tienes mi móvil; llámame para lo que sea.

—Tampoco llevo el móvil. Esta vez al menos me lo dejé a propósito, para que no me geolocalizaran. Pero no te preocupes, conseguiré uno. Ya has hecho bastante por mí. Te estoy muy agradecida. Una cosa más, mira a ver si oyes algo sobre el inspector Carrillo. Supongo que es él quien lleva el caso. No sé qué pinta él en todo esto. Me extraña que se haya dejado meter en esta mierda, me parecía un tío legal.

—¿Crees que lo han comprado?

—Solo sé que Cobo está muerto y quieren cargarme el marrón. No sé qué pruebas van a presentar ni cómo haré para demostrar que son falsas.

—Me pondré con ello, Gracia. Veré qué puedo sonsacar aquí y allá.

Capítulo 28

A Marcelo Fraga se le han quitado las ganas de ir al casino, pero lo último que quiere es ir a su casa, con su familia. Entra en un club que conoce bien. Un *gin-tonic* lo ayudará a quitarse el mal rollo que le ha dejado la reunión con el jefe superior de Policía. No hay otra; si quiere conservar el puesto tiene que tragar. El truco está en no pensar demasiado. Porque ¿de qué cojones sirven los principios? Los perdedores son tipos llenos de principios, ¿no? Él, al menos, no conoce a nadie que haya triunfado que los tenga.

—¿De qué quiere el *gin-tonic*? —le pregunta la camarera.

Estira el dedo índice y señala una botella.

Se fija en la chica. Le calcula una talla ciento cinco y unos veintitrés años. Tiene buen ojo Fraga, no suele equivocarse.

La ginebra G'Vine está cojonuda. Prefiere esa a la del pepino de los cojones. Pepino... El pepino es para el gazpacho, joder. Y si eso les gusta a los ingleses, pues para ellos. Por él, se pueden meter el pepino por el culo. A él le va bien con una rajita de limón, mucho hielo y el vaso perfumado.

—¿Así? —le pregunta la camarera, pasando el limón por el borde de la copa de balón.

—Así, guapa.

—¿Y qué tónica le pongo?

Mariconadas, piensa Fraga. Ahora todos parecen empeñados en que el *gin-tonic* sepa a cualquier cosa menos a *gin-tonic*. En lugar de un pelotazo parece que te estés tomando agua de colonia. ¡Si hasta le echan granos de pimienta! Y cardamomo, o como cojones se llamen esas bolitas, que si no te andas con ojo te las tragas.

La camarera le pone un platito con gominolas de colores. Fraga las mira consumo desprecio, saca el móvil y hace una llamada.

Mientras espera respuesta, piensa en Dumboa. Está metido en todos los saraos y con el bolsillo lleno. Un tío peligroso, sí. Pero eso de que le dé órdenes a él, no... Hijo puta. Que desaparezca la periodista, dice. Él, con meterla entre rejas, se da por satisfecho. Así habrá cumplido. Del resto no quiere saber nada. Que se arreglen ellos; ya encontrarán a alguien más interesado que él y menos comprometido.

Y respecto al inspector... Carrillo es joven, un tío que se toma muy en serio su trabajo. ¿Cómo va a hacer para quitarlo de en medio? No hay cosa peor que un tipo comprometido y con ganas de trabajar, joder. ¡Si hasta hace *footing* todas las mañanas! Y en su juventud fue una estrella del baloncesto. Lo quiso fichar el Real Madrid, pero una lesión lo alejó de las competiciones y se centró en la oposición.

Fraga habla con uno de sus hombres y le da el recado.

—Tengo que quitarme a Carrillo de en medio.

—¿Luis Carrillo? Ese va por libre.

—Sí, ya lo sé.

—¿Quieres que busque algo en su expediente?

—Sí. O habla con alguien que le conozca bien y nos dé pistas de por dónde pillarlo.

—Se ha separado hace poco.

—Pues habla con su ex. Eso da mucho juego.

Fraga sabe que todo el mundo es susceptible de ser jodido. Y Carrillo no es un santo... Seguro que le pueden buscar las cosquillas como a cualquier mortal.

—Pero, Fraga, todo eso lleva tiempo.

El jefe superior de Policía maldice por lo bajo. Coge un osito de color rojo y se lo lleva a la boca. Mala idea, se le pega a la muela y tiene que quitárselo con el dedo.

—Pues lo que no tenemos es tiempo. Puto oso... —farfulla tirando la gominola al suelo—. Así que tendrás que hacer algo.

—¿Y qué quieres que haga?

—Monta algo, joder. Búscate la vida. Yo solo sé que quiero a Carrillo fuera de inmediato.

Fraga cuelga la llamada. Da un trago al *gin-tonic* y respira profundamente.

Día 4, miércoles 16 de noviembre de 2016

Capítulo 29

Carrillo abre la puerta del despacho y se encuentra a Wilson, Simón y Rubirosa sentados en torno a su mesa. Tras lo sucedido el día anterior, se percibe tensión en el ambiente. Además, no está Pezuela para suavizar la situación. En fin, piensa.

—Buenos días —los saluda.

Estos le contestan igualmente.

Se despoja de la chaqueta y la deja sobre el respaldo del sillón giratorio. Enciende el ordenador y echa un rápido vistazo a los rostros serios de sus colaboradores.

—Inspector... —Carrillo se vuelve a su interlocutor, el policía Rubirosa—. Quiero pedirle...

—De tú, Rubirosa, somos un equipo.

—Ejem, quiero pedirte perdón por dejar escapar a la sospechosa. Nunca imaginé que aquella anciana pudiera ser ella.

Al inspector no le parece el momento oportuno para reprender su torpeza.

—En fin, Rubirosa. Ya has aprendido que hay que andar con mil ojos. Estoy seguro de que no volverá a sucederte algo así.

—Pero si no estaba en su casa, ni en la escalera...

—Pues en algún lado debía de estar. Quizás estaba en casa de algún vecino, no lo sé. Deberíamos interrogarlos, a ver qué nos dicen. Y ya que fuiste tú a quien se le escapó —dirige su mirada a un atribulado Rubirosa—, ocúpate de ello. Habla con todos.

—Eso haré.

—¿No han encontrado nada en el piso? —pregunta la oficial Simón.

Carrillo sacude la cabeza.

—Están los de la Científica examinándolo, pero no han dado con nada interesante por el momento. Tampoco con el móvil. Es extraño, las señales de triangulación indican que está allí, pero no lo han encontrado. ¿Y tú? —se dirige a Wilson—. ¿Tienes algo?

—Su ordenador está limpio. Solo tiene multitud de escritos, artículos... Las búsquedas en Google giran en torno a estos artículos o son de escaso interés. Nada raro ni que tenga que ver con la planificación de un crimen.

—¿Qué sabemos de la familia?

—Ni padres ni hermanos —dice Rubirosa—. Los padres fallecieron en un accidente de circulación ya hace diez años. Y tampoco se le conocen relaciones sentimentales.

—Aprovecha para preguntar sobre este tema a los vecinos. Si llevaba a alguien a casa, sus horarios y, sobre todo, si alguien la vio el domingo por la tarde. ¿Amigos?

—Un par de amigas con las que sale de vez en cuando. Hablaré con ellas —dice la oficial Simón.

—Pregúntales por el domingo. Si hablaron con ella o la vieron... Y hay que solicitar al periódico cuándo fichó, si lo tuvieron.

El inspector coge el cubo de Rubik que hay sobre su mesa y lo sostiene en la mano derecha.

—Wilson, te ocupas de los datos bancarios. Sus tarjetas están controladas, pero quiero saber si ha habido algún movimiento extraño en los últimos meses. Transferencias, ingresos que puedan llamar tu atención. También fíjate si realizó compras poco habituales... Y no estaría de más hablar con algún informante sobre falsificación de documentos. Quizá recurra a esa solución para poder moverse.

—Inspector, tengo noticias sobre la moto. No ha sido fácil dar con la matrícula. En las imágenes de la embajada no se veía, pero hemos encontrado imágenes de la moto y sus pasajeros en una grabación por la Castellana. Es robada, un tal... —Wilson acerca la cabeza a la pantalla del ordenador— Emilio del Pozo denunció el robo el viernes pasado.

—¿Has comprobado si el denunciante tiene antecedentes?

—Está limpio.

—También hay que contactar con los concesionarios de alquiler de coches o motos por si le diera por salir de Madrid. Si pudiésemos acceder a las plataformas de coches compartidos...

—Eso ya será más difícil, las tecnológicas no suelen compartir los datos —revela el informático.

—Por intentarlo que no quede. Por cierto, envíame un archivo con todas las notas de su ordenador que hagan mención a Cobo o a cualquiera que trabajase con él.

—Hay algo que me llama la atención... —dice Wilson—. ¿No te parece que ese crimen tan bien planificado es demasiado para una simple periodista?

—Sabemos que no actuó sola, puede haber más gente involucrada. De momento, vamos a seguir las pistas que tenemos y a ver adónde nos llevan.

Carrillo deja el cubo sobre la mesa, entrecruza los dedos y mira uno por uno a sus colaboradores.

—Y ahora, a trabajar.

Su equipo abandona diligente el despacho. Él vuelve a tomar el cubo y lo manipula con el ceño fruncido.

Capítulo 30

He vuelto a soñar con ellos. Soy pequeña. Soy una niña de cuatro años, o quizá menos. Soy la rubita de coletas, la niña con el vestido rosa de nido de abeja. La niña buena que come con la servilleta alrededor del cuello para no mancharse. Y estamos en la mesa, los tres, el cerdo, la cerda y yo. La cerda siempre está pendiente de mí. Me dice, come cielo, mastica, traga. Sus palabras acompañan cada uno de mis movimientos. La cerda era amable, tierna, dulce como el merengue. Yo la quería. ¿Cómo no iba a hacerlo si creía que era mi madre?

Come, come, come. Mastica, coge bien la cuchara. La sopa, la sopita. Cielo, la sopita no se sorbe. Así, límpiame los labios. Pero no me gustaba la sopa. Odiaba la sopa. Y odiaba que el cerdo, el que yo creía que era mi padre, fuera así de frío. Sus ojos miraban a mi falsa madre con algo que no entendía, algo a medio camino entre el enfado y la pena. Y cuando se dirigía a mí, en cambio, su mirada era de hielo. Me miraba con recelo, con desconfianza. Quizás ese fue el principio: su falta de cariño. Esa huella que iba asentándose en mi corazón y que nunca desaparecería.

Sí, ahí está el recuerdo de la niñita rubia que no quería la sopa, pero se la comía, despacio. El esfuerzo de tragar cada cucharada. Y me rebelo ante ese recuerdo, como ante muchos otros. Ahora que sé lo que sucedió, que veo con perspectiva mi vida, quiero cambiar esos recuerdos. Me digo, actúa, lucha, enfréntate. No importa que seas una mocosa de cuatro o cinco años. Ese no era tu sitio. Haz algo, por Dios.

E invento nuevos recuerdos para hacer soportable lo sucedido. Es así como la niñita de coletas reacciona y se arranca la servilleta del cuello. Cariño..., dice la cerda. ¿Qué haces?, me pregunta el cerdo. Y yo, la niña dócil y sumisa, tira la sopa contra la pared. En mi fantasía el cerdo se pone rojo. El cerdo grita que está harto y que el cinturón me va a enseñar a comportarme. La cerda llora.

La niña obediente se convierte en una terrorista doméstica. Y disfruto de esa rebeldía inventada, de la niña que, desafiante, miraba los fideos sobre el papel pintado del salón.

Capítulo 31

La cegadora luz del sol atraviesa el amplio ventanal. Gracia abre los ojos desorientada y vuelve a cerrarlos de inmediato. ¡Joder! El breve sueño en el que se ha sumido al final de la noche le ha hecho olvidar su situación. Está en el *loft* al que la llevó Cuadrado. Un espacio moderno y muy acogedor, pero en el que no hay persianas. Luego echará un vistazo por ahí, a ver si encuentra algún antifaz o algo por el estilo.

Echa de menos su móvil, sin él se siente perdida. No puede contactar con nadie, aunque tampoco sabría a quién acudir en su situación. Está bien jodida. Con el fin de evitar recrearse en pensamientos negativos, se levanta. Acusando la falta de descanso, se encamina hacia el baño y abre la ducha. Durante unos segundos juguetea con el grifo para templar el agua, pero ni rastro de agua caliente. Decide ducharse con agua gélida. Su cuerpo reacciona, tiembla, maldice, pero cuando sale de la ducha ha recuperado parte de su entereza.

Envuelta en un albornoz, trastea con el mando de la televisión. Mientras se viste, descubre con horror que la noticia está en boca de los tertulianos de las distintas cadenas que comentan el asesinato de Cobo y su mujer. Algunos apuntan que la resolución del crimen del que llaman «el abogado de la Iglesia» está próxima. Todos hablan de un sospechoso del que no ha trascendido nada. Aparecen imágenes de la entrevista al secretario del nuncio, que niega toda relación con el fallecido. Ya están limpiando sus huellas, se dice con rabia.

Pasea nerviosa entre las cuatro paredes. Ha de hacer algo, no puede esperar encerrada mientras su enemigo controla la situación y toma ventaja. Decide moverse, entrar en acción, como siempre ha hecho. Las llaves del garaje que hay sobre un cenicero de cristal la invitan a actuar.

Minutos después entra en el garaje, en el que hay diversos vehículos. Los observa. No sabe qué le parecerá a Cuadrado, pero no se le ocurre otra forma de salir de allí. No está en situación de elegir. Teniendo en cuenta que la Policía la busca por asesinato, coger prestado un vehículo no le parece nada destacable. Además, con un poco de suerte, lo devolverá más tarde.

Gracia elige una reluciente Kawasaki Z con las llaves puestas. Entre los cascos que hay en una estantería se decide por un modular que le parece de su tamaño. Se lo pone; le queda bien. Y ahora, ya subida a la moto, arranca y sale con ella. Se concentra en dominar un modelo al que no está acostumbrada.

La carretera de La Coruña es un hervidero de coches dirigiéndose a Madrid. La rutina, piensa al ver a los conductores que bostezan y aprietan el volante con un gesto mecánico de resignación. El atasco, los bocinazos. Al atravesar la zona universitaria ve a los estudiantes caminando con paso raudo y recuerda los tiempos de la facultad, cuando tenía el propósito de comerse el mundo. Ahora, sin embargo, el mundo está a punto de comérsela a ella.

Gracia pega un acelerón mientras atraviesa la Moncloa y asciende por Cea Bermúdez. Al parar en un semáforo para tomar Reina Victoria, un perro salchicha decide utilizar su rueda para

miccionar, y se le corta la meada cuando la moto acelera. Dobla Cuatro Caminos y sorteando la populosa Bravo Murillo. A la altura del metro de Estrecho deja la moto frente a una cafetería, llena de gente en su hora punta.

Gracia echa de menos su móvil para buscar en Google dónde se encuentra la iglesia pentecostal de la que le habló Cleofás. Observa a los viandantes y decide parar a una mujer de mediana edad, que ha salido de un portal. Le pregunta por la iglesia en cuestión.

—Pues mire, hay varias iglesias de esas en el barrio. Creo que tres.

Tres, se dice asombrada. Probablemente, el número de iglesias es considerablemente superior al de centros de salud, teatros, piscinas públicas..., no digamos ya al de bibliotecas. El ser humano no deja de sorprenderla.

—La más conocida es la iglesia de la calle de La Coruña.

La señora le indica cómo ir y Gracia le da las gracias.

El local al que se acerca en tiempos debió de ser una tienda. Se detiene ante una gran cristalera donde se alternan mensajes de alabanza, con frases extraídas de un manual de autoayuda. Gracia decide entrar. Una mujer de unos cincuenta años, vestida con una bata de tergal gris, limpia el suelo con una fregona. Gracia procura pisar con cuidado.

—Está cerrado, ¿no lo ve? —eleva la vista la mujer de ojos cansados.

—Lo sé. Solo quería preguntar.

—El servicio es el domingo. Este habrá merienda, por si quiere apuntarse.

—Tan solo quería saber si...

En ese momento, un hombre de elevada estatura, vestido con un traje cruzado pasado de moda, irrumpe en la sala. La mujer recoge la fregona, el cubo y se va, obedeciendo una orden que no le ha sido dada.

—¿Viene usted a apuntarse al servicio?

—En realidad venía a hablar con usted, si es tan amable —contesta Gracia, fingiendo una falsa modestia.

—Por supuesto, siéntese. La labor principal de un pastor es escuchar a los feligreses. Dígame, hija, ¿en qué puedo ayudarla?

Capítulo 32

Carrillo se sienta frente a la taza de café humeante. Lleva la corbata suelta y entretiene sus manos moviendo a toda velocidad las piezas del cubo de Rubik. El inspector se relaja realizando las combinaciones oportunas hasta que los colores coinciden y pone así orden en la previa anarquía cromática. El cubo de Rubik posee más de cuarenta y tres trillones de posibles combinaciones y se llama «el número de Dios» a la cantidad de movimientos mínimos que se requieren para resolverlo.

Carrillo sucumbe al reto de realizar la gesta en el menor tiempo posible, mientras escucha, a través de sus potentes cascos, la *Quinta* de Mahler. A su lado pasa un grupo de policías a los que saluda con un breve movimiento de cabeza. Sobre la mesa, y al lado del café, descansan un fajo de documentos a los que echa un vistazo de vez en cuando. Su cabeza va en mil direcciones diferentes. Busca, intenta encontrar algo, cualquier cosa que llame su atención. Él funciona así, espera que se abra la espita del gas de su incandescente cerebro.

El bar Polluelo se encuentra frente a la comisaría. Es un local frecuentado por los policías para desayunos y comidas, pero sobre todo acuden a él tras la jornada de trabajo. Se saludan, se ríen y toman sus cervezas ante la mirada del señor Polluelo, un viejo pastor extremeño que vino a hacer fortuna a la capital, junto a su esposa, que se ocupa de la cocina y charla a menudo con los agentes. El bar está decorado con banderas del equipo del Extremadura de Almendralejo.

—¡Polluelo! ¡Un café para llevar!

Polluelo farfulla algo de que él no es el *Estarbaks* de marras, mientras llena el cacillo de la cafetera.

El trasiego de clientes es continuo, y el dueño atiende la barra y las mesas repletas. En la del extremo, Carrillo, solo, siguiendo las notas de la sinfonía que tan bien conoce y que le aclara la mente, deja el cubo de Rubik perfectamente armado y se lleva la taza de café a los labios.

En ese momento, la subinspectora Pezuela hace su entrada en el concurrido bar. Bromea con un par de jóvenes policías y con un gesto pide una Coca-Cola a la mujer de Polluelo. Se acerca con el vaso a la mesa donde está su jefe. Le quita delicadamente los cascos.

—¡Inspector! ¡Hora de regresar al mundo!

Carrillo se vuelve.

—Siempre tan sutil, Pezuela —sonríe.

—¿Ya estamos en la tierra?

—Menos cachondeo, subinspectora.

—¡Polluelo, ponme una tapa! —dice Pezuela, dejando un montón de papeles en la mesa.

—¿Has encontrado algo? —le pregunta el inspector.

—Llevo toda la mañana con el crucifijo y... ¡Mira! ¿A ver qué te parece? He dado con un caso de hace unos meses, en Valladolid.

Pezuela le da a Carrillo una fotografía. El inspector, impresionado, mira fijamente la imagen.

Intenta ocultar el desagrado que le produce.

—¿Una monja?

—Carmen Pradera. Sor Carmen —dice Pezuela.

—¿Y las manos?

—Aparecieron dentro de una bolsa de deporte, debajo de la cama.

Pezuela deja una segunda foto sobre la mesa. En esta se puede ver el crucifijo sobre el sudario que cubre el cadáver. La subinspectora señala el crucifijo y le da golpecitos con la uña.

—¿Te suena?

El inspector examina la fotografía, mientras el dueño del bar se acerca a la mesa y deja un platito.

—Me encantan las tapas veganas —dice Pezuela, mirando la oreja a la plancha.

—Parece el mismo modelo que apareció en la casa de Cobo —dice Carrillo.

—¿Y a que no sabes lo que pone en el dorso?

—Me lo puedo imaginar. «Memento mori» de nuevo, ¿no?

Pezuela asiente.

—Tu intuición era acertada —le dice al inspector—. Lo de El Viso no es un asesinato aislado. Al menos hay otro relacionado... Y así, de primeras, está claro que las víctimas de ambos casos tienen en común la Iglesia.

—¿Has descubierto algo más?

—A pesar de lo llamativo del caso, no se habló apenas de él. Y no prosperó. El caso se cerró sin hallar al culpable.

—¿Y qué sabes de ella?

—Fue rectora en el convento de las Cruzadas Evangélicas, y trabajó en el hospital de las monjas de Valladolid en los años setenta y ochenta.

El inspector permanece con la vista clavada en la foto. Le impresiona la amputación de las manos. Y ahí está, la firma del asesino, ese crucifijo con su leyenda grabada en él: «Recuerda que morirás».

—Esto huele mal, Carrillo.

—Todo asesinato hiede —musita el inspector, desarmando de nuevo el cubo de Rubik—. Toda muerte violenta obedece a un motivo, igualmente violento. Pero por ahora es como buscar una aguja en un pajar. Si te parece bien —eleva la vista—, te vas hoy mismo a Valladolid.

—Espero que esta vez tenga un hotel decente. Con el tema de los recortes, un día de estos me toca dormir en un albergue juvenil con el baño compartido.

—No te preocupes. Yo me encargo de que así sea.

—¿Qué quieres que haga exactamente?

—Echa un vistazo, da una vuelta, no demuestres tampoco demasiado interés... E intenta hablar con el inspector que llevaba el caso.

—Eso va a ser difícil.

—¿Por qué? ¿Ya no trabaja allí?

—Por lo que he podido saber, está muerto. Kaput.

—Joder, se nos cierran todas las puertas. Pero da igual, pásate por comisaría. Pide hablar con alguien que esté al tanto del caso. Y no dejes de ver a la viuda.

En ese momento, un policía veterano se acerca a la mesa y propina un amistoso golpe en la

espalda del inspector.

—Me alegro de verte tan concentrado, Carrillo. Ya sé que te ha caído el caso del abogado. ¿Alguna novedad? —inquieta mirando sin disimulo las fotografías desparramadas sobre la mesa.

Pezuela, con gesto pudoroso, las recoge.

—Estamos muy al principio —comenta Carrillo.

—¡Bueno, bueno! —se excusa el policía ante el gesto de Pezuela—. Que a mí ni me va ni me viene...

Se produce un silencio tenso interrumpido por un vaso que se estrella contra el suelo. El dueño del bar maldice la impericia de los policías, mientras barre los restos con la escoba. Cuando el policía se aleja, Pezuela se fija en la expresión del inspector.

—¿Y qué estás pensando ahora?

—En que este asunto de la monja nos sitúa en el peor de los escenarios.

—No entiendo qué quieres decir.

—Que no hay dos sin tres. Si es el mismo asesino, y el crucifijo así lo sugiere, volverá a matar, no me cabe ninguna duda.

Capítulo 33

Hay novedades en la casa de acogida, y Lucía no tarda en enterarse. Han llegado unos críos nuevos; dos hermanos. La niña tiene unos doce años, el niño alguno menos. Su madre está en el hospital y el padre detenido, a la espera de juicio. La noticia salió en el telediario. Lucía no suele ver el telediario, le aburre. Prefiere los *realities*, sobre todo aquellos en los que hay amor y sexo, y lo que ella considera glamur.

Lucía escucha atentamente.

Las historias de los chavales que llegan a la fundación no son precisamente amables, sino tristes, duras, deprimentes. Los que acaban allí no tienen familiares que se hagan cargo de ellos. O, si los tienen, se desentienden. Chicos abandonados, vulnerables. Carne de cañón, como la propia Lucía. Pero ella ya no se siente una víctima; Dumboa la protege. La mierda que Dumboa le ha metido en la cabeza hace que incluso se considere afortunada.

Lucía se encuentra a los hermanos en el comedor. Se sienta a cierta distancia de ellos y los observa. La chica, Irene, tiene el pelo rubio, ondulado, los ojos claros. Llama la atención su aspecto entre el resto de los chicos de piel morena y pelo negro. Es distinta, piensa. Se ve en la forma de coger el pan tostado y llevárselo a la boca. Una señorita. Tiene a mano una servilleta de papel que utiliza una y otra vez para limpiarse los labios y la comisura de la boca.

La señorita delicada está pendiente del chico. El crío no es tan guapo como ella; de hecho, ni siquiera se diría que son hermanos. Se enterará más tarde de que Carlos se parece al padre. En cambio, Irene es muy parecida a su madre, Doina, una mujer rumana que llegó a España adolescente, creyendo que aquí podría cumplir sus sueños. Sueños que se han ido desmoronando uno tras otro.

Lucía cambia de mesa, se sienta con los recién llegados. Los saluda y se presenta. Descubre que son tímidos, sobre todo el niño, que la mira de refilón.

—¿Qué os parece este sitio? Está bien, ¿no?

—Sí, pero vamos a estar aquí muy poco tiempo —dice Irene.

—¿Ah, sí? Tenéis suerte. Yo llevo aquí muchos años.

—Cuando mamá salga del hospital volveremos a casa —dice el niño.

—A casa o a otro sitio. Todavía no sabemos bien adónde —le corrige Irene—. Pero sí, nos iremos de aquí.

—¿Está bien vuestra madre?

—Sí, se está curando. En cuanto esté mejor nos dejarán verla... —dice el niño.

—Lo importante es que se ponga bien.

Carlos ha acabado de desayunar.

—Ve a limpiarte las manos —le dice su hermana—. Y la cara. Tienes un bigote de ColaCao.

Lucía e Irene se quedan solas.

—La vida es dura —dice Lucía—. Seguro que delante de él te haces la fuerte, pero por

dentro...

A Irene se le llenan los ojos de lágrimas. Sí, se siente así precisamente. Con Carlos finge, pero luego, a solas, tiene miedo de que las cosas no salgan bien y se intenta preparar para lo que les espera.

—Sin embargo, a veces la vida te da sorpresas. Mírame a mí. Yo he tenido suerte.

Irene no entiende.

—Tengo a alguien que me ayuda. Se preocupa por mí.

La cría piensa en Doina.

—Yo tengo a mi madre. Es ella la que nos cuida y pronto se pondrá bien y volveremos a estar los tres juntos —dice la niña.

Irene intenta parecer segura, pero tiene los ojos brillantes. El ligero temblor de su barbilla revela que ya ha aprendido que una cosa son los deseos y otra los zar pazos que la vida asesta por sorpresa, cuando menos te lo esperas.

Capítulo 34

El hombre la invita a sentarse en un banco corrido. Gracia puede ver a su alrededor multitud de imágenes religiosas de escasa calidad. No es que ella entienda mucho de arte, pero esas figuras le hacen pensar en un bazar chino, o quizás en un puesto del Rastro.

—Alabado sea nuestro Señor —dice el hombre al percatarse de la mirada de Gracia.

—Alabado sea —contesta ella.

A pesar de considerarse atea, Gracia estudió en un colegio religioso y su padre era un hombre de férreas creencias.

—Él es el depositario de la verdad y de la justicia. Quien busca su refugio lo encuentra —dice el pastor, poniendo los ojos en blanco—. Si quiere usted incorporarse a nuestra comunidad, será bienvenida.

—Muchas gracias, padre, pero...

—Pastor, llámeme pastor.

—Solo he venido a preguntar por una persona. No sé si será un feligrés al uso, probablemente no, pero creo que ustedes lo conocen. Toca el saxo en sus celebraciones, o al menos eso me dijo.

—Se refiere al viejo Cleo —dice el pastor con rotundidad.

Los ojos de Gracia se iluminan con el brillo de la esperanza.

—Sí, efectivamente, busco a Cleo.

—Ese hombre... —El pastor sacude la cabeza y entrecierra los ojos—. Tengo que decirle que es un alma perdida.

Ahora, además, un cuerpo perdido, piensa Gracia. Le hartan los sermones, pero asiente para darle coba al pastor.

—Confío en que un día retorne al camino recto. Y rezo por él, como rezo por todos los que forman parte de nuestra congregación.

—¿Y sabe usted dónde puedo encontrarlo? —pregunta Gracia.

El pastor vuelve a sacudir la cabeza, elevando los brazos al cielo. Se ve que le encanta actuar.

—Hace tiempo que no le veo. Se comprometió a venir todas las semanas, pero está claro que su alma es débil. Y un poco negra, aunque espero que no tanto como su piel... Es un ser frágil, que cae con facilidad en las tentaciones.

Gracia se muerde los labios. Todo ese rollo para nada, piensa. Se levanta del banco y se dispone a despedirse.

—De todos modos, inténtelo en el metro de Gran Vía. Suele tocar allí.

—Le agradezco su atención —dice Gracia.

Pero es solo palabrería. El pastor le cae gordo y encima no le ha servido de nada. Lo malo es que no tiene ni idea de cómo dar con Cleofás. Y una vez más se pregunta si su amigo estará bien. El recuerdo de la sangre en el saxofón le provoca un escalofrío.

Tras despedirse del pastor, Gracia se dirige a la salida. Escucha unos pasos tras ella.

—¡Señora!

Cuando se vuelve, se encuentra con la mujer de la limpieza.

—Perdone, pero yo... ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Claro. Dígame.

La mujer parece dudar. Gracia espera a que se decida, impaciente.

—Se parece usted a ese viejo músico americano, ¿verdad?

Gracia alucina. El perfil de la señora no le hace pensar precisamente en una aficionada al jazz.

—Ya sabe a quién me refiero, ¿no? ¿Cómo se llama?

—Chet Baker —contesta Gracia.

—Eso, Baker —dice contenta.

—¿Le gusta?

—A mí... Bueno, la verdad es que no le he escuchado en mi vida. Pero eso es lo de menos.

Venga conmigo —dice dejando la fregona y el cubo en una esquina. Gracia no reacciona.

—¡Venga, mujer! Tranquila. Solo quiero enseñarle algo.

Capítulo 35

La subinspectora Pezuela colecciona los frasquitos de los hoteles. Este, en el centro de Valladolid, no se distingue por la exquisitez de los útiles de baño. Si no se distingue el champú del gel, murmura mientras contrae los párpados para leer la etiqueta. Pero es que Carrillo es extremadamente puntilloso con los gastos y no quiere que nadie albergue la mínima sospecha sobre su integridad y la de su equipo.

Al menos, se dice, la habitación está limpia y la cama parece cómoda.

Decide ir de paisano. Se quita el uniforme y se pone unos vaqueros. Para atárselos tiene que tumbarse en la cama. A pesar de andar cerca de los cuarenta y cinco, el gimnasio la ayuda a mantener el tipo. Le gusta estar en forma. Y así se nota menos la diferencia de edad con su novia, casi una década más joven.

Repasa mentalmente lo ordenado por el inspector y decide empezar por visitar a la viuda. Carrillo confía en ella, en su perspicacia y en su don de gentes. Frente a la torpeza y excesiva sinceridad con la que el inspector se dirige a la gente, ella ofrece la complicidad necesaria para conseguir información. Si Carrillo es Holmes, ella es Watson. Pero un Watson más listo, simpático y con mejor tipo, nos ha jodido, se dice.

El frío castellano la recibe al salir a la calle. Para un taxi y le da la dirección al taxista. El coche deja atrás el centro de la ciudad y se dirige a uno de los barrios residenciales que surgieron a finales de los noventa. Su destino es una colonia de chalés adosados, todos iguales, separados por setos de arizónicas que preservan la escasa intimidad.

—Ya hemos llegado.

El taxi se ha detenido frente al número 24 de la calle de Formentera.

Pezuela abona el importe al taxista y sale del auto. Lo ve alejarse, mientras se dirige a la puerta. De puntillas puede ver el patio delantero de la casa, en el que hay un par de arbolitos que nacen en un pequeño parterre. El resto del suelo ha sido solado.

Llama al telefonillo. Escucha una voz, casi afónica, que pregunta quién es. Pezuela se presenta y pide ver a la viuda del inspector Fragoso. Tras unos segundos, un zumbido anuncia la apertura de la puerta. Pezuela la empuja y entra. Cruza el patio, a la vez que una mujer de unos sesenta y cinco años se asoma a la puerta de la casa.

—Buenas tardes —dice—. Pase, pase.

La mujer lleva una bata de felpa y zapatillas.

—Perdone, no esperaba a nadie. Estaba viendo mi serie —se disculpa, apagando la televisión—. Siéntese, por favor. ¿Quiere tomar algo?

—No se preocupe —dice Pezuela, observando la sala.

La casa ordenada y funcional le hace pensar que la viuda vive sola. Una labor de punto de cruz que descansa sobre la mesa le revela una de sus aficiones para combatir la soledad.

—No quiero molestarla; serán solo unos minutos. Quería preguntarle por su marido... Pero

en primer lugar quiero darle el pésame —dice Pezuela.

La mujer mueve la cabeza lentamente. Su rostro se nubla; todavía está de duelo.

—Sucedió por sorpresa. No nos lo esperábamos —desvela—. Nunca pensé que mi marido pudiera hacer algo así.

A Pezuela le saltan las alarmas.

—Si quiere hablar de ello... —le dice para tirar de la lengua a la mujer.

—Estaba preocupado, nervioso, pero de ahí a lanzarse a la vía del tren...

Pezuela no oculta su sorpresa.

—Fue una depresión.

—¿Había tenido problemas psicológicos anteriormente?

La mujer sacude la cabeza. No, al menos que ella supiera.

—Fue un golpe muy duro, todavía no me he recuperado... —La mujer se aprieta las manos, desconsolada—. Pero dígame, ¿qué puedo hacer por usted?

—Estamos investigando un asunto que puede tener relación con el caso en el que estuvo trabajando su marido antes de fallecer. Buscamos alguna posible conexión.

—No creo que pueda ayudarla. Él era muy reservado con esas cosas.

—Lo entiendo, pero quizá pueda decirme qué impresión le daba a usted. Cómo le afectó el caso, cómo se comportó esos días... Cualquier cosa que pueda decirme puede ser de ayuda.

—El trabajo se queda fuera, solía decir al entrar en casa. Veía cosas terribles, como usted, imagino. Según él, la maldad humana no tiene límites. Y no quería que a mí me afectara.

—Lo entiendo. De todos modos, si recuerda cualquier detalle, algo que pueda impulsar la investigación, no dude en llamarme.

—Por supuesto.

—No la molestaría si no fuera necesario, pero puede haber vidas en peligro.

La viuda se estremece.

—Muchas gracias por atenderme —dice la subinspectora, levantándose.

La mujer, cabizbaja, la acompaña a la puerta. Pezuela se despide y baja los tres escalones que dan al patio delantero.

—Nosotros... Teníamos nuestros planes —dice la mujer.

Pezuela se vuelve. Siente lástima por ella. Allí sola, en la puerta, le parece aún más pequeña.

—Le faltaba poco para jubilarse, dos años... —parece a punto de soltar un quejido, pero se contiene y continúa con esa voz casi afónica que revela que habla poco—. Nos habíamos comprado una casita en Alicante, cerca del mar. Tenía sus sueños... Quería pasar allí los inviernos, hacer gimnasia en la playa por las mañanas, adoptar un perro, aprender a cocinar. Le encantaba MasterChef —confiesa, y se le humedecen los ojos.

La subinspectora abandona la casa acongojada. La angustia de la viuda se le ha contagiado. Sin perder tiempo, llama a un taxi para volver a Valladolid.

Los suicidas no hacen planes de futuro, se dice mirando por la ventanilla del coche. Carrillo tiene razón. Hay algo turbio en todo lo relacionado con el caso.

Capítulo 36

Un Bentley negro atraviesa la ciudad a la velocidad del rayo. Las manos de Dumboa reposan sobre sus piernas. Inconscientemente juguetea con los dedos que rozan una y otra vez el pantalón que esa misma mañana le han enviado de la mejor sastrería de Savile Row.

—Como no aminoras —le dice al conductor—, el cielo va a tener un beato más. Y me quedan muchas cosas que hacer antes de entregar el alma al Altísimo.

Cuando llegan al destino, espera a que el chófer abra la puerta y desciende del vehículo. Se apoya en el bastón que le sirve de báculo desde que se rompió la cadera en una caída fortuita. Las diversas operaciones no han ido bien, el dolor y la cojera lo demuestran.

Menudo edificio de mierda que se han buscado, piensa mientras se acomoda el traje. El Palacio del Nuncio tenía más empaque.

La nueva nunciatura es un edificio moderno que no tiene nada que ver con el clásico palacio, donde vivieron todos los embajadores vaticanos hasta el final del pasado siglo. La funcionalidad y el deseo de no aparentar obligó a la Iglesia a trasladar la sede, ante el evidente fastidio de los fanáticos preconciliares que no entendían tal sacrificio para contentar a la plebe.

En la puerta, un seminarista imberbe le corta el paso.

—Perdón..., ¿tiene usted cita?

Guillermo Dumboa se limita a mirar de arriba abajo al descarado mocoso.

Él puede presentarse allí cuando le dé la gana. Y eso es lo que ha hecho, al ver que el cardenal no daba el paso de llamarlo, después de haber pasado varios días desde el asesinato de Cobo. No le gusta ese silencio en el que se ha sumido, como si lo del abogado no fuera con ellos.

Dumboa aparta con la mano al seminarista y sigue su camino por los pasillos de la nunciatura con el bastón calado, la mirada fija, y el gesto nervioso de quien está preocupado.

Un prelado de rostro sanguíneo se desabrocha el alzacuellos para dar oxígeno a su abultado cuello.

—Don Guillermo, cuánto honor. Pase, pase al despacho.

El magnate pasa a una amplia sala presidida por la foto del Papa. Este de ahora no es de su devoción, pero como cristiano ha de aceptar los designios de Dios. Es el único Papa con el que no ha podido hablar, pese a todo el dinero que se ha dejado en la Iglesia y su aportación para la construcción de la catedral. Si él no hubiese puesto sus arquitectos y su cuadrilla de obreros, duda mucho de que se hubiera llegado a terminar.

Allí se encuentra con el secretario del cardenal, acompañado de otros dos hombres.

—Don Guillermo, un placer, como siempre —le dice este, ofreciendo su mano fofa como saludo.

Dumboa no devuelve el saludo.

—No perdamos tiempo, quiero ver al cardenal.

—Tendrá que esperar un poco... El teléfono no deja de sonar y el cardenal está atendiendo

llamadas muy importantes.

Dumboa observa al par de prelados que se sientan enfrente; el adjunto al obispado y el secretario judicial, que es el que se entiende con la Policía.

—¿Quiere tomar algo?

—Un Chianti estaría bien.

El secretario chasquea los dedos y se presenta un joven nervioso presto a obedecer.

Dumboa taladra a sus interlocutores con la mirada.

—Saben por qué estoy aquí, ¿verdad?

Los tres asienten.

—Estamos consternados por la desgracia que han sufrido Jaime Cobo y su esposa —apunta el secretario con el rostro grana.

—Sí, una tragedia —confirma el adjunto—. El señor Cobo era un símbolo en esta casa.

Dumboa tamborilea con los dedos en la mesa de roble.

—No solo un símbolo —apunta—, era el que nos sacaba de todos los líos. El abogado defensor que Jesucristo hubiese querido tener en el Gólgota.

El secretario judicial deja escapar una risilla que reprime ante la mirada glacial de Dumboa.

El joven regresa a la estancia y deposita la copa de Chianti en la mesa, para salir de inmediato.

En ese momento, el cardenal entra en la sala. Todos se levantan. Cuando el cardenal se sienta, lo imitan. Tras saludar a los presentes, el cardenal toma la palabra.

—Corren malos tiempos. Todavía me pregunto cómo ha podido suceder algo así.

—Alguien se ha adelantado a Dios llevándose por delante la vida de nuestro querido Jaime —afirma Dumboa.

—Un asunto terrible... —dice el cardenal—. Me preguntaba si usted imagina quién está detrás de todo esto.

—Tengo mis sospechas —recela Dumboa—. Y estoy dispuesto a averiguarlo.

El cardenal se dirige al resto de los presentes.

—¿Nos pueden dejar solos un momento?

Una vez que han abandonado la sala, el cardenal acerca la silla hasta encontrarse a escasos centímetros de Dumboa, cara a cara.

—Por desgracia, no es el primer ataque que sufrimos.

—No, no lo es, pero esperemos que sea el último. Voy a poner todo de mi parte para descubrir quiénes han realizado semejante salvajada y encargarme de esos malnacidos.

—Espero que así sea. La presión es enorme —indica el cardenal.

Dumboa chasquea la lengua.

—Soy cristiano viejo y hombre de fe. Siempre he ayudado a la Iglesia con mi dinero y mi poder. Cuando ha habido problemas, ahí estaba yo para solucionarlos. Por eso quiero oír de su boca que están conmigo en este desgraciado asunto.

—Escúcheme, Dumboa. Hablo en nombre de la Iglesia, no en el mío propio. No queremos que se nos relacione con Cobo y una investigación que probablemente destape aspectos, digamos, incómodos para nosotros.

Dumboa traga saliva.

—Usted lo entiende, ¿verdad?

Dumboa se frota las manos, nervioso, y respira pesadamente antes de continuar.

—Solo sé que he sido un hombre generoso y he compartido mis beneficios con muchos otros. ¿Sabe de lo que le hablo? Beneficios económicos y de todo tipo. Cuando necesitaban algo, era a mí a quien recurrían, por tanto, es justo que... Ya me entiende.

Dumboa coge la copa y da un largo trago. El alcohol le da fuerza.

—Este castillo de naipes puede desmoronarse de un momento a otro. Pero no soy solo yo quien tiene las de perder, y eso deben tenerlo claro.

Al cardenal no le gustan las palabras de Dumboa. Se remueve en su asiento y aprieta las manos que tiene cruzadas sobre la tripa.

—Entiendo lo que dice, aunque no lo comparto. Trasmitiré su mensaje, de todos modos.

—Y yo, por mi parte, me haré cargo del asunto.

El cardenal no pregunta nada más. No quiere saber. Esa es la consigna que le han dado, mantenerse apartado de Dumboa.

Este entiende, ante el irritante silencio de su interlocutor, que la conversación ha llegado a su fin.

Definitivamente, reconoce con rabia, los tiempos han cambiado.

Capítulo 37

Ángela, la mujer que limpia la iglesia pentecostal y atiende al pastor, lleva a Gracia a su casa. Esta la sigue, sin llegar a entender qué está sucediendo tras la extraña conversación mantenida sobre Chet Baker. Su destino se encuentra a dos manzanas, en la segunda planta de un edificio antiguo sin ascensor. Tras ascender por la escalera, abre la puerta. Huele a comida; Ángela la ha dejado preparada antes de ir a trabajar.

—Adelante —le dice la mujer.

Gracia entra, no sin cierto reparo.

La casa es modesta, tiene muebles baratos, pero está limpia como la patena. Se escucha el sonido de un televisor que proviene de una salita. Ese es su destino.

—¡Cleofás! —exclama Gracia.

El músico está sentado en el sofá, frente a una mesita sobre la que se pueden ver unas cuantas latas de cerveza vacías.

—Miss Baker, te estaba esperando —le dice sonriente.

—¿Cómo estás, viejo amigo? ¡Me has dado un susto de muerte! —Gracia se sienta a su lado.

—A mí sí que me han dado un susto.

Ángela se va a su dormitorio y los deja solos para hablar.

—Cuéntame qué ha sucedido.

—Estaba en el hostel echándome un jinetazo de *coñá* y de pronto empiezan a golpear la puerta, los muy cabrones. Yo, pensando quién me iba a jeringar en ese momento, voy a abrir y... ¡Por los clavos de Cristo! El hombre de la otra vez, el mismo comemierda que me dejó las costillas hechas pulpa, y no parecía contento.

—¿Qué hombre?

—El de la paliza, miss. El mismo huevón. Pero Cleofás es un tipo duro. El cabrón me da una trompada en el narigón —dice el músico, gesticulando—, pero yo agarro el saxo con los garfios y... ¡Bum! Se lo estampo en la jeta al compay. Y empiezo a correr, mientras él se limpia la sangre de su cara de mastuerzo.

—Estaba asustada. Pensaba que...

—Tranquila, miss. Solo fue una trompada en la napia, él se llevó la peor parte con el saxofón —ríe soltando una carcajada.

Cleofás le cuenta que salió del hostel y corrió para huir de su atacante.

—Entré en un club.

—¿Un club?

—Una sala gay, en Chueca, miss. De osos. Todos barbudos y barrigones. No sabía que el viejo Cleo todavía tiene *sex-appeal*. Un buen trozo de carne tostada para los farifos —dice soltando una risita.

El músico salió una hora más tarde. Caminó hacia la plaza de Bilbao y allí cogió el metro.

—¡Diantre, qué chavienda! No sabía dónde acudir, miss. Pero pensé en la iglesia pentecostal. Tenía que preguntar por la mucama... Pero se me ocurrió que, con tu cráneo privilegiado, recordarías lo hablado y podrías encontrarme aquí.

—Bien hecho, Cleo.

Aunque el pastor no estaba en la iglesia, encontró a Ángela, a la que conocía de sus visitas para tocar.

—Mi dulce Ángela, suave como el arropo —dice el músico, mirando a la mujer que ha regresado a la salita y que ahora lleva el pelo suelto y unas mallas negras.

Cleo canturrea «Angie», la canción de los Rolling Stones, y pone los ojos en blanco al dedicársela a su amiga. A fin de cuentas, se trata de una hermosísima canción de amor.

La mujer sonríe. Se percibe cierta complicidad entre ellos que no escapa a la mirada escrutadora de Gracia. Se pregunta si esos dos...

—Cleo tiene muchos amigos, miss —le dice el músico, leyéndole el pensamiento—. Ahora cuéntame tú.

—Todo se ha complicado —reconoce Gracia, sacudiendo la cabeza.

La periodista le explica las últimas horas, desde la huida de su propia casa hasta que se había instalado en el chalé al que la había llevado Cuadrado.

—Por una vez estás más jodida que yo.

Tiene razón, Gracia nunca hubiera imaginado una situación así. Pero tampoco se puede decir que la situación del músico sea envidiable. Cleofás no puede volver al hostel ni a tocar en el metro, por si el matón que lo atacó sigue buscándolo.

—Ángela me ha dicho que puedo quedarme aquí sin problema. Te puedo prestar plata, Gracia —ofrece Cleo, y saca el dinero que ella le dio del bolsillo.

—Te lo agradezco. No me atrevo ni a ir al cajero ni puedo volver a mi casa. Pero en cuanto esto se solucione te lo devolveré.

—Cuando se arregle, me compras un saxo.

—Cuenta con ello.

—Un Yamaha nuevito, con su dorado recién pintado.

—Un Yamaha, para que toques como los ángeles.

—Por los clavos de Cristo, Gracia. ¿Y ahora qué?

Tienen que avanzar como sea. Quedarse quietos es lo más parecido a cavar su propia tumba.

—Ángela iba a conseguir el número de Estela, la criada de Cobo —dice Cleo.

—He estado limpiando el despacho del pastor y, casualmente, he encontrado el dietario en el que apunta sus cosas —dice la mujer, con una sonrisa pícar—. Tiene controlados a todos los feligreses. Aquí está —dice sacando un papel del bolsillo en el que hay un número de teléfono.

—¿Puedes llamarle? —le pide Gracia.

—¿Yo? ¿Quieres que le llame yo? —Ángela no oculta su sorpresa.

—Sí. Llámale desde tu teléfono. Dile que estabas preocupada por ella, que has oído decir que trabajaba para Cobo y tras las últimas noticias...

Ángela consulta con Cleofás, que asiente, así que marca el número. Seis tonos después, alguien contesta. La mujer se presenta y mantiene la conversación acordada.

—¡Qué susto debiste pasar, Estela! Es horrible...

Ángela asiente mientras escucha a su interlocutora.

—Menos mal que a ti no te ha pasado nada.

Y Estela habla, nerviosa.

—Espero verte por aquí pronto —le desea Ángela—. ¡Ah! No me digas... ¡Qué sorpresa!

Gracia y Cleo se miran con curiosidad.

—Bueno... Espero que te vaya bien.

Cuando Ángela corta la llamada, les da la noticia.

—Estela se vuelve a Colombia. No quiere permanecer en España ni un minuto más.

Gracia vuelve a sentir esa sensación de vértigo que la ha acompañado los últimos días. Todo pasa muy rápido y fuera de control.

—Tenemos que hablar con ella —dice.

—Me ha dicho que coge el avión mañanita mismo.

Ahora es Gracia quien interroga a Cleofás con la mirada. Este asiente. Sabe lo que la periodista espera de él.

—No te preocupes, miss. El viejo Cleo siempre está listo —dice guiñándole un ojo—. Todo sea por el nuevo saxo.

—Tengo que pedirte algo más —solicita Gracia—. Necesito un teléfono móvil.

—Sin problema.

—Y dime cuándo nos volvemos a ver y dónde.

Capítulo 38

Aslan, parapetado tras unas gafas de sol y protegiendo su calvicie con una gorra térmica, avanza con las manos metidas en los bolsillos. Sigue a un anciano vestido con un abrigo loden verde y un sombrero con pluma de cazador. El paso impreciso del viejo le permite seguirlo tranquilamente, dejando suficiente distancia para que no sospeche. Pero no es el caso; el viejo confiado no presta atención a nada.

Al llegar a las proximidades del colegio, el anciano se confunde con otras personas que están esperando frente a la puerta. Aslan finge que habla por el móvil que ha sacado de la cazadora de cuero que ciñe su cuerpo fuerte y musculoso. Puede pasar perfectamente por el guardaespaldas de alguno de esos niños ricos que asisten a ese colegio privado en la calle de Alfonso XIII.

Pronto empiezan a salir los críos. A él todos le parecen iguales, una panda de enanos malcriados que gritan y corren y se empujan. Cada vez hay más niños que saludan a sus familiares o a las cuidadoras que los recogen. El viejo del abrigo verde espera pacientemente. A Aslan, sin embargo, la situación le cansa. Un grupo de chiquillos ruidosos lo rodea, y se tropieza con varios nenes. De buena gana les sacudiría un bofetón, panda de mocosos.

Por fin el viejo reacciona. En su rostro se dibuja una sonrisa al ver aparecer un niño enclenque con una chaqueta North Face de color gris y un llamativo gorro naranja. Mientras el viejo abraza al niño y acaricia su mejilla, el grandullón prepara el móvil para fotografiarlos. Saca unas cuantas fotos y las envía. Espera unos segundos. En la pantalla aparece un icono con el pulgar levantado.

El anciano habla con algunos padres. Ríe a carcajadas tras escuchar un comentario, sin dejar de sostener la mano de su nieto. Luego se produce cierta desbandada, cada cual toma su camino y los alrededores del colegio se despejan lentamente.

El hombretón decide seguir a los dos por las calles adyacentes.

Nunca hasta ese día había estado por esa zona, un islote dentro del barrio de Prosperidad. Todo son chalecitos de dos plantas con su jardincillo y una calma y lujo que nada tiene que ver con la zona que lo rodea. Los sigue hasta el parque de Berlín, donde el niño se entretiene con los columpios, mientras el abuelo se sienta en un banco y despliega el periódico *La Verdad* que lleva bajo el brazo.

Aslan permanece de pie, nunca se sienta, siempre está alerta.

El niño juega, el abuelo lee, y él observa. Se palmea las manos para espantar el frío mientras espera que la pareja se ponga en marcha. Por fin, el abuelo mete el diario en el bolsillo del abrigo y se acerca al niño. De nuevo le da la mano y emprenden paso por Ramón y Cajal. Un hotelito, una guardería, un restaurante de lujo, y otro hotelito.

Aslan los sigue a distancia. No sabe qué le espera a ese abuelo de aspecto inofensivo. Aunque él no hace preguntas, solo acata órdenes. Es un soldado. Hará lo que se espere de él, y participará, si así se lo indican, en los futuros acontecimientos. De momento se limita a seguir al

objetivo, y se familiariza con sus hábitos. Y es así como regresa al chalecito desde el que inició el seguimiento.

Mientras el abuelo busca las llaves, se escucha a un perro ladrar. El niño se adelanta y llama al timbre. Se abre la puerta. Un animal blanco de pedigrí saluda contento a los recién llegados. Una adolescente se asoma. Es rubia, delgada y lleva una sudadera de Victoria's Secret. Besa al viejo e intercambia algunas palabras con él. Ahí tenemos a la hermanita, piensa Aslan. La chica despeina al crío con un gesto cariñoso y lo invita a pasar delante de ella. Aslan dirige el móvil hacia la puerta y toma otra foto.

Permanece en los alrededores de la casa. Estudia las cámaras, porque cada jodido chalé tiene la suya. Ricos de mierda, piensa. Hace frío, está solo. Permanece quieto, en un punto ciego que ha descubierto y en el que está seguro. En la guerra aprendió la importancia de ver y no ser visto. Las luces de la casa están encendidas y no se aprecia movimiento alguno. El hombre se mira las manos, tiene herido el tendón de la mano izquierda, apretó demasiado la cuerda en la misión anterior. El frío le despierta el dolor, pero él lo mantiene bajo control.

Hacia las siete, se abre la puerta y el hombre se tensa. Es la chica que sale con una mochila a la espalda. Aslan la fotografía. Lleva ropa deportiva y unos cascos. Se aleja a buen paso y todo vuelve a quedar en calma.

Envía la foto. Como respuesta recibe una llamada.

—Ya es suficiente por hoy. La chica entrena hasta tarde.

—No he visto a la madre.

—Está fuera; suele viajar varios días a la semana. Retírate ya.

Aslan vuelve sobre sus pasos, en dirección a Ramón y Cajal. Se detiene en la parada del autobús 43 y, apoyado en una barandilla, espera a que llegue.

Una mujer de mediana edad se acerca.

—¿Hace mucho que espera? —le pregunta.

Contesta que no con una especie de gruñido.

¿Qué le importan a él las buenas maneras o ser educado? Tras años viviendo en un país en guerra su mundo es otro.

Es un hombre que conoce el infierno. Es un superviviente.

Capítulo 39

La subinspectora Pezuela se sienta en el taxi, que arranca con suavidad. No puede dejar de pensar en la viuda desconsolada, en su casita de Alicante que quizá venda porque no quiere ir a pasar temporadas allí sola. Pezuela sacude la cabeza. Le hubiera gustado mantener una charla con el inspector. ¿Por qué se arrojó a las vías del tren? ¿Tuvo que ver con el caso de la monja de las manos amputadas? ¿Por qué le hicieron semejante salvajada? ¿Y qué relación tiene esa monja con Cobo? Porque hay una relación, los malditos crucifijos lo proclaman a los cuatro vientos.

El coche avanza, pero la subinspectora sigue inmersa en sus pensamientos, en ese mar de preguntas a las que no sabe contestar. Y entre todas ellas, despunta una. ¿Qué pinta Gracia Martí, la periodista a la que buscan, en todo eso?

—Ya hemos llegado.

El vehículo se ha detenido frente al que un día fue el hospital de las monjas mercedarias. Se trata de un amplio caserón del siglo XIX de ladrillo rojo, regentado por las religiosas hasta la adquisición del local por un fondo buitres y la venta a un emporio sanitario.

Pezuela desciende del coche y se fija en la pared. Sorprende a un operario de limpieza aplicándose con la lejía a una pintada de espray rojo que dice: «Hijos de puta. Ladrones. ¿Cuándo se hará justicia?». El limpiador gira el rostro para encontrarse con la subinspectora.

—Lo de todos los días —farfulla—. Borro una pintada y al día siguiente hay otra.

Pezuela se encamina a la entrada. La recepción está vacía. Le llaman la atención los carteles con ancianos sonrientes que decoran el amplio vestíbulo y publicitan el centro. Espera en el mostrador hasta que llega una joven uniformada.

—Perdone —dice—. Es que estoy sola hoy y tenemos un problema con uno de nuestros internos.

Pezuela asiente. Mucho cartel del bienestar, pero al final el personal es escaso y hay que hacer encaje de bolillos para que las cosas funcionen. La economía liberal, piensa Pezuela.

—¿En qué puedo ayudarla? ¿Viene de visita?

—Soy policía —dice enseñando la placa—. Me gustaría hablar con el director.

—¿El director? —La recepcionista no oculta su sorpresa, que se transforma de inmediato en curiosidad—. Ya se ha ido, pero si puedo ayudarla yo en algo...

—Quería preguntar por las monjas de las Cruzadas Evangélicas.

—¿Las monjas? Ya no hay monjas aquí. Esta es una empresa privada... Se fueron cuando les compraron el edificio.

—¿Y usted las conoció?

—¿Yo? No, qué va. Llevo poco tiempo aquí.

—Está bien, gracias.

Pezuela se dirige a la salida, cuando la recepcionista la llama.

—Espere un momento... Hay una residente que sí que las conoció. De hecho, trabajó varios

años para ellas.

—¿Y podría hablar con ella?

—Suba a la primera planta y diríjase a la zona A, que es la de los autónomos. ¡Ah! —Mira el reloj—. Ahora estará en el taller de cocina. Es en la sala que se encuentra junto al comedor. Pregunte allí por Aurora.

Una quincena de personas, algunas en sillas de ruedas, se sitúan alrededor de una gran mesa en la que hay distintos ingredientes y menaje de cocina.

—Ahora hay que rallar la zanahoria —explica una mujer joven.

Los asistentes, divididos en parejas, se disponen a obedecer.

—Busco a Aurora —pregunta la subinspectora, alzando la voz.

Todos miran a una mujer regordeta, que lleva una permanente dura como un casco y gafas metálicas.

—Soy yo —responde.

—¿Podría hablar unos minutos con usted?

—Vete, vete —la anima su compañero—. Yo me encargo de la zanahoria.

Aurora camina despacio, a pasitos cortos, hasta llegar a la altura de Pezuela.

—Me gustaría hacerle unas preguntas, por favor.

—Vamos, vamos —le dice la mujer, saliendo de la sala—. Estaremos mejor en la cafetería. Clases de cocina a mí, que he sido cocinera durante treinta años. Lo que hay que ver. Vengo porque la clase de refranes es aún peor.

Pezuela invita a Aurora a tomar un descafeinado de sobre con agua y leche muy caliente y sacarina.

—Pero, dígame, ¿en qué puedo ayudarla?

—Soy policía e investigo la muerte de sor Carmen Pradera. Usted la conocía, ¿verdad?

—Fue algo terrible. ¡Un asesinato! —responde la mujer con gesto expresivo.

—¿Y qué puede decirme de ella?

Aurora se encoge de hombros. Da un sorbo al café hirviendo, sin inmutarse. Pezuela la mira y confirma una vez más su teoría de que las mujeres mayores tienen una tolerancia superior al calor.

—Era una mujer muy... estricta. Sí, esa es la palabra, estricta. Tenía las ideas muy claras. Ella luchaba contra el pecado. No dudaba nunca, no sé si me entiende.

No, Pezuela no la entiende.

—Quiero decir que una cosa es la teoría y otra la práctica. Todos sabemos que hay cosas que están bien y otras mal, pero... Bueno, había otras monjas más comprensivas, que entendían mejor la debilidad humana y creían que ayudar a los demás pasaba por esa comprensión. Pero ella no. ¡Menuda era! Hacía las cosas a rajatabla. Para ella los preceptos estaban por encima de las personas.

Una monja chungueta, piensa Pezuela.

—Vamos, que andaba un poco escasa de empatía —dice.

—Sí, dicho en plan fino sería algo así. Tenía mano dura. Recuerdo algunas cosas que hizo de las que yo no me sentiría orgullosa.

—¿A qué se refiere?

—Una de las chicas que trabajaba conmigo en la cocina se quedó embarazada. A la pobre la dejaron sola, el novio desapareció del mapa. Pues bien, ella la echó, la dejó en la calle, sin dudarlo. Recuerdo que otra monja le preguntó si actuar así no le parecía poco cristiano. Si precisamente no habría que ayudar a esa mujer que iba a ser madre soltera.

—¿Y la convencieron?

—No era una mujer fácil de convencer. Que no se hubiera dejado preñar, fue su respuesta. Y así zanjó el tema.

La subinspectora le da las gracias a Aurora por su tiempo.

—Gracias a usted por el cafecito —dice la anciana—. Me vuelvo a hacer la tarta de zanahoria. ¡Qué remedio!

Pezuela sale del antiguo hospital. El limpiador aplica un producto para eliminar una segunda pintada. «No olvidamos. Exigimos justicia y si no llegará la venganza.»

Saca una foto con el móvil al grafiti y se la envía por wasap a Carrillo.

«¿Qué te parece?», le escribe.

Capítulo 40

Luis Carrillo sale tarde, agotado, ha sido un día largo y poco productivo. Gracia Martí sigue desaparecida y las vías de investigación se agotan. Han revisado sus movimientos bancarios sin encontrar nada llamativo. Sus conocidos, sus vecinos, hablan de ella como una persona tranquila. Sus mejores amigas dicen que los últimos meses se había apartado del mundo debido al caso que investigaba. No obstante, subrayan su capacidad de trabajo y su compromiso.

Wilson le ha pasado algunos documentos en los que ha trabajado Gracia. La periodista habla de sus sospechas sobre una red de pedofilia a la que ha llamado Trento, como el concilio que representaba a los sectores más conservadores. Trento es una supuesta red de la que Gracia supo por una de sus víctimas, Laura, una adolescente que se suicidó tras presentar una denuncia contra Guillermo Dumboa.

Laura, Gracia, Cobo y Dumboa. Hay una relación entre todos ellos, sin duda. De hecho, Trento, o los abusos que Laura denunció contra Dumboa, pueden ser la causa del asesinato de Cobo, abogado y protector de Dumboa. Pero todo eso solo sirve para mostrar el motivo y señalar a Gracia Martí como uno de los ejecutores del crimen, hecho que las imágenes de la cámara de la Embajada de Nigeria apoyan, al situarla junto a la casa de Cobo en los momentos previos al asesinato.

Al menos, espera que Pezuela consiga algo. Ese crucifijo, que no deja de ser la firma del asesino, no se le va de la cabeza.

A pesar de ir concentrado en su pensamiento, al cruzar la calle de Almansa, el inspector escucha un quejido. Hay alguien en la entrada de un portal. No puede ver bien, la farola que ilumina la calle queda a cierta distancia. Por pura inercia, el inspector sigue caminando, pero el quejido se repite y escucha una voz amenazante que no llega a entender. Se vuelve y a la vez cambia de dirección. Se pregunta qué está pasando ahí.

Al acercarse distingue a un hombre, vestido con una cazadora de cuero y pelo rapado, que zarandea a una chica. No puede ver su rostro, oculto por el pelo largo y teñido de rubio.

—¿Qué está pasando aquí? —pregunta Carrillo.

El inspector viste de paisano. Su aspecto no delata que es policía; parece un viandante más.

—¡Vete de aquí, gilipollas! —responde el hombre, doblando el brazo de la chica, que suelta un nuevo quejido.

—Me haces daño —dice ella sollozando.

—¡Suéltala!

—¿Te largas como estás o prefieres hacerlo con una hostia?

—Déjala, te he dicho. Soy policía —dice sacando la placa.

—Un madero... Está bien, nos vamos —dice tirando de la chica.

Ella se aparta el pelo de la cara y Carrillo puede ver que es muy joven. Más de lo que pensaba, no le echa más de dieciocho años.

—Tú te largas y ella se queda.

El tipo le pasa el brazo por el hombro, y la acerca a él. Ella intenta apartarse, pero él le da un golpe en la cabeza, que hace que ella la baje y se resigna con sumisión.

—¿No me has oído? ¿Quieres acabar en el calabozo?

No, no parece haberle oído. O eso sugiere al menos su empeño en alejarse arrastrando con él a la chica.

—¿Adónde crees que vas? —le pregunta Carrillo, mientras le golpea en un hombro.

El tipo rapado se vuelve. Le intenta dar un puñetazo a Carrillo que, pese a su aspecto desgarrado, lo esquivo con facilidad. Él le devuelve el golpe. Hunde su puño en el vientre. El hombre se dobla en dos. Suelta a la chica, que se separa unos pasos de él.

Carrillo se dispone a llamar a comisaría, pero el tipo rapado reacciona, le da un golpe y tira su móvil. Mientras el inspector lo recoge, el tipo corre. Carrillo duda si seguirlo o no, pero la chica le agarra del brazo y se queda con ella.

—¿Estás bien? —le pregunta.

Ella asiente, aunque, nerviosa, respira con dificultad.

—¿Quieres poner una denuncia?

No, no quiere. Cuando le pregunta quién es el hombre, ella no contesta. Carrillo sospecha que él es su chulo y ella una joven prostituta.

—Vamos —le dice Carrillo—. Vuelve a casa.

Pero ella se limita a caminar junto a él.

Cuando el inspector llega a su auto, lo abre. Se despide de ella y monta en el coche. Pero ella se monta en el asiento del copiloto.

—¿Quieres que te lleve a algún sitio?

—A Vallecas, vivo en Portazgo —dice.

Está bien, piensa. Mientras conduce, no hablan. Pero ve por el rabillo del ojo que ella se muerde un padrastro del dedo pulgar. No sabe si preguntarle qué hacía con ese animal. Se pregunta si servirá de algo soltarle el sermón de por qué no intenta cambiar de vida, con lo joven que es.

—Por ahí —dice la chica.

El coche gira, se acerca al parque de las Siete Tetras.

—Aquí mismo —dice la chica.

El inspector detiene el vehículo. Es una calle estrecha, oscura y vacía. Y antes de que reaccione, la chica se ha acercado a él y lo besa.

—Eh, para, para. ¿Qué haces?

—Quiero darte las gracias —dice.

Carrillo se siente hipnotizado por los ojos de la chica, que brillan en la oscuridad. Ella le coge la cabeza y lo besa de nuevo. Él intenta zafarse, pero ella, rápida, como un animal ágil, se sube sobre él. No hay apenas sitio. Él intenta quitársela de encima, pero no puede. Ella se pega a él. Siente sus pechos bajo la sudadera de Lady Gaga que se clavan en el suyo. Su sexo sobre el suyo. Se mueve sinuosamente enfundada en sus mallas de leopardo, mientras su lengua intenta entrar en su boca.

El inspector aparta la cabeza de la chica, consigue separar sus bocas.

—No tiene gracia.

Ella se pega a él de nuevo. Él siente el aire caliente de su respiración entrecortada en su cara. Y su cuerpo también reacciona ante la presión de ella, que despierta un placer que él no logra controlar.

—¡Quítate de encima! —le dice separándose con dificultad.

—¿Por qué? No quiero quitarme. Y tú estás empalmado —le dice ella, risueña.

—¡Bájate!

Ella intenta bajarle la bragueta. Él la coge de la muñeca.

—Vamos, vamos a hacerlo. Te debo una.

—No me debes nada. Y quítate de una vez —dice enfadado, empujándola.

—¡Joder! No te pongas así —dice volviendo al asiento del copiloto.

—¡Bájate del coche!

Ella hace un mohín. Se gira para abrir la puerta, pero antes de hacerlo se vuelve y se lanza sobre el inspector. Su cabeza cae sobre sus genitales y él acusa la sorpresa y el dolor. Suelta un grito, mientras la chica intenta desabrochar su pantalón.

Él le grita si está loca. Y tiene que recurrir a la fuerza para apartarla de él. La golpea hasta que ella reacciona.

—¡Cabrón! Me has hecho daño —dice llevándose la mano a la cabeza.

Él sale del coche, se dirige hacia la puerta del copiloto. Está muy cabreado. No entiende esa situación que se le ha ido de las manos. Y la va a sacar de allí por las buenas o por las malas.

Pero no hace falta. Antes de que llegue, ella aprovecha para salir corriendo, soltando una carcajada que resuena en los oídos del inspector.

Capítulo 41

Tras informarse sobre los vuelos a Colombia, Cleofás coge el metro para ir al aeropuerto. El vuelo Madrid-Bogotá sale a las once horas de la T4. Va con tiempo suficiente, no quiere que Estela se le escape. Es el único hilo que tienen del que tirar. Cleofás observa el acceso a la zona de embarque. La gente se detiene unos metros antes para sacar la documentación y el billete.

Cleofás espera. Es un tipo paciente. Mientras lo hace resuena en su cabeza una de sus melodías favoritas, «That Old Black Magic».

Cuarenta y cinco minutos después la ve. Allí llega con un maletón envuelto en plástico transparente y un gran bolso. Es ella, sin duda, vestida con un pantalón vaquero y un anorak granate. El pelo suelto. Ahí va, más linda que un repollo, se dice Cleofás.

—¡Estela! —la llama.

Ella se vuelve sorprendida. Al principio no lo reconoce. Por supuesto que ese hombretón negro le suena, pero el traje que le ha dejado Ángela, elegido entre las donaciones a la iglesia, le da un aspecto serio, que subrayan unas gafas de aviador que se ha puesto. Es difícil reconocer en él al tipo que se deja la piel tocando en el metro.

—Soy yo..., Cleofás.

La mujer desconfía. Su mirada indaga, intenta descubrir si hay alguien más con él.

—Tranquila, mi amiga.

—Tengo prisa —dice Estela, e intenta esquivarlo para acceder a la zona de embarque.

Cleofás se pone en medio y no es fácil sortear a semejante mole.

—Espera un momento.

—¿Qué quieres de mí?

—Tan solo que me digas lo que pasó. Sin vainas.

Ella se cubre el rostro con las manos.

—Ha sido horrible. ¿No te has enterado? Asesinaron a mis jefes.

—Ya lo sé. Está en las noticias. ¿Y tú? ¿Dónde andabas, Estelita?

—Era mi noche libre. Al volver por la mañana, la Policía me esperaba. Tuve que declarar...

—Pero, dime, ¿dónde estuviste?

De nuevo la alarma en los ojos negros de Estela.

—¿Por qué me haces esa pregunta? ¿Qué está pasando?

Recela la mujer, da un paso atrás. Mete las manos en los bolsillos del anorak.

—Solo contesta. Es una cuestión muy simple.

Estela, a la defensiva, sin entender bien qué pasa, se pregunta qué hace ese negro curioso bloqueándole el paso. Pero ya harta, que se quiere ir, que quiere coger el avión de una vez, contesta.

—Estuve en casa de una amiga colombiana. Me quedo allí las noches que libro.

—Estela..., no me seas batatera y cuéntame. Somos amigos.

—¡Déjame, Cleo! Me vuelvo a mi país. Todavía tengo el miedo metido en el cuerpo. ¿Sabes lo que les hicieron? ¡Dios santo! Los torturaron sin piedad. No quiero estar aquí ni un minuto más. ¡Me vuelvo con mi familia! —exclama con gesto aprensivo.

—Hey, Estela. Ya sé que te vas, que pones tierra por medio. Pero tienes que contarme... —Junta las manos simulando plegaria.

—Pero, diablos... ¿Qué quieres que te cuente?

—Es fácil, ¿sabes algo? ¿Viste algo raro?

—Pareces la Policía. Me haces las mismas preguntas... Y no, no sé nada.

Estela resopla y, con genio, coge la maleta. Se va. Se larga. Intenta llegar a su destino, que no es otro que la zona de embarque. Cleofás quiere detenerla, pero no va a agarrarla del brazo, a forcejear con ella. No allí, en medio de tanta gente. Llamaría mucho la atención, y eso es lo que menos le interesa. Piensa en cómo retenerla, en hacer que vuelva, que hable. Tiene que haber algún modo.

—¿Y tu conciencia? —le pregunta el músico, haciendo un último intento.

Y parece que funciona, porque ella se vuelve, lo mira sin entender.

—¿Qué dices?

—No estarás tranquila en ningún lugar. Alguien anda por ahí, asesinando, un hijodeputa malandro que va afiluchando gente. Y si tú sabes algo y no lo compartes, serás una chota, una cómplice, como dicen aquí.

La mujer se muerde los labios. Cleo ha dado en el clavo e insiste.

—¿Qué sabes, Estela?

A ella se le llenan los ojos de lágrimas.

—Me dejaron un mensaje en el teléfono el otro día. Me dijeron que me tomase libre la noche del domingo, por mi bien. Que no me pasaría nada si colaboraba. Pensé que era una broma de mal gusto, pero...

—Te convencieron.

—Sabían muchas cosas de mí y de mi familia. Me asusté. Pedí la noche libre, por si acaso.

La mujer se echa a llorar.

—No imaginaba que pudiera suceder algo así. Y ahora, déjame, me voy. Quiero alejarme de Madrid y de todo esto cuanto antes.

—Perdona, Estela. Lo siento mucho. Sigues teniendo un gran corazón.

Ella se seca las mejillas y se suena la nariz con un pañuelo de papel que saca del bolsillo.

—¿No tienes nada más que decirme? ¿Un último secreto para mí?

Estela duda. Respira profundamente. Finalmente se decide.

—La persona que grabó el mensaje era una mujer.

Cleofás la mira expectante. Su mirada insistente la invita a seguir. Finalmente, la mujer se decide.

—Creo que estaba en un hospital.

—¿Un hospital? ¿Por qué lo sabes?

—Alguien se dirigió a ella. La llamó doctora.

Cleofás abre mucho los ojos, asombrado. Una doctora... ¿Qué pinta una doctora en un asunto tan macabro?

—Y ahora me voy... —dice Estela con decisión.

—Solo una última pregunta, doña. ¿Enseñaste el mensaje a la Policía?

—¡No! ¡Claro que no! ¿Estás loco? Esa mujer sabía muchas cosas de mis hijos... Por supuesto mantuve la boca cerrada, y no habría dicho nada si tú...

—OK, OK. Bien. Nadie sabrá que tú me lo has dicho. Es un secreto que irá conmigo a la tumba. Palabra de Cleofás. Quédate tranquila. Tú no podías irte con esa culpa...

—¡Cleo, vete a la mierda! —dice ella, arrepintiéndose ya.

—Que Dios te bendiga —le dice el músico.

Ella se aleja a buen paso. Y solo cuando accede a la zona de embarque, mientras se pone el reloj que se ha tenido que quitar, se vuelve.

Ya no hay rastro del músico y suspira con alivio.

Capítulo 42

—Vete a buscar a Lucía —exige Dumboa.

Flores obedece. Se alegra de alejarse de Dumboa; lleva varios días con un humor de perros.

Dumboa se sirve una copa de vino. Se sienta en el elegante saloncito anexo a su dormitorio y da un trago mientras espera. No ha sido un buen día. No hay avances en el caso y sabe lo que eso significa: comentarios, rumores, un tema sobre el que todos quieren opinar. Y eso es lo que menos le interesa a Dumboa. Él es la serpiente que avanza por la jungla sin que nadie repare en ella. Es poderoso, y parte de ese poder nace de su capacidad de pasar desapercibido. Pero en los tiempos que corren cada vez es más difícil lograrlo. Las redes sociales, los wasaps, las noticias que llegan a miles, a cientos de miles, a millones de móviles en cuestión de momentos, escapan a su control. Está acostumbrado a acallar bocas, pero no tantas.

Ya tuvo dificultades para impedir que Gracia Martí sacara adelante su investigación a partir del suicidio de aquella chica, Laura. Pero todavía hay mucha gente que le debe favores a Dumboa y mueve los hilos para ayudarlo con su propósito, que no es otro que silenciar a la periodista. La misma que ahora, según todo indica, ha pasado al ataque.

—Esa hija de puta... —farfulla con rabia.

No sabe con quién se ha aliado, ni quién toma las decisiones, pero la periodista se ha pasado a la guerra sucia. Por fin ha comprendido que no va a conseguir nada contra él y ahora muestra su rabia con esos crímenes macabros.

—Al perro peligroso se le cuelga de un árbol —dice hablando solo—. Ese es su destino. Es solo cuestión de tiempo.

La periodista y sus secuaces intentan comportarse como profesionales, pero ya han cometido el primer error. Ahí está la imagen de la periodista. Ahora hay que dar con ella y obtener una confesión. O, si no lo logran, silenciarla. Aunque es cierto que no se lo está poniendo fácil.

—La rata se ha escondido, pero tarde o temprano saldrá del agujero y entonces...

Unos golpes en la puerta anuncian que Flores ha llegado.

Dumboa lo autoriza a entrar y es Lucía quien asoma la cabeza. Se acerca al viejo. Se sienta en el suelo y apoya la cabeza en su rodilla. Dumboa le acaricia la cabeza como si fuera un perrillo.

—No hay que bajar nunca la guardia, querida —suspira.

La chica gira la cabeza para verlo, mientras mastica chicle.

—Mi querida Luchía... Parece que no me van a dejar tener una vejez tranquila. Cuando menos te lo esperas, viene alguien y te da por el culo. Antes todo era más fácil.

El viejo apura la copa.

Su mano alcanza el cuello de la chica. A pesar de su aspecto aniñado, Lucía es ya casi una mujer. Eso también le harta y contribuye a aumentar su enfado.

—Estoy viviendo unos días difíciles..., ¿lo entiendes?

Lucía asiente. El viejo está raro de cojones, no hay más que verlo.

—Necesito animarme un poco.

¿Qué se le habrá ocurrido ahora?, se pregunta la chica. ¿Querrá uno de esos jueguecitos que tanto le gustan?

—Quiero que traigas a una chica nueva.

Lucía no se extraña; lo conoce bien después de tantos años. Sabe que ella crece, y eso va en su contra. A Dumboa le gustan las crías, y ella, para mantenerse cerca de él, no duda en abastecerlo de carne fresca. Y cuanto mejor hace su trabajo, más la halaga él.

—Necesito un poco de alegría.

Alegría. Sabe lo que le pone contento al viejo. Si consigue a una chica que le guste, se le iluminarán los ojos, se le hará la boca agua. Para Dumboa eso es lo más parecido a sentir de nuevo la vida latiendo en su viejo cuerpo.

—¿Me has entendido?

Lucía asiente, mientras siente la mano de Dumboa que desciende bajo su camiseta hasta alcanzar su pecho derecho.

—Búscame algo, querida. Busca algo para este pobre anciano y, una vez más, te mostraré mi agradecimiento.

Día 5, jueves 17 de noviembre de 2016

Capítulo 43

Hace frío en Valladolid a primera hora de la mañana. El viento corta y parece capaz de atravesar los huesos. Pezuela se ata el cuello de la chaqueta y se suelta el pelo para que le cubra las orejas. Atrás queda el calorcito de la ducha. Camino de la comisaría ve unos pájaros negros. No sabe qué pájaros son, pero recuerda el dicho: cuando el grajo vuela bajo, hace un frío del carajo.

La comisaría central es un moderno edificio forrado de aluminio. Agradece entrar en ella. Allí, al menos, el ambiente es agradable. Se desabrocha la chaqueta. A continuación, saluda a la jefa de guardia y se identifica.

—Subinspectora Pezuela. Vengo de Madrid. Quería hablar con el sustituto del inspector jefe Fragoso.

—Primera planta, al fondo.

Pezuela da las gracias y asciende las escaleras. Recorre un amplio pasillo lleno de policías hasta que vislumbra una puerta cerrada a cal y canto; es el despacho del inspector. Da con los nudillos a la puerta.

—Adelante.

Entra en la habitación. El retrato del rey no llama su atención, es lo habitual, pero sí lo hace una fotografía del inspector vestido de nazareno en una procesión de Semana Santa. El inspector no se levanta. Sostiene en las manos una taza de café, en la que reza la leyenda «Para el hombre de la casa».

—Usted dirá —pregunta con cierta frialdad.

Pezuela es de primeras impresiones, y no suele equivocarse. Valiente gilipollas, piensa. En esos primeros segundos ya le ha hecho la ficha. La actitud y los modales del inspector le descubren como alguien mediocre, poco dado a colaborar.

Pezuela ya intuye que no se lo va a poner fácil.

—Muchas gracias por recibirme —asegura falsamente, y sin esperar una invitación que no se produce, toma asiento.

Se miran fijamente. Pezuela le sonríe.

—Me envía el inspector Luis Carrillo de Madrid, a cargo de la investigación sobre el asesinato del abogado Cobo. Lo habrá usted visto por televisión.

El inspector parece desorientado, no acaba de entender nada. Pues ahora, la bomba, se dice Pezuela.

—He venido porque creemos que el caso puede tener relación con un asesinato cometido aquí hace unos meses.

Ahora el rostro del inspector se ensombrece. Comprende ya el marrón que le va a caer.

—Me refiero al caso de la monja a la que amputaron las manos —desvela Pezuela—. Tenemos un sospechoso y buscamos si puede relacionarse con este suceso.

—El caso de la monja está cerrado —contesta el inspector, aferrándose al reposabrazos.

—¿Cerrado? Pero ¿cómo puede ser?

Y a mí qué me cuenta, parece decirle el gesto despectivo del inspector. Pezuela intenta seguir, menuda es ella.

—De todos modos, simplemente me gustaría ver el expediente.

—Eso no va a ser posible —confirma el inspector, dando un sorbo.

Como se temía, ese inútil no va a colaborar ni un poquito con ella.

—¿Cómo? —pregunta abriendo mucho los ojos y elevando las cejas.

—Que no va a poder ser. Las cosas no funcionan así.

Pezuela siente ganas de preguntarle cómo coño funcionan las cosas ahí, pero se contiene. Contenerse forma parte de su trabajo, por mucho que le fastidie.

—Necesita una orden de Madrid, esa es la vía, el conducto reglamentario.

El conducto reglamentario y la manera de tocarle las narices. Y, sobre todo, una forma de retrasar la gestión.

—Está bien —dice Pezuela.

Pero no está nada bien. Nadie parece interesado en esclarecer los hechos.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —Y antes de que el inspector conteste, dispara—. ¿Conoció al anterior inspector?

El inspector se rebulle en el asiento. Ahora parece dos tallas menor.

—No, no tuve el gusto.

—Dicen que se tiró a las vías del tren.

—Un desgraciado incidente —farfulla el inspector.

—Un hombre a punto de jubilarse, con un piso recién comprado para retirarse a vivir junto al mar...

Pezuela disfruta poniendo nervioso a su interlocutor.

—Yo llegué aquí justo después —afirma el hombre, y da un sorbo a su taza.

Está claro que pusieron en su lugar a un hombre insulso, sin sangre en las venas. Le dan ganas de zarandearlo, de decirle cuatro cosas. Pero no se va a arriesgar a que la sancionen.

—Gracias por su atención —dice levantándose—. Haremos los trámites oportunos, como nos ha indicado.

Nos ha sido de gran ayuda, piensa en decirle, pero se corta. Contrólate, Pezuela. No te pases de irónica.

Antes de salir vuelve a fijarse en la fotografía. El nuevo inspector es un hombre sumiso, manejable. Un buen nazareno.

Pezuela abandona el despacho. Llamará más tarde a Carrillo para que inicie el papeleo o presione a quien tenga que presionar.

Una policía pasa por su lado. Es la mujer de la recepción, que ha salido afumar.

—¿Qué tal le ha ido? Parece usted disgustada.

—Un poco, sí, pero ya sabe, es lo que tiene este trabajo.

La mujer asiente y da una calada a su cigarrillo.

—¿Le puedo hacer una pregunta? —La mujer la mira atentamente, esperando que continúe

—. ¿Conoció usted al inspector Fragoso?

—Sí, claro. Era un buen hombre... Y ahora que me pregunta por él, le diré que me parece vergonzoso ese silencio. Todos hacen por olvidar lo sucedido, pero yo me acuerdo mucho de él. Y se merecía algo más que este pasar página deprisa y corriendo.

Y ahora, en su lugar, tienen una seta sentada en su despacho. Hay que joderse, piensa Pezuela.

A continuación, se despide de la mujer y camina frente al viento.

Capítulo 44

El inspector Carrillo tiene la impresión de que lo que está sucediendo es irreal. Mira alucinado las fotografías que descansan sobre su mesa. En ellas se ve claramente a una joven manteniendo relaciones sexuales con él dentro de su propio coche. Sí, es eso lo que se ve. Una joven prostituta menor de edad, para más inri. La han identificado y está dispuesta a declarar en su contra. Así están las cosas.

Todo ese asunto le parece una broma de mal gusto. Una broma burda. Piensa en la pelea, en la joven en su coche, en su actuación para la cámara. Se pregunta cuánto le habrán pagado. Si realmente es una prostituta, o es más bien una actriz. Se pregunta muchas cosas mientras mira las fotos fijamente.

Está bien jodido, pero su mente funciona a su manera. Va por libre. En lugar de pensar en cómo salir de ese maldito atolladero, se entretiene pensando desde dónde lo fotografiaron. Qué tipo de cámara usaron. Si hicieron pruebas antes de llevarlo allí y descubrieron que la visibilidad era buena, la luz suficiente. También se pregunta cómo no se dio cuenta... No es que sea precisamente ingenuo, es que no contaba con que nadie fuera a joderle así.

Sí, es eso. Estaba en su mundo, con toda la energía puesta en resolver aquel maldito caso que no pintaba nada bien. No había por dónde cogerlo. Así que no estaba a la defensiva, y lo último que pensaba era en salvar su culo.

Pasaste algo por alto. Interpretaste mal lo que sucedía a tu alrededor. No has estado fino, se recrimina.

—¿Tiene algo que decir? —le pregunta el comisario Santiago.

Piensa en lo ridículas que quedarían sus palabras. Me engañaron. O no es lo que parece, en realidad la joven no me está haciendo una felación. Simplemente se abalanzó sobre mi bragueta y fingió para la foto. Y no, se equivocan. Les aseguro que mi rostro no expresa el clímax al alcanzar el orgasmo, sino la sorpresa por lo que ella hacía. Sí, esa puñetera foto con los ojos cerrados y la boca abierta es difícil de interpretar. Se lo aseguro, señores, ella actuó por su cuenta, no pude detenerla.

Así que opta por callar. Es preferible. Además, si todo está amañado, no le va a servir de nada intentar defenderse.

—Entonces, ¿no tiene nada que decir?

Al comisario se le ve incómodo, tenso. Quiere pasar el trago rápidamente. Pero ¿qué quiere que le conteste? Le podría decir: mire, no he estado nunca con una prostituta, y mucho menos con una menor. No suelo tener sexo en el coche. Sabe que no va a servir de nada. Aparta la vista, no quiere seguir viendo esas imágenes tan estúpidas.

—Se le acusa de...

Bla, bla, bla, piensa Carrillo.

Se sabe el reglamento. Lo acusan de una falta muy grave, y eso significa que el director

general de la Policía acordará preventivamente la suspensión provisional de funciones. Puede presentar alegaciones a través del registro habilitado por el Ministerio de Interior. Será el director general de la Policía quien emita la resolución y... tampoco cree que la vía judicial a la que puede recurrir tras la terminación del expediente lo pueda ayudar.

Se pregunta de qué le va a servir todo eso. Las fotos hablan por sí solas; lo tienen bien cogido por los huevos.

—Puede irse —dice Santiago, visiblemente molesto.

Carrillo se levanta. Coge la chaqueta, el cubo de Rubik y sale de su despacho sin decir palabra.

Cruza la comisaría para salir.

La noticia correrá como la pólvora. Noticia, no; notición. Se les va a secar la lengua de tanto hablar; un inspector pillado in fraganti cometiendo un delito con una menor. Más de uno se frotará las manos.

Pero su reputación es ahora mismo el menor de sus problemas. Todo pinta de pena. Han acabado con él sin que haya opuesto resistencia alguna.

Alguien se la tiene jurada, pero él va a descubrir quién y por qué.

Capítulo 45

Gracia deja la Kawasaki aparcada junto a la plaza Mayor, en la plaza de la Bolsa, y camina hacia la Puerta del Sol. El reloj más famoso de España marca las once y cinco. Es jueves, pero en esta plaza siempre hay gente. Un grupo de alemanes sigue a un guía turístico que los lleva a fotografiarse junto al oso y el madroño, y pasan entre loteras que anuncian a gritos los números que llevan. También hay estatuas humanas, y algunos superhéroes que se hacen fotos con los niños a cambio de unas monedas.

Gracia lleva unas gafas de sol que le cubren la mitad del rostro. Se ha recogido la melena en un moño. Espera a Cleo en la esquina de Carretas con Sol, a un paso de la sede de la Comunidad y a dos de la comisaría central. Ya se le podía haber ocurrido al viejo músico otro lugar más discreto, piensa.

—*Wepa*, miss Baker. Buen día.

Ella da un respingo. Luego le devuelve el saludo al músico, mientras mira a su alrededor. No parece que haya nadie sospechoso. Se ha vuelto aprensiva, está en alerta todo el tiempo.

—Tú tranquila. Si estos turistas miran a alguien, es a mí. Soy la mayor atracción de la Puerta del Sol —bromea.

Cleofás la toma del brazo y ascienden Carretas hasta la plaza de Jacinto Benavente. Forman una pareja peculiar, diferencia de raza y, sobre todo, diferencia de edad.

—Entremos aquí mismo —dice Gracia.

En la esquina de la plaza hay una cafetería especializada en zumos naturales, *healthy*, la llaman. Su clientela está formada por los usuarios del gimnasio más próximo que acuden a tomar sus jugos verdes ricos en vitaminas.

Gracia invita a sentarse a su amigo en una mesa interior mientras va a la barra a pedir y regresa con dos tazas de café.

—¡Vaya mierda traes! —exclama Cleofás—. ¿No hay brandi?

No, no lo hay. Ni siquiera ha podido conseguirle un carajillo.

—Lo siento..., tendrás que conformarte con esto. ¿O prefieres un zumo de espinacas y piña?

Cleo chasquea la lengua y pone los ojos en blanco. Luego acerca su castigado rostro hacia Gracia.

—Al final pude ver a Estela, la mucama de Cobo. La encontré en el aeropuerto. Se daba el bote a Colombia, tenía mucha prisa y ganas de largarse de aquí... —Detiene su charla para dar un trago al café. Su rostro se descompone—. ¡Vaya veneno infernal!

—Entonces, ¿conseguiste algo?

—Le dijeron que no trabajase aquel día. La amenazaron. Temblaba como una hoja, recordándolo. Que si sabemos dónde está tu familia, que no intentes ninguna mierda, que si se te ocurre desobedecer tus hijos irán directitos al hoyo... Tenían su número de móvil y sabían dónde vivía su prole.

—¿Y quién se lo dijo? ¿Pudiste averiguarlo?

Cleofás se rasca la pierna y acerca de nuevo su rostro para hablar a Gracia en un susurro.

—Dijo que era una mujer. Y que le había grabado el mensaje.

—¿Un mensaje grabado? ¿Lo escuchaste?

—Oh, no. Jodido huevón —dice, y se golpea la frente.

Estaba tan concentrado en convencer a Estela de que le diera información que no cayó en la cuenta de pedirle escuchar el mensaje, si no lo había borrado ya.

—La mujer... probablemente estuviese en un hospital. Alguien la llamó doctora.

—¿Doctora?

Gracia piensa en la evisceración. Parecía hecha por un profesional, un cirujano quizá. Y se lo comenta a Cleo, que frunce su negra y ancha nariz.

—¿Esa mujer del hospital podría ser la asesina de Cobo? ¿Doctora cirujana?

Sí, es un poco extraño, reconoce Gracia, y sacude la cabeza.

—Intentaré escuchar el mensaje, miss. Quizás haya alguna pista o alguna vaina que nos ayude.

Gracia suspira. Se siente agotada, sobrepasada por lo que está sucediendo. No ve ninguna salida. Desde luego, no está en su mejor momento.

—Ánimo, Gracia —le dice Cleofás, poniendo la mano en su hombro.

Gracia no deja de preguntarse qué avances ha hecho la Policía, qué pasos han dado en su búsqueda. Incluso si han aportado más pistas falsas en su contra. Pero a la vez espera que, en algún momento, suceda algo que le permita actuar.

—Mira, tengo un regalo para ti.

Cleo saca del bolsillo del chaquetón un paquete y se lo entrega a Gracia, que lo mira con curiosidad. El envoltorio no le da muchas pistas, es solo una bolsa de supermercado.

—No lo abras aquí. He conseguido dos teléfonos, un poco antiguos, con tarjeta prepago. Puedes utilizarlos sin ningún problema.

—¿De dónde los has sacado?

—No preguntes, miss. Funcionan y eso es lo que importa. Para mí es un quitao. Detrás está escrito el número. Y te he puesto el mío para que reconozcas cuando llame.

—Tú y tus trapicheos...

—Confía en mí. Yo no robo a nadie. Solo conozco a gente que conoce a gente... —dice el músico, encogiéndose de hombros.

—Te debo unos cuantos coñacs, Cleo.

—Y un saxo.

—No se me olvida. Cuando pueda financiarme de nuevo, te compensaré con creces.

Cleo niega con las manos.

—No es la plata, miss. Solo es amistad. Y ahora, calabaza, calabaza, todo el mundo para su casa.

Gracia se levanta del asiento y sacude la cabeza. Ese gigantón negro siempre logra robarle una sonrisa.

Capítulo 46

Carrillo no coge el teléfono. La subinspectora Pezuela se lo imagina con la lengua fuera, corriendo por la Dehesa de la Villa como hace todas las mañanas. Carrillo es metódico, también testarudo. Su cerebro es ágil, cuando coge el cubo de Rubik sus dedos se mueven a la velocidad de su cerebro. Sin embargo, se muestra más bien torpe en su vida diaria. Es alto, desgarrado, cual adolescente que no controla bien su cuerpo que no deja de crecer. No lleva la cuenta de la cantidad de veces que ha tenido que ayudarlo a limpiar la mesa del despacho después de que el inspector derramase la taza de café.

Venga, cógelo, hombre..., se dice mientras se mordisquee el labio, nerviosa. Imagina el teléfono vibrando dentro del bolsillo de su chándal. Es necesario que Carrillo ponga la maquinaria burocrática en marcha para conseguir el puto informe de sor Carmen Pradera, la monja de las manos cercenadas.

La subinspectora Pezuela se pregunta por qué nadie quiere hablar del caso. Por qué un inspector se suicida sin que haya una investigación interna y cierren el caso en el que estaba trabajando. Por qué nadie parece interesado en hacer justicia a la monja asesinada, a la que todos quieren olvidar. Son demasiadas preguntas y le gustaría que Carrillo, con su preciso juicio, fuese capaz de contestarle al menos a alguna.

Cógelo..., insiste. Pero ante la falta de éxito y el frío que hace en la calle decide entrar en un bar para tomarse un café, ordenar los pensamientos, y volver a llamar cuando tenga el estómago templado y los ánimos más calmados.

Es una cafetería céntrica, al lado de la delegación de Hacienda. Los funcionarios aparecen en parejas o tríos para tomar el café de media mañana. Pezuela escucha sus comentarios: que si el tiempo está raro de cojones, y que eso es cosa del cambio climático, que si el Pisuerga baja muy sucio, que el jefe les tiene fritos con sus demandas para descubrir declaraciones fraudulentas.

La subinspectora se toma el café caliente y siente que su cuerpo reacciona agradecido. ¿Y ahora qué?, se pregunta. En ese momento, a través del amplio cristal de la cafetería, ve un coche mortuorio que se detiene frente a un semáforo. Es un vehículo de color negro con las ventanas transparentes. A través de las ventanillas del coche se puede observar un ataúd de caoba, con un crucifijo sobre la tapa, y con un tapete de terciopelo granate a los pies.

Pezuela piensa en el crucifijo, mientras juguetea con la cucharilla del café. De repente, tiene una idea. Se levanta, deja dos euros sobre la mesa y sale a la calle, abrochándose la cazadora y expulsando un tibio vaho por la boca.

Detiene un taxi y se acomoda en el asiento de atrás. A este paso va a conocer a todos los taxistas de Valladolid. Que no se me olviden los recibos, piensa con sentido práctico, que me estoy dejando una pasta gansa en el transporte.

—Usted dirá, señora —dice el taxista, mirando por el retrovisor.

Hace ya unos cuantos años que se ha acostumbrado a escuchar lo de señora. Antes le

incomodaba, ahora lo lleva con resignación.

—Lléveme al Instituto Anatómico Forense de la ciudad.

—Mal rollo —dice el taxista con cara de circunstancia.

Atraviesan de nuevo Valladolid, en un paisaje que la subinspectora ya está empezando a conocer. A la salida, y junto al río, ve un pequeño edificio de color rojo y grupos de gente reunidos frente a las escaleras. Tras pagar y recoger el recibo se guarda el papel en el bolso y descendiende del vehículo, encaminándose hacia el vestíbulo del local.

En ese momento no hay nadie en la recepción. Camina por los pasillos hasta que encuentra la secretaria. Sin ni siquiera llamar a la puerta, abre con delicadeza y encuentra a una joven tecleando en el ordenador, mientras la impresora expulsa folios rítmicamente.

—Perdona... —Carraspea para que se dé cuenta de su presencia.

La joven alza la vista y Pezuela le muestra la placa de Policía Nacional.

—Desearía hablar con el forense titular.

La joven recoge los folios de la bandeja de la impresora.

—Podrá encontrar al doctor Requejo en la cafetería, al menos estaba allí hace unos minutos. Hoy está relajado, hasta ahora el día ha sido tranquilo.

—Gracias —musita Pezuela antes de cerrar la puerta.

En ese momento solo hay una persona en la cafetería. Es un hombre maduro, de rostro ovalado y expresión seria, enfrascado en la lectura del periódico.

—¿Doctor Requejo? —El médico eleva la vista—. Disculpe la intromisión. Soy la subinspectora Pezuela y quería hacerle unas preguntas... —El hombre asiente—. ¿Se ocupó usted de la autopsia de sor Carmen Pradera?

—¿La monja de las manos?

Pezuela asiente. Y el médico asiente a su vez.

Capítulo 47

El jefe superior de Policía, Marcelo Fraga, se estruja las sienes con el dedo índice y cierra los ojos. Tiene una resaca espantosa. Sobre la mesa, un diluido de Almax espera a ser ingerido. En ese momento, una auxiliar, con el uniforme impoluto y la gorra en la mano, abre la puerta con suavidad y se cuadra ante su jefe.

—Está aquí —le dice con voz trémula.

Fraga abre los ojos y observa a su subordinada. Los tiene enrojecidos. No es el mejor momento para la entrevista que ha de tener lugar.

—¿Tan pronto?

La policía se encoge de hombros. Detrás de ella, el inspector Carrillo hace ademán de entrar. Sin cruzar ni una palabra, Fraga lo invita a sentarse en una silla frente a él. Se masajea las sienes una vez más y se toma el brebaje que le procurará cierto descanso a su estómago.

Carrillo permanece firme frente a él, a pesar de las huellas que la preocupación ha dejado en su rostro y una callada indignación que no puede disimular.

—¿No quiere sentarse?

Carrillo sigue erguido, sin pronunciar palabra.

—Bien, hemos conseguido sacarle de los calabozos con no poco esfuerzo. No ha sido fácil esquivar a la prensa. Ahora será el juez quien dictamine. Por de pronto, queda usted suspendido de empleo y sueldo durante un año, hasta que se celebre su juicio. Ha de dejar su placa y su arma reglamentaria. Como sabe, ya no tiene acceso, ni puede volver a entrar en su despacho.

El inspector Carrillo se aclara la voz y procura aparentar calma, que no se note el estupor y rabia que siente por dentro.

—Usted lo sabe todo, ¿no es así?

—Ignoro de lo que me habla. Y vistas las circunstancias, es mejor que se marche. Puede ser por su propio pie, hasta que el juez dicte una orden de detención, o si prefiere, puede hacerlo acompañado de dos agentes. Supongo que preferirá evitar esa vergüenza. Le recuerdo que ha de estar usted en todo momento localizable y, por supuesto, no puede abandonar la ciudad.

—Algo me dice que usted es cómplice de la trampa que me han tendido. No hace falta que diga nada, yo mismo lo voy a averiguar...

—¡Agente! —exclama Fraga.

Un policía de considerable envergadura se presenta en el despacho y se encara con Carrillo, en ademán de tomarle por el brazo.

—Ni se te ocurra... —le espeta el inspector con voz firme.

El agente se aparta y Carrillo alcanza la puerta de entrada, se acaricia la solapa de la chaqueta y se marcha por el pasillo del centro. Media docena de policías lo observan mientras atraviesa la estancia. Debe enfrentarse a sus expresiones de desprecio. Un cabo de cabello entrecano y rostro surcado de arrugas por las muchas guardias simula escupir al suelo cuando pasa junto a él.

Decididamente, han hecho un buen trabajo. No solo le han tendido una trampa para apartarlo del caso, sino que se han encargado de que esa mierda sirva para alejarlo de sus propios compañeros.

Sabe que tiene poco tiempo. Es probable que el juez esté a punto de dictar una orden contra él, y entonces le será imposible actuar. Imagina que ya se están operando todos los engranajes para eliminarlo, de un modo u otro, y si todavía no lo han logrado debe de ser porque el juez de guardia no se ha plegado todavía a las órdenes que le han dado.

Da igual. Es cuestión de tiempo. Por desgracia, al igual que han hecho con él, quitarán de en medio a todo aquel que no obedezca de inmediato. Panda de chupasuelas. Esa gente está dispuesta a todo. Por supuesto que conoce la expresión «las cloacas del poder», pero no imaginaba que fueran de semejante tamaño y efectividad. Arrastran por ellas a montones de incautos como él.

La vergüenza que siente al sentirse observado por sus compañeros es infinita, pero con cada paso sus ideas se aclaran. En la cabeza de Carrillo resuena la música repetitiva de mil películas, esas en las que el protagonista toma una decisión. O tiene una epifanía. La música marcando el giro de los acontecimientos. Pruebas falsas, se dice Carrillo. Falsas incriminaciones. Quizá las suyas no sean las únicas.

Gracia Martí. Tiene que hablar con ella.

Capítulo 48

Bueno, algo es algo, se dice Dumboa cuando le confirman que han quitado de en medio al inspector que investigaba el caso de Cobo. El delegado del Gobierno le asegura que el hombre que se encargará a partir de ese momento es alguien mucho más fácil de manejar. Un tal Celso Santiago, un hombre de pocas luces y un criterio mediocre. A ese todo le parece bien, le han asegurado. Y si no, es de esos a los que no cuesta convencer.

Ahora, a esperar resultados. Sí, resultados.

Pero no, él no es de los que espera tranquilo. A él le llevan los demonios. Y prefiere ir un paso por delante de los demás, lo que siempre se ha llamado «ir con ventaja». Por eso, a la espera de que la Policía haga su trabajo, él se devana los sesos buscando un miserable hilillo del que tirar para lograr su objetivo: dar con la maldita periodista.

Guillermo Dumboa deambula por la habitación como un león herido.

—Si no me matan esos cabrones, lo hará esta cadera.

Su asistente Flores le alcanza el bastón y Dumboa se lo arrebató casi con violencia.

—Se me están inflando las pelotas —gruñe—. Esto tiene que acabar, pero ya.

De repente, tiene una idea: el periódico *La Verdad*. Conoce al director, ese idiota de Villaescusa. No pierde nada por hablar con él.

—Tráeme el móvil —brama.

Flores le alcanza el aparato. Sabe que en esos momentos es mejor ni respirar para no provocar a su jefe.

Dumboa se sienta sobre el lecho y marca el número. Solo han sonado dos tonos y ya está impaciente.

—Cabrón...

Al otro lado de la línea contesta una voz preocupada.

—Dumboa...

—Villaescusa, coño. Sigues siendo el director de *La Verdad*, ¿me equivoco?

—En efecto.

Es uno de esos imbéciles que se apoltronan en un puesto y no hay forma de que muevan el culo. Si no mete mucho la pata tienen Villaescusa para rato.

—Quiero que me hables de la periodista.

—¿De Gracia Martí?

—De quién va a ser, si no —exclama con un tono casi jocoso, que sin embargo no tranquiliza en absoluto a su interlocutor.

—No sé... ¿Qué quiere saber?

—Pues todo, hijo, todo. Así que empieza a contarme.

—Ella llevaba aquí muchos años. Es casi una institución, una periodista muy reconocida y...

—No quiero que le echés flores, lo que quiero es que me des detalles. Detalles interesantes.

Un poco de chicha...

Villaescusa no sabe qué contestar.

—Es soltera, ¿no? Pues dime con quién se acuesta.

Villaescusa se pone rojo. Lo que le faltaba.

—Que yo sepa no tiene novio. Ni amantes...

—Pero ¿eres o no el director del periódico? Un director tiene que velar por el bien de su empresa, y eso pasa por conocer a sus empleados. Y, sobre todo, por conocer sus puntos débiles, para que, si llega el momento, no le puedan joder vivo. Así que haz un esfuerzo y dame algo interesante.

Villaescusa traga saliva. La conversación se está desarrollando de la peor de las maneras posibles. Y, por lo que ha oído contar, no hay cosa peor que contrariar a Dumboa.

—Por ejemplo, dime dónde puede esconderse esa rata a la que llaman periodista.

El magnate adivina la tensión de su interlocutor. Su respiración llega a él, entrecortada.

—Ya me lo preguntó la Policía cuando vinieron a buscarla, pero no se me ocurre nada. En los últimos tiempos no tenía apenas vida social. Estaba obsesionada con su trabajo, con el caso, ya sabe usted a qué me refiero.

—Claro que sé a lo que te refieres. A esa mujer le gusta meter las narices donde no le llaman, y eso es un problema. Además, ahora se ha vuelto loca. Tenemos que hacer algo, así que... Mira, te voy a dejar hasta mañana para que me des información.

No hay respuesta al otro lado.

—¿Me has oído?

—Sí, claro que sí, Dumboa.

—Pues mueve el culo y dame algo que me anime. Lo harás, ¿verdad? No querrás que la tome contigo... —Dumboa cuelga la llamada sin ni siquiera despedirse.

Mira a Flores.

—Un gilipollas —dice—. Estoy rodeado de gilipollas —insiste.

Capítulo 49

El médico mira sorprendido a la subinspectora. Pezuela observa su rostro, busca las huellas de quien trabaja con la muerte. Él le hace un gesto para que se siente. Ella arrastra la silla y se coloca frente al doctor. Entre los dos descansa el periódico y una taza de café vacía.

—¿Le apetece tomar algo? —pregunta el forense.

—No, muchas gracias, ya llevo varios cafés hoy. Me gustaría hablar de la monja. Veo que la recuerda.

—Algo difícil de olvidar... Fue un caso muy desagradable, «la monja de las manos», así la llamaban. Pero ¿qué es lo que quiere?

—Me gustaría ver el informe forense.

—¿Es usted médica?

—No, soy policía. Subinspectora Pezuela —afirma mostrándole la placa.

El doctor golpea rítmicamente la cucharilla sobre la taza de café.

—Un poco tarde, ¿no le parece? Han pasado varios meses —dice sacudiendo la cabeza—. Desde que el inspector falleció nadie le ha prestado la atención que merece a este asunto. Porque la monja en cuestión no se atragantó con un caramelo en la glotis, precisamente.

—Nunca es demasiado tarde, ¿no le parece?

Se produce un silencio entre los dos.

—Venga conmigo —le dice finalmente.

Al pasar junto a la camarera que limpia una mesa vecina, el forense se despide de ella con familiaridad.

Pezuela desea que el doctor se dé prisa, pero es de movimiento pausado. Caminan a la par. Saluda con la cabeza a un par de trabajadores del tanatorio.

—¿Qué me puede decir de ella? —le pregunta Pezuela.

—Era toda una institución en el Valladolid de los ochenta. Dirigía el hospital con mano dura, ejercía un control férreo. Pero la gente no hablaba precisamente bien de ella... Defendía el buen nombre del hospital por encima de todo, a pesar de las múltiples negligencias que muchos denunciaron.

—¿Qué tipo de negligencias?

—Muertes. Muertes por negligencia. Ese hospital tenía un índice superior al del resto del país. Pero ella lo tapaba todo. Dedicó su vida al hospital y se enfrentaba a cualquiera que cuestionara su funcionamiento. Y, créame, tenerla de enemiga no era fácil. Era implacable.

Requejo abre la puerta de la sala de autopsias y Pezuela siente un frío helador. Observa una camilla al fondo, una sencilla mesa con el portátil y múltiples instrumentos médicos colocados ordenadamente. Está claro que el doctor es un fanático del orden.

—Sor Carmen era muy reconocida en algunos ámbitos. Ya sabe, los ochenta fueron años de cambio, pero todavía pervivía cierto postfranquismo. Aunque guardaban las apariencias, algunos

seguían alimentando el espíritu de la dictadura.

—¿De quién habla exactamente?

—Eran una minoría, pero estaban en todos lados. En los partidos políticos, entre las fuerzas del orden y también en la Iglesia. Todo maquillado, sí, pero con las mismas ideas de cuarenta años antes. Y esta monja era muy reconocida entre ellos. Un pilar de su causa.

—¿Usted la conoció? —pregunta Pezuela, dejando su bolso sobre la mesa.

—Sí, era muy joven. Casualmente, la primera autopsia que hice fue a una novicia del hospital. Ella se presentó y me dejó claro que el informe debía dictaminar simplemente anorexia nerviosa como causa del fallecimiento. Nada más. No quería que se mencionara el reciente embarazo de la mujer. Así eran las cosas para ella.

—¿Y qué hizo?

—Presenté una queja al Colegio de Médicos, pero no sirvió de nada. Bueno, sí, sirvió para que ella se fijara en mí y me apartara de cualquier asunto que tuviera que ver con el hospital. Estaba claro que no quería que volviéramos a vernos. ¡Qué ironía! ¿No le parece? Eso pensé cuando me la encontré en la camilla y tuve que hacerme cargo de ella.

El médico habla mientras teclea en el ordenador.

—De todos modos, el informe de la autopsia lo tiene la Policía y lo tiene el juez. ¿Por qué no ha preguntado allí?

—Digamos que requiere mucha burocracia.

—No me estaré metiendo en un lío, ¿verdad? Necesito una orden para facilitarle la documentación...

—Mire, Requejo. He notado cierta crítica en su voz. La monja se la tenía jurada, y, sin embargo, es consciente de que no se investigó su caso como correspondía.

—Es que el asesino anda por ahí suelto. Y alguien capaz de hacer lo que hizo no está muy bien de la cabeza.

—Por eso va a dejarme ver el informe. Simplemente verlo, ¿de acuerdo? Porque yo sí quiero investigar el caso a fondo. Porque a mí sí me importa que alguien peligroso ande ahí fuera, y que sea capaz de hacer de nuevo algo similar.

Unos segundos después, el médico gira la pantalla y le muestra un documento con el membrete del instituto donde se detalla la autopsia. La subinspectora extrae el móvil de su bolso y saca una imagen de la pantalla del ordenador.

—Pero... —protesta Requejo.

—Tranquilo, esto es cosa mía. Usted no está al tanto de lo que acaba de suceder. A todos los efectos he sido yo quien se ha saltado los protocolos.

Requejo suspira.

—Muchas gracias, doctor —dice Pezuela, colocando el móvil de nuevo en el bolso—. Ha sido usted muy amable.

Capítulo 50

Cleofás Rafael Esteban Jesús Creole asciende la calle de la Montera. Se ajusta la gorra de lana sobre su cabeza y mete las manos en los bolsillos del chaquetón. Al llegar a la Red de San Luis se refugia un instante bajo el templete de la estación del metro, donde ha fichado durante década y media, sin horarios, sin dorarle la píldora a nadie, sin tener que soportar el fétido aliento de un superior.

—Coño, maestro. ¿Es que ya no tocas ahí abajo? Que sepas que los viajeros bajarán a la mitad si dejas de soplar tu instrumento.

Cleofás baja la mirada y ve a un señor de gafitas y aspecto impecable que le sonríe. Guiña un ojo y musita «Gracias», con la voz ronca que el alcohol alimenta. ¡La puta de oros! ¡La música! Daría media vida por tener su saxo. Gracia le prometió uno, uno de los buenos, porque él no sopla cualquier cosa. Pero tendrá que esperar a que la situación mejore para ella. También podría recurrir a algún colega de trapicheos, seguro que le conseguían uno de segunda mano, pero para él el saxo es como un dios que solo puede ser soplado por una única persona.

En ese momento, un coche negro se detiene en medio de la calzada provocando una lluvia de pitidos. Cleofás examina el coche antes de acercarse.

—Hey, compay —le dice el conductor, un hombre maduro de color, tocado con un sombrero de ala ancha que ya estaba pasado de moda en los años setenta.

—Hermano...

Cleofás se acomoda en el asiento del copiloto. Agita la mano fuera de la ventanilla recomendando calma al resto de conductores.

—¿Qué es la qué, bro?

—La misma mierda de siempre.

—Me alegro de verte, hermano.

El conductor acelera Gran Vía abajo. Cleofás contempla el rostro del tipo que conoció cuarenta y cinco años atrás, en el Bowery. Ese compay puertorriqueño era el *roadie* de los músicos negros de sesión de entonces. Fue él quien le consiguió una grabación para Smokey Robinson en los estudios de la Motown. Aquella fue la primera vez que vio su nombre en un cheque, que se gastaron juntos en una larga noche. Y no sería la única. Cuando el viejo conductor salió de la cárcel por un asuntillo del que no le gustaba hablar, prometió no volver jamás al país que lo había encerrado, y dio con sus huesos en la base de Torrejón.

Durante años habían mantenido la amistad. Y si uno de los dos tenía problemas, ya sabía a quién llamar. En lo bueno y en lo malo, se decían. Lo malo estaba por ver, pero lo bueno solía repetirse. Alcohol y música para alimentar el alma y los sentidos, «Body and Soul».

—Me da la impresión de que estás en líos, bro. Si estás en un embeleco, cuenta conmigo.

—Es por lo que te llamé, compay. Necesito chavos.

—¿Dinero? No hay problema. Tú di cuánto.

Cleofás se encoge de hombros.

Al parar en un semáforo, el conductor se saca un sobre del bolsillo interior de la chaqueta. Sin abrirlo, ni contarle, se lo entrega al músico.

—Espero que sea bastante.

Sí, por el grosor del sobre intuye que es suficiente para ir tirando una temporada.

—Lo que tú me pidas, pana. Sabes que pa mí eres como un hermano.

Cleofás se guarda el sobre. Si todo va bien, espera poder devolvérselo pronto.

—¿Te llevo a algún lao?

—Si no te importa, déjame en la iglesia.

—¿Donde Ángela?

—Justo allí, brother. Me adivinas el pensamiento.

—Son muchos años, pana...

Los dos hombres ríen.

—Esa mujer te tiene añõño.

—No me puedo quejar.

Diez minutos después están frente a la casa de Ángela. Se estrechan la mano y juntan los hombros en fraternal abrazo.

—Cuídate, compay.

Cleofás desciende del vehículo y entra en el viejo portal mientras su benefactor se aleja. Asciende los dos pisos con respiración fatigada. Cada cierto tramo de escaleras ha de llevarse la mano a su artrítica rodilla. Llama al timbre y al punto aparece la dueña de la casa, con una sonrisa en la boca.

—Cleo, parece que te ha atropellado un mercancías.

Cleofás se pasa la mano por la frente y entra en la casa. Huele bien, está limpia y hay una mujer que le sonríe. No necesita mucho más.

—Hogar, dulce hogar —suspira.

Capítulo 51

Carrillo descende las escaleras de la sede policial. Siente la mirada entre curiosa y despectiva de todo aquel con el que se cruza. Hay quien incluso se aparta ostentosamente de él. Por fin sale a la calle, y aunque le cueste, tiene que reconocer que siente cierto alivio.

Se pone unas gafas de sol y para un taxi a la puerta.

—A la sede de *La Verdad* —le indica acomodándose en el asiento trasero.

—¿Se refiere al periódico?

¿A qué coño se va a referir, si no? Le ha tocado un taxista poeta, joder, piensa mientras lanza un gruñido afirmativo.

—Creo que está cerca de la plaza de Bilbao.

El periódico se encuentra en la calle de Luchana. Antes ocupaba unas oficinas de alquiler en un polígono industrial, pero desde que lo adquirió el grupo mediático Satélite tiene la sede en este moderno edificio. La línea editorial hubo de mutar un poco, pues de ser un periódico crítico con el poder se convirtió en un doméstico diario, de línea más conservadora y complaciente. Ese era el motivo por el que Gracia había decidido abandonar el periódico en el que había hecho carrera. Es que el dinero manda, y quien lo pone espera que quede claro.

Carrillo, dominado por la rabia, ni siquiera es consciente de que paga al taxista, de que sale del coche y entra en el edificio. Solo vuelve a recuperar la concentración cuando se encuentra en la recepción. Tras el mostrador hay una empleada que maneja una centralita con la pericia de una experta. Carrillo tiene que esperar a que quede un segundo libre para que lo atienda.

—Buenos días —la saluda.

Aunque de buenos, al menos para él, tienen bien poco.

—¿Sabe usted dónde está el despacho de Gracia Martí?

—¿Gracia? —La recepcionista parece confundida—. Ella ya no trabaja aquí. Hace unos días que...

—¿Y podría hablar con alguien que la conociera bien?

—Espere un momento —le dice mientras hace una llamada interna—. Su nombre, por favor.

A Carrillo le cuesta dar su nombre, sin mencionar su condición de inspector.

La recepcionista avisa de su presencia y le pide que espere.

Carrillo permanece erguido, con los brazos cruzados y ejerciendo una presión inconsciente en las mandíbulas. Unos minutos después, un hombre sale de uno de los ascensores y se acerca con determinación a la recepción.

—¿Qué quiere usted? —le espeta con malos modos.

Carrillo le sostiene la mirada a ese hombre ofuscado, de aspecto cuidado, que lleva una camisa Timberland azul ceñida.

—Soy Luis Carrillo. ¿Puede decirme con quién hablo?

—Con el director del periódico, Ángel Villaescusa.

—Encantado —contesta Carrillo, dispuesto a no perder los papeles—. Mi visita tiene que ver con Gracia Martí.

—Pues lo siento, ya no trabaja aquí. Y, según tengo entendido, está desaparecida.

—Sí, así es. Estoy al tanto. Fui yo quien envié a mis hombres para buscarla aquí hace unos días. Pero quiero hablar con alguien que la conociera. Necesito cierta información.

—El problema, Carrillo, es que no creo que nadie quiera hablar con usted.

El inspector acusa el golpe.

En ese momento salen varias personas de otro ascensor, pasan a su lado y lo miran con curiosidad. Carrillo comprende que lo han reconocido. La noticia sobre su destitución ha volado. Probablemente esté ya en la prensa. Joder, sí que se han dado prisa.

—Me gustaría intentarlo. Quizás alguien pueda ayudarme.

—Mire..., ¿qué es lo que no ha entendido?

A Carrillo le dan ganas de darle un puñetazo a ese imbécil. No se atrevería a hablarle así si no estuviera en una situación tan jodida.

—Váyase. Aquí no va a encontrar nada. Nadie quiere colaborar con un pederasta.

Carrillo acusa las palabras de Villaescusa. «Pederasta» es una palabra que odia y, ahora, tiene que soportar que lo llamen de esa manera.

—Nos volveremos a ver —dice conteniendo la rabia.

Y entonces te pondré en tu sitio, cabrón, piensa mientras se vuelve para salir de la redacción.

Capítulo 52

La subinspectora sale de la sala de autopsias. Camina apretando en la mano derecha el móvil que ha guardado en el bolsillo de su cazadora de cuero. A pesar de todas las dificultades que le han impedido avanzar en la investigación, empieza a hacerse una idea de aquello a lo que se enfrentan. Y tiene la autopsia. Algo es algo, se dice, al menos hasta que consiga el puto informe del caso.

El aire helado la invita a subirse la cremallera de la cazadora.

Es casi mediodía y sigue sin noticias de Carrillo. Decide regresar al hotel a esperar instrucciones.

En la cafetería pide un plato combinado y, mientras se lo preparan, comprueba la imagen que ha sacado del ordenador de Requejo. Se puede ver el informe completo. Lo amplía y lo lee lentamente.

Se establece etiología médico legal de la muerte de tipo violenta homicida como consecuencia de múltiples fracturas en cráneo ocasionadas por un agente contundente que no se determina y por desangramiento producido por amputación de ambas manos.

No puede evitar un escalofrío. Sabe lo de las manos desde el principio, pero los detalles de la autopsia multiplican el efecto de esa muerte violenta. Fracturas. Desangramiento. Una carnicería, joder. Y eso solo en el primer párrafo.

El cadáver presenta lesiones ante mortem y post mortem.

Ante mortem: Equimosis en región clavicular izquierda, deltoidea derecha y estema, en cara anterior de abdomen, cara derecha de pelvis, codo derecho, tercio proximal cara posterior interna de antebrazo derecho, codo izquierdo, cara dorsal de mano izquierda y derecha, tercio distal cara posterior de antebrazo izquierdo, región dorso-lumbar, escapular izquierda, supraescapular.

—Aquí tiene.

Pezuela levanta la vista del móvil, sorprendida y tapa parcialmente la pantalla, como si el camarero que la atiende pudiera leer. Quiere evitarle esa sangría, ese mal rollo que ella siente, a pesar de ser policía y haber visto de todo en su trabajo.

—Gracias.

El camarero deja su Coca-Cola en la mesa.

—Ahora le traigo la comida.

Da un trago antes de seguir leyendo.

Amputación ante mortem de manos...

¡Joder! Traga saliva. Como se temía, lo hizo antes de matarla. Resopla sin darse cuenta, y sigue leyendo.

... efectuada con dos tipos de bisturí quirúrgicos en corte limpio y sin fractura.

Como en el caso de Cobo, piensa. El asesino sabe lo que se hace.

Fractura de la 3.^a costilla derecha e izquierda. También presenta cortes en órganos internos tanto en tórax como en abdomen.

Y todo esto antes de acabar con ella. Para que sufriera. Para infligirle el mayor dolor posible. Se pregunta si la monja perdió el conocimiento. Quizá mejor no pensar mucho en ello, si no quiere bloquearse. Sigue leyendo, deseando acabar con eso cuanto antes.

Post mortem: Herida de 31 cm por 29 cm, de bordes irregulares y esfacelados, que interesa toda la cara y cara anterior del cuello, que interesa piel, tejido celular subcutáneo y músculos, preservando estructuras óseas, con profundo corte que representa en la mejilla izquierda una forma de crucifijo.

Se establece la data del fallecimiento en las primeras horas del día 27 de septiembre presente.

—¡Hostias! —exclama Pezuela.

Más allá de algunos términos que no ha comprendido, algo le ha quedado claro. Le dieron una buena paliza, la torturaron con ensañamiento.

El asesino no se anda con miramientos. Es tremendamente despiadado. Detecta el odio que lo llevó a agredir a la monja. El mismo que lo acompañó al matar a Cobo y a su esposa. Odio, sí. Una rabia desmedida, pero también una frialdad que asusta.

El camarero se acerca. La subinspectora mira el plato de filete a la plancha con huevo frito y patatas que deja sobre la mesa.

—¿Algo más? —le pregunta.

Sacude la cabeza. Joder, la autopsia le ha quitado el hambre.

Esto no es un juego, piensa Pezuela. Hay algo horrible en todo ello. Y cuanto más sabe, más desagradable le parece todo. La monja era una buena pieza. También lo era Cobo, todo apunta a que no era un tipo con escrúpulos. Pero esas muertes horrendas...

¿A quién demonios se enfrentan?

La comida se enfría en el plato, pero Pezuela la ignora. Llama al inspector una vez más. Y, de nuevo, el silencio.

Capítulo 53

Lucía se frota las manos; sabe que Dumboa se pondrá contento y eso será bueno para todos. También para esa cría, Irene. Parece un querubín, toda ojos azules y boquita todavía infantil. Dan ganas de acariciar y mordisquear los mofletes que conforman su cara redonda. Y esos rizos que parecen de un anuncio de champú, sedosos, flexibles, de esos que si estiras se encogen de nuevo con movimiento gracioso y espontáneo.

Alguien podría preguntarse si Lucía tiene algún tipo de cargo de conciencia. Pues no, no lo tiene. Y, si lo tiene, lo oculta de tal manera que subyace en el estrato más profundo de su corazón, ahí donde guarda lo que no le gusta.

Lucía, aunque se cree lista y piensa que está de vuelta de todo, es joven e ingenua. Ha sido modelada por Dumboa; es lo que él ha querido que sea. Y al hacerlo, la niña que era ha quedado a buen recaudo, asfixiada, casi muerta. Lucía cree que se puede olvidar. Que ese pequeño infierno que se oculta en lo más profundo de su corazón puede permanecer oculto para siempre. No sabe que no es así. Que los recuerdos se hacen fuertes y van tomando el mundo de los sueños. Que pueden despertar un día y, como zombis hambrientos, devorarán su vida. No lo sabe. Ni siquiera lo sospecha.

Irene es pequeña, más pequeña que otras crías que ha llevado a Dumboa.

No tengas miedo, le dirá Lucía. Juega con él. Solo son juegos.

Será cuidadoso. Con las crías más pequeñas va poco a poco, para que no se asusten. Para que no se rompan como amapolas que el viento despoja de sus pétalos.

Lucía lo ve todo en términos mercantiles. Das poco y obtienes mucho, una inversión segura. Ella no tiene dinero para invertir, pero tiene su cuerpo. Y el cuerpo tiene un precio. Eso es lo que le ha enseñado Dumboa.

El viejo a veces las duerme.

¿Quieres tomar algo, pequeña? Tiene zumos, batidos, Coca-Cola o Fanta de naranja. Tiene chucherías que las niñas devoran, buscando el consuelo del azúcar.

Dumboa echa algo en sus bebidas. Toma, tu batido de chocolate. Tómatelo. Tómatelo todo. Y pronto ellas caen en un profundo sueño. Ese juego también le gusta al viejo. «El juego de la Bella Durmiente», lo llama. Y dura horas. Las horas que la niña permanece en la cama de Dumboa.

Lucía piensa que al menos ella saca un beneficio. Sabe de otras que pierden el cuerpo sin obtener nada, solo vergüenza y vejaciones. Abusos en la familia, en el colegio. Lo ha oído contar muchas veces. El cuerpo deja de ser de una misma para ser de otro. Por eso se odia, o se ignora, o se vuelve invisible.

Irene, Irene. Ella será el nuevo juguete de Dumboa. El viejo se pondrá contento y la premiará. Todo son buenas noticias, se dice Lucía.

Lucía llama a la puerta de la habitación de los hermanos. Le pide a Irene que salga un

momento, quiere hablar con ella. Lo hacen en el baño, donde nadie puede escucharlas. Lucía le quiere contar algo.

—¿Te acuerdas de que te dije que había alguien que se preocupaba por mí?

Irene asiente.

—¿Quieres saber quién es? —Ahora Irene se encoge de hombros—. Es un señor muy poderoso. Todo el mundo le respeta y es capaz de conseguir cualquier cosa que quieras.

Irene abre mucho los ojos. Ha conseguido llamar su atención. Ahora solo tiene que morder el anzuelo como un inocente pececillo.

—¿Cualquier cosa?

—Sí, cualquier cosa. ¿Te gustaría conocerlo?

Irene se queda pensando.

—Es un anciano, un abuelito. Es muy cariñoso —dice para convencerla.

Irene piensa en sus abuelos, los padres de su padre. Ellos también son cariñosos. Y han sufrido mucho por cómo su padre los ha tratado siempre.

—Si quieres conocerlo, puedes venir esta noche conmigo.

Irene duda; no quiere dejar solo a su hermano. Pero Lucía la convence con su labia.

—¿De verdad ese señor puede conseguir todo lo que uno quiere? —pregunta Irene.

—Sí, querida. Como Papá Noel —le asegura Lucía.

La cría se rasca la oreja pensativa. ¿En qué piensa? ¿Qué pasa por esa pequeña cabeza?

Irene, finalmente, acepta acompañarla.

Tiene un rato para organizarse, para convencer a Carlos, para prepararse para la aventura. Lucía pasará a buscarla. Y para entonces tiene que estar lista.

Capítulo 54

Carrillo abandona la redacción entre el murmullo de los empleados del periódico. La cabeza alta, se dice, que estos cabrones no atisben un signo de debilidad.

Está en la puerta de la redacción, con las manos en los bolsillos y sin saber qué dirección tomar. ¿A quién puede acudir? ¿Cómo desentrañar la madeja en la que está atrapado?

—¿Quiere usted un cigarro? A lo mejor le vendría bien.

Un cigarro... En ese momento desearía volver a fumar, como lo hacía después de los partidos de baloncesto para calmar los nervios y la adrenalina, antes de la jodida lesión que trunció una brillante carrera de jugador. Recuerda que los jugadores mayores que él le hacían todo tipo de marrullerías para sacarle de sus casillas, pero él sabía mantener la calma. La experiencia le ha enseñado que la templanza y la seguridad en uno mismo son las claves para encontrar el camino del triunfo.

Templanza. ¿Qué cojones de templanza va a tener si acababan de masacrarlo?

Carrillo se fija por fin en el hombre que acaba de hacerle el ofrecimiento. Es un veterano de rostro vivo que sostiene un paquete de tabaco en la mano. El inspector asiente, toma un cigarro y acepta el fuego del hombre mayor. Aspira su primera bocanada de humo en dieciséis años, y como no puede ser de otra forma, comienza a toser.

—¿Por qué no viene conmigo? —le pregunta el hombre sin ni siquiera mirarlo.

Carrillo duda. Se pregunta qué quiere ese desconocido.

—Pero hágalo a cierta distancia, ¿de acuerdo? Es mejor que no nos vean juntos.

Le habla mientras mira hacia otro lado. Efectivamente, disimula. Y al momento echa a andar por la acera.

Carrillo decide seguirlo; no se va a quedar con la curiosidad. A las malas, si se trata de una nueva trampa, lo peor que puede llevarse es una paliza, unas cuantas hostias. No le extrañaría demasiado, teniendo en cuenta la publicidad que le están haciendo. Pero se va a arriesgar, sí. En principio, el viejo solo no supone ningún problema. La cosa se complicaría si lo esperaran unos cuantos amigos para celebrar la noticia.

El viejo entra en una callejuela. El policía lo imita. El inspector da otra calada al cigarro, esta vez sus pulmones han reconocido el viejo vicio y aceptan el humo sin mayor queja.

—Me pregunto quién es usted —confiesa.

—Soy Cuadrado, el chófer del periódico.

—Usted dirá.

Cuadrado se asoma a la callejuela para comprobar que nadie los ha seguido. La calle está vacía.

—Disculpe. Hay que andar con pies de plomo... Parece que quiere hablar de Gracia.

—Así es. ¿Usted la conoce? —Cuadrado asiente.

—¿Por qué quiere hablar con ella?

—¿Usted sabe dónde está?

Cuadrado permanece en silencio. Carrillo está a punto de cogerlo por las solapas para que hable de una vez, pero se contiene.

—A ver cómo se lo explico... Me han tendido una trampa y me han quitado de en medio. Y eso me ha hecho pensar que quizá no haya sido el único al que han utilizado y jodido. Es de eso de lo que quiero hablar con ella.

Cuadrado permanece pensativo.

—¿No me cree?

Sí, sí le cree. Recuerda que Gracia le dijo que lo consideraba un hombre justo.

—Póngame en contacto con ella.

Carrillo da una última calada al cigarrillo y lo deja caer al suelo, aplastando la colilla con la suela de sus Brooks. Al viejo conductor le da lástima ese tío desgarrado. Está bien jodido; su situación es similar a la de Gracia. ¿Y si juntos logran arreglar las cosas? Porque así, por separado, no parece que tengan mucho que hacer.

—Si lo hago, me tiene que asegurar que no compartirá con nadie la información.

—Estoy suspendido. Me han echado a patadas de mi puesto de trabajo. De todos modos... — Carrillo se palpa el interior de la chaqueta y extrae un móvil. Lo apaga—. Tome mi teléfono. Así se asegura de que no hay grabaciones.

Cuadrado no se decide a cogerlo.

—Lléveme con ella —insiste—. Ya se lo he dicho, lo he perdido todo.

El chófer suspira. Espera no tener que arrepentirse de lo que va a hacer. Como si se tratara de una partida de póquer, tiene que jugársela a un todo o nada.

Pero... ¿qué pensará Gracia? Solo quiere ayudarla, intenta buscar una solución a la gravísima acusación que pende sobre ella. El momento es crítico. Finalmente, decide que lo mejor es tirar para adelante.

—Está bien. Venga conmigo —dice cogiendo el móvil de Carrillo.

Capítulo 55

La subinspectora Pezuela come poco, el estómago se le ha cerrado. Todavía impresionada por la lectura de la autopsia sube a la habitación. A pesar de que le ha enviado al inspector la autopsia por wasap, este sigue sin dar respuesta. Mira y remira el teléfono móvil y cae en la cuenta de que Carrillo lleva un larguísimo lapso desconectado. ¿En qué estará pensando este tío?, farfulla. Sabiendo que está a la espera de órdenes, no entiende por qué coño ha desconectado el teléfono.

Sin otra cosa mejor que hacer, se tumba en la cama. A pesar de que es un hotel modesto, el lecho es blando y acogedor. Con gesto indolente, busca el mando del televisor para encenderlo y adormecerse con el runrún de fondo.

Lleva tan solo veinticuatro horas en Valladolid, pero tiene la impresión de que el tiempo se ha dilatado. ¡Parece que ha transcurrido una semana! Hace un repaso de lo sucedido, la visita a la viuda, al antiguo hospital, a la comisaría, al forense... No se puede decir que se lo hayan puesto fácil, por el contrario, se ha encontrado con diversos obstáculos. Sin embargo, ha podido detectar ese aliento putrefacto que rodea el caso de la monja. Hay algo terrible, insano. Intuye un secreto oculto en esa ciudad hasta ahora desconocido, un secreto protegido que nadie desea que aflore. Y ese secreto está relacionado con la muerte violenta de esa monja.

La subinspectora Pezuela se acomoda la almohada y hace *zapping*, hasta que escucha una voz lo suficientemente monótona. Los documentales de animales salvajes van bien para desconectar, lo sabe por experiencia, pero el sueño se resiste. Sobreestimulada, su mente se le dispara en mil direcciones.

La hembra del guepardo aprovecha la época de celo para...

El forense conoció a la monja. Sabía cosas. Quizá podía haberle sonsacado más información, piensa.

Mientras el macho sale a la caza aprovechando la caída del sol...

Coño, necesita hablar con el inspector ya. Incluso muerta, se detecta el poder que sor Carmen ejercía. Su nombre oculta multitud de secretos. De irregularidades. Aún tiene a media ciudad acojonada. ¿Por qué?

Palpa el móvil junto a la almohada y le echa un vistazo. Nada. Carrillo, ¿qué cojones te pasa? Se incorpora levemente en la cama, el documental de los guepardos le importa un carajo. Sigue haciendo *zapping*, incapaz de sestar.

Cambia a un viejo episodio de la serie *Friends*. Sonríe, se vio todos los capítulos, le encantaban. Los personajes eran tan buenos, inocentes... La monja de las manos no tendría cabida en ese mundo. Ni el inspector suicida. Ni la novicia supuestamente muerta por una anorexia nerviosa.

Cambia de canal, pasa de uno a otro. Un programa de teletienda. Una tertulia de gente que grita al contar las intimidades de una cantante conocida. *Noticias 24 horas*. Por lo menos se enterará de algo, no ha leído un periódico desde hace dos días.

Vuelve a mirar el teléfono, nada. Su paciencia tiene un límite; ya que Carrillo no da señales de vida, decide llamar a la comisaría, a alguien de su equipo.

—¿Wilson? —pregunta al reconocer su voz.

—Hola, Pezuela.

—Oye, ¿sabes dónde está Carrillo?

—¿Carrillo? ¿Todavía no te has enterado?

La subinspectora Pezuela siente un estremecimiento. Intuye la desgracia. Espera que no le haya pasado nada, siente un sincero aprecio por su superior.

—No sé de qué hablas.

En ese momento, con el volumen del telediario mudo, ve la imagen de Carrillo en la televisión. Pero ¿qué diablos está pasando?

—Le han suspendido de empleo y sueldo, un caso grave.

—¿Qué...?

En la imagen se ve al inspector con uniforme de gala, recibiendo una mención de la presidenta de la Comunidad de Madrid, en un acto celebrado un año antes. Reconoce perfectamente el lugar, ella también había asistido.

—Lo estoy viendo por televisión, ¿qué ha pasado, Wilson? ¿Qué cojones ha hecho Carrillo para que lo suspendan?

—Algo grave, Pezuela. Pero creo que no soy yo quien tiene que informarte.

La subinspectora tiene ganas de gritarle, pero para no perder los papeles corta la comunicación. Eleva el volumen del noticiario justo cuando desaparece la foto de Carrillo y pasan a la valoración del IBEX-35.

¿Qué ha pasado? No lo sabe. Se pasa la mano por la frente. Deposita de nuevo el móvil en la colcha, con la respiración entrecortada y sin saber qué hacer.

En ese momento, la sintonía del teléfono suena machacona. Lo coge con la esperanza de que sea Carrillo, pero no reconoce el número. Se acerca el teléfono al oído.

—¿Subinspectora Pezuela?

—Sí, soy yo.

—Soy el comisario Celso Santiago. Preséntese de inmediato en comisaría. El inspector Carrillo ha sido suspendido.

—Estoy investigando un caso en Valladolid. Yo...

—Ya me ha oído; regrese a Madrid. Quiero tener una reunión con todo el equipo de Carrillo lo antes posible. No se demore.

—Perdone, comisario, ¿puede decirme por qué ha sido suspendido el inspector?

—Expedientado por mantener sexo con una prostituta menor de edad...

Es así como Pezuela confirma la gran mierda en la que se encuentra atrapado Carrillo.

Sexo, prostituta, menor de edad. Pero ¿cómo se ha metido en un lío así?

Intenta asimilarlo, pero le cuesta. Traga saliva, descolocada. No entiende nada. Carrillo... ¿Es posible? La duda se impone. La duda hacia el que considera algo más que su superior. Carrillo es su amigo. Hasta ahora lo consideraba un tipo decente, pero ¿lo es?

—¿Me ha oído?

La voz del comisario le hace volver a la realidad, esa realidad incómoda, dañina. Todo se desmorona; el caso de Cobo, el de la monja de las manos... Todo pierde fuelle ante Carrillo

expedientado. Algo sucio, muy sucio. Y en la prensa ya. Se han dado prisa.

Confusa, la subinspectora se despide del comisario. Empieza a hacer su pequeña maleta. Por supuesto, no le queda otra que obedecer. Recoge de manera automática, en cierto modo está en *shock*. Necesita saber si es cierta la acusación contra Carrillo. Si es posible que él sea culpable. Sexo con una menor, joder. Le repugna. Ella conoce el mundo de la prostitución. Sabe de la situación de muchas de esas mujeres, objeto de trata de personas, utilizadas por las mafias. Y el caso de las menores es aún más cruel. Sabe que esas crías quedan marcadas para siempre.

Carrillo. Tiene que verlo. Tiene que oírlo de su propia boca.

A pesar del cariño que siente por él, duda. Está acostumbrada a las miserias humanas. Todo el mundo esconde secretos. ¿Es ese el de Carrillo? No va a parar hasta saberlo.

Capítulo 56

Mirar hacia atrás siempre me produce vértigo. Y aparece la pregunta, la maldita pregunta. ¿Cómo hubiera sido todo si...? Una pregunta sin respuesta. Pero intuyo que en esa posible respuesta estaría mi salvación. Porque en esa vida que no tuve quizás hubiera sido feliz. Quizás...

Pero en la vida que sí tuve hice lo que pude. Crecí e intenté ser buena. Y ser como querían que fuera: dócil, femenina, callada, respetuosa. Pero llegó la adolescencia, y con ella el desafío.

Vivía rabiosa. Contra el cerdo que no me quería, contra el mundo que no entendía. Y nadie supo aplacarme, me sentía sola, diferente. Ya para entonces se perfilaba mi carencia, ese agujero que nada podía llenar.

Me convertí en una adolescente difícil. El cuerpo había despertado y rompí la burbuja en la que había crecido. Los primeros amores me convirtieron en una putilla a ojo del cerdo, así me llamaba. Bebía alcohol. Fumaba hachís y maría. Frecuentaba lo que el cerdo consideraba quinquis, y que no eran otra cosa que estudiantes que querían vivir y divertirse. Y yo me identificaba con ellos, a la vez que crecía el rechazo a mi casa.

Un día tuve un coma etílico. No recuerdo mucho de lo sucedido, fue en una fiesta, bailaba hasta que me caí al suelo. La ambulancia. El hospital. No fue gran cosa, la verdad. Me recuperé bien, y en cuestión de horas estaba en casa. Pero algo de lo que sucedió allí se quedó grabado en mi mente aún confusa. Fue una frase del cerdo. Algo que dijo con asco, en ese tono resentido con el que me hablaba.

—Y ni siquiera tiene mi sangre —dijo.

E insistió en lo avergonzado que estaba de mí. E insistió en la mala vida que le daba a la familia. Pero yo solo pensaba en descifrar esa frase y qué significaba.

Capítulo 57

Cuadrado fuma un cigarro y el humo se extiende por el interior del coche, a pesar de llevar la ventanilla ligeramente entreabierta. Carrillo respira el humo, no le molesta. El mono del tabaco ha despertado. Se contiene para no pedirle un cigarrillo al conductor. Mira por la ventanilla, se pregunta adónde lo lleva.

Gracia. Quiere hablar con ella. Quiere saber cuál es su relación con el crimen de Cobo y su esposa. Estuvo allí, joder. Está seguro de que no fue ella quien aplicó la violencia a los viejos. Ese fue un trabajo de profesionales, sobre todo la evisceración. Tampoco la ve torturando al viejo, pero eso no quiere decir que ella no esté implicada. Ha oído decir que se había vuelto loca con Cobo. ¿Acaso no vio él mismo la pared de su casa con aquel organigrama monstruoso? La pregunta es: ¿se obsesionó tanto la periodista que buscó ayuda para acabar con ellos?

El coche se detiene en una zona de chalés de lujo. Cuadrado deja el coche frente a una puerta de hierro. El frondoso seto impide que se vea el interior de la finca. Cuadrado abre la puerta y cruza el jardín. ¿De quién es esta casa? Han investigado a Gracia y no han encontrado información sobre una propiedad de esas características.

Por un momento teme que se trate de una nueva trampa. Pero al momento descarta esa idea. Después de lo que le ha sucedido, no tendría mucho sentido. Está hundido. ¿Qué más le puede pasar? Y si se trata de una trampa, no va a darse la vuelta. Se la tiene que jugar, no hay otra.

Debe de ser la casa de algún conocido y la periodista se ha escondido ahí, piensa Carrillo.

Bordean la casa, un edificio moderno y a la vez elegante. Detrás de él hay una construcción mucho más pequeña. Es ahí donde se dirigen. Cuadrado llama a la puerta.

—¡Gracia! Soy yo —grita.

La puerta no tarda en abrirse. Y sí, es ella.

Al ver a Carrillo, el rostro de la periodista se descompone. Da un paso atrás. Mira a Cuadrado con incredulidad.

—Hijo de puta —farfulla.

Intenta cerrar la puerta. El exinspector reacciona a su vez y la empuja, impidiéndole conseguir su objetivo. Él es más fuerte que ella y, al ver lo inútil de su empeño, Gracia corre al interior del *loft*. Se encierra en el cuarto de baño. Los dos hombres entran en la casa. Cuadrado la llama, le dice que lo escuche, que atienda a razones, pero ella ha entrado en pánico.

El baño tiene una ventana. ¿Le dará tiempo a salir por ella? Mientras Carrillo aporrea la puerta intentando convencerla de que abra, Gracia abre la ventana y sale por ella sin hacer ruido. Corre por la hierba, intentando alcanzar el garaje. Si consigue montar en la Kawasaki tendrá una oportunidad. Pero, para su sorpresa, Cuadrado la espera allí; ha imaginado sus movimientos y se ha anticipado.

—Quítate de en medio —le grita—. ¡Maldito traidor!

—Escucha, Gracia. Tienes que hablar con él.

—¿Cómo me has vendido? Eres un cabrón.

El inspector, que ha escuchado los gritos, sale del *loft*. Se acerca a ellos. Gracia corre hacia el fondo del jardín donde hay un muro de piedra. Se pregunta si logrará saltarlo. Es menuda, pero ágil. Y sabe que las personas hacen cosas increíbles cuando están desesperadas, como ella en ese momento. Se dirige hacia el muro ignorando las voces de Cuadrado. Cree que lo va a conseguir, está dispuesta a volar para encaramarse al borde. Luego hará fuerza con los brazos para subir el resto del cuerpo y saltará al otro lado. No parece tan difícil.

A menos de tres metros del muro siente que la cogen por la cintura. Se desequilibra y cae al suelo. Se retuerce intentando escapar, pero unos brazos la aprisionan. Lucha como un gato contra su perseguidor. Sin embargo, Carrillo es mucho más grande que ella y bastante más fuerte de lo que aparenta. Esquiva sus golpes, resiste sus arañazos. La inmoviliza. Se sube a horcajadas sobre Gracia y la aplasta contra el suelo.

Si no fuera por la situación que viven, Gracia reconocería que hay algo erótico en la forma en la que él domina su cuerpo. La ha cogido de las muñecas y se sienta sobre su pelvis. Sus piernas dobladas aprisionan las suyas que están estiradas. Siente la tensión que nace de ese contacto salvaje.

Carrillo acerca su rostro al suyo para decirle que se esté quieta de una vez, que no quiere hacerle daño. En ese momento, Gracia descubre a quién le recuerda el inspector. Se parece a Adam Driver, el Adam Sackler de *Girls*. El rostro alargado, los labios gruesos. Ese aire despistado que, sin embargo, de repente le hace atractivo.

Recibe la respiración entrecortada en su cara. Su aliento cálido muy cerca de su boca.

—Gracia, no es lo que piensas.

El que habla es Cuadrado, que se acerca a ellos.

Gracia le dedica una mirada iracunda. Sin embargo, pronto se transforma en decepción y tristeza.

—Tienes que hablar con él —pide el chófer, con el aspecto de un perro que ha pasado la noche bajo la lluvia.

Capítulo 58

—¿Qué tal te ha ido? ¿Cómo está tu amiga? —pregunta Ángela.

—Bien, esa gata está bien... —musita Cleofás, dirigiéndose al aparador.

De entre los utensilios de cocina, extrae una botella de brandi. Se sirve un generoso chorro en un vaso y saborea el licor, bajando la cabeza y cerrando los ojos.

Va dando pequeños tragos, mientras Ángela cocina. Está cortando cebolla para hacer un pisto. Le gusta esa mujer que no lo juzga. Es sencilla, amable. A pesar de no haber tenido una vida fácil, no ha perdido la ilusión, como desvela su risa fresca.

—Necesito de nuevo el número de Estela.

—¿Estela? Ya se fue a Colombia, ¿no?

—Sí, pero tengo que preguntarle algo.

—Pues toma —le dice señalando su móvil—. Búscalo.

Cleofás mira en el listado de llamadas salientes. Solo hay una del día anterior, así que debe de ser ese número.

—¿Puedo? —le pregunta antes de marcar.

Escucha los diversos tonos, sin obtener respuesta. Piensa en la diferencia horaria, cuando la llamada finaliza sin éxito. Da igual, se dice, e insiste estableciendo una nueva conexión.

Ahora sí, alguien contesta la llamada.

—Aló —dice una voz femenina con cierta timidez.

—¿Estela?

—No, no soy Estela.

Cleofás tiene la impresión de que la mujer que está al otro lado está asustada.

—Quiero hablar con Estela.

—No está. Estela no está.

—¿Quién eres tú?

No hay respuesta. Cleofás insiste.

—Escucha, conozco a Estela. Sé que se dio el piro a Colombia. Puedes hablar tranquila.

La mujer no se decide. El músico insiste en ganarse su confianza.

—Soy Cleo, un viejo pana suyo. La conozco de la iglesia pentecostal de Tetuán. Ella venía al servicio los domingos, quizá te habló de mí. A veces toco góspel para ellos, soy un caballote con el saxo... No tengas miedo. ¿Conoces la iglesia?

—Sí...

—Conozco al pastor. Y a Ángela. Soy de confianza... Pero dime, ¿por qué tienes tú el teléfono de Estela?

—Ella no se lo quería llevar... Tenía miedo de que la llamaran. Me dijo que me deshiciera de él, pero... Pensé que exageraba y me lo quedé.

—Sé que Estela estaba asustada. Hablé con ella en el aeropuerto.

Cleofás habla y habla para tranquilizar a la mujer. Se le da bien convencer a los demás. Tiene labia. Y ahora necesita ganarse a esa desconocida para que lo ayude.

—¿Eres tú la amiga con la que iba cuando tenía tiempo libre?

El silencio le dice que sí, que es ella.

—Ya ves que Estela me contaba toda la mierda. No tengas miedo. Soy de confianza, créeme. ¿Quieres que vaya a verte y platicamos? ¿Una buena charla?

—¡No! —exclama.

La mujer está alterada; esa llamada la ha puesto nerviosa. Se arrepiente ahora de haberse quedado con el maldito aparato.

—Mira, prieta, si quiero puedo encontrarte, no te quepa duda. Pero no es necesario, de verdad. Lo único que necesito es que busques un mensaje en el móvil de Estela. ¿Lo pillas?

—¿Qué mensaje?

—Busca las llamadas entrantes de los días anteriores.

—Pero yo...

—Por favor, busca el mensaje y no te molestaré más. Te doy mi palabra.

La mujer tarda unos segundos en poner el altavoz y manipular el móvil.

—¿Mensaje de qué día?

—Los días anteriores al domingo —dice Cleo.

—Hay un mensaje grabado del miércoles pasado.

—¡La pucha! Mira, envíamelo por favor a mi teléfono. Y no me seas *pichaera*.

—¿No me estaré metiendo en un lío?

—No, yo soy amigo de Estela. Ya te lo he dicho, solo quiero ayudar.

—OK, te lo mando ahora mismo.

—Y yo te lo agradezco. Y ahora te doy un consejo gratis; cambia la tarjeta del móvil.

—Sí —dice ella, y cuelga.

Cleo observa cómo se descarga el archivo en su teléfono. Cuando está completo, pulsa el botón para escuchar el mensaje. Una voz femenina, ligeramente distorsionada, pero a la vez firme, amenaza a Estela. Tal y como esta le dijo, le indica que desaparezca de la casa de sus jefes el domingo. Y, por si hubiera cualquier duda de que habla en serio, la mujer le dice que sabe dónde viven sus hijos. Que Colombia no está lo suficientemente lejos para enviar a alguien a hacer un trabajo.

De repente hay una pausa. Se oye otra voz. «Doctora...», dice.

Cleofás aguza el oído. Una doctora, sí, pero es imposible saber de quién puede tratarse. Lo más probable es que se hayan deshecho del teléfono desde el que efectuaron la llamada. Por detrás de la voz se escucha una melodía de un hilo musical. Cleofás aprieta el teléfono a la oreja. Le suena esa melodía. Se sorprende tarareándola.

Entonces tiene una idea. Tal vez sea como buscar una aguja en un pajar, pero ha de intentarlo.

Abraza a Ángela, satisfecho.

Buen trabajo, viejo, se dice contento.

Capítulo 59

Están los tres sentados en la mesa del *loft*. Gracia a un lado, Carrillo en frente y Cuadrado presidiendo la mesa. Gracia está enfadada, aprieta los dientes y su mirada es afilada. Ahora nadie la sujeta, pero se siente atrapada. ¿Qué va a hacer el inspector con ella?

Carrillo mantiene el semblante serio, el ceño fruncido. Cuadrado se ve como el árbitro entre esos dos, que parecen dispuestos a enfrentarse de nuevo a la mínima oportunidad.

—Pongamos las cosas claras —dice Cuadrado.

Carrillo asiente. Eso, parece decir.

—Vino al periódico preguntando por ti —dice Cuadrado, señalando con la cabeza a Carrillo—. Y pensé que era buena idea que hablarais.

—Joder, Cuadrado... Sabes perfectamente que la Policía va detrás de mí, ¿y no se te ocurre otra cosa que traer al mismísimo inspector que lleva el caso? Ya te vale.

—Exinspector —precisa Carrillo con su voz gutural.

Y es ahí donde Gracia acusa el golpe de efecto. Ha estado en Madrid con Cleofás y no ha visto las noticias. Ella no está al tanto del descalabro que ha sufrido Carrillo. Ahora la curiosidad sustituye al enfado.

—¿Cómo que exinspector? ¿Qué ha sucedido?

—Me han tendido una trampa y me han expedientado —dice Carrillo, evitando entrar en detalles.

Gracia se muerde los labios. Se pregunta qué repercusión tiene esa noticia en su situación, pero está demasiado nerviosa para ver las cosas con claridad.

—Como él te acaba de decir, te buscaba para hablar contigo —dice Carrillo—. Quiero que me digas cuál es tu relación con el asesinato de Cobo.

—Ninguna.

—Estabas cerca de su casa, al lado exactamente, poco antes de que lo asesinaran.

—Eso es falso.

—Hay una grabación de la Embajada de Nigeria que lo prueba.

—La habrán manipulado.

—¿No estuviste allí?

—No. Yo no hice nada.

—Estuve en tu casa. Lo vi con mis propios ojos, esa pared... Estabas obsesionada con Cobo.

Gracia piensa en su huida. Así que Carrillo estuvo allí. Se lo imagina en su despacho, recorriendo la casa, husmeando en sus cosas, y ese pensamiento no tiene nada de agradable.

—Eso es cierto —reconoce finalmente—. Cobo me obsesionaba; era el perro guardián de Dumboa. Pero es este último quien me interesa.

Aunque está al tanto por los artículos que ha leído del ordenador de Gracia, Carrillo deja que ella le hable de Laura, de Dumboa, de Trento, esa red de pedofilia que quiere investigar. De los

abusos que la Iglesia ha consentido y ocultado.

—Mi primer objetivo es Dumboa. Está claro que es un depredador sexual.

—Y la rabia te ha hecho tomarte la justicia por tu mano.

—No.

—¿Quién te ayudó? ¿Contrataste a sicarios? Los que torturaron a Cobo sabían lo que hacían.

—Te equivocas.

—Y luego acudiste allí, a cubrir la noticia.

—¡Eso es falso! Ves lo que ellos quieren que veas. No sé cómo puedes seguirle el juego a Dumboa y sus secuaces. Les crees a ellos a pesar de que también se han ensañado contigo. ¿Acaso te consideras mejor que yo? ¡Eres un iluso!

Se hace un tenso silencio. El interrogatorio ha llegado a su fin.

Gracia se equivoca. Carrillo no cree a Dumboa y a sus secuaces, precisamente son las dudas las que lo han llevado hasta allí. Piensa en las respuestas de Gracia. Tienen su lógica.

—Si lo que cuentas es cierto, estamos en una situación similar.

Lo primero es conseguir pruebas que demuestren que lo que dice la periodista es verdad. Que ella es inocente. Que no tiene nada que ver con el asesinato de Cobo. Si es así, podrán unir fuerzas para luchar contra el mismo enemigo, ese que los ha señalado y hundido.

Sin embargo, todavía existe una gran desconfianza entre los dos.

La periodista se revuelve en el asiento.

Mientras Cuadrado asiste a ese particular duelo entre Gracia y Carrillo, siente que su móvil vibra. Sale del *loft* para contestar la llamada. Espera que no se enzarcen de nuevo. Percibe esa tensión entre ellos, es algo casi animal.

—Buenos tardes, José. Soy Sebastián... —le dice la voz al otro lado del cable. Cuadrado da un respingo.

—Hola, Sebastián —contesta con voz entrecortada.

Sebastián es el dueño del chalé. Me cago en mis muertos, piensa. ¿Quién me manda a mí meterme en estos jaleos?, se recrimina mientras la frente se le cubre de un sudor frío.

Capítulo 60

Dumboa espera impaciente a que llegue Lucía. Esa es una de las pocas cosas que ilusionan al viejo, que le hacen sentirse todavía vivo. Una chica nueva. Algo de novedad para despertar el deseo, la libido. Y la ilusión. Porque sin ilusión, la vida no es nada.

Y también para animarse después de esos días de mierda que le están tocando vivir.

La periodista sigue desaparecida, la hija de puta. ¿Dónde se habrá escondido? Y ¿hasta cuándo aguantará metida donde está, sin enseñar sus bigotes de rata? Ni la Policía, ni sus contactos, ni Flores, ni la madre que los parió a todos han conseguido información sobre ella. Espera que el tiempo corra en su contra. A fin de cuentas, ella está quieta y los demás se mueven, buscándola, con la intención de acorralarla. Muchos gatos a por un solo ratón... Esa historia solo puede tener un desenlace.

Llaman a la puerta. Dumboa sonríe sin darse cuenta.

—Adelante —dice contento.

Lucía asoma la cabeza. Dumboa ni siquiera se fija en ella, en la expresión de su rostro. Le hace un gesto para que entre, porque está deseando poder ver a su acompañante.

—Venga, Lucía, entra de una vez, coño.

La chica entra sola y cierra la puerta. Eso descoloca a Dumboa.

—Ha habido un contratiempo —dice la joven.

La sorpresa deja paso a la mala hostia. Dumboa se siente como una olla a presión. Una mierda más para un día de mierda.

—Déjeme que le explique. La chica que iba a traerle...

No le interesan las excusas. Aprieta el bastón con tanta fuerza que se le ponen los nudillos blancos.

La chica se mantiene a una distancia prudente. Lo teme. Lo prefiere baboso y complaciente, porque sabe lo que significa esa mirada llena de rabia.

El golpe llega de repente. El bastón golpea en un costado a Lucía, que cae al suelo. Le falta el aire. Cierra los ojos y solo intenta respirar.

Al verla, Dumboa recupera el sentido común. Se ha dejado llevar por la ira.

—Venga, Luchía, no ha sido para tanto —la anima.

La chica abre los ojos un segundo; la expresión del viejo es otra. Menos mal. Pero no se mueve, le duele el golpe.

—¿Estás bien?

Estaba mejor antes de que me golpearas, hijo de puta, piensa.

Él se acerca a ella. Hace un gran esfuerzo para colocarse a su lado, de rodillas. La puta cadera. Le acaricia el pelo, el rostro que permanece con los ojos cerrados. El hombro. Se atreve incluso a acariciar suavemente el costado que ha recibido el golpazo.

—Perdóneme, Luchía, he tenido un mal día.

Levanta el jersey de la chica y observa la marca en la piel, que tornará pronto en un moratón mostrando la huella larga y estrecha del báculo.

—Perdóname —insiste—. He perdido la cabeza.

Al viejo no le disgusta ese juego, la chica herida, su falso arrepentimiento, volver a ganarse la confianza de ella, traerla de nuevo al redil, como la oveja favorita. Para ello, le dice lo que ella quiere oír. Las mismas mentiras de siempre.

—Tú eres especial. No puedo tratarte así, no te lo mereces. Eres la mejor. La única. Mi querida Luchía.

Sí, es lo que ella quiere oír. Y al escucharlo, reacciona. Olvida el golpe, olvida el dolor, la rabia, lo olvida todo. Deja que el viejo la acaricie, que sus dedos dibujen el moratón que ella ocultará a todos. Y si alguien lo descubre, inventará una caída.

Inventará lo que sea para tapar a Dumboa y sus excesos.

Este golpe te va a costar bastante, piensa para animarse. Para creer que ella tiene algo que hacer o que decir en esa relación.

—¿De qué contratiempo hablabas? —le pregunta.

Saciada la furia, ha despertado la curiosidad.

—Lo tenía todo organizado para traerla, cuando...

El viejo la interrumpe.

—¿Quién es? ¿Cómo se llama?

—Irene, tiene doce años.

La fantasía de Dumboa se activa.

—Describemela.

—Es rubia, parece un ángel.

—¿Un ángel, has dicho?

—Tiene el pelo rizado, los ojos azules. Es una niña preciosa.

Preciosa, piensa Dumboa. Doce años.

—¿Y qué ha sucedido? ¿Por qué no la has traído?

—Ya había quedado con ella, pero se la han llevado a ver a su madre.

Lucía le cuenta el drama familiar. Operaron a la madre, se estaba recuperando. Y justo ese atardecer se ha sentido con fuerzas para ver a sus hijos.

Esa furcia, piensa Dumboa. No ha tenido otro momento...

—Quiero verla.

—Pronto la conocerá —dice Lucía.

—Vuelve a decirme cómo es —insiste Dumboa.

Y mientras Lucía habla, él acaricia el costado herido de la chica, con suavidad, procurando no hacerle daño.

Capítulo 61

Cleofás va caminando por la calle de Sagasta. De vez en cuando siente la tentación de entrar en un bar; una copita nunca viene mal, se dice. Pero se conoce y teme liarse y mandar al garete la idea que ha tenido para ayudar a Gracia, por lo que aprieta los puños, exhala un suspiro y sigue caminando.

En el número 24 está la casa y estudio de su amigo Peter, un productor de música *mainstream* al que conoció en el metro. Peter se lo quedó escuchando durante más de media hora embelesado y le dio una generosa propina. Luego se presentó y lo invitó a su estudio de grabación para que colocase unos fraseos de su saxo en sus grabaciones. Son grabaciones que vende en paquetes para hilos musicales de grandes superficies, supermercados, consultas clínicas y concesionarios. Desde entonces, de vez en cuando, Cleo acude a su estudio para grabar. Es una forma de ganarse un dinero.

El mismo Peter le abre la puerta. Es un hombre de mediana edad, a pesar de su aspecto juvenil. Lleva la barba bien cuidada y recoge su pelo en una coleta. La casa es amplia y luminosa, todo lo contrario del viejo hostel donde duerme Cleofás y donde el único sol que se ve es el de una fotografía que adorna la recepción.

—Hombre, Cleo —lo saluda, invitándolo a entrar—. Me pillas currando todavía. Aunque me temo que hoy no tengo nada para ti. Hasta el mes que viene no grabo.

—No, compay. Estoy aquí por otro asunto. ¿Podemos hablar?

—Por supuesto, pasa. ¿Un brandi?

El músico hace un esfuerzo y niega con las manos.

Se introducen en el estudio de Peter. Es un salón acolchado, con un órgano y varias guitarras repartidas por la estancia. Un par de ordenadores en un rincón. Cleofás se sienta en la banqueta del órgano mientras observa cómo el productor trastea con los ordenadores.

—Necesito un favor, amigo —dice.

—Tú dirás.

Cleofás extrae el teléfono de su bolsillo y pulsa el archivo con las amenazas a Estela. La expresión de Peter cambia paulatinamente al escuchar la voz de mujer distorsionada.

—¿En qué lío te has metido, Cleo?

—Esta vez no soy yo, pana. Es para una amiga. Necesito saber qué hay detrás de la grabación. Solo tú puedes ayudarme en este fregao.

Peter lo mira extrañado, pero prefiere no preguntar más. Con él, Cleofás siempre ha sido legal.

—No se escucha muy bien. Déjame el teléfono.

El músico se lo entrega. Peter enchufa una clavija a su ordenador.

—Vamos a intentar limpiar la grabación.

Teclea algo y lo conecta a un amplificador para aislar la música. La voz amenazante va

bajando el tono y se escucha la música amplificada. Peter interroga con la mirada al viejo músico.

—¿No lo conoces?

Cleofás abre mucho los ojos.

—Por supuesto, pipón. *These foolish things...*

—*Remind me of you...* —tararea el productor.

—¡Lo tenemos! —exclama Cleofás, dándose una palmada en el muslo.

—La grabé el año pasado, si no recuerdo mal. Déjame aislarlo un poco más, creo que...

Peter pulsa concentrado las teclas del ordenador. Consigue bajar el nivel de la voz y la música y se escucha débilmente una voz lejana que cita a un hombre para consulta.

Los dos hombres se miran.

—Ahora lo que necesito —dice nervioso el músico— es que me averigües los sitios a los que vendiste la grabación. Me interesan hospitales, consultorios médicos...

—Espera que encuentre el listado.

Cleofás se masajea las manos, mientras Peter busca en su ordenador.

—Aquí está el archivo, has tenido suerte. Es del año pasado. Se vendió a diversos centros comerciales, peluquerías, librerías y una clínica.

—La clínica, por favor.

—Vitae. Vamos a buscarla —dice entrando en Google.

Cleofás se coloca detrás del productor. Peter puede sentir el aliento del viejo músico sobre su nuca, mientras teclea.

—Clínica Vitae... Aquí está.

El músico lee la página de la clínica.

—Tradúceme esta jerga, amigo... No guipo esta jerigonza.

Peter lee por encima la publicidad del centro.

—Viene a decir que es la clínica privada más prestigiosa en operaciones traumatológicas.

Cleofás memoriza la dirección del hospital, que está en Mirasierra, en la zona norte de la ciudad. Sabe que será como buscar una aguja en un pajar, pero ya tiene una pista.

—Muchas gracias, *quaynabo* —el músico se incorpora.

—De nada, hombre. Espero haberte ayudado. Y que esto no te traiga problemas.

—No te preocupes por mí. —Lo palmea en el hombro—. Ya me he llevado todas las *katimbas* que me tocan en esta vida... y en la otra también. Por cierto, ahora no me importaría... —dice poniendo cara de cordero degollado.

El productor comprende la demanda del músico.

—Te refieres a ese brandi que me has rechazado antes.

—Creo que me lo gané.

El productor regresa con una botella y llena una copa hasta la mitad. Se la tiende a Cleofás, que la coge como si fuera un tesoro. Da un trago y lo paladea, cerrando los ojos para sentir mejor los matices del licor.

—Eres un caso, Cleo —afirma Peter.

El rostro del músico refleja un placer antiguo. Un hombre feliz, piensa Peter, a pesar de deambular con frecuencia por el mismo infierno.

Capítulo 62

Cuadrado entra en el *loft*, interrumpiendo el tenso silencio que mantienen Gracia y Carrillo. Ella enrosca un mechón de su pelo rubio en el dedo índice. Él aprieta los labios con firmeza.

—Tenemos que irnos —les dice.

—¿Qué sucede? —pregunta Carrillo.

—Un vecino ha alertado a los dueños. Ha percibido ciertos movimientos en la casa. Me han llamado para que vea si todo está en orden.

Gracia se incorpora, alarmada, y revisa el estado del *loft*.

—Dame unos minutos para que recoja todo.

—No intentarás largarte por tu cuenta, ¿verdad? —le dice Carrillo.

Ella no le hace caso. No, no va a intentar huir. Recoge la cocina, el baño, los utensilios de cocina, la taza, el vaso. Friega todo. No dejar huellas, piensa.

—No te preocupes —dice Cuadrado, leyéndole el pensamiento—. Les diré que ha sido una falsa alarma, que todo está en orden.

Gracia sigue recogiendo. Guarda los móviles que le entregó Cleofás.

—Habrás que buscar otro sitio —le dice Cuadrado.

Como si fuera tan sencillo... Con la Policía buscándola, no sabe a quién recurrir.

—Supongo que a mi casa es imposible acercarse —dice Gracia.

Carrillo asiente.

—¿No tienes adónde ir?

—¿Tú qué crees? No me lo habéis puesto fácil, ¿no?

Carrillo hace un gesto involuntario, alza ligeramente la ceja.

—Puedes venir conmigo.

—¿A tu casa?

—A mi casa no, joder. Seguro que a mí también me controlan... Tengo una tía que está ingresada en una residencia con Alzheimer, y su casa está cerrada desde hace unos meses. Podemos quedarnos ahí.

—¿Dónde está? —pregunta Cuadrado.

—En el barrio de Pacífico, cerca del parque del Retiro. Vamos —indica Carrillo.

—¿Crees que es una buena idea? —pregunta Gracia.

—¿Se te ocurre otra mejor?

Carrillo juega sobre seguro. Ella no tiene adónde ir, y así no perderá de vista a la periodista. La quiere tener cerca, mientras intenta aclarar ese caso que lo ha hundido en la miseria.

—Reconoce que, si eres inocente, lo mejor es tenerme de tu lado. Porque yo voy a descubrir qué ha sucedido.

—Lo mismo digo. Porque si tú eres inocente —dice Gracia, recalcando la última palabra para joder al inspector, que frunce la nariz al escucharla—, yo también soy una baza importante.

Tengo mucha información sobre Trento.

—¿De verdad crees que Trento acabó con Cobo? Eso no tiene ningún sentido... Era uno de los suyos.

—Solo digo que Trento está metido en este lío, pero todavía no sé de qué modo.

—¿Nos vamos? —pregunta Cuadrado.

Una vez que el ya exinspector y la periodista están en el coche, el chófer conecta la alarma de la casa. Arranca el coche y se dirige hacia el centro de la ciudad. Nadie habla. Los dos que van atrás ni siquiera se miran. No vuelven a hablar hasta que Cuadrado le pide indicaciones a Carrillo.

—Calle de Juan de Urbietta, cerca de la avenida de Ciudad de Barcelona, yo te indico cuando estemos cerca.

El coche pasa junto a la estación de Atocha y toma la avenida de Ciudad de Barcelona. Carrillo le da indicaciones a Cuadrado, hasta que este frena.

—Es aquí —dice mirando un portal—, en el cuarto piso.

—¿Qué sucede? —pregunta Cuadrado.

—No llevo llaves... —advierte Carrillo pensativo—. El portero tiene un juego, pero la verdad, preferiría no pedírselas. Es mejor pasar desapercibidos.

—Entonces ¿qué hacemos? —pregunta el conductor.

—Esperar... Su turno acaba a las ocho. Podremos entrar a partir de esa hora en el portal sin que nos vea. El problema es entrar en la casa.

—Imagino que podrás abrir una puerta —le exhorta Gracia a Carrillo.

Este no contesta.

—En las películas se abren con una simple tarjeta de plástico, ¿no? Algo sutil. No vayas a tirar la puerta abajo, como hicisteis en mi casa —ironiza Gracia con sarcasmo.

Carrillo no entra al trapo, piensa, examina la situación. Y finalmente asiente.

Capítulo 63

Gracia abre los ojos y tarda unos segundos en reconocer dónde se encuentra. Es la casa a la que la ha llevado Carrillo, la casa de su tía. La persiana bajada le ha facilitado el sueño. Son las nueve menos veinte. Llevaba sin dormir así varias noches. Bosteza y se levanta, camina por el piso silencioso. Se pregunta si Carrillo seguirá durmiendo.

Se encuentra al policía en la amplia cocina, junto a la vitrocerámica. Se fija en su espalda, lleva la camisa por fuera, arrugada, y está descalzo. De algún modo, él ha detectado su movimiento porque se vuelve.

—Buenos días —dice.

Gracia responde a su saludo. Carrillo tiene entre sus manos una cafetera italiana.

—He encontrado café —dice poniéndola en el fuego y encendiendo la vitrocerámica.

Gracia busca unas tazas, cucharillas, el azucarero y pone la mesa. Por desgracia, no hay nada con lo que acompañar al café. Cuando se llevaron a la dueña a la residencia no contaban con que volviera a la casa.

Mientras se hace el café, Carrillo revisa los cajones a la búsqueda de una llave de la casa. Encuentra un juego de llaves en un llavero del Real Madrid y lo prueba en la cerradura.

—Bueno, un problema menos —confirma satisfecho.

El aroma a café inunda la cocina. Se sientan y tras servirse esperan a que se enfríe. Es raro estar allí, juntos, dos desconocidos desayunando. Hay algo íntimo. Gracia lleva puesto un pijama de la anciana que le queda grande, pero es cómodo.

El pelo rubio despeinado le cae sobre los ojos. Él ha abandonado su aspecto formal, y lleva la camisa abierta, mostrando una camiseta interior.

Tras la tensión del día anterior hay cierta tranquilidad en el ambiente. Se diría que, tras la noche, los dos han decidido enterrar el hacha de guerra.

—Voy a salir... —avisa Carrillo.

—¿Qué vas a hacer?

—Me gustaría hablar con alguien de confianza. Necesitamos ayuda.

Necesitamos..., piensa Gracia. Ahora están en el mismo barco. Los dos tienen que limpiar sus nombres. No le parece un mal modo de enfocarlos.

—¿A quién vas a ver?

—Es una policía, está en el caso.

Carrillo le cuenta a Gracia que Pezuela estuvo en Valladolid investigando el asesinato de una monja con una firma muy similar a la de Cobo.

—¿Una monja? —pregunta curiosa, y al rato exclama—: ¡Pero eso prueba que yo no tengo nada que ver con lo de Cobo! Yo no tengo relación alguna con ninguna monja...

—No es tan sencillo, habrá que demostrarlo. O, en todo caso, deberemos dar con el asesino de la monja y comprobar que es el mismo que acabó con Cobo.

Gracia se muerde los labios. Hasta que eso no suceda ella sigue siendo la principal sospechosa.

—Hablaré con esta persona. Quiero ver si está de mi lado y puede pasarme información de cómo va el caso.

Gracia da un sorbo al café fuerte y dulce.

—¿Y por qué no la llamas simplemente?

—Lo he pensado, pero... Me acusan de mantener relaciones con una menor. Es algo, digamos, bastante sucio.

Gracia asiente. Precisamente, su investigación iba de eso, pederastia. Es un tema que provoca un gran rechazo y, sin embargo, los casos abundan y son muchos los que los encubren.

—Te entiendo; prefieres verla.

Carrillo da un largo trago, deja la taza en la mesa y la mira fijamente.

—Necesito ver su expresión mientras hablamos y saber si me cree, o realmente piensa que... Bueno, hay cosas que hay que hacer cara a cara. Y ahora dime, ¿qué vas a hacer tú?

—¿Qué quieres que haga? Te esperaré... ¿Hay un plan mejor? —pregunta con cinismo.

—No, no lo hay. Vamos a ver qué tal va mi encuentro y si consigo saber si hay algo nuevo. Ese será el primer paso.

Gracia asiente, se levanta y deposita las tazas de café en la pila.

—Me voy a duchar —propone Carrillo—. Por cierto, habrá que comprar algo de comer...

—Haré una lista —dice Gracia, y al momento se sorprende del tono de familiaridad, incluso complicidad, con el que le ha hablado.

Carrillo sale de la cocina. El sonido de la caldera anuncia que está utilizando el agua caliente.

Gracia coge un cuaderno y escribe. Se descubre pensando qué le gusta comer a su acompañante, cuáles son sus preferencias. Es raro estar conviviendo con él. Lo recuerda descalzo, con la camisa por fuera, sosteniendo la cafetera. Como si fuera un amante con el que ha compartido la noche, se dice. Ojalá fuera eso, una aventura, lo que les ha unido, y no un caso sangrante que amenaza con acabar con ellos dos.

Antes de irse, Carrillo la mira fijamente. Está claro que le preocupa dejarla sola. Que, aunque quiere confiar en ella, una parte de él le dice que ella es la sospechosa número uno. Que se sentirá un completo gilipollas si al regresar se encuentra con que ella ha vuelto a escapar.

—Espero que estés aquí cuando vuelva.

—Tienes dudas, ¿verdad?

Sí, las tiene. Es bueno leyendo a la gente; descubre con rapidez cuando mienten u ocultan algo, pero con Gracia no lo consigue. O bien es sincera o tiene un autocontrol a prueba de bombas.

—No te cortes —lo reta ella desafiante—. Cierra la puerta con llave.

Carrillo duda. Su parte más cuadrículada lucha contra su intuición.

—Así te aseguras de que no podré escapar. No creerás que tengo fuerza suficiente para tirar la puerta abajo...

Su intuición vence. Carrillo se da la vuelta y sale de la casa. No cierra la puerta con llave. Al bajar las escaleras imagina que Gracia sonríe.

Capítulo 64

Cleofás baja por las escaleras de la casa de Ángela. Está recién desayunado. Su amiga ha insistido en que se tomara una taza de café, ese líquido infecto al que ha tenido que echar un chorrito de brandi para disimular el sabor. También le ha preparado unas tostadas con un mejunje que le recordaba a la mermelada de arándanos que le hacía su madre sesenta años atrás.

Asciende por la calle de La Coruña hasta tomar el metro de Estrecho. Escruta el mapa del metro; línea 1 hasta la plaza de Castilla y luego transbordo en línea 9 hasta la clínica Vitae. En el vagón, permanece de pie, con la mano diestra agarrado a la barandilla. Una joven se levanta de su asiento para ofrecérselo. Joder, piensa, no soy tan viejo, mientras hace un gesto negativo con la mano.

En la estación de plaza de Castilla atraviesa los pasillos, cruzándose con gente de aspecto somnoliento y el incierto andar de quien se dirige al trabajo, siempre por el mismo lugar, siempre con el mismo rostro cansado. Espera en el andén de la línea 9 hasta que llega el convoy. Ahora sí, se acomoda en el primer asiento y cruza las piernas leyendo con atención los nombres de cada estación hasta que quince minutos después llega a su destino, Mirasierra.

Al bajar del vagón asciende las escaleras mecánicas y se asoma al mundo. Una amplia plaza y, al fondo, la imponente figura del hospital. Mientras camina, tararea un tema de Dave Brubeck. Pese a ser blanco siempre le gustó su sentido melódico. Tocó con él en un bolo en la ciudad tejana de Frisco, sustituyendo al saxo titular, que aquella noche se pasó en la ingesta de anfetaminas.

Abstraído en sus pensamientos, llega a la puerta del hospital. Es un centro privado y pulcro de aspecto tranquilo, que tiene poco que ver con el vetusto y abarrotado hospital al que acude de vez en cuando para que le infiltren sus rodillas artríticas.

Echa un vistazo a la recepción. En la cabina hay tres administrativos señalando los pasillos correspondientes, escuchando a los familiares de los pacientes y buscando en el ordenador cualquier información demandada. Permanece en la cola durante unos minutos, detrás de un hombre que exige una explicación casi a gritos. Todos van bien vestidos y se ve que son gente de mando. Los administrativos disimulan como pueden ante la falta de educación de alguno de los clientes.

—Hey, pana. Date el piro. Ya te estás *juyendo* —le espeta Cleofás a la cara.

El cliente gritón lo mira como a un marciano, pero se achanta ante el rostro de su oponente.

—¡Bonita! —saluda a la recepcionista—, tengo que ver a la doctora que me operó —dice señalando sus piernas—. Estos malditos huesos...

—¿Tiene usted cita?

—Ella me dijo que me plantara aquí en cuanto tuviese la mínima molestia. Una jevita de ley.

—¿Sociedad?

Cleofás se encoge de hombros.

—Me duele de verdad, querida. ¿Dónde puedo encontrarla?

—Cirugía está en la cuarta planta.

La recepcionista ve que el hombretón negro da la vuelta sobre sus pasos y se encamina al ascensor. Quiere decirle que, sin una cita, no tiene nada que hacer, pero ya hay otro cliente en el mostrador quejándose de los gastos extra que le han cobrado en la factura al darle el alta.

Cleofás pulsa el botón del cuarto piso. Una anciana con muletas le conmina a que espere, y él coloca sus manazas entre las dos puertas y espera a que la anciana entre.

Al llegar al piso indicado, vislumbra los nombres de los médicos sobre los dinteles. Uno, dos, tres, cuatro... Por fin ve un cartelillo interesante: «Doctora Marzal-Cirugía». Decide esperar en la antesala, en compañía de un hombre con una escayola en la pierna que lo mira con ganas de hablar. Cleofás le ignora. Está trabajando y su objetivo ahora es echar un vistazo a la doctora.

Quince minutos después, sale de la consulta una enfermera con una lista. El hombre de la escayola se incorpora trabajosamente al escuchar su nombre. Sin embargo, Cleofás se adelanta y con paso firme alcanza la puerta de la consulta.

—Pero... —farfulla el paciente de las muletas.

La enfermera se interpone entre el músico y la puerta.

—Disculpe, señor.

—Solo será un instante, mi amol.

Y ante la expresión de incredulidad de la enfermera, el músico abre la puerta y ensaya su mejor sonrisa. Decide cojear un poco, pero la mujer que escribe tras la mesa ni levanta la mirada.

—Usted dirá... —dice con un marcado acento andaluz.

—Perdone, doctora —entra la enfermera—, pero este señor...

La médica se pone las gafas y contempla al corpulento ser que se alza frente a ella.

—¿Pasa algo, enfermera?

—Este señor se ha colado. No es su turno. Y el paciente al que debe atender está esperando.

—Dije que solo sería un momento —dice Cleofás con paciencia—. Lo único que quiero saber es si usted opera huesos, si es cirujana...

—¿Qué dice? ¿Va usted a operarse?

—Sí, señora.

—Sí, soy la cirujana, pero usted debe esperar su turno. Pase a la salita y le veré cuando le toque —le dice la doctora con su peculiar acento.

Cleofás asiente con la cabeza.

—Acepte mis disculpas.

La enfermera le conmina a salir con gesto airado.

—No puede entrar así a las consultas.

El viejo músico simula una reverencia y vuelve sobre sus pasos. Está claro que no es la doctora que busca, puede descartarla de la lista de cirujanas. Su acento no se corresponde con la voz del mensaje.

Continúa por el pasillo hasta dar con otro nombre femenino. La puerta está entreabierta. Escucha la voz de dos mujeres hablando sobre una futura operación.

Cleofás asoma la cabeza.

—¿Por ventura es usted cirujana? —pregunta.

Ante la interrupción, la mujer de bata blanca se vuelve. Tiene unos treinta años y lleva unas

grandes gafas de montura dorada.

—¿En qué puedo ayudarle? —pregunta con amabilidad.

Cleofás se queda cortado.

—Le pido mil perdones, doña. Soy un viejo tonto. Me he confundido.

Y, farfullando una excusa, se da la vuelta y desaparece.

Las dos mujeres se miran sorprendidas, para a continuación seguir con la conversación que Cleofás ha interrumpido.

El músico habla solo por el pasillo. Ha descartado de inmediato a la cirujana de las grandes gafas. No cree que una embarazada en tan avanzado estado de gestación sea la peligrosa doctora que él busca.

Capítulo 65

Tras recuperar el móvil que Cuadrado le había confiscado, Carrillo había comprobado el montón de llamadas perdidas que tenía. Unas cuantas eran de la subinspectora Pezuela. Otras, se teme que sean de la prensa. Para no caer en el estrés, el exinspector tiene el móvil en silencio. Y ahora camina por la avenida de Ciudad de Barcelona apretándolo en el bolsillo de su chaqueta.

Es viernes. Sabe que la subinspectora va las mañanas que tiene libre a clases de *kickboxing*. También sabe en qué centro da las clases, porque intentó convencerlo para que se apuntara. Está en Moratalaz, no lejos de la casa de Pezuela. La clase es a las once, por lo que Carrillo decide ir andando. Tiene tiempo: calcula que la distancia no será superior a cinco kilómetros. Al menos así se moverá un poco. Desearía correr, echa de menos su rutina, pero no tiene ropa de deporte ni sus zapatillas. Se ha planteado pasar por su casa, pero prefiere no hacerlo. No quiere exponerse. Ha decidido estar fuera del foco mediático, y también lejos de la Policía, que puede llegar allí en cualquier momento con la citación que le complicará aún más las cosas. De momento, encontrarse en paradero desconocido le parece lo más práctico.

También piensa en su perro Rufus. Su ex debe de estar contenta... Pero eso, con lo que tiene encima, no parece ni siquiera un problema.

A las once menos cuarto, Carrillo está en la plaza donde se encuentra el local que busca. Camina para no quedarse frío, sin quitar ojo de la puerta. Pezuela es puntual y, tal y como espera, aparece a las once menos diez, vestida con unas mallas negras y una sudadera gris. A la espalda lleva una pequeña mochila.

Se acerca lentamente para que ella lo vea, no quiere asustarla. La subinspectora eleva las cejas, sorprendida.

—Joder, Carrillo, este es el último sitio en el que pensaba encontrarte. Ahora dime que te has decidido a apuntarte a *kickboxing*. Aunque tal y como está el patio, no te vendría mal. Te van a caer hostias por todos lados.

—Imaginaba que podía encontrarte aquí, que te tomarías el día libre después de lo de Valladolid.

—Me podías haber contestado a las llamadas.

—Es una historia muy larga...

Ella le sostiene la mirada tan solo unos segundos, antes de estallar.

—¿Qué mierda es esta, Carrillo?

—Eso digo yo...

—Porque suena muy mal. Suena fatal —insiste sacudiendo la cabeza—. ¿Has visto las fotos?

—Sí, pero son engañosas.

—Hay una chavalita contigo, montada sobre ti, besándote. Una menor.

—Lo sé. Actuó por su cuenta. Me tendieron una trampa.

—¿Y se subió encima de ti por sorpresa?

—Así es. Mira, Sole. Estamos fuera del trabajo, yo ya no soy tu jefe, pero te aprecio y me importa lo que pienses de mí. No soy un santo, joder, todos tenemos nuestros trapos sucios, pero la prostitución de menores no es lo mío. Te lo aseguro.

El tono de Carrillo es sincero, también su mirada. Pezuela lo conoce de hace tiempo y siempre ha confiado en él. Su experiencia le dice que siempre puede uno equivocarse, que hay monstruos que pasan desapercibidos, pero, a la vez, su instinto le hace creer en él. Además, si esa historia fuera cierta, ¿qué pinta él allí con ella, intentando salvar el culo? ¿Para qué? ¿Qué necesidad tiene de quedar bien?

—He caído en una trampa y me han quitado de en medio —insiste Carrillo.

Como al inspector Fragoso, le dice a Pezuela su voz interior. Y ahora quieren hacer lo mismo con Carrillo.

—Pero voy a limpiar mi nombre y necesito tu ayuda.

—¿Qué quieres que haga?

—¿Sigues en el caso?

—Sí, de momento sí. Me hicieron volver de Valladolid y no quisieron escuchar nada de la monja y de lo que había descubierto. El tema del crucifijo está descartado. Solo quieren detener a la periodista, esa es su prioridad. Siguen buscándola, pero no han dado con ella. Debe de estar bien escondida.

Carrillo duda si contarle a Pezuela que sabe dónde está Gracia, pero no quiere comprometerla. Ya es bastante si ella le informa de los avances del caso.

—Hay algo que me gustaría que hicieras.

La subinspectora lo escucha atentamente. Carrillo, aliviado, comprende que se ha ganado su confianza. Que, a pesar de las dudas que puede haber sentido en las últimas horas, vuelve a estar de su lado.

—Quiero que revises las imágenes de la cámara de la embajada.

—Las revisamos infinidad de veces.

—Me refiero al original, no a la copia que vimos.

La subinspectora sacude la cabeza confundida.

—Comprueba si ha sido manipulada.

—No te entiendo.

—Antes de mi cese recibí información de la periodista, y ella asegura que nunca estuvo allí, que la cinta está trucada.

—¿Y la crees? ¿Quién sería capaz de manipularla? ¿Y por qué?

—Después de la trampa que me han tendido a mí, creo que cualquier cosa es posible. Y el interés que todos tienen en Gracia Martí es, como poco, curioso. Porque, aunque fuera cierto que estuvo allí, ¿por qué han cerrado la línea de investigación de la monja?

Pezuela asiente. Vuelve a tener la sensación de que hay algo turbio en ese caso.

Algo como una marea oscura, que ya parece haber alcanzado a Carrillo con su cese.

—Veré lo que puedo hacer —le contesta Pezuela—. Y estate pendiente del móvil, por si hay novedades.

—Te dejo —le dice Carrillo—. No quiero que llegues tarde a clase.

—Cuídate —le dice la subinspectora, apretando su brazo antes de entrar en el local.

Carrillo emprende el camino de vuelta. Se siente aliviado; al menos tiene a Pezuela de su

lado. Y eso es fundamental, tanto para la investigación como para su autoestima.

En el bolsillo, junto al móvil, lleva la lista que ha redactado Gracia. En un supermercado próximo a la casa donde se esconden realiza la compra. Añade algunas cosas de su propia cosecha. Entre ellas, unas cuantas botellas de vino, crema de afeitar y unas maquinillas desechables.

Capítulo 66

Fue al caer en mis manos la partida de nacimiento cuando me sorprendió que la fecha en que nací variaba unos días con la del Libro de Familia. Ahí saltaron todas las alarmas. Yo ya estaba en la universidad. Estudiaba Medicina, había vuelto al redil, en palabras del cerdo. Él no se imaginaba que, más allá de las apariencias, de mi comportamiento más tranquilo debido a los estudios, en mi interior bullía algo a lo que no sabía dar nombre.

Una amiga me animó a investigar. Leí noticias en prensa, contacté con una asociación. Todo iba encajando. En el hospital en el que había nacido había habido muchas irregularidades. Entre otras, el número exagerado de recién nacidos fallecidos. Niños que morían por causas como una otitis. Fechas que no cuadraban. Tenían los nombres de los responsables, aunque nada se había podido hacer contra ellos.

Fue entonces cuando me aparté de mi falsa familia. La cerda sufría por mi ausencia y el cerdo sufría porque la cerda le hacía la vida imposible. Yo solo quería saber quién era, de dónde venía. Necesitaba recuperar mi línea genealógica, rastrearla, porque me sentía un ser vacío, con un nombre prestado.

A la espera de que todo saliera a la luz, intenté llevar una vida normal, pero el peso era demasiado grande. Tan solo la justicia hubiera servido para reparar lo sucedido. Esa gente debía ser castigada por lo que había hecho. Y si así hubiera sucedido, quizá mi vida hubiera podido ser otra. Quién sabe...

Pero esa justicia no llegó. Se cerraba cada puerta abierta con trabajo y esfuerzo. No dejaron que asomara a la luz un caso tan terrible. A nadie le importaban los niños robados, las madres engañadas, el dolor al que nos habían condenado. Acallarían esos miles de historias para siempre.

Luego, en algún momento, todo se volvió oscuridad y la rabia inundó mi vida y lo llenó todo.

Capítulo 67

Cuando la puerta se abre y una paciente con abrigo de visón sale, Cleofás aprovecha para colarse en la consulta. Sentada en una silla giratoria, una doctora de cierta edad, con el pelo cano muy corto, lo mira con curiosidad.

—Perdone, pero aún no puede entrar. He de redactar un informe antes de atenderle.

Cleofás ensaya una expresión de suprema inocencia.

—Mis excusas, señora —dice cerrando la puerta.

Descarta a la doctora por edad; está frisando la jubilación y no le cuadra como asaltante de chalés y torturadora de ancianos.

Vagabundea por los pasillos fijándose en los nombres de las placas. Al fondo de la planta puede ver una amplia entrada con puertas de lona con un cartel que reza «Quirófano». Mira a ambos lados y se decide a entrar. El silencio es sepulcral. No parece haber nadie. Detiene la mirada en la cantidad de aparatos ubicados a lo largo de la estancia. Los mira con curiosidad, preguntándose para qué servirán cada uno de ellos.

—¡Eh! ¿Qué hace usted? ¡No puede entrar aquí!

Un joven enfermero de uniforme verde le encara, las manos en las caderas, el gesto desafiante.

—Perdona, muchacho. Me van a arreglar la carrocería —se señala la rodilla—, y quería echar un vistazo al taller.

Se da la vuelta sintiendo la mirada airada del joven. Ya no sabe qué hacer. No tiene ni idea de cómo dar con la cirujana que está buscando.

Decide descender desde el cuarto piso a la recepción y hacer un último intento con los administrativos. Una cirujana joven, la que me operó, piensa preguntar. Si al menos consiguiera un nombre...

Cuando se abren las puertas del ascensor, el viejo músico se da de bruces con un carrito lleno de útiles de limpieza.

—Vaya con cuidado, hombre —le exhorta una limpiadora, vestida con uniforme.

—¡Por los clavos de Cristo! —exclama Cleofás.

Entonces la mujer abre mucho los ojos y suelta una carcajada.

—¡Pero bueno! ¡El viejo Cleo! ¿Qué haces aquí?

El músico hurga en su memoria hasta que ubica a la mujer. Es la esposa de su amigo Nicolás, un perista del Rastro con el que hacía tiempo había compartido algún negocio. Pasaron juntos algunos buenos domingos haciendo la ronda por los bares de tapas de la Ribera de Curtidores.

La mujer tiene la risa fácil. Recuerda que se desternillaba cuando él le contaba las aventuras con los músicos, siempre de aquí para allá, huyendo de las pensiones a las que acudía la Policía para poner orden. Nicolás decía que nadie hacía reír tanto a su mujer como él.

—Encantado de verla de nuevo, señora.

—Ya veo que ni te acuerdas de mi nombre —sonríe la mujer, estrechándole la mano—. Mercedes, como el coche.

—Por supuesto, Mercedes... ¿Cómo anda Nicolás?, ¿todo en orden?

—Mi marido bien, con sus cosas, ya sabes... Menos mal que yo tengo un sueldo fijo, si no, con su trabajo, algunos meses nos moriríamos de hambre.

—Un buen chango el Nico. Oro de ley.

—¿Y qué haces aquí? ¿Estás enfermo?

—Busco a una cirujana.

—Pues has venido al sitio adecuado —dice soltando una carcajada.

Cleofás sonríe a su vez. Tal vez Mercedes pueda ayudarlo en lo que necesita. Estaría bien hablar tranquilamente.

—¿Puedo invitarte a un café?

La mujer duda. Estaría muy bien tomarse algo con el viejo Cleo, además, está cansada de tanto trajín, pero el trabajo es el trabajo y la subcontrata de limpiezas del hospital no permite a sus empleados ni un segundo de respiro.

—Me encantaría, pero no es una buena idea en este momento.

—Lo entiendo... De todos modos, te quería hacer una pregunta —dice Cleofás, dispuesto a aprovechar la ocasión que el destino le ha ofrecido—. ¿Tú conoces a todos los médicos?

—Claro, llevo años limpiando sus consultas.

El músico la toma del brazo y hace un aparte con ella.

—Mi queridísima Mercedes... Necesito saber el nombre de una cirujana, una mujer joven que trabaja aquí.

—¿Cirujana? Creo que hay dos o tres ahora, en la cuarta planta. ¿Por qué?

—Me tiene que operar. Pero no es ninguna de las que están en la cuarta planta. Ella es más joven.

La mujer frunce el ceño, intentando recordar.

—Pues como no sea la doctora Olalla... Cruz, creo que se llama. Es más joven, muy viva, guapetona ella.

Cleofás abre los ojos. Tal vez sea la mujer que busca. Es su última oportunidad.

—¿Y sabes dónde está?

—La verdad es que no la he visto estos días. Pero, si quieres, preguntamos.

—¿Podrías?

Mercedes aparca el carrito junto al ascensor y se hace acompañar por Cleofás hasta la recepción. Saluda con la mano a una de las administrativas y entra en el habitáculo. Cleofás se muerde las uñas mientras Mercedes habla con ella. Al punto, sale del interior.

—Cruz Olalla está de vacaciones.

—¿Vacaciones? ¡Qué mala suerte! Es urgente. Ella me dijo...

—Pues tendrás que esperar, Cleo. No hay otra.

—¿Puedes preguntar qué día vuelve? —dice contrariado.

La limpiadora vuelve a entrar en el habitáculo. El músico siente la curiosa mirada de la recepcionista y procura parecer el vejstorio indefenso que no es. La recepcionista teclea algo en el ordenador. Mercedes intenta convencerla de algo, pero la mujer sacude la cabeza.

Mercedes regresa a su lado.

—Información confidencial —dice con retintín—. No entiendo qué demonios es eso de la protección de datos, pero dice que se juega el puesto. Aunque yo me he enterado de todas formas. Vuelve el miércoles.

¿El miércoles? Vaya vaina, piensa Cleofás.

—No pareces contento.

—Tengo que verla antes.

—Pues como no vayas a su casa...

El músico eleva una ceja. La mira fijamente.

—He visto la dirección en la pantalla —le indica Mercedes, sonriendo como una cría traviesa.

—Eres maravillosa, mi bella —le regala el músico, soltando una carcajada.

Mercedes se acerca a él y le dice algo al oído. Él asiente, memorizando las palabras.

—Muchas, muchas gracias. Eres un ángel.

La limpiadora sonríe.

—De nada, Cleo. Oye, ¿por qué no te pasas este domingo por el Rastro? A Nicolás le encantará verte.

—Buena idea. Intentaré veros —se despide Cleofás, guiñándole el ojo.

Capítulo 68

El comisario Celso Santiago es quien lleva ahora el caso de Cobo, hasta que decidan quién sustituye a Carrillo. Santiago es hijo y nieto de policías, es de esos que dicen «Lo llevo en la sangre». Sí, le gusta utilizar esa expresión, aunque para muchos su sangre más bien parece horchata. Poco talento y poco nervio, Santiago se aturulla y al final se precipita. Un tío inepto, pero con nombre, un títere fácil de controlar, piensa Pezuela.

—Subinspectora, pensaba que se había cogido el día libre.

—Me he pasado a ver si hay novedades, dada la urgencia del caso.

—¿Y las hay?

—No señor, sigue sin dejar rastro. No ha utilizado sus tarjetas de crédito ni ha aparecido en ninguno de los puntos que tenemos vigilados.

—Alguien la está ayudando —dice el nuevo inspector sagaz.

—Probablemente, señor. Pero sus contactos más directos están controlados. Tampoco hemos logrado interceptar ninguna llamada sospechosa.

—Se ha esfumado...

—Daremos con ella —contesta Pezuela, como quien consuela a un crío—. Señor, me gustaría volver a estudiar la grabación de la Embajada de Nigeria.

—Está vista y revista, subinspectora.

—Lo sé, pero por si acaso... No contamos con ninguna otra pista a seguir por el momento y no vamos a quedarnos de brazos cruzados.

—Por supuesto. La presión es enorme.

En ese momento, Santiago recibe una llamada y Pezuela se retira. Va al departamento de custodia de pruebas. Allí se encuentra con un conocido.

—¡Hombre, Pezuela! ¡Cuánto tiempo sin verte!

—Sí, es verdad. ¿Cómo te va?

—Aquí sigo. Mucho más tranquilo, la verdad. Te veo estupenda, mujer. ¿Qué te trae por aquí?

—El caso del abogado Jaime Cobo.

—Un caso jodido, ¿no? Dicen que la sospechosa se ha esfumado.

Pezuela asiente.

—Quiero ver las pruebas incriminatorias.

El hombre saca un archivador de papel. Pezuela lo mira sorprendida.

—¿La informática no ha llegado a este departamento?

—Yo soy de la vieja escuela —le dice encogiéndose de hombros.

Y coge una lista con el resumen de pruebas y número de registro.

Informe de las autopsias. Fotografías. Datos de la cuerda utilizada por el asesino para torturar a Cobo. Posible modelo del bisturí utilizado para la evisceración de la mujer. Imágenes de la

Embajada de Nigeria. Fotografías de la casa de Gracia Martí. Documentación incautada en su casa...

—Espera un momento... ¿Y el crucifijo?

—¿Qué crucifijo?

—Había un crucifijo en una bolsa ignífuga, en la casa de Cobo.

El policía revisa la lista. Consulta también el ordenador, mientras Pezuela espera impaciente.

—No veo nada de un crucifijo.

¡Joder!, piensa. Y se contiene para no lanzar una exclamación.

—Pues estoy segura de que había uno. ¿Puedes comprobar si es solo un error? Quizá la prueba esté archivada, pero simplemente no aparezca en la lista.

—Oye, que no somos unos inútiles —protesta el policía.

—Míralo, por favor. Estoy segura de que se encontró un crucifijo en la escena del crimen.

—Espera —dice él.

Mientras el policía entra en la zona de archivo y busca, Pezuela relee una y otra vez la lista. Aprieta el papel entre los dedos. Intuye que su compañero no va a encontrar nada. Alguien se ha encargado de que esa prueba desaparezca. ¿Por qué no quieren que investiguen en esa dirección? Está claro que no desean que se demuestre la relación con el caso de la monja. Pero el vínculo es indudable: el mismo asesino, la misma firma. Y la misma mierda rodeándolo todo.

—Nada. Estás equivocada, no hay crucifijo que valga.

Pezuela asiente.

—¿Me podrías dar la grabación de la embajada? —pregunta ocultando su contrariedad ante lo sucedido.

—Ya tenéis una copia.

—El inspector Santiago me ha pedido que estudie el original. Probablemente la grabación sea más larga y quiere ver si hay algo que pueda resultar de interés en los días anteriores.

El policía vuelve al archivo y le entrega la grabación.

—La puedes examinar aquí. Ya sabes, se evita sacar las pruebas de esta oficina.

Pezuela piensa en lo ridículo que suena todo eso, dado que allí las pruebas se esfuman sin llamar la atención de nadie.

—Claro, pero me la llevo al despacho.

—Subinspectora...

—No me voy a pasar aquí diez horas sentada en esa silla, ¿no te parece?

—Pero la custodia de pruebas...

—Oye, que nos conocemos... No te pongas así, que te la traigo en un rato.

El policía duda. Está intranquilo.

—A ver, solo voy a ver si encuentro algo. Yo estoy en el lado de los buenos, ¿vale? No me voy a deshacer de la cinta ni la voy a estropear.

—Eso espero. Me cortarían los huevos.

—Yo misma te los cortaría, sin dudarlo, si fueras tan tonto como para dejar que alguien manipulara una prueba o la hiciera desaparecer —dice Pezuela, pensando en el crucifijo.

Y, dándose la vuelta, sale de allí con el original bajo el brazo.

—Pero si ni siquiera has firmado la entrega... —protesta el policía.

Pero Pezuela ya está fuera de su vista.

Capítulo 69

Inútiles. Son unos inútiles. El domingo asesinaron a Cobo y desde el martes buscan a Gracia Martí. Pues bien, ya es viernes y siguen sin nada. Panda de estúpidos. Dumboa está que trina. Hace horas que ha echado a Lucía de la habitación, todo le enerva.

Villaescusa, ¿habrá conseguido algo? Seguro que no. Si lo hubiera hecho lo habría llamado como un perrillo baboso que quiere recibir la caricia de su amo.

—Nada —dice el director del periódico—. Y le aseguro que me he empleado a fondo.

Le aseguro que me he empleado a fondo, piensa Dumboa con retintín. Sobra ese tipo de comentarios. Por supuesto, si él le pide algo, todo el mundo pierde el culo. Pero Villaescusa es tan estúpido...

—Algo —presiona Dumboa.

Es bueno presionando. Es una habilidad como otra cualquiera y él lleva años practicándola.

—Le digo que...

—Entretenme, Villaescusa. Cuéntame algo. No voy a colgar el jodido teléfono hasta que me canse de escucharte. Habla, habla ya de una vez.

—Dejó de ver a todo el mundo, amigos y demás. A partir del suicidio de aquella chica, cayó en una especie de depresión. Le afectó mucho.

—¿Estás seguro de que no tiene a nadie?

—Siguió investigando y escribiendo sobre Trento. La negativa del periódico para publicar el artículo fue un jarro de agua fría para ella. De hecho, ese fue el motivo por el que decidió dejar el periódico.

—Y no hiciste nada para evitarlo...

—La intenté convencer de que se quedara. Tenía instrucciones de Cobo de que siguiera con nosotros para tenerla controlada, pero no se imagina lo testaruda que es.

—Y ella, viendo cómo eran las cosas, en algún momento cambió de forma de actuar. Me pregunto cuándo y por qué decidió que era mejor asesinar despiadadamente a sus enemigos.

—Por lo que la conocía, no era una persona violenta.

—Pregúntaselo a Cobo y esposa. Si pudieran contestarte quizá no estarían de acuerdo contigo... —dice con sorna.

—Supongo que enloqueció. Cobo la tenía a raya y ella perdió los estribos.

—Claro que enloqueció. O simplemente sacó lo peor de sí misma. Pero ese no es un trabajo individual, está claro. ¿No se te ocurre con quién pudo contactar para llevarlo a cabo?

Una vez más, el director solo tiene una negativa como respuesta. Y Dumboa empieza a perder la paciencia.

—Dices que estaba deprimida, que no hacía vida social, pero trabajaba allí. Tenía que hablar con alguien. ¿Algún compañero? Alguien habría, joder...

—Se llevaba bien con Cuadrado —dice de repente el director.

Cuadrado. Dumboa asiente. Un nombre, al menos.

—¿Quién es Cuadrado?

—El chófer del periódico. Tenían buena relación. De hecho, me pidió que estudiara una posible prejubilación para él.

—¿Y...? ¿Sigue con vosotros?

—Sí, claro. Ni siquiera miré su prejubilación; no tengo tiempo para esos asuntos.

—Así que Cuadrado trabaja en el periódico.

—De hecho, él fue, al parecer, la última persona del periódico que la vio. La llevó al incendio de la casa de Cobo para cubrir la noticia.

—¿Qué cínica! —exclama Dumboa.

Su voz ha cambiado ligeramente. Tiene un nombre y eso lo anima.

—Voy a mandar a alguien para que hable con Cuadrado ahora mismo.

—No, hoy no lo encontrará.

Dumboa respira profundamente. Ya está de nuevo Villaescusa cortándole el rollo. Y si hay algo que le molesta, es eso.

—Cuadrado no está aquí ahora. Acompaña a Velasco, uno de nuestros periodistas más importantes, que está haciendo prensa de su nuevo libro. Hoy viajaban a Valencia.

—Deme al menos su dirección.

—Un momento —dice Villaescusa.

Y Dumboa espera a que el director regrese con la información que le ha pedido.

Capítulo 70

Pezuela sale de comisaría con la cinta en el bolsillo. Es la cinta original, esa que no debía salir del archivo donde se guardan las pruebas policiales. Se tiene que dar prisa; no quiere llamar la atención.

Detiene un taxi y, antes de sentarse, ya le da al taxista la dirección de su destino.

—A la plaza de España.

El técnico que conoce trabaja por su cuenta. Tiene un pequeño estudio por Noviciado, en un piso detrás del Edificio España, el viejo y majestuoso hotel, uno de los inmuebles más representativos de la ciudad.

Pezuela sube unas escaleras rehabilitadas. Llama a un timbre. En la puerta hay una placa: «En acción. Estudio de producción audiovisual».

La puerta se abre y un joven hípster, de gafas de pasta negras, asoma la cabeza. Lleva al cuello unos cascos inalámbricos. Al momento reconoce a la subinspectora.

—¡Sole! ¡Qué sorpresa!

—Tienes que hacerme un favor.

—Ni los buenos días. Tú siempre tan directa... Anda, pasa.

Su sobrino, el hijo de su hermana mayor, cierra la puerta tras ella. El chaval siempre presume de que es un *crack* en lo suyo, así que piensa que es la persona adecuada. Alguien de confianza, que no haga muchas preguntas ni se vaya de la lengua.

Entran en el *office*, una cocina de toda la vida en la que los dos socios de la empresa suelen comer. Del resto del piso Pezuela solo ve un pasillo al que dan varias puertas, todas cerradas.

—¿Quieres algo? ¿Un café?

—No, no, gracias. Lo que necesito es que me echas un cable. Es urgente.

—¿De qué se trata, tía? —El técnico está intrigado.

—Tienes que examinar esta cinta —dice sacándola del bolsillo de su chaquetón.

Le cinta va envuelta en un plástico transparente. Al ver la pegatina que señala la cinta como prueba policial el hípster parece desconcertado.

—Que yo sepa... las pruebas policiales no se tocan.

—No quiero que la toques, solo que la veas y me digas si ha sido manipulada.

—Vosotros tenéis vuestros propios técnicos.

—Sí, claro, pero en este caso necesito una opinión externa.

—¿Por qué? —le pregunta mirando la bolsa con curiosidad.

—Porque no me fío, coño. Y tú eres el más indicado.

El chaval asiente.

—Entiendo... Está bien. Déjamela y en unos días...

—No, tiene que ser ahora —ruega Pezuela.

—¿Ahora? Jo, tía. ¡Qué presión!

—Algo no cuadra en la investigación que estoy llevando a cabo. Y el enfoque del caso puede cambiar radicalmente en función de lo que me digas.

Pezuela lo mira fijamente. No va a aceptar un no como respuesta.

El chaval sucumbe a la curiosidad y a la determinación de Sole. ¡Menuda es ella!

—Ponte guantes —le dice la subinspectora, que ya lee en el rostro de su sobrino que ha ganado la partida.

—No me estaré metiendo en ningún lío, ¿verdad?

—A ver, yo soy la policía, ¿no? Y si te lo pido...

—Está bien, está bien. Pero necesito tiempo. Podrías quedarte aquí, pero como te conozco no vas a dejar de agobiarme, así que lo mejor es que te vayas. Date una vuelta por el barrio...

—¿Cuánto tiempo?

—No sé... Dame dos o tres horas.

—Un par de horas, no más —exige Pezuela, mirando el reloj—. Tampoco es para tanto... Solo tienes que decirme si alguien la ha tocado y en qué parte de la cinta. Algo fácil para ti, ¿no? Y ya con esa información yo me encargo del resto.

—¿Sabes que suena fatal lo que dices? Hace pensar en conspiraciones y cosas así.

—¿En qué mundo te crees que vives, cielo? Te aseguro que la mierda salpica en todos lados. Y ahora ponte con ello, por favor. La cinta está relacionada con un caso chungo y...

—No hay tiempo que perder —finaliza el hípster, acabando la frase de su tía.

Capítulo 71

El inspector es un cocinillas. A Gracia, que no lo es, le sorprende desde el principio las cosas que él ha comprado. Cebollas, ajos, tomates, pimientos... Ella suele comprar comida preparada. Y en una situación como en la que se encuentran, lo último que se esperaba era ver al inspector con un delantal de su anciana tía, pochando cebollas para hacer una salsa. Ese hombre no deja de sorprenderla.

—Cocinar es relajante —le dice él sin volverse.

Echa de menos su cubo de Rubik, pero eso no se lo dice. Le gustan las actividades que dejan fluir el pensamiento. Cocinar y montar y desmontar el cubo de Rubik lo son.

—¿Qué vas a hacer?

En una cazuela hierve agua para hacer la pasta.

—Tortiglioni con salsa de tomate casera. Algo muy sencillo, pero rico. ¿Puedes abrir el vino? Gracia busca unas copas, descorcha la botella y sirve el vino. La salsa huele bien.

—¿Cocinas a diario?

—No, qué va. No saco tiempo. Pero si encuentro el momento, me gusta comer bien.

—¿Vives solo?

—Me separé hace unos meses.

El policía echa la pasta en el agua y la remueve con una cuchara de palo.

—¿Hijos? —pregunta Gracia.

—No. Solo un perro, Rufus. ¿Y tú? También vives sola.

Gracia recuerda que Carrillo estuvo en su casa y con toda seguridad revisaron sus pertenencias. También la ha investigado. Se pregunta cuánto sabe de ella. De repente se siente en inferioridad de condiciones.

—Sí, vivo sola desde que me fui de casa.

—¿No tienes pareja?

—¿Qué clase de policía eres? —bromea Gracia—. ¿He sido tu principal objetivo y ni siquiera sabes si tengo pareja?

—En principio parece que no, eso nos dijeron a quienes preguntamos por ti, pero bueno... Todos tenemos secretos.

—No tengo pareja, no.

Y últimamente ni siquiera amantes, piensa. Hace tiempo que no sale a divertirse.

—El caso de Dumboa ocupaba todo mi tiempo y energía —continúa tras dar un trago al vaso de vino—. No quiero resultar dramática, pero... ¿crees que lograremos arreglar esto?

Carrillo también bebe.

—Intento no pensar demasiado en ello —dice Gracia con el semblante serio—, pero la situación es la siguiente. Me buscan y, si me encuentran, iré a la cárcel al menos hasta que se solucione este lío. Y, sabiendo que Trento está detrás, mucho me temo que la cárcel no es lo peor

que me espera. Mi vida se ha ido a la mierda.

—Y la mía... Tenía una carrera intachable, y mira. Pero vamos a intentar dar un giro a todo esto. Lo primero es el tema de la cinta: tú estás segura de que ha sido manipulada.

—Sí, lo estoy.

—Vamos a intentar demostrarlo. Tengo a una persona trabajando en ello.

—¿Y luego?

—Veremos cómo lo hacemos. Pero, sin la prueba principal contra ti, tendrás vía libre para contactar con los medios y cargar contra la investigación y lo que proceda...

Gracia siente cierto cosquilleo en el estómago al escuchar a Carrillo. Ojalá sucediera algo así. Desea dejar de huir, volver a su casa, retomar su vida... Pero sobre todo desea apretarle las tuercas a Dumboa. Le achaca a él lo injusto de su situación, y no, no se va a salir con la suya. Va a acabar con Trento y va a airear sus trapos sucios. Esta vez nada ni nadie la va a detener.

—¿Y tú? —le pregunta a Carrillo—. ¿Cómo lo vas a hacer?

Él se encoge de hombros.

—Buscaré la manera de solucionar lo mío. Quiero que unos cuantos me pidan perdón por lo que han hecho. Y, sobre todo, quiero atrapar a quienes asesinaron a Cobo y a su mujer. También a la monja. Y, si no nos damos prisa en solucionar todo esto, quién sabe a cuántos más se pueden llevar por delante. Toma...

El inspector le acerca la cuchara de madera a Gracia.

—Prueba la salsa... Y sopla, que quema.

Gracia se dispone a obedecer. Esos gestos del policía la desarman. Lo considera un tipo serio y ensimismado, pero desde que están juntos debido a las circunstancias se ha creado entre ellos una curiosa complicidad. Gracia abre la boca. Sopla. La cabeza de él está muy cerca de la suya. Puede oler el aroma del gel en su piel.

—¿Está bien de sal?

Ella asiente. Hay algo entre morbosos y entrañable en el hecho de que él cocine para ella. Carrillo, el mismo al que se enfrentó en el chalé. El que la sometió y la inmovilizó contra el suelo... Recuerda perfectamente la firmeza de su cuerpo.

—Pon la mesa. Comemos en diez minutos.

Capítulo 72

A la espera de que su sobrino le dé el resultado de la cinta, la subinspectora pasea por la zona. Decide ir a ver a una compañera de promoción que trabaja en la calle de la Luna. Tiene suerte, está a punto de salir a comer. Van juntas a un restaurante de menús de la calle de San Bernardo. Los viernes hay cocido madrileño. A pesar de anticipar una tarde difícil a causa de la digestión, Pezuela no se resiste. Su amiga, más comedida, elige unas verduras y un pescado a la plancha.

—Chica, un día es un día —dice Pezuela contenta, al comenzar con una sopa de fideos.

Su compañera sabe que la subinspectora ha trabajado con Carrillo.

—¡La que se ha montado! —dice echándole sal a las acelgas rehogadas.

Pezuela asiente. La sopa quema.

—¡Qué vergüenza ver a uno de los nuestros metido en esa basura! —dice sacudiendo la cabeza.

—Yo no lo tengo tan claro.

—¿No irás a defenderle?

—Le conozco; es un buen tío.

—Prostitución con menores... Eso no dice mucho a su favor.

Lo último que quiere Pezuela es discutir con su amiga. Tengamos el cocido en paz, piensa.

—Habrà que esperar al juicio —dice zanjando el tema.

Se acabó. Se ahorra así el esfuerzo de intentar convencer a su amiga. No es fácil desmontar el circo que se ha formado en torno a Carrillo.

—¿Y qué pasa con el caso del abogado asesinado? No se oye nada. Parece que no hay novedades.

Si su amiga pretende tirarle de la lengua, no lo consigue. Pezuela no es una bocazas, pero es que, aunque quisiera, no hay nada que contar. El caso está en vía muerta.

—Pero teníais un sospechoso.

La periodista. La periodista que se ha tragado la tierra. La cual, si Carrillo no se equivoca, y no suele hacerlo, puede que deje de ser sospechosa en breve. Pezuela mira el reloj.

Tras el cocido completo y un flan de postre, Pezuela se despide de su compañera. Prometen verse pronto, aunque ese tipo de promesas son difíciles de cumplir en los tiempos ajetreados que viven.

La subinspectora avanza concentrada camino de «En acción». El caso se puede disparar en función del resultado de la cinta. Que les hayan metido una prueba manipulada, junto con el enfoque distorsionado y parcial del caso, será una verdadera bomba. Habrá que descubrir quién ha dirigido el asunto, permitiendo ese descontrol. Deberán ponerse a trabajar en la relación entre el caso de la monja y Cobo. Habrá mucho que hacer, si esta vez les dejan vía libre.

Los pensamientos se agolpan en la mente de la subinspectora mientras sube las escaleras que llevan al estudio. Llama al timbre. Espera que su sobrino haya acabado ya con el trabajo que le

ha encargado.

—Pasa, no me ha dado tiempo ni a comer —se queja.

Saca del *office* una Coca-Cola *light*, un sándwich envuelto en papel de plata y una manzana.

—¿A eso le llamas tú comer? —pregunta al ver el sándwich vegano al que le acaba de dar un mordisco.

Así está de flaco, piensa, recordando el cocido completo que se ha tomado ella.

—Vamos al grano —le dice al chico.

Él acaba de masticar, se limpia la boca y da un trago a la bebida antes de hablar.

—No he encontrado nada —dice.

Pezuela pestañea.

—¿Seguro?

—La cinta no ha sufrido manipulación alguna. Ni cortes, ni añadidos, nada de nada —le dice mirándola con sus ojos oscuros tras los cristales de las gafas de pasta negra.

—Joder —resopla.

Desde que Carrillo le pidió el encargo de comprobar la cinta, tenía la impresión de que el resultado los llevaría a algún sitio. Que empujaría la investigación, y por fin podrían conseguir algo. Y es que Carrillo parecía tan seguro. Pero ahora...

—No pareces muy contenta.

Se siente como si le hubieran echado un jarro de agua fría por encima. La misma mierda, piensa. No han avanzado nada. La cinta muestra a Gracia Martí en la escena del crimen. ¿Por qué coño la periodista ha mentado a Carrillo? ¿Qué pretende confundiendo al inspector? No avanzan hacia ningún lado. Están atrapados en una tela de araña gigantesca.

—Está bien —finge abatida—. Devuélveme la cinta.

El chico va a por ella y se la entrega dentro de la bolsa de plástico. Pezuela se la guarda en el bolsillo.

—Muchas gracias. Te debo una.

—Lo tendré en cuenta —dice él, dando un nuevo mordisco a su sándwich.

La subinspectora sale a la calle y decide llamar a Carrillo cuanto antes.

Capítulo 73

Una mujer joven, con una larga melena oscura y una colorida sudadera de *Juego de tronos* camina despacio por la calle de Ramón y Cajal. Son casi las cuatro de la tarde. De repente, la chica hace un gesto y se lleva la mano al pecho antes de detenerse; después se desvanece y cae al suelo. Una mujer, al verla, lanza un grito y se acerca a ella. Se arrodilla. La chica tiene los ojos cerrados. Le habla, le pregunta si está bien, pero no hay respuesta.

La mujer, nerviosa, saca el móvil y marca un número.

—¡Ayuda! —grita—. ¡Un médico!

Un anciano con un loden verde que se encuentra a escasos metros, se vuelve.

—¿Es usted médico? —pregunta la mujer.

Él asiente. Bueno, lo era. Hace tiempo que está jubilado.

—¡Venga! —insiste la mujer.

Pero el hombre duda, mira el reloj.

—¡Por favor! —insiste la mujer.

Hay tres o cuatro personas más que se han acercado. Todas miran al médico. Lo animan a actuar.

—Llamen al Samur —pide el anciano, confundido.

—Ya he llamado —dice la mujer que sostiene el móvil—. Están de camino. Pero... Tiene mal aspecto. Parece un infarto.

El viejo médico se arrodilla junto a la joven. Le cuesta hacerlo; sus rodillas ya no son las de antes. El abrigo verde reposa sobre la acera sucia. Le toma el pulso, bajo la mirada atenta de los curiosos. Confirma que su respiración es normal. Levanta los párpados para ver sus ojos.

—No parece nada grave —asevera el médico.

—¿No cree que sea un infarto? —pregunta la mujer.

—Por supuesto que no.

—¿O un ictus?

—Parece un simple desvanecimiento. Quizá tenga la tensión un poco baja.

Da unos golpecitos en el rostro de la chica, animándola a despertar. Esta abre los ojos, parece confundida al ver el grupito de gente a su alrededor. Se incorpora con aire sorprendido.

El médico intenta levantarse, pero ella lo coge de la muñeca.

—¿Qué ha pasado?

—Tranquila, cariño —le dice la mujer.

—Ahora viene una ambulancia —le contesta el viejo, intentando desasirse.

Ella no lo suelta. Se agarra a él.

—Mire, esté tranquila. La examinarán en el hospital.

La chica reacciona y lo abraza, asustada.

—¡Déjeme! —protesta el hombre—. No puedo hacer nada más por usted. Tengo que irme.

El hombre se levanta con dificultad, y sacude su abrigo para limpiar el polvo que pueda haberse pegado. Los curiosos parecen recriminarle que se vaya de allí antes de que llegue la ambulancia.

—No me miren así —farfulla el viejo, enfadado—. Mi nieto me espera.

—No te preocupes, yo me quedo contigo —dice la mujer, dando la mano a la chica.

El médico se aleja e intenta caminar rápido.

—Ya me encuentro mejor.

—Menos mal. Solo ha sido un susto.

La ayuda a incorporarse. Sí, puede estar de pie. No se marea. Da unos pasos y asiente.

—¿Por qué no esperas a la ambulancia? —le sugiere un hombre que ha seguido con curiosidad la escena.

—No se preocupe, señor. No hace falta.

—Yo aviso a la ambulancia de que no venga —dice la mujer que la ha ayudado—. No te preocupes.

La joven esboza una sonrisa dirigida al grupo.

—Gracias a todos.

—¿Adónde vas? —le pregunta la mujer.

—Voy al centro de salud...

—Yo también voy hacia allí. Si quieres te acompaño —se ofrece—. Al menos, me quedo más tranquila.

Y las dos se alejan.

Mientras tanto, el viejo médico camina con la premura que le permite su delicado corazón. Tiene setenta y ocho años y ya le ha dado algún que otro susto. Resopla, agobiado. Va a llegar tarde y sabe lo que eso significa. El crío se sentirá confundido, se preguntará qué pasa. El pequeño Rubén es un niño bastante inseguro, y le da rabia que se preocupe o pase un mal rato. Bueno, se consuela. Luego le compensará con algún capricho. Lo mismo se van los dos a merendar al Vips. Al crío le encantan las tortitas con nata.

Mira sus pies. Ahora, para rematar la faena, se le ha desatado el cordón del zapato diestro. Lo que le faltaba, tropezarse y caerse. Se apoya a duras penas en el borde de un banco y se lo ata con dos lazadas, antes de volver a caminar raudo.

Capítulo 74

Lucía va a ver a Irene. Se la encuentra en la sala de la televisión, ovillada en un sofá. Está sola; se han llevado a Carlos a practicar una actividad infantil con otros niños de su edad. La tele está apagada. A su lado tiene un cómic, *Astérix gladiador*, al que no presta atención.

Lucía la saluda.

—¿Qué haces?

—Nada.

—Por lo menos no vas al cole...

—Preferiría ir, me gustar ir a clase. Y estaría más entretenida.

—¡Uy! A mí no me gusta. ¿Eres una empollona? —bromea.

La cría se sonroja. No le gusta que la llamen «empollona», pero se le da bien estudiar. Y mientras estudia, no piensa en otra cosa. A pesar de su edad, ya ha descubierto que hay que controlar la cabeza para no volverse loca en algunos momentos. No pensar es equivalente de tranquilidad, de olvidar los problemas y estar momentáneamente a salvo.

—¿Sabes cuándo volveremos al colegio? Echo de menos a mis amigas...

—Es que todavía no saben qué van a hacer con vosotros, dónde os van a llevar, y esas cosas. Por eso os han dado unos días de descanso.

Irene siente que esa incertidumbre es como una patada en el estómago.

—¿Qué tal ayer? —le pregunta Lucía.

Irene se encoge de hombros.

—Viste a tu madre, ¿no?

Sí, sí la vio, pero no fue como ella esperaba. Su madre tenía un aspecto horrible, pálida, demacrada, con un golpe en la cara —se había dado contra la pared cuando se había derrumbado tras el apuñalamiento.

A los hermanos les había impresionado su aspecto. Y, por mucho que les dijeran que se recuperaba bien, que pronto saldría del hospital, se les había quedado la angustia dentro. Sobre todo, porque la mirada de su madre era otra. Una mirada perdida, de alguien asustado, incapaz de reaccionar.

Mamá..., le había dicho apretando su mano. Ella sostenía la derecha y Carlitos la izquierda. La mujer había intentado sonreír, pero solo le había salido una mueca grotesca. Mamá, ponte buena pronto. Te estamos esperando..., había dicho el niño.

Le aseguraron que estaban bien. Irene le dijo que el lugar al que los habían llevado era muy tranquilo y se sentían casi como en casa. Mintió como una bellaca para tranquilizarla. Bastante tenía Doina con lo suyo como para preocuparse también por ellos.

No les habían dejado estar mucho tiempo; su madre tenía que descansar.

La ilusión por el reencuentro que había sentido al ir al hospital se había convertido en tristeza a la vuelta. Doina rota. ¿Se recuperaría como decían los médicos? ¿Volvería a ser la de antes?

Carlitos no había dicho nada, pero en el coche de vuelta a la fundación se había apoyado en su hombro, buscando consuelo.

Irene escucha a Lucía sin prestarle mucha atención. Lucía insiste.

—Acuérdate de que tienes que venir conmigo.

Irene parece un poco ida. Lucía se pone nerviosa, no quiere imaginar las consecuencias si finalmente la chica cambia de opinión y no quiere ver a Dumboa.

Al pensar en él, inconscientemente arquea la espalda y el dolor del golpe recibido se extiende por el costado. Ahora ya no piensa solo en satisfacer a Dumboa, sino en su propia salud. Salvar el culo, se dice. Si no lleva a Irene con él esa misma noche... No quiere ni imaginarse lo que podría suceder. Siente un escalofrío solo de pensarlo.

—Como ayer no pudiste, iremos hoy. Ese señor del que te hablé está deseando conocerte. No debes perder esta oportunidad —le dice a Irene—. ¿Te acuerdas lo que te dije?

—Que se parecía a Papá Noel —dice la niña.

Lucía se ríe. Asiente. Y se dispone a embaucarla con sus palabras.

—Eso es. A ti también te puede conceder lo que quieras.

Irene se muerde los labios.

—¿Qué le vas a pedir? ¿Me lo dices?

La cría sacude la cabeza. No, no se lo va a decir.

—Porque algo querrás... Todo el mundo quiere algo.

Irene se repite una y otra vez esa frase. Es cierto; todo el mundo quiere algo. Y ella también. Solo que lo que quiere no se puede decir.

—Bueno, luego, si te decides, me lo cuentas. Pasaré a buscarte en un rato —le dice Lucía—. Estate preparada.

Capítulo 75

El viejo Cleo hace escalas con los dedos para no perder la costumbre y vencer la añoranza de su saxo. La gente mira sorprendida al hombretón de raza negra que mueve los dedos a la velocidad del rayo mientras pasea por el castizo barrio de Chamberí. Calle de Hartzenbusch 24, le había dicho Mercedes. Le recuerda al nombre de una sastrería judía del Bronx de cuando era adolescente.

Atraviesa Fuencarral y, al llegar a dicha calle, se fija en el portal. Es un lustroso edificio del siglo pasado, de vecinos rentistas o bien posicionados, en pleno centro de Madrid, a escasos diez minutos de su pensión. Mira hacia arriba, cuatro pisos, y se fija en el telefonillo. Mientras espera, tararea «My Favourite Things». Una vez, el propio Coltrane aplaudió su interpretación en un infecto club de Harlem. Una vez más se pregunta cómo todos aquellos grandes hombres murieron en la mierda después de haber provisto de tanta belleza a la humanidad.

Aprovecha que una mujer mayor que arrastra un carrito de la compra se detiene frente al portal y rebusca el llavero en su bolso. El viejo músico hace ademán de ayudar a la señora con el carro, pero ella desconfía y lo aparta levemente con la mano. Cleofás espera que entre la señora y su carga y coloca el pie en el quicio de la puerta. Cuando la anciana ha tomado el ascensor, Cleo se introduce en el portal, que, afortunadamente, no tiene portero a esa hora.

Detiene la vista en los buzones hasta que por fin da con el que busca: «Cruz Olalla, 3.º Izda.». Examina el resto, hay un buzón bastante lleno, lo que sugiere que el piso está vacío. Memoriza el nombre; le vendrá bien utilizarlo. Llamará a la puerta de Cruz y fingirá que busca a ese vecino ausente. Una excusa tonta para conocer a la médica que, al parecer, llamó a Estela. La misma a la que Gracia quiere encontrar para hacerle unas cuantas preguntas.

Un tercer piso, piensa Cleofás, y resopla. Se para en el primero y se masajea las doloridas rodillas. No le gustan los ascensores viejos ni pequeños. Una vez se quedó atrapado en uno en la 42 y se prometió no coger otro en el que no cupiesen por lo menos diez personas. Si iba a morir, prefería hacer el viaje al infierno acompañado.

Al llegar al piso observa la puerta de caoba. Acerca su gran cabeza y la apoya en la madera, por si logra oír algo. Nada. Su oído prodigioso no capta nada. Llama al timbre una vez. Espera pacientemente, pero ante la falta de respuesta vuelve a apretar el timbre. Esta vez suenan tres timbrazos. Y espera por si está dormida, o está en la ducha, o está... Nada. Cada vez tiene más claro que en esa casa no hay nadie.

Vuelve a llamar una tercera vez. Esta vez los timbrazos se repiten con insistencia, hasta que Cleofás se cansa. Nadie le podrá recriminar que no ha sido insistente. Que ha puesto todo su empeño en encontrar a la doctora que, por desgracia, está ausente.

Baja las escaleras de nuevo, agarrándose firmemente a la barandilla.

—¡Vaya *chavienda*! —farfulla.

¿Y ahora qué?, se pregunta abriendo la puerta que da a la calle.

Su mirada se fija en la acera de enfrente. Aquello parece un regalo para sus ojos. Justo frente al portal hay un bar de aspecto aseado, con grandes ventanales. «La Casa de las Tortillas», dice el rótulo. A él, las tortillas no le interesan, pero un bar es siempre un buen sitio, según la filosofía del viejo negro.

—Ahí vamos —dice contento.

Cleofás cruza la calle y entra en el local. Saluda llevándose la mano a la sien, antes de acomodarse en una mesa desde la cual ve con claridad el portal del que viene.

Arruga la narizota ancha y plana. Huele a comida y eso le hace pensar en su dulce Ángela. Todo lo que le hace esa mujer le sabe a gloria. Y, al pensar en ella, Cleofás sonríe sin darse cuenta.

—¿Qué va a ser? —pregunta el camarero.

—Brandi —dice Cleofás.

Los clientes lo miran con curiosidad. No le importa; está acostumbrado. Nunca ha sido un hombre que pase desapercibido.

—¿No es usted el músico de Gran Vía? —pregunta un estudiante con el rostro devastado por el acné.

—El mismo —contesta Cleofás sin dejar de atisbar la acera de enfrente.

—¿Quiere alguna marca en especial? —pregunta el camarero, señalando las botellas.

Cleofás se encoge de hombros.

—Distintas marcas, el mismo veneno —dice, y suelta una sonora carcajada.

Capítulo 76

Al sonar el teléfono, Carrillo lo coge y se levanta de la mesa. Quizá debido a las copas de vino y a la placidez que ha dejado en ella la comida abundante, Gracia sonríe. Es la primera vez que se siente bien, desde que el asesinato de Cobo puso su vida patas arriba. Es tal su aturdimiento que no se da cuenta de que el rostro del policía cambia de expresión, se endurece.

Carrillo sale de la cocina y camina por el pasillo. Va de un lado a otro, apretando el móvil con fuerza. No dice apenas nada, se limita a escuchar. Tampoco sabe muy bien qué decir. Está sumido en la confusión.

—¿Estás segura? —dice finalmente.

—Sí —contesta Pezuela.

—¿Y no podría ser que la persona que ha analizado la cinta estuviera...?

—A ver, que es mi sobrino, joder, el hijo de mi hermana. Lo elegí a él porque no le conoce ni Dios. Es un buen técnico, te lo aseguro, y ha sido rotundo.

Ahora el policía calla.

—Carrillo...

Tendría que decir algo, pero son demasiados los pensamientos que entrecruzan su mente. Hace tan solo unos minutos charlaba con Gracia. Llevan horas sentados en un ambiente cojonudo. Han olvidado que son dos parias encerrados en una casa porque el mundo pretende darles por el culo. Lo han olvidado, para ser solo dos personas pasándose bien, divirtiéndose, riéndose. De hecho, incluso ha sentido por ella atracción. Si la situación fuera otra, hubiera dicho que iban a acabar enrollados. Ella le atrae, es guapa y le gusta cómo se ríe. Y ese carácter que tiene, joder.

—Voy a devolver la cinta... ¿Qué más quieres que haga?

—De momento, nada.

Está bloqueado. A él, que siempre va un paso por delante de los demás, le acaban de demostrar que es un idiota. Lo han dejado con el culo al aire. Se siente el tío más tonto de toda la ciudad. ¿Cómo ha podido ser tan ingenuo?

—Te llamo luego —dice, y corta la llamada.

Carrillo golpea la pared con el puño.

Él ha confiado en ella. Ha querido creer en sus palabras, en la posibilidad de que a ella también le hubieran tendido una trampa. Como un gilipollas, ha enviado a Pezuela a buscar pruebas que ayuden a Gracia, que hablen en su favor. Y todo eso para descubrir que la cinta no ha sido manipulada. Que ella, quizá, solo quería ganar tiempo, aunque no sabe para qué.

Carrillo vuelve a la cocina. El caso es que Gracia, con las mejillas un poco rojas a causa del vino, le sonríe. Y le cuesta creer que esa sonrisa sea falsa. ¿Quién es esa tía? Que le den un Oscar a la Mejor Interpretación Femenina, coño.

Él, que está acostumbrado a ser frío, a mantener la calma, está desorientado. Por un lado,

siente una tremenda decepción. La complicidad y la atracción han desaparecido, sustituidas por la rabia. Carrillo se muerde el labio inferior.

—¿Qué te pasa? —pregunta Gracia.

Y sabe que su rabia es dañina. «Líbrame del toro manso, que del bravo ya me libro yo», dice el refrán. Y él siempre ha sido el toro manso. El que solo reacciona cuando tiene motivos, y entonces...

Carrillo coge a Gracia de la muñeca. Tira de ella y la hace ponerse en pie.

—¿Qué haces? —pregunta sorprendida.

Está claro que algo no va bien. Y el miedo sustituye a la sorpresa.

El policía se contiene para no golpearla. La empuja hacia fuera de la cocina.

—Pero dime, ¿qué sucede? —grita Gracia.

Carrillo no puede hablar. La ira hiela sus palabras. Sujeta a la mujer con fuerza y la lleva a la habitación en la que ha dormido.

Ella protesta. Intenta soltarse, se tira al suelo. Él la coge de una pierna y la arrastra por el pasillo. No se lo pone fácil, pero él es más fuerte. Y está cabreado. No le va a dar ninguna oportunidad más.

—Te has reído de mí —farfulla.

Ahora es Gracia la que no puede hablar. Todo su esfuerzo se va en patalear para intentar soltarse. Las posibilidades de salir de allí son mínimas, pero no va a regalarle nada. Y vuelve a intentarlo, a pesar de que él controla su cuerpo.

La mete en la habitación. La arrastra hacia la cama. La eleva del suelo y la tira sobre el colchón. Ella intenta escapar, pero él cubre todo el espacio. Mientras la acorrala piensa en cómo la va a inmovilizar.

Gracia es consciente de que esa es su última oportunidad. Si no sale de la habitación, está todo perdido. No sabe qué ha ocurrido, pero Carrillo vuelve a ser el enemigo. Un enemigo inclemente. Sus ojos, amables y cariñosos hace tan solo unos minutos, la miran ahora con una frialdad que la asusta. Ahora, se dice, y salta sobre él, intentando arañarlo, hacerle daño para que se aparte y logre escapar.

Carrillo resiste la embestida; pesa al menos veinte kilos más que la mujer. Se zafa de ella. Se gira y la lanza a un lado. Gracia cae sobre la cama. Al menos gran parte de su cuerpo cae sobre la cama, excepto la cabeza, que se golpea contra la mesilla de noche.

—¡Hostias! —farfulla el policía.

La sensación de fatalidad es patente. La situación se le ha ido de las manos.

Salta desesperado hacia el cuerpo de Gracia, que tiene el rostro lívido y los ojos cerrados.

Capítulo 77

Conocí a muchas personas que estaban en una situación similar a la mía y querían hacer algo. Yo me sentía igual; no hay nada peor que esa sensación de impotencia. El veneno paraliza tu vida, al igual que el dolor. Es como si te cortaran en dos. La imagen del árbol cuyo tronco sierran para que caiga se repite en mi cabeza. Un hermoso árbol que se asoma al cielo, que tiene raíces, que forma parte de un bosque. Lo cortan. Se lo llevan. Deja de ser un árbol para convertirse en pasta para hacer cerillas.

«Sobreponerse» era la palabra mágica. Porque incluso los que habían querido a los padres adoptantes no podían evitar pensar que ellos también eran culpables. Porque participaron y callaron y pagaron. Porque mintieron. La mierda les llegaba al cuello.

Una mujer me contó que le enseñaron un bebé muerto, un recién nacido azulado. Lo tenían congelado. Cumplía su misión de engañar y volvía al frigorífico. Sentí una lástima inmensa por esa criatura. La sentí como uno de nuestros hermanos, abandonado por todos, al que ni siquiera le habían permitido el descanso. Su vida en un frigorífico, como un puto filete de ternera.

Otra me contó que, al exhumar el féretro del bebé presuntamente muerto, se encontraron una pierna amputada. De nuevo la tristeza y la rabia. Esa mezcla explosiva. ¿De quién era esa pierna? Supongo que les sobraba de alguna operación, o se la quitaron a un cadáver y la metieron en un pequeño féretro. Puro humor negro. Todo esto a veces parece un chiste macabro.

Por el bebé congelado al que le negaron la paz de la tierra. Por los que se encontraron una pierna amputada en lugar de los restos de su recién nacido. Por los que lloraron las falsas muertes, vivieron un duelo que no tenía razón de ser, alimentaron una historia que no era. Por los que han descubierto su triste historia y por aquellos que ni siquiera la sospechan. Por los que se sienten rotos, carne de psicólogo, seres partidos.

Por todos ellos, yo me preparo para entrar en acción.

Capítulo 78

Por fin el médico llega a la entrada del colegio. Ya se han ido la mayoría de los familiares con sus retoños, la entrada le resulta extrañamente vacía. Algunos niños mayores, rezagados, se entretienen jugando o hablando entre ellos. Mira a derecha e izquierda; ni rastro de su nieto.

Tranquilo, se dice. Cuando alguien llega tarde a recoger al niño, el bedel del colegio se suele ocupar. Este se queda con los niños en la portería y allí los recogen. El bedel se saca unas buenas propinas con gestos así.

Entra en el edificio y va directo a la portería. Sin embargo, no hay nadie dentro. Nervioso, se pregunta dónde está el conserje. Y al momento intenta tranquilizarse. El conserje ha ido a hacer algo y se ha llevado a Rubén con él. Solo tiene que esperar unos minutos y verá volver a los dos, el conserje con el niño cogido de la mano. Y el viejo médico espera. Y espera. Pero ya empieza a cansarse.

Una maestra que pasa por allí se acerca a él.

—¿Quiere algo? ¿Puedo ayudarle?

—Busco a mi nieto. Supongo que está con el conserje.

—¡Qué raro! El conserje está en el baño de los profesores. Ha habido una rotura y se escapaba el agua.

El viejo traga saliva. Entonces siente vibrar el teléfono móvil en el bolsillo interior de su abrigo.

—¿Sí? —contesta.

—Doctor Pisabarro, supongo.

—¿Quién es? —pregunta sorprendido por esa voz ligeramente distorsionada. Ni siquiera sabe si es un hombre o una mujer quien está al otro lado.

—¿No estará usted buscando a su nieto?

El alivio es inmediato. Una furtiva sonrisa asoma a sus labios.

—Sí, efectivamente.

El doctor hace un gesto afirmativo a la maestra, que se aleja. Está acostumbrada a este tipo de incidentes. Sucede a menudo, los críos se quedan con amigos, o hay un malentendido sobre quién los recoge. También pasa que los abuelos se despistan. En fin, lo importante es que todo está en orden, piensa.

—¿Está con usted? —pregunta el viejo, aliviado.

—Sí, el niño está con nosotros.

¿Quién demonios es «nosotros»? se pregunta. De repente tiene la impresión de que algo va mal. Es un instinto, algo leve que, sin embargo, va cobrando fuerza.

—¿Y dónde están? —pregunta, pero antes incluso de que su interlocutor responda, añade—: ¿Podría hablar con él?

El silencio que obtiene como respuesta a sus preguntas no lo tranquiliza en absoluto.

—Oiga, ¿quién es usted? Déjeme hablar con mi nieto.

El viejo escucha un alarido que le hiela el corazón.

—¡Abuelo!

Ahora el instinto se vuelve certeza. El grito le revela la tragedia.

—¿Qué demonios está sucediendo? ¿Qué hacen con mi nieto? Entréguenmelo de inmediato.

El médico habla con la voz entrecortada por la furia.

—¿Me ha oído? ¡Responda!

—Doctor, ya pasó su tiempo. Ahora no es nadie... Sus órdenes son ridículas, ¿no se da cuenta?

Y lo peor es que sí, que sí se da cuenta. Y la rabia se convierte en miedo. Un miedo terrible por su pequeño Rubén, ese niño asustadizo e inseguro.

—Oiga... —El anciano parece a punto de sollozar—. Si lo que quieren es dinero... Yo les daré lo que quieran, pero entréguenme a Rubén. El niño...

—El niño es inocente, ¿verdad? ¿Es eso lo que quiere decir?

El viejo asiente. Sí, claro que sí.

—Estoy de acuerdo con usted. Los niños son inocentes. Y sin embargo... La vida es cruel, doctor. Muy cruel.

—Por favor... —suplica el médico.

—Por fin comprende usted lo que se siente cuando le arrebatan a una criatura. Ese dolor...

El anciano solloza.

—No llore. No va a conseguir nada llorando. Si quiere ayudar a su nieto, escúcheme bien. Vaya a casa, ¿me oye?

El viejo sale del colegio. Camina en *shock*. Una vez en la calle duda sobre qué dirección tomar.

—No haga tonterías, ¡por Dios! No nos lo ponga difícil... A casa, le hemos dicho. ¿Qué no ha entendido?

El hombre camina como si estuviera sonámbulo, con el móvil pegado a la oreja.

—Así me gusta, doctor. Ahora, lo que le voy a decir es simple: quédese en casa, no se mueva. Nosotros contactaremos con usted. Y no se le ocurra llamar a la Policía ni comentar esto con nadie. ¿Lo ha entendido?

—Pero...

—No hay ningún pero, doctor. Si no obedece, el perjudicado será su nieto. Así que, si quiere salvar al crío, haga lo que le decimos. Y ahora...

El doctor reúne la poca fuerza que le queda para seguir la conversación. Lo último que quiere es que finalice.

—¿Quién es usted? ¿Por qué hace esto? Le he dicho que, si quiere dinero, yo puedo conseguirlo. ¿Me entiende? Por favor, déjeme hablar con Rubén. Estará asustado. Por favor...

Pero sus esfuerzos son en vano. No hay nadie ya al otro lado.

Capítulo 79

Para alguien como Carrillo, lo sucedido en las últimas horas no tiene nombre. Y no lo tiene porque él nunca ha concebido que pudiera sucederle algo así. Esa maldita caída al infierno. Una caída totalmente injustificada y que no logra detener. Lo sucedido lo sobrepasa, lo desorienta. Intenta entenderlo, sin éxito. Está hecho un lío.

El último golpe ha sido comprobar que la cinta de la embajada es válida como prueba, que no ha sido manipulada. Fue Gracia Martí quien insistió en ello. Le aseguró que ella no había estado allí, que era falsa. Y él la había creído. Sí, la había creído, porque a él también lo habían engañado. Porque todo ese caso está lleno de irregularidades.

Ahora, en la cocina de nuevo, deja pasar el tiempo tomando una copa de vino. Hace tan solo unas horas había logrado el espejismo de cierta normalidad. Había vivido una ilusión que ha terminado de manera dramática, con Gracia herida. Y tiene angustia, una angustia que se ha asentado en la boca de su estómago. La angustia de saber que podía haberle sucedido algo peor, podría estar incluso muerta, debido a un mal golpe. Esa fatalidad, joder. Esa sensación de que todo va a peor, de que no hay solución.

Carrillo se levanta, camina descalzo por la cocina, apretándose las manos. Necesita ordenar sus pensamientos y para ello lo primero es tranquilizarse. Por suerte, lo de Gracia ha sido solo un golpe. Ella ha recuperado la consciencia y está en la habitación, atada. No le va a dar la oportunidad de liársela otra vez. Por eso la ha amordazado, aunque no cree que sea capaz de gritar. Lo único que conseguiría sería que viniera la Policía y la detuviera. Y no parece que esa sea su intención, menos con las pruebas en contra.

Todo está como al principio; Gracia es la sospechosa a la que todos buscan.

Pero ahora él no está en el caso. Debería entregarla a la Policía. Si no, podría ser cómplice. Lo que le faltaba... Sí, está claro, tiene que llamar y hablar con Pezuela, dar el paso. Coge el teléfono para hacerlo, pero...

¿Qué le impide llamar y entregar a Gracia? No sabe qué es, pero no se decide.

Escucha un ruido en la habitación. ¿Y ahora qué sucede? Al abrir descubre que ha sido Gracia, que ha logrado empujar la mesilla y tirar la lámpara. No se puede decir que sea una mujer dócil. Incluso atada y amordazada, no se está quieta.

La observa, de pie, frente a la cama. Gracia en pijama. Lleva en la sien el apósito que él le ha puesto. Clava en él sus ojos. Se sienta en la cama y le quita la mordaza.

—¿Estás bien? —le pregunta—. ¿Te duele la cabeza?

Ella niega. No, no le duele la cabeza, pero bien..., estar inmovilizada en una cama no es precisamente el mejor plan.

—Dime qué ha pasado. Por qué me has atado... Creía que íbamos a desmontar todo juntos. Que...

—¡Cállate! No voy a seguir escuchándote. Me has mentido.

—Yo no te he mentido.

—Estoy harto. Hice que examinaran la cinta de la embajada. Es válida.

—Te han engañado. Tiene que estar trucada.

—No lo está.

Ella sacude la cabeza, impotente.

—Se acabaron tus excusas y mentiras. Estabas allí, eres la principal sospechosa.

Gracia abre la boca para protestar, pero se calla. Siente un cansancio infinito. Cuando creía que iba a poder dar un giro a su situación, recibe un nuevo mazazo. Todo va a peor. Está allí, atada, prisionera. Carrillo no tardará en entregarla a la Policía. Y entonces... Sabe que Trento acabará con ella. No hay solución posible.

—¿Por qué te has puesto de su lado? —pregunta con un hilo de voz.

—¿Cómo te atreves? Has sido tú quien me ha engañado. Y yo, como un idiota, confié en ti.

—Yo no te he engañado... —susurra Gracia.

La periodista cierra los ojos y gira la cabeza. No quiere verlo. No quiere hablar más. Ha tocado fondo.

—Es mejor que acabes de una vez con todo esto.

Carrillo sale de la habitación. Debería sentirse fuerte, siempre lo ha ayudado a hacer lo correcto. Y sin embargo... No sabe de dónde nace esa debilidad. No sabe si es puro instinto o es que Gracia ha logrado manipularlo de algún modo. También se pregunta si se le está escapando algo. Si llamar a la Policía es realmente la única opción.

Gracia escucha los pasos del policía por el pasillo. Camina arriba y abajo, una y otra vez. Pero no habla. No llama. Si está convencido de que ella es culpable, ¿por qué no lo hace?

Sin embargo, eso no es lo que verdaderamente preocupa a la periodista en esos momentos. A pesar de su difícil situación, de la herida en la cabeza, de la impotencia que siente, de la cárcel que la espera, de la mano de Trento agarrando con fuerza su cuello, lo que le vuelve loca es el tema de la cinta.

¿Qué misterio oculta esa maldita cinta?, se pregunta con tanta rabia como impotencia.

Capítulo 80

El silencio le pone los pelos de punta, pero ya no hay nadie al otro lado. El doctor Pisabarro guarda el móvil. Se toma el pulso y extrae de un pastillero dorado una Cafinitrina que se coloca bajo la lengua. Su casa no queda lejos.

Todavía no asume del todo lo que está pasando. Se pellizca, ojalá sea una pesadilla, pero no. Cuando llega a su destino, sus manos tiemblan, pero consigue dominar el manajo de llaves. Con pulso incierto abre la verja de entrada y cruza el jardincito. Algo raro sucede, pero es tal su estado de nervios que no repara en qué es. Hasta que abre la puerta y le envuelve el silencio de la casa. ¿Dónde está Luna? Eran sus ladridos los que extrañaba.

Sin embargo, todo parece en orden. Se desembaraza del loden y lo deja sobre el respaldo del sillón. Lanza el sombrero sobre la mesa de caoba, antes de subir las escaleras hasta el primer piso llamando a su nieta y al perro. No hay rastro de ninguno de los dos.

Regresa al salón y acusa el esfuerzo. Las piernas no lo sostienen. Se deja caer en la *chaise longue* y recapacita. Rubén desaparecido. Luna desaparecida. ¿Y Valeria? Le dijo que iba a estudiar a casa de una amiga, y de allí al entrenamiento. Pero ¿y si le ha pasado algo también a ella?

Extiende el brazo para coger el teléfono que hay en una mesita. Lo descuelga y marca un número preseleccionado. Es el de su nieta. No hay tono. Cuelga de nuevo el teléfono y vuelve a marcar el número. No hay señal. Cuelga el teléfono con violencia y deja escapar un sollozo.

La angustia amenaza su corazón. Piensa en su hija, que está en París, trabajando en un importante proyecto de arquitectura y que no puede imaginar la locura que está sucediendo. Tiene que hablar con ella. No le perdonará que no la haya avisado de inmediato.

Se levanta y busca en los bolsillos de su loden el teléfono móvil. Cuando se dispone a mirar la pantalla, ve que está apagado. Intenta encenderlo una y otra vez, sin suerte. Pero ¿qué está pasando?

No sabe quién retiene a Rubén, qué han hecho con Luna. No sabe si Valeria está bien. No puede hablar con su hija. Se lleva la mano al corazón. Le han dicho que espere a que contacten con él, pero no puede más. Tiene que hablar con la Policía.

«La Policía», «ayuda», son las palabras que se repiten en su cabeza y acallan la amenaza de la voz anónima sobre si no obedece. Rubén, su niño. Una criatura delicada, que él ha protegido siempre. Como hará ahora. Rubén, farfulla mientras intenta desesperadamente dar vida al móvil. Es inútil.

A lo lejos, escucha el ladrido de un perro. ¡Luna! Corre hacia la puerta para ver si es su perra. Intenta abrirla, pero una vez más no logra su objetivo. Está atrancada, maldita sea. El picaporte no cede. Le propina sonoros golpes, pero no hay manera, está encerrado en su propia casa, incomunicado.

Recorre el salón con la idea de saltar por la ventana al jardín, pero no hay manera. Las

ventanas también están bloqueadas. Recuerda entonces cuando los técnicos le instalaron la alarma; le mencionaron que había una posibilidad de cerrar la casa a cal y canto desde fuera si se sorprendía a un intruso dentro. Tan solo había que dar la orden a la empresa instaladora. ¿Habrá sido alguien capaz de hacer eso?

¿Dónde cojones está la maldita alarma? Da con un pequeño adminículo con el logo de la empresa. Abre el cajetín, pero tan solo hay códigos numéricos. ¿Qué tiene que hacer? No puede creerse el mal sueño que está viviendo.

Se lleva la mano de nuevo al corazón, pero saca fuerzas para acercarse de nuevo a la puerta. Arremeter con violencia contra el picaporte no le sirve de nada. Furioso, se pone a golpear la puerta. Tal vez alguien lo escuche.

Capítulo 81

Dentro de La Casa de las Tortillas el estudiante se ha sentado junto a Cleofás para darle conversación. No es un buen momento, el gigantón tiene otras cosas en la cabeza. El músico lo aguanta un rato, hasta que se cansa de su insulsa charla.

—¡Y dale, que es tarde! —exclama para que el joven lo deje tranquilo.

Acompaña sus palabras con un gesto de hartazgo y muestra sus dientes apretados como si fuera un *rottweiler*. El joven desiste y abandona su mesa de inmediato. Un poco de tranquilidad, que estoy trabajando, se dice el músico.

Transcurre el tiempo y las copas se vacían rítmicamente.

—Mejor deja la botella en la mesa, así no tendrás que estar pendiente de servirme —le dice al camarero.

Los clientes entran, salen, consumen, mientras él permanece inmóvil en la mesa, desviando únicamente la mirada del portal el lapso que necesita para llevarse la copa a los labios.

La botella va menguando y ni rastro de la doctora. Por lo menos han entrado una docena de personas en el edificio que vigila, pero ninguna responde a las características de la médica. Es posible que esté de vacaciones y se haya ido fuera de la ciudad. Bueno, en todo caso, tomar un brandi aceptable no es nunca perder el tiempo, se consuela.

Llama al camarero, que se acerca solícito y le señala la botella.

—Compay, creo que necesito más gasolina.

El camarero le lleva otra botella, sorprendido de la capacidad del viejo músico.

—Aquí tienes. Que sepas que yo también me he parado a escucharte algunas veces.

Cleofás sonríe. Siente la boca pastosa y los sentidos abotargados. Demasiado coñac. Va camino del cielo, pero no debe olvidarse de Gracia. Tiene que estar atento.

—Un placer, pana. Escúchame —dice el músico, aprovechando el comentario del camarero —, ¿no conocerás a una doctora que vive en ese portal? —pregunta señalando su objetivo.

Ante la cara de póquer del camarero, continúa.

—Se llama Cruz. Va a operar mis viejas rodillas y tengo que hablar con ella.

El camarero se rasca la cabeza, pensativo.

—Estoy que cago centellas porque me opere, compay —continúa Cleofás.

—Hay una mujer que viene aquí a desayunar a veces, aunque no sé su nombre. Creo que trabaja en un hospital.

—¿Cómo es?

—Yo le echo unos treinta y tantos años. Delgada, de estatura media, bastante guapa... Parece una mujer con carácter, pero es muy amable conmigo. Y deja buenas propinas.

Cleofás asiente. Todo le cuadra.

—¿Y no sabrás dónde puede estar?

—Ni idea. Como te decía, viene aquí a veces, pero no siempre en el mismo horario. Supongo

que los médicos tienen guardias y esas cosas.

Cleofás mueve la cabeza de arriba abajo, la mirada vidriosa, los movimientos torpes, anestesiado por el alcohol ingerido.

—Te lo has ganado... Tómate una con este viejo —dice señalando la botella.

—Si pruebo yo eso, estoy de baja quince días —bromea el camarero—. Pero te lo agradezco.

Cleofás intenta incorporarse trastabillándose ligeramente.

—Demasiado brandi. Mejor me doy el piro —farfulla.

El viejo Cleofás ha pasado demasiadas horas sentado y le cuesta levantarse. Extrae un billete de cincuenta y se lo entrega al camarero. Luego se dirige a la puerta, mientras los clientes se apartan para permitirle el paso.

—Espera que te dé el cambio —le dice el camarero, elevando la voz.

Cleofás se vuelve. Todo se mueve ligeramente y la luz le molesta. Entrecierra los ojos antes de responder.

—Es un pago por adelantado, pana. Guarda la botella. Mañana estaré aquí temprano. Y ten mil ojos por si aparece la doctora. Es importante —dice arrastrando las palabras y manteniendo el equilibrio a duras penas.

Capítulo 82

Un vehículo de alta gama se encuentra estacionado en una calle aneja al parque de Berlín. Dentro del mismo, el copiloto, un hombre corpulento, se ajusta la gorra de lana mientras observa por el retrovisor a un chaval que admira la elegancia del automóvil.

Observan distintas parejas dando el paseo vespertino. Cuando el sol se oculta por completo y una tenue oscuridad envuelve el parque, el Volvo arranca.

La mujer rubia extrae de su bolso un móvil y hace una llamada.

—¿Sigue la casa cerrada?

—Afirmativo.

—Vamos a acercarnos. Te aviso en cuanto lleguemos.

La mujer se coloca unos guantes. Pone en marcha el coche al ralentí, con las luces de posición. Hace una pequeña maniobra y, silenciosamente, el coche se desliza hacia la zona de los hotelitos. Aslan rebusca en su mochila y coge unos guantes de color marrón, que se coloca en las manos. La mujer sigue conduciendo despacio, hasta que detiene el vehículo frente al chalecito del doctor. Apaga las luces.

La mujer se prepara y hace un gesto afirmativo al copiloto, que responde de igual modo. Antes de salir, se vuelve hacia el asiento trasero y levanta una manta de color marrón. El niño está tumbado en posición fetal, inconsciente. Lleva puesto el gorro anaranjado. Lo observa unos segundos antes de volver a cubrirlo. Sabe que el efecto del narcótico desaparecerá en una hora. Después de unos segundos de confusión, el chaval intentará salir del coche y, al no lograrlo, aporreará la puerta. Para entonces, ellos llevarán ya quince minutos fuera.

Descienden cada uno por su lado. Aslan lleva una voluminosa mochila a la espalda, que no le impide moverse con ligereza.

Afortunadamente, a esa hora no hay apenas viandantes por esa calle tranquila. A lo lejos ven a una vecina sacando una bolsa de basura.

La mujer hace una nueva llamada.

—Ya. Un minuto y vuelves a cerrar —dice llegando a la verja.

A los tres segundos se escucha el chisporroteo de la puerta y los dos entran. Atraviesan el jardincillo y se sitúan cada uno a un lado de la puerta de entrada. El hombre presiona el picaporte, que cede. Abren con premura y delicadeza.

Entran sigilosamente en la estancia y descubren al médico dispuesto a romper las ventanas con un palo de golf. Cuando los ve, el viejo, horrorizado, comprende su situación. Esos intrusos son los que acabaron con sor Carmen, y los que se llevaron por delante a Jaime Cobo y su mujer. Todo está relacionado. Y la crueldad de sus muertes le aterroriza. Se enfrenta no solo a la idea de morir, sino de cómo morir. El miedo hace que se orine encima.

Aslan corre hacia el doctor, le quita el palo de golf. En el forcejeo lo derriba. Al caer, Pisabarro se golpea con la cabeza en el suelo. De su ceja mana un hilillo de sangre. La mujer

dirige una fría mirada al hombre, que se encoge de hombros.

La mujer se agacha y con dos dedos palpa la yugular del médico.

—Lo haremos con él inconsciente.

Aslan extrae de la mochila una gruesa cuerda y la pasa por debajo de los hombros del médico desmayado. Hace palanca y eleva al doctor como un fardo, dejándolo sujeto a una viga. El doctor, con el cuerpo enhiesto, deja caer su rostro sobre el pecho, con las piernas colgando a escasos centímetros del suelo. El hombre suda, aprieta los dientes para sujetar el cuerpo del anciano, hasta que ajusta las cuerdas y puede retirarse.

—Es mi turno —dice la mujer.

Aslan saca una caja quirúrgica de la mochila y se la entrega. La mujer se quita un guante y toma un bisturí. Se acerca al viejo, que cuelga de la viga con las cuerdas por las axilas, y le propina un certero corte en el pecho izquierdo del que mana abundante sangre. Seguidamente, indica con gesto enérgico a su acompañante que eleve un brazo del anciano hasta colocar la mano junto a la viga. La mujer toma entre sus manos un taladro que escupe un grueso clavo que atraviesa la mano izquierda del anciano. Seguidamente, el hombre eleva el otro brazo del desmayado médico y procede a clavar la mano derecha en la viga.

Se separa un metro para observar el desmadejado cuerpo del médico crucificado, con la herida sangrante en el pecho. Guarda el bisturí y el taladro en la mochila y extrae de su bolsillo un pequeño crucifijo que deja a los pies del moribundo. Seguidamente mira el reloj y vuelve a colocarse los guantes.

En ese instante suena el timbre. El hombre y la mujer se miran. Todo sucede muy rápido y ahora es una oleada de timbrazos los que resuenan en la casa. Ella frunce el ceño; él espera sus órdenes. Se acercan a una de las ventanas y mueven ligeramente la cortina. A escasos metros hay un coche de la Policía Nacional con las luces encendidas y varios vecinos lo rodean. Han sacado al niño, que está tumbado en la acera, envuelto en la manta, adormilado, mientras una mujer intenta que reaccione a sus estímulos. Un policía pide refuerzos, mientras el otro llama al timbre con insistencia, con el arma reglamentaria en la mano diestra.

La mujer vuelve a coger el móvil y efectúa una nueva llamada.

—Mantén todo cerrado, pero déjanos una salida.

—El desván.

—De acuerdo. Ahora corta la electricidad.

De improviso se apagan todas las luces. El timbre deja de sonar y a lo lejos se escucha la sirena que anuncia la llegada de varios coches patrulla. No hay tiempo que perder. El hombre corpulento carga a toda prisa la voluminosa mochila.

Suben los dos a oscuras las escaleras que llevan al desván. Abren la puerta y contemplan un amplio tragaluz sobre sus cabezas. Aslan lo abre y lanza la mochila al tejado.

Capítulo 83

Todo sucede como Lucía ha esperado. Irene va tras ella, expectante. La ha vuelto loca hablándole de ese señor para que la curiosidad venza cualquier atisbo de desconfianza. Inocente Irene. Doce años. A ratos actúa como una persona adulta, se encarga de Carlos, quiere proteger a Doina, siente una fuerza dentro que le hace creer que puede con todo. Pero otras veces, la niña que todavía es está a punto de derrumbarse. En esos momentos necesita agarrarse a alguien, dejar que la sostengan.

A Irene todo le impresiona, empezando por el coche, elegante, limpio, si huele a nuevo, si parece que estuviera sin estrenar. Un coche con los asientos de piel en los que ellas dos se han sentado. El conductor delante y ellas detrás. Dos señoritas de viaje.

El chófer las deja en la puerta del inmenso palacete en el que vive Dumboa. Lucía sale del coche e Irene la imita. El chófer no ha abierto la boca en todo el viaje, y ahora tampoco se despiden de ellas. Prefiere ignorarlas, hacer como si no existieran. Olvida a todas esas crías que ha llevado a casa de su jefe. Sí, las olvida porque solo así puede seguir haciendo su trabajo, obedeciendo y mirando al suelo.

Irene mira asombrada el maravilloso jardín que emerge de entre las sombras. Las luces alumbran la fachada del palacete de estilo romántico construido en el siglo XIX. Suben las escaleras. Lllaman al timbre y Flores abre la puerta.

Lucía entra la primera. Irene quiere verlo todo bien, pero su compañera tira de ella.

—Nunca he estado en un sitio así...

—Es que no hay muchos sitios así —le contesta Lucía.

Suben por la escalera a la primera planta —Lucía nunca utiliza el ascensor que Dumboa ha instalado—, y siguen el pasillo alfombrado hasta la estancia en las que el viejo las espera.

Dumboa, vestido con un elegante batín de seda, está sentado en una butaca inglesa. Ilusionado, lleva horas esperando a que lleguen. Porque no quiere ni imaginar que Lucía pueda fallarle de nuevo. Contiene los nervios al oír las voces al otro lado de la puerta. El sonido del golpe en la madera, pidiendo permiso para entrar.

—Adelante.

Entran en la estancia y se quedan quietas frente a él.

Irene mira al viejo. Así que ese es el señor importante, poderoso, del que Lucía le ha hablado. Es grande, voluminoso. Tiene poco pelo y peina un mechón ridículo que le cubre a duras penas la cabeza, dejando entrever el cuero cabelludo. Lo que más llama su atención son sus ojos; tienen una fuerza que asusta. Y sus manos son muy grandes. Enormes. Gigantescas.

El viejo mira fijamente a Irene, con esa mirada que tan bien conoce Lucía. Sonríe. Se relame ante su nuevo juguete. Desea, sueña, imagina. Su cuerpo reacciona ante ese querubín que tiene frente a él.

—¿Cómo te llamas? —pregunta Dumboa.

Irene contesta, pero dice su nombre tan bajo que apenas se oye.

—Se llama Irene —dice Lucía.

Irene y sus ojos azules. Los nervios la traicionan, hasta le falta la voz. Quiere saludar, pero no sabe cómo. Hola, señor. Y darle la mano, o un beso en la mejilla. No sabe qué es lo más adecuado.

—Irene... —repite el viejo—. ¿Cómo estás, Irene?

Ella, bloqueada, no sabe qué decir.

Dumboa se dirige a Lucía, quiere que lo ayude para abordar a la pequeña.

—Irene vino hace poco a la fundación. ¿Verdad, Irene? No sabe cuánto tiempo se quedará. Su madre está en el hospital y su padre en la cárcel —dice Lucía.

Irene siempre siente vergüenza cuando hablan de su padre.

—No te preocupes. Todo se arreglará, Irene —le asegura.

Y ahora la cría asiente con la cabeza, porque eso es lo que quiere, que todo se arregle.

—Lucía, puedes irte —le dice Dumboa.

Ella se vuelve para retirarse. Irene siente el impulso de agarrarse a su amiga, de pedirle que no la deje sola, pero se controla. Y la ve salir por la puerta. Y la imagina bajando la escalera, montándose en el elegante coche y volviendo a la fundación.

Mientras que ella...

—No te asustes, querida —le dice el viejo—. Relájate. Sonríe.

Pero a Irene no le sale la sonrisa. Al contrario, le entran ganas de llorar. Hace un mohín y se esfuerza en contener las lágrimas.

—No, no llores. No estropees este momento. No me gustan las niñas que lloran. Solo vamos a hablar, ¿vale? Tranquilízate.

Irene intenta tranquilizarse.

—Así, mejor. Quítate los zapatos, estarás más cómoda.

Irene obedece. Se quita los zapatos.

—Y los leotardos. Aquí hace calor.

Duda, pero finalmente se los quita. Y se queda de pie frente al viejo, que la mira fascinado.

Capítulo 84

Aslan se incorpora a pulso al alféizar de la buhardilla. Los músculos se le tensan al efectuar el esfuerzo. Una vez arriba, tiende las manos a su compañera y la eleva de un tirón. Los dos caminan por el tejado, agachados. Él agarra la mano de la mujer para evitar que tropiece y caiga desde el segundo piso.

De repente, uno de los curiosos señala al tejado. El policía que aporreaba la puerta se retira hacia atrás y eleva la mirada. Saca el arma y apunta a las dos figuras que se mueven sigilosamente y que al momento desaparecen de su vista.

—¿Los has visto?, ¿los has visto? ¡Son dos! —grita el policía a su compañero.

Rodea corriendo el chalé con el arma cargada. No llega a ver nada. Lo último que siente es un tremendo golpe en la cabeza y la oscuridad que lo cerca.

Aslan suda copiosamente, se le acelera la respiración. En el suelo, el policía, inconsciente todavía, está aferrado a su arma.

—Tranquilo —le dice la mujer, mirando en ambas direcciones—. Ahora camina hacia la M-30. Todo ha salido bien.

El hombre asiente.

En ese momento llegan a su destino dos coches policiales más y un Samur. Descienden a toda prisa los policías. Los sanitarios de la ambulancia extraen una camilla.

Tres policías se dirigen a la puerta con un ariete. Emplean toda la fuerza para derribarla. Uno de ellos introduce la mano entre la madera astillada y consigue abrir el picaporte por dentro. Los tres cruzan el umbral y apuntan al interior con las linternas. Entonces, el mundo parece detenerse. Es el infierno el que se muestra ante sus ojos.

Uno de los policías cae de rodillas al suelo al contemplar al viejo crucificado. El otro se tapa la boca, pero no puede contener las arcadas y vomita. El tercero corre despavorido hacia el coche patrulla.

—Es..., es espantoso.

Su rostro tiene un color amarillento, y un sudor frío lo envuelve.

Los sanitarios del Samur entran con la camilla, sin imaginar el horror que están a punto de vislumbrar y que no olvidarán mientras vivan.

—El cabo Martín los perseguía —dice uno de los agentes—, pero no logro contactar con él.

—Insiste.

Cinco minutos después, llega en su coche particular el jefe de la comisaría norte. Se baja del coche, templando los nervios, y ordena perimetrar la zona.

—Tendríais que haberlo hecho vosotros —abronca a los agentes—. ¿Qué coño hace toda esta gente aquí?

Los curiosos son obligados a retirarse. La Policía coloca las cintas amarillas de un extremo de la calle al otro, ante la curiosidad creciente de los vecinos, que ya intuyen que se trata de algo

muy grave.

—¿Le ha pasado algo al doctor?

Nadie contesta. El jefe de la comisaría sale de la casa con el rostro demudado y llama por teléfono al juez de guardia. Lo salvaje de lo sucedido le recuerda al asesinato de Cobo.

—Que vengan todos los efectivos disponibles, que peinen las calles e identifiquen a todo el mundo. Si estos cabrones han llegado a la M-30 estamos perdidos. ¿Alguien sabe algo del cabo?

Un subalterno le da la noticia de que acaban de encontrar al cabo herido detrás de la casa. Otro equipo de sanitarios se dirige con celeridad hacia el lugar donde está tendido. De repente, esas calles habitualmente tranquilas parecen una zona de guerra.

El niño está sentado en el borde de la acera, cubierto con la manta. Parece recuperarse. La mujer policía que lo atiende intenta consolarlo, mientras él mira con ojillos acuosos hacia la casa.

—¿Le ha pasado algo al abuelo? —pregunta con un hilillo de voz.

La mujer no se atreve a responder.

El jefe de la comisaría es informado de que el niño es el nieto del médico. Le explican que un vecino, al pasar junto al coche, vio unos pies bajo la manta. Llamó a la Policía de inmediato. Los agentes tuvieron que forzar la puerta del coche y sacarlo del mismo. Por suerte, el niño estaba vivo, pero en estado de confusión, probablemente bajo el efecto de algún narcótico. El crío señalaba la casa, incapaz de pronunciar palabra alguna.

El jefe de la comisaría acerca su rostro al del niño, fingiendo una sonrisa.

—Se llama Rubén —le dice la policía que se ocupa del niño.

—Hola, Rubén... Vamos a ver. ¿Recuerdas lo que ha pasado? ¿Nos puedes decir quién te encerró en el coche?

El niño niega con la cabeza.

—Quizá no sea el mejor momento para interrogarlo —dice la mujer policía—. Está en estado de *shock*.

—Lo sé —pronuncia lentamente cada sílaba el jefe—, pero el tiempo es oro. Cada segundo que pase es vital. Recuerda, Rubén. ¿Sabes cuántos eran?

El niño estira los dedos corazón e índice.

—¿Dos?

El chaval se rasca la cabeza, le pica después de llevar el gorro puesto durante horas. Siente la boca seca, pero asiente.

—¿Dos hombres? —El niño sacude la cabeza—. ¿Un hombre y una mujer?

—Sí —acierta a decir con un hilillo de voz.

—Voy a enseñarte una fotografía para ver si reconoces a la mujer —le dice el inspector, sacando el móvil.

En ese momento, se escucha un grito desgarrador. Es la nieta del doctor que regresa de su entrenamiento de natación sincronizada y se encuentra con semejante jaleo a las puertas de la casa de su abuelo. Imagina una desgracia. Algo le ha ocurrido al abuelo. Un infarto, quizá.

Impiden que la adolescente entre en la casa. Esta se revuelve, protesta, quiere saber. Entonces le señalan el lugar donde está su hermano.

—¡Rubén! —grita.

Y corre hacia él.

Los hermanos se abrazan desconsolados.

Día 7, sábado 19 de noviembre de 2016

Capítulo 85

Dumboa le ha dado instrucciones. Es sábado, así que, en lugar de ir a esperarlo al periódico, se ha plantado en su casa. Le ha facilitado la dirección, una calle cercana al Puente de los Franceses, una colonia de casas antiguas de ladrillo rojo que conforman un barrio tranquilo.

Lleva allí desde las seis de la mañana y no ha visto un solo bar donde tomarse un café. Se frota las manos. Se nota la humedad, debido a la proximidad del río Manzanares. Pasan las horas. Tan solo han salido del portal unos chiquillos, en chándal y con bolsas de deporte. Se imagina que tendrán algún partido.

Y entonces lo ve. Ese sí puede ser su objetivo; un sesentón, más bien grueso, de escaso pelo gris, que viste un chaquetón de pana marrón. Espera que se dirija a algún vehículo, pero no. El viejo se queda tranquilamente en la esquina, enciende un cigarro y fuma con placer. Un tipo de la vieja escuela.

Flores, el guardaespaldas y matón de Dumboa, sale del coche y se acerca a Cuadrado. Se detiene a su lado.

—¿No tendrá un cigarro?

El chófer saca un paquete del bolsillo y le ofrece un pitillo. Flores lo coge. Cuadrado enciende la llama de su mechero y el otro enciende el cigarrillo.

—¿Es usted Cuadrado?

El chófer se sorprende.

—Depende...

Vaya, piensa Flores, me ha tocado el gracioso de turno.

—No, depende no. ¿Eres o no Cuadrado? —pregunta pasando al tuteo.

—Digamos que sí. ¿Por qué?

—Me han pedido que venga a verte.

—¿Qué honor! —bromea—. ¿Y quién te envía?

—No es importante.

—Bueno, quizá para mí sí lo sea.

—Tenemos que hablar.

—No es buen momento; voy a trabajar.

Flores no sabe si creerle, pero tampoco le extraña demasiado. Parece uno de esos que no tienen horarios fijos. Un día se queda hasta las mil y otro se toca los huevos.

—Te acompaño —dice.

Y no es una pregunta.

Cuadrado monta en el coche, y maldita la gracia que le hace que el desconocido que le ha abordado y que ni siquiera se ha presentado se siente a su lado.

—¿Qué quieres de mí? —le pregunta mientras arranca.

—Me han dicho que eres amigo de Gracia Martí.

Aprieta el volante con fuerza. Así que ese es el motivo de la visita. Gracia.

—Amigo lo que se dice amigo... Nos conocemos del trabajo.

—Hablabas con ella.

—Yo hablo con todo el mundo. Soy bastante charlatán, lo da el oficio.

—¿Te contó algo Gracia? Tenemos que encontrarla.

—No tenía tanta confianza conmigo... Además, si supiera algo ya se lo habría dicho a la Policía.

—No estoy seguro. Hay gente que no quiere hablar con la policía... Y menos si la Policía busca a alguien a quien aprecia.

Cuadrado enciende otro cigarro y baja la ventanilla. No responde. El hombre que se ha metido en el coche es insistente. Se pregunta hasta dónde está dispuesto a llegar para conseguir respuestas.

—Estuviste con ella el último día que trabajó en el periódico —revela Flores, y Cuadrado asiente—. ¿Te contó algo?

—La llevé a cubrir la noticia del incendio. Pero a mí no me dijo nada. ¿Qué me iba a contar? Soy el último mono en el periódico.

—La gente habla contigo, tú mismo lo has dicho. Algo te pudo decir...

—Hablamos de mi jubilación, y poco más.

—Dame algo, alguna cosa —le dice Flores con voz seria.

Ha aprendido de Dumboa. Un limón no se tira hasta que se le ha exprimido la última gota. Aunque sea un limón tan poco sugerente como Cuadrado.

—Intentó echarme un cable con ese asunto. Yo solo sé que parece una buena persona —dice el chófer.

Y ahora es Flores el que asiente. Cuadrado aprecia a la periodista. Eso quiere decir que quizá se encuentre junto a una de las personas a las que ella recurriría si estuviera jodida.

—Coge la M-30 —dice Flores.

—Pero... Tengo que estar en el periódico en veinte minutos.

—¿No me has oído? Anda, tira. Dirección M-30 Sur. Vamos al polígono Marconi.

¿Marconi? Cuadrado siente un escalofrío. Marconi es conocido no solo por su actividad industrial, sino por la prostitución y el tráfico de drogas.

¿Qué cojones van a hacer ellos en ese polígono? Si pudiera, desobedecería. Pero no puede. La mirada de Flores le dice que no haga ninguna tontería.

Capítulo 86

Cleofás abre un ojo y entrevé, ligeramente difuminados, dos niños rubios que lo miran con curiosidad. Cierra el ojo y se pregunta si la imagen es una alucinación. Pero no, los rubitos son reales, porque al volver a abrir los ojos siguen ahí, en pijama, blanquitos y serios, mirándolo fijamente. Se pregunta dónde demonios está. Si acaso esos querubines le anuncian su llegada al cielo, un cielo decorado con muebles elegantes y un cómodo sofá de piel que ha acogido amorosamente sus huesos de negro huevón.

Se despereza, estira los brazos y emite un sonido casi animal. Luego, con la boca pastosa, ensaya una sonrisa para su público.

—Menudo colocón. Estoy *jendío*. Vaya resaca de los cojones... Disculpadme el vocabulario, jóvenes.

El más pequeño de los niños corre hacia el interior de la casa llamando a su padre. Peter se asoma poco después.

—Coño, Cleo, nos has tenido toda la noche en vela con tus formidables ronquidos —bromea el productor—. Ya sé de dónde te viene toda la energía para el saxo. Tienes unos pulmones que no son de este mundo.

Así que está en casa de Peter... El músico no recuerda cómo ha llegado allí, pero el caso es que Peter lo ha acogido, en lugar de echarlo a patadas. Es un buen tío.

—Lo siento, compay —se disculpa.

Cleofás se incorpora, vestido. Tararea una canción infantil con su voz ronca y hace sonreír a los niños.

—¿Quieres desayunar?

El viejo músico mira su reloj de nuevo.

—Gracias, no. Tengo trabajo.

—Como quieras —dice Peter, acariciando la cabeza de sus hijos, que no quitan ojo al hombretón negro de grandes dientes amarillentos—. Por cierto... ¿qué tal te fue con tus pesquisas? ¿Encontraste lo que querías en el hospital?

—Creo que sí, pana. Estoy en el buen camino.

Abandona la casa, tras palmear agradecido la espalda del dueño de la casa.

—Te debo una, compay.

El día gris y su frescura le procuran cierto alivio. Su destino, La Casa de las Tortillas, solo está a cinco minutos. Probablemente por eso decidió recurrir a Peter; estaría demasiado borracho para llegar a Tetuán a la casa de Ángela. Camina con lentitud por la calle de Sagasta, mirando al suelo para evitar la luz solar. Cruza Luchana y toma Fuencarral a la izquierda. Cuando llega al bar, ve al camarero fregando el suelo. Dentro no hay más de media docena de clientes que desayunan con la televisión de fondo.

—¡Buen día, amigo! —saluda Cleofás—. He vuelto.

El camarero deja el cubo junto al mostrador.

—¿Un café? —pregunta.

—Me sentaría como un tiro. Brandi, mejor —propone sentándose en el mismo asiento del día anterior.

El camarero saca la botella que guardó. La deja frente al músico, que da cuenta de la primera copa para aliviar la resaca.

—¿No habrás tenido noticias de la doctora?

—No ha pasado hoy.

Cleofás apoya el mentón en la mano derecha, mientras clava la mirada en el portal. De vez en cuando, y con parsimonia, rellena la copa de brandi y se la lleva a los labios. Se pregunta si vale la pena la misión de vigilancia. Solo ve a los mismos vecinos, entrar y salir, y el sopor del alcohol y el madrugón lo van adormeciendo.

Ojea un periódico gratuito que está sobre la mesa. Siempre busca los obituarios. Desgraciadamente, cada dos por tres lee una noticia sobre un músico muerto que él conoció. Tuvo trato con montones de ellos. El resto de las noticias le importan bien poco. Sin embargo, esta vez, se entretiene leyendo un artículo sobre la muerte de Cobo. «El cerco sobre el presunto asesino se está estrechando», dice el artículo. Se sobresalta. Se pregunta si será cierto. De todos modos, si quiere ayudar a Gracia, ha de darse prisa en encontrar a la tal Cruz antes de que las cosas se salgan de madre.

—Un café para llevar, por favor.

El camarero coloca un vaso de cartón bajo la máquina, que lanza su sonido cansado mientras el olor a café se extiende por el bar. Cleofás se sorprende recordando sus tiempos en La Gran Manzana, cuando uno pedía un café y estaba dos horas apalancado en la silla charlando con los amigos y esperando a que la camarera rellenase la taza, sin prisas, con calma. Ahora la gente bebe café por la calle, con el paso acelerado para salir de una cárcel y llegar a otra.

Vuelve a concentrarse en la lectura, buscando algún artículo que lo entretenga.

—¡Eh! ¡Oye!

Cleofás eleva la vista del periódico. El camarero se dirige a él. ¿Qué pasa?

—Es ella —anuncia, y ante el estupor del músico, que está resacoso, a por uvas, insiste—. Ahí está, la doctora a la que esperas.

El camarero señala con el dedo índice el exterior del local.

—Acaba de salir del portal.

Se trata de una mujer vestida con ropa deportiva, de la que solo puede ver su espalda. Cleofás se levanta. Nota un pinchazo en las rodillas. Mierda, exclama, y se dirige hacia la puerta presuroso. Una vez en la calle, intenta seguir a la mujer, que corre despacio, como si calentara, por la acera de enfrente.

Se detiene en un semáforo. Cleofás logra ponerse a su altura. Y entonces, al verla, entiende que algo no va bien.

Cruza la carretera desafiando a los coches, que frenan y tocan el claxon al ver a ese viejo que parece enajenado. Cleofás le grita a la mujer, pero esta le ignora. Llega junto a ella, la agarra del brazo. Ella se suelta, lo insulta. Cleofás da un paso atrás. Siente un nuevo pinchazo en la rodilla.

Ella aprovecha que él ha retrocedido para atacarlo. A pesar de que es mucho más grande que ella, lo empuja con fuerza. Cleofás pierde el equilibrio y cae al suelo.

La gente los mira, sin entender qué está pasando. Ella aprovecha para cruzar la calle adyacente y alejarse corriendo por Cardenal Cisneros.

Un hombre intenta levantarlo. Cleofás protesta.

—Pierda cuidado. Yo puedo —dice de malos modos.

El hombre se aparta, viejo desagradecido, piensa.

Y Cleofás, no sin esfuerzo, se levanta. Las rodillas protestan, pero las ignora mientras regresa al bar cabizbajo. El camarero llega solícito a su lado y le palmea en el hombro.

—¿Estás bien?

Cleofás, ensimismado, no contesta. Se deja caer en la silla frente a su botella. No entiende qué ha sucedido; parece una broma de mal gusto.

En la mesa sigue abierto el periódico con el artículo del asesinato de Cobo, pero ahora lo mira con otros ojos. Hay algo que se le escapa.

¿Qué está sucediendo? No lo sabe. No tiene ni idea. Pero acaba de descubrir que nada es lo que parece.

Capítulo 87

Ha sido una noche larga y deprimente. Varias veces Carrillo ha tenido la determinación de actuar, de poner fin a esa situación. Una llamada sería suficiente para que, en cuestión de minutos, una patrulla entrara en la casa y se llevara a Gracia. Y eso era lo que debía hacer. ¡Ay, el deber! Siempre ha sido un gran defensor de las buenas prácticas. Pero al rato, el convencimiento dejaba paso a la duda, y optaba por dejar pasar el tiempo, a la espera de que sucediera algo. Algo que diera sentido a ese maldito caso que le está volviendo loco.

A las dos de la madrugada, Gracia había hecho ruido. Tras quitarle la mordaza, le había pedido ir al cuarto de baño. Llevaba horas allí tumbada. Debía de haberse aguantado las ganas, hasta que no pudo más. Carrillo la había acompañado. Había sido violento. No podía dejarla sola en un espacio desconocido, y más tras soltarle las manos. Sabía que ella era capaz de cualquier cosa, por eso tuvo que orinar frente a él. Algo humillante. Y, sin embargo, ella no bajó la mirada, sino que la sostuvo con firmeza. Si alguien se avergonzó fue precisamente Carrillo, que era educado, correcto, y ahora tenía a Gracia sentada en el inodoro en actitud casi provocadora. La había vuelto a amordazar. Mejor. Temía lo que pudiera decirle. Que le llamara perverso, o algo peor.

El caso es que, tras la larga noche, Gracia sigue atada, tumbada en la cama. Le ha preguntado varias veces si tiene hambre, pero ella declina toda comunicación con él. Carrillo intuye que, aunque esté hambrienta, no dirá nada.

Aprovecha que Gracia parece dormir para hacer una cafetera. El café lo ayuda a ver las cosas con claridad. No puede alargar mucho más esa situación, no tiene sentido. Y no va con él. Gracia no cuenta con las mínimas condiciones que debe tener un detenido. Está en una situación claramente irregular. Ha llegado el momento de entregarla.

Carrillo llama a Pezuela, que no tarda en contestar.

Antes de que la ponga al corriente de lo que va a hacer, la subinspectora monopoliza la conversación.

—Hay novedades, jefe.

La siente nerviosa, alterada. Tanto que ni siquiera pierde el tiempo recordándole que ya no es su jefe.

—Hoy libro, pero me acaban de avisar. Ha habido otro asesinato.

Como se temían, ha sucedido.

—¿La misma firma?

—Sí, un crucifijo.

—Dame detalles —pide Carrillo, a quien se le ha contagiado la excitación de Pezuela.

La subinspectora le cuenta lo que se sabe por el momento. No es su caso, pero un compañero la ha puesto al día. El secuestro del crío, el asesinato del abuelo. Un médico retirado. Una familia acomodada.

A Carrillo le chirría algo.

—Intenta acceder a todos los detalles. Es que no entiendo para qué secuestraron al chaval. Si lo que querían era matar al abuelo... ¿Era necesario llevarse al crío del colegio?

—Bueno... De todos modos, a nosotros nos ha venido bien.

—¿Por qué?

Pezuela guarda un as en la manga, una sorpresa para Carrillo.

—Esto te va a gustar. ¿A que no sabes a quién ha reconocido el crío?

—¿Cómo lo voy a saber? —protesta Carrillo, que no está para adivinanzas.

—El niño ha identificado a la periodista. Gracia Martí era uno de los secuestradores.

Carrillo sacude la cabeza. Traga saliva. Todo le da vueltas, escapa a su entendimiento.

—A ver, Pezuela... —Habla despacio, intentando ser lo más concreto posible—. Dices que uno de los secuestradores es Gracia Martí, ¿no es así? —Espera a escuchar un sonido afirmativo al otro lado—. ¿Y cuándo secuestraron al crío?

—Ayer a primera hora de la tarde.

—Y asesinaron al médico por la noche...

—Así es.

Carrillo quiere decirle que se equivocan. Que es imposible que Gracia Martí secuestrara al crío o matara al médico, porque lleva con él treinta y seis horas, desde el jueves por la noche. Que él, él mismo, joder, es su coartada.

—Pensaba que te ibas a alegrar con la noticia —dice Pezuela.

No, no se alegra. Está paralizado, superado por los acontecimientos.

—Además de la cinta, ya tenemos una segunda prueba contra ella. Ahora no hay duda alguna de su implicación.

El policía pone fin a la conversación con Pezuela, tras decirle que hablarán pronto. Sin darse cuenta, aprieta el móvil entre los dedos.

Intenta ordenar sus pensamientos.

Intenta entender qué demonios está pasando.

Capítulo 88

Flores invita a Cuadrado a bajar del coche. A seguirlo.

—Aquí hablaremos tranquilamente —propone.

Cuadrado piensa con ironía que una cafetería del centro tampoco estaría mal para charlar amistosamente con un café y una ración de porras recién hechas.

Hablar... ¿De qué van a hablar? Ya le ha dicho que no sabe nada de Gracia. ¿Por qué coño no lo deja en paz? ¿Sabe algo ese tipo que a él se le escapa? ¿Ha descubierto de algún modo que él ha ayudado a la periodista a huir?

Flores levanta el cierre metálico de una pequeña nave. Es un espacio lúgubre, y la escasa luz grisácea que entra por un ventanuco situado en la zona alta de la pared no lo hace más alegre.

—Bonito lugar —finge Cuadrado, intentando ocultar que está impresionado.

Hay material diverso de construcción apilado en una esquina y dos coches viejos, a los que les faltan piezas. Uno de ellos tiene el motor desmantelado y los sillones están fuera, unos frente a otros. Es un lugar de mierda. Joder, Cuadrado se siente como si estuviera dentro de esa peli de Tarantino en la que le cortan una oreja a un tipo para que cante.

—Mira, tío, no sé por qué me has traído aquí. Esto solo me va a llevar problemas en mi trabajo.

Cuadrado actúa, pero lo suyo no es el arte dramático. Flores no responde, se limita a hacer lo que tiene que hacer. El chófer siente una descarga eléctrica en los riñones que hace que su cuerpo se doble como un fardo. Minutos después recupera la conciencia, sentado en uno de los asientos del coche, viejo y sucio.

—¿Se te ha ocurrido ya algo que decirme? No sé... Por dónde se mueve esa tía, por ejemplo. Si sabes de alguien muy próximo que se la esté jugando por ayudarla. Seguro que tendrás alguna idea.

—¿Quién eres? —pregunta Cuadrado con un hilo de voz.

—Eso no importa. Solo quiero decirte que no saldrás de aquí hasta que no me des información sobre Gracia Martí.

Flores puede ver cómo el chófer suda, tiene el rostro descompuesto. Es normal, con la descarga eléctrica le ha metido el miedo en el cuerpo. Ahora sabe que es capaz de todo y esa es su baza para sonsacarle información en el caso de que la tenga.

—Pero yo... —farfulla Cuadrado.

Intenta ganar tiempo. Estudia si hay algún modo de huir de allí, de alejarse de ese animal que lo ha agredido, de salir del maldito garaje o lo que sea ese lugar y llegar hasta el coche. Eso sucede en las películas, pero en la vida real... Calcula que el hombre que lo amenaza tiene unos veinticinco años menos que él. Es fuerte y no dudará en golpearle. Además, ¿cómo va a hacer para levantar la persiana metálica, llegar al coche y arrancarlo? Para eso debería reducir a su atacante, y lo cierto es que no ve cómo.

—¿Qué estás pensando?

Cuadrado traga saliva.

—¿Por qué te complicas la vida?

Flores le muestra la Taser que ha utilizado antes y lo acerca a su cuello.

—¿Tienes realmente madera de héroe? Eso es de admirar... Porque la realidad es que, a la hora de la verdad, no existen apenas héroes. La gente se acojona; no quiere sufrir. El dolor es un buen argumento para soltar la lengua, amigo.

El cuerpo de Cuadrado se estremece ante la nueva descarga eléctrica, que le anula el movimiento y el habla. Y, por si fuera poco, Flores le enseña un puño americano que ha sacado de su bolsillo.

—Todo puede ir a peor... Pero, insisto, ¿crees que es necesario?

Cuadrado está aterrorizado. No, desde luego él no es un héroe. No soportará el puño. Ese tipo le va a hacer papilla.

—No me hagas trabajar de más...

Cuando el hombre acerca el puño a sus ojos, Cuadrado solloza. Está aterrado. Su corazón late con tanta fuerza que siente el palpito en las sienes. Se ha puesto pálido como la cera. Tiembla; no puede controlar ese maldito temblor. Y es que no quiere acabar ahí, en esa mierda de sitio, en el polígono Marconi.

Susurra la dirección en la que dejó a Gracia con Carrillo.

—¿Qué? Habla más alto.

Cuadrado repite la dirección, que Flores memoriza contento. El chófer no puede dejar de mirar el aparato que el sicario mantiene cerca de él para presionarlo.

—Supongo que no me estarás engañando...

Lo dice, pero está seguro de que Cuadrado no le miente. Está hundido, hecho una piltrafa. Si lo presiona un poco más, acabará cagándose en los pantalones.

—Llévame a esa dirección.

Cuadrado sale hundido a la calle. El miedo se funde con la vergüenza por haber delatado a Gracia. ¿Qué será capaz de hacer ese hombre a la periodista? ¿Qué le espera? Nada bueno, le dice su instinto.

—Arranca. Vamos, que estás atontado.

El chófer se pregunta si todavía tiene la oportunidad de hacer algo para impedir lo que se le antoja inevitable. Si...

—¡Dale, joder! ¿No ves que tengo prisa? —brama Flores.

Capítulo 89

Carrillo echa de menos su cubo de Rubik. Echa de menos correr y dejar que su pensamiento fluya. El encierro y la tensión le pasan factura, pero lo peor de todo es esa sensación de que la ha cagado. Está de pie, en el pasillo. Gracia sigue atada en la habitación. Él la ha retenido, humillado. Creía que se había burlado de él, que quería engañarlo, pero ahora, tras la conversación con Pezuela y el giro que ha dado el caso, su teoría se desmorona.

Carrillo va a la habitación. Gracia abre los ojos al escuchar sus pasos.

—Tenemos que hablar —le dice el policía.

Le quita la mordaza. Suelta a la mujer, que lo mira sin saber qué le espera, a qué se debe ese cambio de actitud.

—Creo que... Hay algo con lo que no contábamos.

Intenta explicárselo. Hay alguien que se parece a Gracia jugando con ellos. Alguien que se parece a Gracia, pero no es ella.

La periodista se frota las muñecas mientras escucha a Carrillo.

—No te entiendo... —dice, y a continuación añade—: Quiero café.

De nuevo los dos en la cocina. Gracia sigue con el pijama de la dueña de la casa. Carrillo descalzo, con aspecto cansado y la camisa cada vez más arrugada cayendo por encima de sus pantalones.

Gracia desayuna y su cuerpo agradece el alimento, el café y las magdalenas que devora, tres, una detrás de otra. Mientras el policía habla, casi para sí mismo.

—No eras tú, joder... No eras tú.

—¿A mí me lo dices? —le espeta Gracia, enfadada—. Por supuesto que no era yo. Ya te lo dije, nunca estuve allí. No tengo nada que ver con ese asesinato.

—Pero era tu misma imagen...

—¡Escucha! No voy a hablar contigo hasta que me pidas perdón —le dice sosteniéndole la mirada. Está rabiosa—. Peleamos, me golpeaste...

—No, no te golpeé. El golpe en la cabeza fue un accidente —protesta.

—Me ataste... —continúa ella—. Me has tenido amordazada, me has visto orinar, en ocasiones tuve miedo de ti...

—Perdón —ofrece él.

Y se produce un tenso silencio en el que Gracia acaba el café. Deja que la ira se esfume, porque ese sentimiento tan fuerte la bloquea.

—Ahora cuéntamelo todo.

Y Carrillo le habla del nuevo asesinato, de que un testigo, el niño secuestrado, la ha reconocido. Ella no oculta su asombro.

—Así que ahora estoy todavía más jodida —dice elevando las cejas.

—No, ahora yo soy tu coartada.

—¡Vaya coartada de mierda! Eres un poli expedientado. Un presunto pederasta o al menos un tío que tiene sexo con menores. No creo que tu palabra valga mucho actualmente.

A Carrillo le duele cada palabra, pero sabe que Gracia tiene razón.

—Al menos ahora creo en tu palabra —dice.

Sí, eso es lo único bueno. Carrillo la cree. Después de esa maldita noche, él está de su parte.

—No me mires así... Todo apuntaba a ti, joder. ¿No hubieras hecho tú lo mismo?

Gracia aprieta los labios. Tiene que reconocer que sí, que ella hubiera actuado igual. El sentido común es el que la ha puesto en el punto de mira.

Pronto la irritación se desvanece y es reemplazada por la curiosidad. ¿Quién es esa mujer que tanto le ha complicado la vida?

—¿No tienes hermanas ni familiares que se parezcan a ti?

—Claro que no. ¡Qué tontería!

—¿Y un sosias?

—¿Un doble? Eso pasa en las novelas, no en la vida real... Y, de todos modos, ¿por qué me imita?, ¿por qué me suplanta?

—Solo encuentro una respuesta, para acusarte. No se me ocurre otra cosa.

—Quizá se trate de una guerra interna —propone Gracia, pensativa—. Trento contra Trento. Quitan de en medio a alguno de los suyos y me culpan a mí. Así matan dos pájaros de un tiro.

—Cobo era el abogado de Dumboa y Dumboa es Trento —dice Carrillo—. Pero ¿y el resto? La monja, el viejo médico que asesinaron ayer... ¿Ellos también son Trento?

Se cubre los ojos con las manos y acusa la falta de sueño.

—Yo tampoco lo veo claro —reconoce Gracia—. Pero solo hay un camino; descubrir quién es esa mujer. Para quién trabaja.

—Y es importante que lo hagamos antes de que la Policía dé contigo.

—Cleofás seguía una pista. Una doctora.

Los dos se miran.

—Dame el teléfono.

Carrillo se levanta y le entrega el aparato. Es uno de los viejos teléfonos móviles que le consiguió el propio Cleofás.

Gracia examina la pantalla. Tienen varias llamadas perdidas del número del músico. Llamadas de esa misma mañana. De apenas hace una hora.

Capítulo 90

Irene abre los ojos y los vuelve a cerrar. Tan solo percibe una imagen parcial, ligeramente borrosa, de una pared cubierta por un papel pintado de colores granates. Tiene un ligero dolor de cabeza, la siente pesada. Tarda en reaccionar. El papel granate es elegante, como la casa donde se encuentra. Casi un palacio. Irene va ordenando sus pensamientos, recuperando la fuerza para abrir los ojos y mantenerlos abiertos. Para incorporarse.

—¿Has dormido bien?

El anciano poderoso, el Papá Noel que no se parece a Papá Noel, está sentado en la inmensa cama. Ya está vestido, huele a colonia. El olor marea ligeramente a la cría, que está especialmente sensible.

Dumboa repite la pregunta y ella quiere decir que sí, que ha dormido profundamente, pero la lengua apenas le obedece.

Recuerda ahora que Dumboa le ofreció una infusión para que se relajara y descansara, cuando ella le dijo que desde que su madre ingresó en el hospital no dormía bien. Por eso, por lo que tomé, tengo la cabeza así, piensa la cría. Y bosteza. Y estira los brazos que siente igualmente adormilados.

Lo último que recuerda es hacerse un ovillo en la cama de Dumboa, sin fuerzas para detener ese sueño que la sorprendía con fuerza, que la arrastraba a un lugar desconocido. Recuerda la sonrisa del viejo, sus palabras tranquilizadoras, mientras enroscaba uno de sus dedos en sus rizos dorados.

La cría quiere hacer pis. Se levanta y descubre que todavía está vestida, medio vestida al menos. Las piernas desnudas, porque se quitó los leotardos. Y lleva la falda y la camiseta arrugadas.

Le pregunta a Dumboa dónde está el baño y va hacia él despacio, porque está un poco mareada. Parece que el suelo se hunde a cada paso. Entonces ve sus leotardos y sus zapatos en una esquina. Los coge y se encierra en el lavabo.

Se sienta en la taza y se masajea las sienes. Aprovecha para ponerse la ropa y calzarse. Cuando acaba, bebe del agua del grifo y refresca su boca seca.

—Tengo que ir con mi hermano —dice Irene al regresar a la habitación.

Dumboa asiente.

—Claro, me ha encantado conocerte. Y ya sabes, cuando estés nerviosa o tengas un mal día, puedes venir a verme. Aquí descansarás. Ya has visto qué noche más buena has tenido.

Dumboa va a llamar al chófer, pero la cría lo interrumpe.

—Al final no hemos jugado —dice.

Las palabras sorprenden a Dumboa.

—Lucía me dijo que, si jugaba contigo, me darías lo que quiero. Tendré que venir otro día... —dice triste.

—Sí, no te preocupes, otro día. Pero ¿qué es lo que quieres? —le pregunta curioso.

La cría parece avergonzada.

—¿Quieres un móvil? ¿Es eso? —Ella niega—. ¿Dinero?

—No, no.

—Dime qué quieres y veré si puedo dártelo.

—Lucía me dijo que podías conseguir cualquier cosa.

—Bueno... Quizás exagera, ¿no te parece? —dice sonriendo, halagado—. Pero dímelo y veré qué puedo hacer.

—Yo quiero...

Irene coge aire, toma fuerzas para atreverse a decir lo que la ha llevado hasta allí.

—Quiero que mi padre no salga nunca de la cárcel.

Ya está, ya se lo ha dicho. El viejo eleva las cejas al escuchar sus palabras. La cría se pregunta si hubiera sido mejor estar callada. Quizás eso solo sirva para empeorar las cosas.

—Eso es decisión de un juez —dice Dumboa.

—Pero si sale matará a mi madre —gime Irene, dejando escapar un sollozo.

Al hombre no le gustan los dramas. Y la situación lo incomoda.

—Mira, veré si puedo hacer algo. Pero ahora vete. Mi chófer te llevará.

A Dumboa no le importa que se vaya, sabe que volverá muchas veces. Dormirá en su cama, inconsciente, hasta que esté lista para pasar las noches despierta. Luego, solo tendrá que chascar los dedos, y ella estará allí, lista para complacerlo. Un ángel, un querubín rubio de ojos claros. Un ser inocente, lleno de luz.

El móvil de Dumboa suena y él contesta la llamada.

Su rostro cambia de expresión al escuchar la noticia que le da el delegado del Gobierno. Pisabarro ha sido asesinado. Escucha con un escalofrío los detalles de su escabrosa muerte. El dolor de la cadera aumenta, en la misma medida en que lo hace la rabia y también la preocupación. No han logrado detener la amenaza. Ahí fuera siguen sucediendo cosas terribles que se escapan a su control.

Un día que había empezado tan bien, y ya se ha jodido, piensa mientras camina ayudado por el bastón de un lado a otro.

Capítulo 91

Gracia pulsa el botón de rellamada y espera unos instantes, mientras Carrillo contempla su rostro con expectación. Alguien contesta. Se escucha un ruido lejano de fondo, gente hablando. Reconoce la voz de Cleofás, su forma de hablar todavía con restos de acento caribeño a pesar de haber vivido toda una vida en los Estados Unidos y una segunda vida en España.

—¿Cleo? ¿Me oyes?

Por desgracia, la llamada termina sin que Gracia haya obtenido respuesta.

—¿Qué raro! —le dice a Carrillo—. Me ha colgado.

Gracia vuelve a marcar. Un pitido, dos, tres..., al cuarto vuelve a escuchar la voz del músico. Sin embargo, sus palabras la sorprenden.

—Embustera, jeva embustera.

—Cleo, ¿qué dices? ¿Puedes hablar?

—Chanchullera... Y yo que pensé que éramos amigos.

—No te entiendo. ¿Qué sucede? —se impacienta Gracia, mirando con nerviosismo al inspector—. ¿Quieres contarme qué te pasa?

—¿Por qué me has engañado? ¿Qué me ocultas, Gracia? —dice el músico con la respiración entrecortada.

La periodista se desespera. Cleofás farfulla, arrastra las palabras, está claro que ha bebido demasiado.

—Yo no te he engañado. No sé de qué me hablas.

—¿Ah, no? Estabas toda *enfogoná*. No solo me ignoraste, me tumbaste al suelo. Pobre Cleofás. ¿Y por qué estabas allí?

Gracia escucha un golpe. Es el quejido del cristal cuando el músico deja el vaso en la barra con rabia.

—No sé de qué me hablas —dice la periodista con paciencia, intentando que entre en razón—. Tú eres mi amigo. Sabes que confío en ti.

Un tenso silencio envuelve la estancia. Carrillo sigue expectante, sin comprender demasiado los términos de la conversación.

—Tú quieres volverme loco —afirma Cleofás con voz pesarosa.

—Cleo, entra en razón de una vez.

Ahora parece que Cleofás habla solo. Gracia no entiende su cháchara. El disgusto de la mujer deja huella en su rostro, cada vez más pálido. Hasta que tiene una intuición y empieza a entender ese galimatías.

—Cleo, escúchame. ¿Qué hacías? ¿Estabas buscando a la doctora? ¿Es eso?

—Has jugado conmigo como un chamaco con una peonza. Dijiste que la buscara y resulta que estabas en su casa. Que te haces pasar por ella. ¿Por qué, Gracia? ¿Qué es lo que no me has contado?

—Has encontrado a la doctora y la has confundido conmigo. Eso es lo que ha pasado.

Cleofás ha alejado el teléfono de su boca. Todo lo que puede escuchar Gracia es «Ponme un brandi, pana».

—Te aseguro que es un error. ¿Vale? No te enfades conmigo —insiste.

Gracia escucha el líquido cayendo en la copa. Joder, piensa. Cleofás le da las gracias al camarero. Parece haber olvidado la conversación que mantenía con ella. Gracia le requiere, pero no hay respuesta. El músico va fino. Cuesta abajo y sin frenos.

—¡Joder, Cleo! Hay alguien que se parece a mí, o que me imita... Y tú has caído en ese engaño. ¡Te comportas como un idiota! —le grita Gracia.

Viejo tozudo. No quiere escucharla. Pronto cortará la llamada y quizá no vuelva a contestarle. Gracia pone todo su empeño en atraer su atención.

—No eres el primero que nos confunde. Todo este lío empieza con esa mujer, por eso me busca la Policía. ¿Lo entiendes?

El músico da unos tragos. Gracia escucha cómo tintinean unas monedas sobre un platillo metálico. Finalmente, tras tomarse su tiempo para meditar, Cleofás se digna a hablar con su interlocutora.

—¿Me quieres decir que la mujer que he visto no eras tú?

—No, Cleo. No era yo, pero esa mujer me está causando muchos problemas. Además, es peligrosa... ¿Recuerdas lo que le pasó a Cobo? Ella está relacionada con eso y con otros asesinatos.

De nuevo el silencio al otro lado. El viejo músico piensa en lo que Gracia le ha dicho. Quiere creerla, pero...

—Dime dónde estás. Vamos a buscarla juntos.

Cleofás balbucea algo que Gracia no entiende. El enfado no se le acaba de ir. Ha llegado a creer que Gracia lo ignoraba, o lo que era aún peor, lo despreciaba. El viejo músico se siente melancólico, y el brandi contribuye a sus delirios. Ahora, lo único que desea es abrazar un saxo y tocar sus melodías. Cuando toca, se siente seguro, se adentra en un mundo donde él gobierna y nadie puede hacerle daño.

—Ponme otra, compay.

Gracia nota algo extraño en la voz de Cleofás. El músico y sus excesos.

—Escúchame, Cleo, no te emborraches más. Dime dónde estás y espérame ahí.

—En el bar... —farfulla.

—¿Qué bar?

—El bar de las tortillas... en Hartzenbusch. Frente a la casa de Cruz Olalla —farfulla el músico.

A Gracia le cuesta entenderle. Él se lo repite varias veces, hasta que ella logra comprender sus palabras. Las memoriza.

—¿Me esperarás?

Pero esta vez no hay respuesta. La conversación ha terminado.

Gracia deja el móvil sobre la mesa y se cubre el rostro con las manos.

—De nuevo esa mujer... Me ha confundido con ella.

—Pero te ha dado una dirección. Vamos a encontrar a esa mujer y a hacerla hablar. Ella nos dirá qué está pasando —propone Carrillo.

Gracia asiente y se dirige al cuarto de baño. Tiene la impresión de que pronto desvelarán un importante misterio. Pero, por mucho que imagine, es incapaz de vislumbrar lo que se va a encontrar unas horas después.

Capítulo 92

Cuadrado conoce bien Madrid; lleva cuarenta años de chófer, toda una vida. Tiene el plano de Madrid grabado en su cerebro y sabe encontrar el camino más corto para llegar a cualquier punto. Flores, por su parte, manipula el GPS y escribe la dirección que el chófer le ha dado: Juan de Urbieta. No conoce esa calle. Está habituado a otras zonas, los barrios nobles y ricos por los que se mueve Dumboa.

El destino al que se dirigen está en dirección a Atocha. El trayecto lo hacen en silencio. Flores permanece atento a la conducción de Cuadrado, que sujeta con fuerza el volante. ¿Qué va a suceder? ¿Encontrará Flores a Gracia? No quiere ni pensar lo que ese animal puede hacer con su amiga.

También se preocupa por sí mismo. ¿Qué le va a pasar? ¿Lo dejará ese sicario ir o tiene algo más pensado para él?

Cuando paran en los semáforos, Cuadrado siente el deseo de abandonar el coche y salir corriendo. Pero Flores solo tiene que mover la Taser que lleva en la mano para que abandone de inmediato ese pensamiento.

—Ni te muevas, cabrón, o te frío —le dice a un aterrado Cuadrado que arranca el coche.

El GPS indica que solo faltan cincuenta metros. Tienen que girar a la izquierda y ahí se encuentra el portal. El chófer para el coche en un vado reservado; a esas horas de la mañana no hay quien encuentre aparcamiento. Y eso, ahora, juega a favor de Cuadrado, que cuenta con no salir del coche, pase lo que pase.

—¿Es ahí? —pregunta Flores, observando el portal.

Cuadrado asiente. Ahí fue donde vio por última vez a Gracia hace dos días, el jueves por la tarde noche. Carrillo y ella se iban a quedar en aquel piso. No sabe si la situación sigue igual. Probablemente sí. ¿Adónde va a ir, si no, Gracia?

—Dime el piso.

—Creo que es el cuarto.

—Pero esta no es la casa de la periodista. ¿De quién es?

—Es la casa de una señora mayor, que ahora está vacía.

—¿Y qué cojones hace aquí Gracia Martí?

—Alguien le ha ofrecido la casa para que se esconda.

Flores está harto de que el chófer le dé la información con cuentagotas.

—O hablas claro de una vez, o te meto... ¿Me has entendido? —le dice acercando el puño americano a su nariz.

Sí, Cuadrado ha entendido.

—No está sola. El inspector que llevaba el caso, el mismo que han expedientado, está con ella.

A Flores le cambia la cara. Eso da un giro importante a sus planes. Una cosa es ir a por

Gracia Martí, pero otra, meterse también con el expolicía. Eso complica mucho las cosas.

—¿Y no podías habérmelo dicho antes?

Cuadrado recibe un golpe en el rostro con el puño americano que le hace brotar un reguero de sangre de la nariz.

—Esto por listo.

El chófer se lleva la mano al lugar donde ha recibido el golpe. Duele. Duele de la hostia. Respirando con dificultad, se limpia la sangre que también ha salpicado su chaquetón. Hijo de puta, piensa.

Entonces los ven. Sí, son ellos. El primero en salir del portal es Carrillo, mira a los lados antes de ir hacia la izquierda. Detrás de él va Gracia. Pronto se ponen a su altura, caminan juntos. No hablan. La expresión de sus rostros es seria, preocupada.

Cuadrado se pregunta adónde van. Qué les ha hecho salir de la casa, en la que hasta ese momento estaban seguros.

Carrillo levanta la mano y para un taxi.

—Síguelos —dice Flores.

Y Cuadrado lo hace. Sigue el taxi que se dirige al centro, que pasa cerca del periódico y continúa hacia Quevedo.

De vez en cuando se limpia la nariz con el pañuelo ensangrentado. No puede apretarla siquiera, porque al hacerlo ve las estrellas. Se limita a dejar que el pañuelo empape la sangre que se acumula en la herida.

Flores le ignora. Solo tiene ojos para el taxi y sus ocupantes. Pueden ver las cabezas de los dos cuando el tráfico lo permite.

Capítulo 93

Estaba rota. Algo se había roto dentro de mí al comprender lo que había sucedido. Ya no podía mirar hacia atrás sin sentir impotencia. Los recuerdos ya no fluían de forma natural, me detenía en cada uno de ellos. Los estudiaba desde distintos puntos de vista. Eran todos falsos. Y cada uno de ellos me hacía pensar en el otro pasado, el que me robaron, el que pudo haber sido y no fue. Y aquello me fue enfermando, desató en mí una extraña locura.

Era joven, guapa, sana, inteligente. Tenía, como se dice, toda una vida por delante. Pero era una persona incapacitada para vivir. ¡Era algo tan obvio y de lo que nadie se daba cuenta! Tuve la certeza de que nunca sería feliz. La huella de mi pasado era demasiado profunda. Incapaz de vivir una vida convencional, condenada al vacío, decidí dejar España. Pedí ir con Médicos Sin Fronteras a una zona de conflicto. Quise ser útil en algún sitio. En Chechenia vi cosas terribles.

En la guerra aprendí a convivir con el terror y la sangre. Aprendí que, efectivamente, la justicia no existe. Pero sí la violencia. Y, a veces, aunque no queramos, las dos se juntan. Se cruzan, se abrazan, se sostienen. Y lo que no se soluciona de una manera, se soluciona de otra.

Vi morir a la gente, la gratuidad del espanto, lo peor del ser humano se mostraba ante mis ojos. Así había sido siempre. Las violaciones, las vejaciones, las torturas, en cada guerra, en cada enfrentamiento. La maldita condición humana. En cuanto se modifican las condiciones, se pierde la coherencia. El lobo hace de las suyas. Y quien no tenga algo de lobo, que tire la primera piedra.

Fue un aprendizaje brutal, inmenso. Una experiencia que fue esculpiendo mi alma. Para entonces, la idea del suicidio, que me había acompañado en infinidad de ocasiones, ya no era una opción. Entonces tuve una epifanía. Por primera vez pensé que podía hacer algo, que estaba en mis manos reparar lo sucedido. El Dios de la Guerra me había bendecido con su espada chorreante de sangre.

Desarrollar un plan me hizo feliz, por fin tenía ilusión por algo. Era un plan horrible, sangriento, monstruoso. Cargué sobre mis hombros la idea de lograr justicia. Y no, no sentí un gran peso. Por el contrario, sentí el alivio de darle un sentido a mi árida vida.

Capítulo 94

—Iba bien cargado, casi no podía ni andar, dando traspiés aquí y allá... Es una pena que un artista como él acabe así.

Es lo que contesta el camarero de La Casa de las Tortillas cuando Gracia le pregunta por Cleofás. Ella suspira. Espera que al menos con la borrachera se le pase el enfado.

—Vamos a buscarla a ella —proclama Carrillo.

Tienen suerte, la puerta del portal está abierta. Encuentran el nombre que Cleofás les ha dado. Vive en el tercero izquierda.

Antes de seguir adelante, Carrillo escribe un wasap a Pezuela. Le dice que es confidencial, pero que quiere que investigue a una persona llamada Cruz Olalla. Que pronto hablará con ella para ver si ha descubierto algo. Es una forma de dejar un rastro. Odia esas películas en las que los policías parecen idiotas y se meten en la boca del lobo sin avisar a nadie, saltándose toda regla de sentido común.

—¿Subimos?

Si algo sale mal, Pezuela podrá seguir con la investigación. Carrillo sabe que acaba de tirar una piedrita capaz de crear ondas concéntricas de alcance ilimitado.

Gracia inicia el ascenso de la escalera. Él la sigue.

Se detienen ante la puerta. Se miran. Gracia toma la iniciativa. Ese parecido que todos señalan le hace sentir que es ella quien tiene que aclarar las cosas con esa desconocida. Que, de algún modo, esa es su misión.

Llama al timbre.

La puerta tiene una mirilla, pero ella se aparta del campo de visión. Parece que el tiempo se detiene. No se escucha nada; probablemente la casa está vacía. Tendrán que esperar a que esa tal Cruz vuelva.

—Insiste —pide Carrillo.

El policía es metódico, ordenado. Sigue pautas, esquemas, no le gusta improvisar. Muchos dirían de él que es una persona tranquila. Sin embargo, el hombre que cocinó para Gracia es el mismo que la amordazó y la vio orinar. Ella va conociendo todos sus matices. Y a la vez no puede dejar de sorprenderse ante la relación tan particular que se ha establecido entre ellos, esa complicidad que se ha forjado a partir del enfrentamiento. Y esa atracción que a ratos siente y que disimula a duras penas.

Gracia pulsa de nuevo el timbre, convencida de que no habrá respuesta. Que lo mejor es irse y buscar un lugar desde el que vigilar la casa o llamar de nuevo a Cleo, por si tiene novedades. En el caso del músico nunca se sabe... Lo mismo se encuentra tirado en un callejón dormido o está jugando a ser James Bond en versión barriobajera. No hay otro como él.

Carrillo pone la mano en su hombro y ella da un respingo. Pero no es solo el efecto de la proximidad física, Gracia percibe que él está tenso. Su gesto le dice que ha oído algo. Hay

alguien al otro lado de la puerta.

Ahora Gracia siente una súbita ansiedad. Quien quiera que sea no puede verlos, ya que los dos permanecen a un lado de la puerta. Probablemente esa persona piense que quien ha llamado al timbre se ha ido. Y quizá, solo quizá, abra la puerta para comprobarlo.

Los segundos pasan. Angustiada, Gracia se pega al cuerpo de Carrillo. Se siente pequeña a su lado, él le saca una cabeza. Carrillo pasa su brazo por el hombro de ella, la tranquiliza. Vamos a ver qué pasa, parece decir. Vamos a ver cuál es el siguiente paso.

Entonces suena el chasquido del pestillo de la puerta antigua.

Carrillo se aparta de Gracia, dispuesto a actuar. La puerta se abre lentamente y solo muestra una pequeña rendija. No, todavía no puede hacer nada. Todo le hace pensar que esa puerta tiene una de esas cadenas de seguridad. Solo si la curiosidad de quien está al otro lado es suficiente como para asomarse a la escalera quitará la cadenita de marras. Solo si la quita ellos podrán entrar.

Gracia contiene la respiración. Carrillo también.

Venga, piensa el policía. Hazlo, vamos.

Escucha con satisfacción un leve sonido metálico. Ahora la puerta no tiene defensa. Se concentra. El golpe tiene que ser lo suficientemente fuerte para empujar a la persona que está detrás, para lograr derribarla o, al menos, apartarla.

Respira profundamente y...

Capítulo 95

Pezuela está dispuesta a aprovechar su sábado libre, aunque ya ha empezado movidito. La han avisado del asesinato del médico, ha hablado con Carrillo... Lo que va a hacer ahora, si la dejan tranquila, es teñirse el pelo. Está en guerra con las canas que le salen en las sienes desde hace ya un tiempo. Al principio pasaban desapercibidas, hasta que un día descubrió que se habían hecho fuertes y cada vez que se miraba al espejo solo veía las canas destacando en su pelo negro.

—Si es que, hija, ya tienes una edad... —farfulla la subinspectora.

Lleva una toalla en los hombros y se dispone a mezclar los productos, cuando entra un wasap.

Un wasap es solo un wasap. Probablemente sea de Nina, que le propone comer por La Latina o le pide que la acompañe a efectuar algunas compras. Espera un poco, Nina. Me estoy poniendo guapa para ti, piensa.

Sin embargo, como buena policía que es, no puede ignorar un wasap. No, señor, no puede. Porque quién sabe si se trata de algo importante. Algo fundamental, que requiere de su atención. Así que sale del cuarto de baño y coge el móvil que descansa sobre la mesa del salón.

Es un wasap de Carrillo.

¡Ay, Carrillo! Siente lástima por él. Se la han metido doblada y le han jodido bien. Desde que lo han expedientado anda como pollo sin cabeza, dando palos de ciego. Y es que también los tíos listos, como él, meten la pata. Eso le ha sucedido a Carrillo, empeñado en dudar de la implicación de Gracia Martí en el caso de Cobo.

Las pruebas son las pruebas, y ahora un segundo equipo policial, el que lleva el caso del médico, también la busca. Es cuestión de tiempo que la encuentren. No se la puede haber tragado la tierra.

Abre el wasap. ¿Qué querrá ahora Carrillo? ¿Alguna idea nueva?

Lo lee. Cruz Olalla. Carrillo quiere que la investigue.

Regresa al cuarto de baño y se pone los guantes de plástico para el tinte. Se pregunta quién será esa tal Cruz Olalla. Bueno, sea quien sea, puede esperar, se dice. Es su día libre. Se va a teñir el pelo, irá a hacer la compra, regará las plantas. Y luego irá con Nina a tomar el aperitivo a La Latina. Les encanta el vermú de grifo.

Cruz Olalla. Mezcla en un bote de plástico los componente del tinte y lo sacude bien.

Cruz Olalla. Joder, ese nombre se le ha metido en la cabeza. Y cuando a Pezuela se le mete algo en la cabeza...

A ver, a ver, le dice su voz interior. ¿Qué demonios haces tiñéndote el pelo cuando Carrillo te ha pedido que investigues a esa mujer? Carrillo, tu exjefe, sí, pero también tu amigo. Sabes que está jodido y quizás esa mujer aporte información al caso.

A tomar por saco, se dice Pezuela quitándose la toalla.

Se recoge el pelo y se mete en la ducha. No tarda más de quince minutos en salir de casa

camino de la comisaría.

—Pero ¿qué haces por aquí, Pezuela? ¿No te toca librar? —la saluda un compañero.

—Quería revisar una cosa. Será solo un momento.

—¿Te has enterado del asesinato del médico?

—Sí, me avisaron esta mañana.

—Madrid está hecha un asco. Entre las mafias, el crimen organizado y ahora esos asesinatos macabros...

Pezuela ignora la chachara del compañero y enciende su ordenador. Busca el nombre que Carrillo le ha dado. Cruz Olalla. Ahí está.

Al ver la fotografía siente una especie de descarga eléctrica que le hace dar un respingo en la silla. La mira, conteniendo el aliento, preguntándose qué misterio se esconde tras ese nombre.

¿Quién es esa mujer? Tiene acceso a datos académicos. Es médica. Vive en la calle de Hartzenbusch. Soltera. Deportista —participó en la maratón de Madrid hace unos años—. Estuvo en la guerra de Chechenia con Médicos Sin Fronteras.

Lee sobre ella. Cruz Olalla podría ser una ciudadana más, si no fuera porque todo apunta a que es una identidad falsa de Gracia Martí.

No sabe cómo Carrillo ha llegado hasta ella, ni cuál es el motivo por el que la periodista tiene otra identidad. Hay algo extraño en todo ello.

Pezuela se levanta. Si Carrillo va a buscar a Cruz Olalla puede estar en peligro. Quizás él desconoce que Cruz Olalla y Gracia Martí son la misma persona. Y ya saben de lo que es capaz esa mujer.

Siente un escalofrío al recordar los cuerpos de la monja, de Cobo y su esposa. Y lo que ha escuchado del asesinato del médico tampoco es alentador. La subinspectora ni siquiera apaga el ordenador.

Su compañero la saluda. Le desea un buen día libre, pero ella no le contesta.

Coge un taxi y se dirige a la dirección que ha memorizado.

Capítulo 96

Todo sucede muy rápido. Carrillo empuja la puerta con todas sus fuerzas, apoyando su cuerpo. El violento movimiento tiene sus consecuencias. La puerta golpea a la persona que está al otro lado, que cae hacia atrás y se da con una pared. Cuando se quiere dar cuenta, el policía está dentro. Tras él entra Gracia.

Entonces los dos observan a la mujer que se ha derrumbado. La miran, y a pesar de estar preparados para casi cualquier cosa, la sorpresa los paraliza. Ahora entienden que la hayan confundido con Gracia. No se trata de un simple parecido, es que son idénticas.

Cruz, una mujer atlética, ágil, de rápidos reflejos, aprovecha ese instante de confusión para dar un salto y correr al interior de la casa. Tras ella van Carrillo y Gracia.

Cruz entra en un amplio salón, de muebles modernos y bien decorado. Está claro que no va a poder salir de ahí, pero también que no se lo va a poner fácil. Es Carrillo quien se enfrenta a ella, intentando reducirla. El policía flexiona ligeramente las piernas, se acerca, dispuesto a acabar cuanto antes con esa situación. Gracia permanece a un lado, sin reaccionar.

—¡No tienes escapatoria! —grita Carrillo.

Ella lo mira desafiante. Y Carrillo tiene que hacer un esfuerzo para no sucumbir al embrujo. Ya vivió antes esa situación con Gracia. Y tiene la impresión de que la historia se repite y que, de nuevo, es la periodista la que lo desafía.

—No me obligues a utilizar la fuerza.

—Vete a la mierda —escupe Cruz.

Hay una frialdad en su voz que impresiona a Carrillo. Se da cuenta de que es esa frialdad y su mirada de acero lo que diferencian a Cruz de Gracia.

Carrillo está deseando que ella hable, que les cuente qué misterio oculta.

Harto, se abalanza contra la mujer, la derriba. Intenta sujetarle las manos, pero ella, a pesar de estar en inferioridad de condiciones, se retuerce. Parece una culebra. Y le sorprende, porque ella sabe defenderse y se resiste. Tiene más fuerza de la que aparenta. Extiende una mano que Carrillo no consigue inmovilizar y alcanza una lámpara de latón que hay en una mesita próxima. Con un movimiento certero, golpea al inspector en la cabeza. En ese momento, Carrillo se desvanece, inconsciente.

Cruz se levanta y respira agitadamente a causa del esfuerzo. Se recupera lentamente, mientras mira a Gracia.

Dos mujeres casi iguales, la una frente a la otra. Los mismos ojos claros, el pelo rubio, la barbilla redonda. La misma forma de alzar las cejas, de abrir la boca, de retirarse el cabello de la cara.

—¿Quién eres? —pregunta Gracia con un hilo de voz.

Cruz se acerca a ella. Gracia sucumbe al hechizo de reconocer su forma de moverse. Es como verse en un espejo. No es ella, pero tiene algo de ella. Siente un nudo en la garganta. No entiende

qué pasa.

—Dime quién eres —suplica.

Pero Cruz no habla. Cada vez está más cerca.

Gracia se pregunta qué va a hacerle. Es una mujer peligrosa; participó en el asesinato de Cobo y de su esposa. Acabó con una monja. Secuestró a un niño y mató a su abuelo. Esa mujer parece capaz de hacer cualquier cosa, no hay más que ver esa mirada que le hiela la sangre.

Cruz se detiene frente a ella. Gracia traga la saliva. No tardará en noquearla, como ha hecho con el policía. Y ella no reacciona, permanece de pie, angustiada. Si va a acabar con ella, solo quiere que antes le cuente qué demonios sucede.

—¿Quién eres? —pregunta por tercera vez.

Y el silencio. La mujer tiene los labios apretados. Clava las uñas en las palmas de las manos.

—Por favor... —suplica Gracia a punto de echarse a llorar.

Cruz respira de un modo extraño, como si el aire no le llegara bien a los pulmones. Se ahoga. Abre mucho la boca y traga aire. Parece un pez.

Es el momento de actuar, pero Gracia no se mueve. Exhausta, la situación la desborda. Solo quiere que todo acabe.

Cruz levanta los brazos, los acerca a ella.

Me va a estrangular, piensa Gracia. Y espera con los ojos cerrados que las manos de Cruz, esas manos tan parecidas a las suyas, rodeen su cuello. Y lo apriete. Lo apriete hasta que el aire no llegue a sus pulmones y ella se derrumbe.

Cuando los brazos de Cruz la rodean, Gracia no opone resistencia. Y esos brazos, iguales a sus brazos, la aprietan contra ese cuerpo desconocido y a la vez conocido. Ese cuerpo que no es ella pero es casi ella.

Cruz la abraza, como nunca nadie lo ha hecho. Y siente su cabeza apoyada en su hombro, la humedad que alcanza la piel. Son las lágrimas de Cruz que llora en silencio.

—Por fin te encuentro —declara con la voz rota—. Por fin.

Capítulo 97

El enfado con Gracia ha provocado en Cleofás esa sed que tan bien conoce. Es empezar y no poder parar. Ha dejado de oír lo que hay fuera y de ver lo que lo rodea. Con los sentidos alterados, su mente se dispara hacia las estrellas. Y, sin embargo, es cuestión de tiempo que la oscuridad lo rodee. Él y la oscuridad y ese transformarse en ella, diluirse en ella.

—Ponme otra, pana.

Arrastra las palabras y el camarero lo mira preocupado. Piensa en negarle la copa, como hace con tantos borrachos, pero la corpulencia y la fiera mirada del hombre se lo impiden. Por lo menos no es violento, no molesta a los clientes. Sin embargo, antes de que le sirva la ansiada copa, el músico cambia de parecer.

—Agur, compay. —Deja diez euros sobre el mostrador y abandona el bar, tambaleándose.

Cleofás no sabe adónde se dirige, simplemente avanza dando tumbos. Siente la tristeza, que lo agarra de la garganta. Una tristeza causada por Gracia y lo sucedido, incapaz de recordar ahora sus disculpas, sus explicaciones. Y es también una tristeza antigua, que revive, alimentada por el delirio del alcohol. Y los ojos se le humedecen, como cuando los abandonó su padre y tuvieron que buscarse la vida para no morir de hambre. Como cuando lo detuvieron a los quince y le dieron una paliza en la comisaría del Bronx, malditos hijos de puta. Como cuando escuchó a Miles tocar por primera vez en el Birdland y pensó: es Dios y yo estoy en el cielo.

Los viandantes lo esquivan hasta que, cansado de andar, entra en un bar frente a la estación del metro de Bilbao. Una camarera gruesa lo mira malencarada. Cleofás le sostiene la mirada y señala una botella mediada en un escondido estante. La mujer, hipnotizada por la silenciosa orden, baja la botella y la sirve en una copa. El músico se la bebe de un trago.

—Una más, doña —farfulla.

A la tercera copa, tras pagar con unos billetes arrugados que saca del bolsillo, sale tambaleándose del bar. Gracia, Gracia. No entiende las explicaciones que le ha dado. Tampoco las recuerda bien. Prevalece el disgusto, el gran revés que le ha supuesto el enfrentamiento con ella. Ese desengaño. Esa tristeza.

—Ay, miss Baker. Al final te vas a parecer al *soplapote* de tu padre —musita mientras arrastra sus pies hacia el próximo bar.

Chet Baker era en su opinión el mejor trompetista blanco, pero también un grandísimo hijo de puta. Un hombre guapo capaz de vender a su madre por un pico. Cuando tocó con él en Turín le robó su recaudación. Quinientos dólares. Cuando volvieron a coincidir en Múnich, Baker estampó su trompeta empeñada en la puerta del camerino.

Su amiga Gracia es su vivo retrato. La faz esculpida, la cara ancha, la nariz perfecta. Pero hasta ese día ella siempre ha sido bondadosa, la consideraba una buena persona. ¿Y si solo era un espejismo? ¿Y si en el fondo se parece también en el carácter al pérfido músico? A Chet Baker le arrancaron todos los dientes por una deuda de drogas. Tuvo que aprender a tocar sin dientes. La

dentadura postiza se le escurría por la boquilla. Años después, se suicidó o le suicidaron en un hotel de Ámsterdam.

Puto blanquito de mierda, farfulla Cleofás.

Está cansado, inmensamente cansado. Entra en un último bar a pedir un brandi.

—¿Puedo ayudarle? —le pregunta un camarero casi adolescente, preocupado al ver su estado.

—Ponme un brandi.

Le cuesta sujetar la copa. Siente cómo su brazo izquierdo acusa el esfuerzo de levantarla, pero, obstinado, logra llevársela a los labios. Deja cinco euros sobre el mostrador. Cuando sale del bar siente que el universo quiere decirle algo. Solo tiene que escucharlo.

Se arrastra hacia un banco frente a la boca del metro. La gente que pasa a su lado se difumina, son solo sombras y colores que le aturden. Le duele el brazo izquierdo. Le aterra no poder tocar más, y piensa en el fin de todos sus héroes. Charlie Parker, que murió abrumado después de ver morir a su hija de neumonía y no tener dinero para pagar su tratamiento. Hijos de puta, era el puto Bird, el hombre que dotó de alma a un trozo de metal y que regaló el tesoro de su genio al mundo. Piensa en Charlie Mingus, que falleció de depresión cuando fue desalojado de su apartamento. ¡Dios! La belleza que legó y qué mal se la pagaron. Thelonious Monk, loco, hospitalizado en varias ocasiones debido a problemas mentales, murió de un derrame cerebral tras una larga enfermedad.

—¿Le ocurre algo? —se inclina sobre él una jovencita.

Y John Coltrane, su maestro, su mentor, aquel que le regaló el mejor de los orgasmos cuando lo felicitó a la salida de un club de Harlem. El pobre Coltrane murió de cáncer de hígado, lo había castigado casi tanto como él.

—¿Está usted enfermo?, ¿necesita ayuda?

Cleofás procura sonreír, pero la mitad de su boca se niega a hacerlo. Intenta levantar la mano izquierda para decir que no, que no hace falta, pero no logra moverla.

La joven llama por el teléfono móvil. Ve que el hombre grande sentado en el banco empieza a cerrar los ojos, aún con media sonrisa.

—Aguante, tiene que aguantar. Vienen enseguida.

Capítulo 98

—Soy tu hermana —dice Cruz.

Y pone así palabras a la sospecha de Gracia. Una sospecha que en cuestión de segundos se ha vuelto certeza. Porque hay algo sólido que sostiene esa premisa: el parecido, el reconocimiento, pero sobre todo la impresión física, ese pellizco en el estómago, y la emoción.

Cruz permanece muy cerca de ella. A pesar de haber deshecho el abrazo, evita separarse. Necesita tener a Gracia a escasos centímetros. Necesita saber que tan solo extendiendo los dedos puede tocarla.

—¿No sabías nada de mí?

Gracia mueve la cabeza de un lado a otro, suavemente. No, no sabía nada.

Son muchas las preguntas que se acumulan en su cabeza, pero es incapaz de decir nada. Está bloqueada, casi en *shock*. Sin embargo, en ese momento, las explicaciones son secundarias. El abrazo de Cruz, la desconocida, su hermana, ha establecido un nuevo marco. Se está gestando un tsunami, de ahí el vértigo, el ligero mareo, la sensación de que el suelo se hunde, se convierte en arenas movedizas que la engullirán lentamente.

—¿Cómo te llamas?

Gracia pronuncia su nombre. Se presenta, aunque no hace falta. La palabra «hermana» es mucho más poderosa que su nombre.

—Gracia y Cruz... ¡Qué mierda de nombres nos pusieron! —exclama con una risa cínica.

Nombres relacionados con la religión. Con la idea de lo que deberían llegar a ser, mujeres buenas, sumisas, obedientes.

Gracia pierde el norte. Ni siquiera su nombre le parece ya su nombre. Todo es un artificio. Una hermana. Eso significa que... Sus padres...

Y no es solo el presente el que se cuestiona, sino toda su vida que se cae a pedazos. Lo sólido muta, es puro líquido que escapa entre sus dedos. Todos los recuerdos se desmoronan. Papá. Mamá. Nunca imaginó que ellos no fueran sus padres. ¿Por qué no se lo dijeron?

Gracia está pálida. Y como dicen que sucede con los que van a morir, ve pasar su vida ante sus ojos. Pero ahora su vida ya no le parece suya, es una especie de ficción. Un despropósito que alcanza hasta el accidente de coche de sus padres. El duelo. La soledad. Chica progre heredera de familia bien.

Quizás, intuye Gracia, lo que sucede es que una parte de ella está muriendo, de ahí las imágenes que se mezclan en su cabeza. Conversaciones que no tenían ningún sentido hasta ese momento. Piezas del puzle que ha sido su vida y que de repente encajan.

—Gracia, ¿qué te pasa?

Como ser sacudida por una ola que rompe y la arrastra hacia una orilla desconocida.

—Respira profundamente.

Yes su voz la que habla. Su misma voz, su misma boca, sus mismos ojos.

—Respira y te pondrás bien.

Quizá su yo anterior ha muerto del todo, porque las imágenes desaparecen. Pierden intensidad. La vida vivida se rebela falsa. Y la vida actual, la que sucede en ese instante, tampoco resulta muy atractiva. Parece el guion de un telefilm de sobremesa; la historia de dos hermanitas separadas al nacer.

La vida no vivida empieza a tomar fuerza. La separación, el peso de la sangre. ¿De dónde vienen? ¿Cómo han llegado hasta allí? ¿Por qué han estado separadas treinta y cuatro años?

—Era hija única. A veces me sentía tan sola que me inventaba una hermana... —dice Gracia con un hilo de voz.

—Yo también —dice Cruz—. Cuando descubrí que existías entendí ese vacío que siempre me había acompañado. Te echaba de menos sin ni siquiera saber de ti.

—¿Cómo es posible?

—Compartimos útero. Compartimos la genética.

Gracia se da cuenta de que Cruz la agarra de la mano. El contacto es tan sutil que ni siquiera ha reparado en él. Sutil y a la vez natural.

—La relación que se establece entre dos gemelos es increíble y compleja. A pesar de las vidas tan distintas que hemos vivido, lo que nos une es fundamental.

La vida que pudo ser y no fue. La persona que había podido sostener su mano a lo largo de los años. La complicidad que nunca tuvo con nadie. La sensación de ser diferente, de pensar diferente, de buscar algo que se le escapaba y que no tenía nombre.

—¿Por qué nos separaron?

—Nos dieron en adopción.

—¿Nuestra madre biológica nos abandonó? —pregunta Gracia con tristeza.

Entonces Cruz reacciona. Es como si la hubiera golpeado, porque se pone tensa. Siente la dureza de su mano, hasta ahora tierna y cariñosa. Siente la dureza de su mirada. Cruz muda, se vuelve otra persona. Se pone una coraza. Hay algo en ella que asusta a Gracia.

—No, te equivocas —dice con frialdad.

Gracia no entiende. Si su madre biológica no las abandonó... En los ojos de Cruz hay una sombra que Gracia no entiende. Pero esa sombra tiene relación con su respuesta.

—Le dijeron a nuestra madre que habíamos muerto en el parto.

Gracia intenta entender el alcance de esas palabras.

—Entonces...

Las palabras han abierto un agujero a su alrededor. Un agujero capaz de engullirlo todo. ¿Cómo pudo suceder algo así? ¿Qué insinúa Cruz?

—No pongas esa cara. Sí, es lo que estás pensando. Somos niñas robadas.

Capítulo 99

—¿Dónde has estado? —le pregunta Carlitos cuando ella se sienta junto a ellos.

Irene hace un esfuerzo para no bostezar, todavía está adormilada. Despeina al crío en un gesto cariñoso.

—Tenía que hacer una cosa...

El crío hace un mohín.

—¿Estabas preocupado?

—No, estaba con Lucía. Pero no me gusta que te vayas, ya lo sabes.

—Me he quedado toda la noche con él —dice Lucía.

Así se lo había prometido a Irene la noche anterior, y así lo ha hecho. Si no, Irene le había asegurado que no iría a ningún sitio. No iba a dejar a su hermano solo.

—¿Puedo? —le pregunta Irene, señalando un vaso de zumo que Carlos no ha tocado.

El crío asiente e Irene bebe el zumo de naranja. Siente de nuevo esa sed, una sed rara que le seca la boca y hace que sienta la lengua pastosa.

—Anda, Carlos, ¿por qué no vas a la cocina a pedir que preparen el desayuno de tu hermana? —le pide Lucía.

—Y un vaso de agua —solicita la cría.

Lucía la mira con curiosidad. Se pregunta qué ha sucedido esa noche en casa de Dumboa.

—¿Todo bien? —le pregunta.

Irene asiente, aunque su rostro está pálido. Ha perdido su frescura y parece ensimismada.

—He dormido mucho...

Lucía descubre así que Dumboa la ha sedado. Lo hace sobre todo con las nuevas, las primeras veces. Las chicas no recuerdan nada, sin embargo, se sienten extrañas, como si sus cuerpos intentaran decirles algo que ellas no entienden.

—¿Tienes que volver esta noche?

Dumboa es un vicioso. Una vez que le coge el gusto a algo, no lo suelta.

—No lo sé —dice Irene—. Dijo que volveríamos a vernos. Pero hoy me quedo con Carlos. Si me vuelvo a ir se enfadará conmigo.

Carlitos vuelve con una bandeja. Camina despacio para evitar que se derrame el contenido de la taza y los vasos. Deja la bandeja sobre la mesa.

Irene bebe con ansia. Luego coge una tostada.

Tiene hambre, pero le cuesta comer. La comida no le sienta bien, tiene el estómago un poco revuelto. Su hermano mordisquea las tostadas. Él también anda esos días desganado.

En ese momento, la psicóloga entra en el comedor. Se acerca a ellos sonriente.

—¿Cómo estáis?

Los críos la saludan. La miran expectantes, preguntándose si habrá noticias.

—Tengo algunas cosas que contaros.

Controla un breve temblor que sacude su barbilla. Siempre está ahí el miedo. Sin embargo, se dice Irene, la psicóloga sonríe. Eso quiere decir que es algo bueno.

—¿Mamá está mejor? —pregunta Carlos.

—Sí, está mejor. Ya va cogiendo fuerza. Ha pasado unos días malos, pero se ha ido recuperando... Ha preguntado por vosotros. Podréis verla más tarde.

Buenas noticias; Doina ha reaccionado. Irene espera que haya desaparecido esa mirada triste y enajenada que tenía hace dos días. Que la Doina que ellos conocen haya vuelto, porque la necesitan.

—Y hay algo más... Os llevamos a otro lugar.

Lucía, que asiste al encuentro, acusa la noticia. Piensa en Dumboa. Espera que no pague con ella la mala noticia de no volver a ver a Irene.

—¿Adónde? —pregunta Carlos.

—Vais a unos pisos tutelados. Es un edificio en el que viven otras familias en situaciones parecidas a la vuestra. Vuestra madre se acabará de recuperar allí. Y vosotros volveréis al colegio el lunes. ¿Qué os parece?

—¿Entonces no vamos a nuestra casa? —pregunta Carlos.

—No, vuestra madre va a pedir el divorcio. Es mejor que retome su vida apartada de vuestro padre.

Cambios importantes, piensa Irene. Y el corazón le late con fuerza al imaginar el futuro.

—En cuanto acabéis de desayunar, recogéis vuestras cosas y os llevo a vuestra nueva casa.

Carlos le da la mano a Irene por debajo de la mesa y se la aprieta muy fuerte mientras mastica y traga las tostadas para acabar cuanto antes.

Capítulo 100

No hay mucho tiempo. Gracia no lo sabe, pero Cruz está segura de ello. Mira al hombre que permanece inconsciente en el suelo de la sala.

—¿Quién es?

—Es policía, aunque le han apartado del caso.

Se confirma así su intuición. De algún modo, han llegado hasta ella. No sabe que ha sido un viejo músico negro, a instancias de la propia Gracia, quien ha seguido su pista. Tampoco sabe que Carrillo ha llamado a Pezuela para contarle adónde iban, por si las cosas se daban muy mal. No sabe nada de eso, pero intuye que, si ese hombre ha llegado hasta ella, otros lo harán también.

La única posibilidad de salvarse es huir. Huir en ese momento, ya, porque cada segundo que pasa puede ser el definitivo. Todos restan. Y sin embargo...

No puede llevarse a Gracia, no la va a hacer cómplice de su locura, pero tampoco quiere alejarse de ella, ahora que ha encontrado a su hermana. Quiere permanecer junto a ella. Quiere fundirse en un abrazo y descansar. Descansar por fin. Olvidar. Olvidarlo todo. Volver a ese inicio, cuando las dos compartían el mismo espacio, el útero materno. Cuando estaban unidas. Cuando la vida todavía no las había separado, a las dos. A las tres.

—¿Cómo has llegado hasta mí? ¿Qué hacías con ese policía?

—Él está de mi lado. Me persiguen porque creen que soy yo quien acabó con Cobo y su mujer, y también quien está detrás del asesinato del médico.

Cruz abre la boca. Nunca había imaginado que algo así pudiera suceder. No había encontrado a su hermana durante meses de búsqueda, y ahora la casualidad las ha juntado de un modo dramático.

—Llevo escondida varios días.

—Así que te han confundido conmigo... —dice Cruz.

—Y, además, tenían sus motivos para señalarme. Estuve investigando a Dumboa y una red a la que llamé Trento. Quería publicar un artículo señalando sus trapos sucios.

—Maldito Dumboa —dice Cruz.

Gracia se da cuenta de que las dos han llegado a Dumboa, pero por diferentes vías. De algún modo, hay una simetría difícil de explicar en sus caminos.

—Pero... ¿de verdad has participado en esos crímenes? —le pregunta Gracia.

Se resiste a creerlo. Quiere que ella desmonte esa atrocidad.

Pero Cruz no contesta.

—Dime que no... Por favor.

Cruz no va a mentirle. Tienen poco tiempo y no lo va a malgastar con verdades a medias.

—Sí, yo he sido quien ha acabado con todos ellos.

Gracia acusa el golpe. A pesar del vínculo genético, esa mujer, de la que lo desconoce todo, es una asesina. Sabe lo que ha hecho, y de lo que es capaz. No puede obviar lo cruento de los

crímenes, una verdadera salvajada. ¿Y si ha pensado hacer algo similar con ella tras haberla descubierto?

—Todo esto no tiene sentido —farfulla Gracia.

Siente un fuerte dolor de cabeza. Demasiadas emociones. Una de cal y una de arena. La impresión de que todo sucede demasiado rápido y escapa a su entendimiento.

—¿Sentido? Sí, sí lo tiene —dice Cruz.

Su hermana agarra su rostro con las manos. La obliga a mirarla a los ojos.

—Es importante que entiendas que sí lo tiene. Dirán cualquier cosa de mí, pero yo quiero que sepas la verdad. Organicé esas muertes, me recreé en ellas, les devolví todo el dolor que me habían causado. Y no solo a mí. Fueron muchos, cientos, miles, decenas de miles de niños a los que separaron de sus padres.

De nuevo ese brillo en los ojos de Cruz. Ese brillo que Gracia no olvidará nunca.

—Yo no podía vivir una vida normal después de lo que había descubierto.

—Y te tomaste la justicia por tu mano...

—¿Qué justicia, hermana? ¿Qué justicia? —pregunta con una tristeza inmensa.

Gracia sacude la cabeza. La tristeza de Cruz es también su tristeza.

—No hubo forma de hacerles pagar. Los poderosos ocultan sus delitos y siempre se salen con la suya. El dolor de las víctimas es papel mojado; no vale nada. Y encima...

Cruz sacude la cabeza. Tiene el rostro demudado.

—¿Sabes qué es lo peor de todo?

No, Gracia no lo sabe.

—Que no se arrepintieron en ningún momento. Que siempre pensaron que hicieron bien, que estaban en su derecho de decidir por nosotros.

Un destello sorprende a Gracia. Es un destello que la pincha como un alfiler. Ve a una mujer con sus dos hijas gemelas. Ve a las tres durmiendo juntas, desayunando en la piscina una mañana de verano. Aprieta los párpados con fuerza para que esas imágenes inventadas desaparezcan.

—El odio envenenó mi vida. Una rabia inmensa me impedía ser como los demás. Todo se torció. Y así decidí hacer la justicia que nos habían negado.

—Y ahora...

Gracia comprende que va a perder a Cruz. Que incluso antes de tenerla ya la ha perdido. Que su historia es una historia condenada. Nada va a salir bien.

—Al menos nos hemos encontrado —atestigua Cruz, como si pudiera leer su pensamiento.

A Cruz le brillan los ojos. Son las lágrimas que se acumulan y que ella contiene a duras penas.

Gracia quiere consolarla. Quiere tener esperanza. Intenta pensar cómo reconducir todo eso. Necesita dar con una solución. Pero no es fácil. Detendrán a Cruz. La juzgarán y cumplirá una condena larguísima, debido a la naturaleza de los delitos cometidos. Eso si no la declaran incapacitada por algún trastorno y la ingresan en un psiquiátrico penitenciario de por vida. El futuro es negro. Horrible.

Entonces alguien aporrea la puerta. Cada golpe es un golpe en sus corazones.

—¡Abra, Policía!

Ya han dado con ella, antes aún de lo que podían esperar. Y no hay salida, las dos lo saben.

Las dos mujeres se miran y se dicen con esa mirada todo lo que no han tenido tiempo de

decirse con palabras. Un abrazo rápido, mientras suenan los golpes, los gritos. Mientras Carrillo abre los ojos. Mientras Gracia desea que el mundo deje de girar, que todo se detenga, para vivir siempre en ese abrazo, en esa mirada.

Capítulo 101

En medio de la confusión producida por los golpes en la puerta y los gritos que vienen de la escalera, Cruz se separa de Gracia. Duda. Todo se precipita.

Carrillo se incorpora con expresión de dolor y se lleva la mano a la cabeza, donde ha recibido el golpe con el pie de la lámpara de latón. Tiene un buen chichón que cambiará de color en los próximos días. Y luego, como si recordara de repente, recorre la habitación con la mirada hasta dar con las mujeres. Ahora que puede verlas juntas se siente sobrecogido por su parecido. Dos gotas de agua, a las que solo distingue por su ropa.

Carrillo se pregunta qué ha sucedido desde que ha perdido el conocimiento. Cuál es el origen de ese jaleo. Intenta levantarse.

Cruz mira hacia la salida. Gracia no reacciona.

—¡Abran, Policía!

Es solo cuestión de tiempo que entren.

Cruz se acerca a la cristalera del salón, desde donde puede ver la calle. Todo parece en calma. Los refuerzos no han llegado todavía. Se pregunta qué posibilidades tiene de escapar. No muchas, se dice. Realmente ninguna. Si al menos Aslan estuviera con ella... Él es capaz de cualquier cosa, un verdadero soldado. Su ingenio se agudiza ante las adversidades. Y la devoción que siente hacia ella hace que no dude en arriesgar la vida por salvarla. Pero Aslan no está ahora, descansa después de un duro día.

—Cruz... —dice Gracia.

Necesita hablarle. Quiere decirle que sabe que lo que las une es mayor que lo que las separa. Que ese vínculo recién descubierto es definitivo.

Pero ahora Cruz no la escucha. ¿Qué pasa por su cabeza?

Carrillo se ha levantado. Está medio mareado, se mantiene erguido a duras penas.

—Sabía que este momento iba a llegar, pero... —opina Cruz.

Morir matando, es la premisa de Aslan. O morir intentando hacer justicia. Morir vengando a los que sufrieron y nunca tuvieron voz. Contaba con todo eso, pero no con que su hermana estuviera delante. Tampoco con que el dolor de la despedida fuera superior al alivio que iba a sentir al acabar de una vez con todo.

—Lo solucionaremos juntas —farfulla Gracia.

Y quiere creer en ello. Quiere creer en los finales felices. Y se agarra a su propio egoísmo, a su necesidad de compartir la vida con esa desconocida que ahora lo llena todo. No quiere volver a estar sola.

—Cruz, esto se ha acabado —sentencia Carrillo.

Ella sonríe con cierta tristeza.

—¿Todavía no has entendido que nunca he dejado que decidan por mí? —le contesta.

—Por favor... —suplica Gracia.

—No sigas. Lo mío no son las derrotas.

—Tenemos mucho que hacer juntas. Sacaremos todos los trapos sucios. Te juro que...

—No dejaré que me encierren. No me pidas eso.

—Pero...

—Nos tiene que unir el orgullo, la fuerza, el poder. No lo olvides. Nuestra victoria es ser quienes somos realmente, no quienes quisieron que fuéramos. Piensa en mí y acaba con ellos. Hazlo a tu manera. ¿Lo harás?

Gracia asiente.

Carrillo no sabe si avanzar hacia Cruz o abrir la puerta y dejar que la Policía entre. Si va a la entrada, perderá de vista a Cruz e intuye que esta hará cualquier cosa. Puede intentar detenerla, pero se le nubla la vista y sus miembros responden lentamente a las órdenes de su cerebro, debido a la conmoción.

Cruz vuelve a mirar por la ventana.

Gracia sigue el movimiento de su hermana, y tiene la impresión de que el pensamiento de las dos se fusiona. Y es ella la que corre hacia la cristalera. La que golpea con fuerza el cristal, lo rompe y salta al exterior. El aire frío de esa mañana de noviembre. Volar. Volar durante un segundo, antes de caer, de precipitarse al vacío, de recorrer los nueve metros que la separan de la calzada. El golpe al chocar con un coche que le destroza la cabeza y algunos huesos.

Gracia percibe todo sin ni siquiera moverse del centro del salón. Lo ve. Ve un coche que se detiene con un frenazo. La gente que sale a las ventanas y se asoma. Los clientes de La Casa de las Tortillas, que observan el cuerpo caído cubriendo sus bocas con las manos. El horror. La sangre que brota de la cabeza de Cruz y forma un pequeño charco sobre el sucio asfalto.

Carrillo se asoma con cuidado, torpe. Ve el cuerpo de Cruz. No hay nada que hacer. Regresa junto a Gracia, que no se mueve. La coge del brazo. Está rígida. La hace sentarse en el sofá y ella obedece.

Gracia no está allí. Gracia está también en el asfalto, en el cuerpo roto de su hermana. Escucha la sirena de una ambulancia y de los coches de Policía. El jaleo de la calle sube hasta el salón a través de la cristalera rota. Entra aire, hace frío. Gracia tiembla.

Carrillo le pasa el brazo por los hombros y ella apoya la cabeza con los ojos cerrados.

Capítulo 102

Cuadrado se ha fumado dos cigarros en el rato que llevan en el coche, y se dispone a encender el tercero. El humo se mezcla con el sabor de la sangre que de vez en cuando mana del interior de su nariz, al igual que de la herida que el puño americano ha hecho en el puente nasal. Su nariz parece un pimiento rojo. El sabor de esa mezcla no es agradable, pero fumar lo consuela. Lo tranquiliza, y eso es precisamente lo que necesita en esos momentos, un poco de tranquilidad.

El móvil ha sonado varias veces. Son llamadas del periódico, alguna del propio Villaescusa, pero, obedeciendo a Flores, no las ha contestado.

El matón abre la ventanilla, para que el interior del coche se airee. El humo que se condensa dentro le hace pensar en la niebla londinense. Está claro que Cuadrado es un vicioso del tabaco. Flores no tiene ningún vicio, no se lo permite. Pero, puestos a elegir, se inclinaría por otros, más del estilo de Dumboa. Hasta para tener vicios hay clases.

¿Qué cojones harán esos dos ahí dentro?, se pregunta Flores. Y Cuadrado se cuestiona lo mismo.

Flores decide esperar. Saldrán tarde o temprano. Y si no salen, siempre está la posibilidad de entrar a por ellos. Aunque antes de actuar consultará a Dumboa. Ese Carrillo le ha jodido el plan; no es lo mismo ir a por uno que a por dos.

Mientras tanto, tiene al chófer con él. No sabe para qué puede servirle, además de para cumplir con su trabajo y llevarlo de aquí para allá. Y, llegado el momento, para intentar algo con la periodista. Son amigos. Tener a Cuadrado siempre será una baza para utilizar en el futuro.

El portal no tiene apenas movimiento. Por eso llama su atención una mujer que entra en la casa.

—¿La conoces? —pregunta Flores.

Cuadrado no la conoce. Una mujer de cuarenta y tantos años, con el pelo recogido en una cola de caballo. No tiene nada destacable.

—Seguro que es madero —dice Flores.

Podría ser, piensa Cuadrado. Él tiene mundo, pero no tanto como para hacer esa distinción.

—¿Cómo lo sabes?

—Los huelo —responde Flores. Y suelta una carcajada.

La carcajada se confunde con el estruendo. Es un sonido violento que los sorprende e impresiona. Los dos hombres giran la cabeza hacia el lugar desde el que les ha llegado el ruido. Ven lo que sucede, sin acabar de entenderlo.

Será luego cuando encuentren las explicaciones. Ahora no. Ahora todo sucede con rapidez y de forma inesperada.

El ruido lo ha provocado un cuerpo que ha caído sobre un coche, ha rebotado sobre él, tras hundir el techo, y ha acabado en la calzada. Un coche frena para no atropellarlo y el vehículo que va detrás lo golpea. Se suceden varios golpes en cadena. Suena un claxon. La gente que pasa por

la acera grita. Alguien se acerca al cuerpo.

—¡Llamen a una ambulancia! —se oye decir.

Vuelve a sonar un claxon. El conductor del coche que ha frenado primero y que ha sido golpeado por detrás se apoya en el capó y se lleva la mano al cuello, temiendo un esguince cervical.

Una mujer embarazada sale del segundo coche. Lloro. Se masajea la tripa. Al ver el cuerpo en la calzada da unos pasos atrás y abre la boca como un pez que boquease fuera del agua.

Cuadrado tiene el impulso de salir del coche. Al ver su gesto, Flores interviene.

—¿Adónde vas?

Ya le da igual lo que el sicario le haga. Sale del coche y se acerca al cuerpo. Ha reconocido el pelo rubio. También el tamaño y la constitución. Por desgracia, todo apunta en la misma dirección.

Cuando se da cuenta, Flores está a su lado. Cuadrado llora, impresionado. Las lágrimas se mezclan con la sangre de la herida de su nariz. No le importa. Ya no le importa nada.

Al ver su reacción, Flores entiende. Él también observa el cuerpo.

Se aparta de Cuadrado, ya no lo necesita. Coge el móvil y hace una llamada.

—Un problema menos —explica simplemente a su interlocutor.

Escucha el suspiro de alivio de Dumboa al otro lado.

En ese momento suenan las sirenas de varios vehículos. Dos ambulancias y varios coches de Policía llegan al lugar.

Cuadrado y Flores, rodeados de otras personas que se han acercado, curiosas, no pierden detalle de lo que sucede.

Flores se mete un chicle en la boca y mastica. A veces la vida te sorprende, piensa. No sabe cómo, pero alguien se ha encargado de hacer el trabajo por él. Esta vez ni siquiera se ha tenido que manchar las manos, pero está seguro de que Dumboa le agradecerá lo que ha hecho igualmente.

El viejo es un hijo de puta generoso, sobre todo cuando está de buen humor, como debe de estar en estos momentos.

Capítulo 103

El tráfico humano sigue su curso. Los viandantes caminan con celeridad, sin darse cuenta de lo que ocurre a su alrededor. Entran en los cafés, salen del suburbano, la melodía de la ciudad que nunca se extingue. Las putas prisas, la insensibilidad.

La joven le toma el pulso, Cleofás ya tiene los ojos cerrados. Se deja caer.

—Aguante, por Dios.

La joven pretende incorporarlo, pero pesa demasiado. No hay nadie que le preste ayuda.

Por fin, cinco minutos después, un vehículo del Samur estaciona frente a la parada del metro de Bilbao. De él descienden con premura un par de sanitarios que se acercan al banco.

—¿Lo encontró usted así?

La joven solloza, impresionada por la presencia de alguien que aparenta estar muerto.

—No..., estaba sentado. Ahora...

Los sanitarios le toman el pulso y le colocan una mascarilla de oxígeno. Sí, tiene mala pinta.

—¡Camilla! —grita uno de ellos.

Los viandantes se detienen curiosos. Un sanitario acude con un aparato de reanimación y la camilla bajo el brazo. Les cuesta subir el cuerpo y a continuación le propinan un masaje cardíaco, sin éxito. El paramédico aprieta con fuerza el aparato eléctrico sobre el pecho del músico. Se producen dos espasmos. Dos latigazos al corazón que le hacen elevar su corpachón un par de centímetros del suelo. Los ojos cerrados, la mente viajando al infinito.

Ya en la ambulancia, el conductor pone la sirena y cruzan la ciudad a la velocidad del rayo. Su mente despierta en la agonía.

My heart is sad and lonely for you, I sigh for you dear only.

—Todavía hay una posibilidad —afirma un enfermero sujetándole firmemente la máscara de oxígeno—. Parece que susurra algo.

Cleofás siempre quiso morir sobre el escenario. Cuando Allen Toussaint vino hace un año a Madrid, antes de su concierto en el Teatro Lara, se tomó una copa con él, y después el músico de Nueva Orleans se fue para siempre en su camerino. Pobre Allen. No quiere morir sin su saxo. No desea entregar el alma sin darse cuenta, como Bud Powell, frito el cerebro por *electroshocks*; como el gran Bill Evans, el de los dedos mágicos, asolado por la heroína.

Why haven't you seen it, I'm all for your body and soul...

—Canta algo. Eso está bien. ¿Por dónde vamos?

—Plaza de Colón. Nos queda todavía.

—Dale caña.

El sanitario le aprieta una mano; con la otra controla los aparatos conectados a su cuerpo castigado. Ese viejo ha de vivir, por sus cojones.

I can't believe it. It's hard to conceive it.

La ambulancia atraviesa la plaza de Lima y toma la Castellana a toda velocidad. En el cruce

con Cuzco un camión de mudanzas le hace aminorar. Ni las sirenas ni el claxon hacen reaccionar al conductor del tráiler.

—¡Hijo de puta! —exclama el conductor, dando un frenazo.

Cleofás se ve como un niño en la tienda de instrumentos de la calle de Merrick, mirando con ojos golosos un saxofón brillante como el amanecer. El mismo que vio quince días después en sus manos, gracias al primer sueldo de su hermano mayor, que había empezado a trabajar de reponedor de verduras en el Grand Market. Se ve a la puerta del Birdland, escuchando por las rejillas de ventilación a John Coltrane, la emoción que sintió y las ganas de llorar.

También ve a su padre borracho rompiendo su saxo contra el fregadero después de insultar a su madre. Las lecciones con Bert Berckle, el saxofonista morfinómano que le enseñó las notas con la paciencia de un Santo Job negro. La expulsión del colegio, los trapicheos con la marihuana y la muerte de aquel chico portorriqueño a la puerta del Apolo. A partir de entonces comprendió que su salvación era tocar, templar el dolor con las melodías. Por su mente cruzan decenas de bares, cientos de clubes, pensiones, estaciones de autobús, mujeres que le robaron el corazón, estudios de grabación donde le pagaban con *bourbon*.

My life a wreck you're making, you now I'm yours for all the taking, I'd gladly surrender my self for your body and soul.

—El tipo sigue susurrando, o cantando, o lo que sea.

—A ver si llega...

Miles le dice que se aplique y que no quiere ver su culo negro hasta que domine las escalas. Coltrane le aplaude y le propone que lo ayudará, pero el cabrón se muere. Dexter Gordon se lo lleva a Europa, a París, pero fallece también. Todos se mueren, lo dejan solo, es un paria en este jodido mundo.

—Está bajando el pulso.

Le cruza la mente Detroit y el dinero fácil. Los estudios de la Motown, la música comercial para Smokey Robinson, Jimmy Ruffin, Marvin Gaye. Abandonó todo ello para volver a sus raíces, para atravesar la médula espinal del *jazz*. Ella Fitzgerald sublimando «Body and Soul», su jodida canción. Jimmy Ruffin murió enganchado. A Marvin Gaye lo mató su padre de un balazo en la barriga durante una riña.

—Sigue bajando. Es casi imperceptible.

No queda nadie. No queda nada que hacer, tan solo tocar, donde sea, en el cielo o en el infierno, pero tocar.

El aparato deja de emitir sonido. La ambulancia cruza la plaza de Castilla esquivando los vehículos que transitan para depositar a sus conductores en un lugar en el que no quieren estar. Nadie debe estar donde no desea, pero es el sino de todo el mundo. Cleofás derrama una última lágrima, después de acabar la canción que lo acompañó durante toda su vida.

—Creo que lo hemos perdido —considera el sanitario más joven.

La ambulancia sigue su curso hasta entrar en el carril de urgencias del hospital de La Paz y se detiene frente al pabellón. Los sanitarios sacan la camilla de un inerte Cleofás que muestra en su rostro una lágrima esculpida de nácar y media sonrisa.

—¿Traía documentación?

—No, solo el teléfono.

—Mira a ver si tiene un contacto para avisar.

El sanitario más joven trastea con el móvil y descubre que por fortuna no tiene un código de bloqueo de pantalla.

—Hay muchas llamadas a un mismo número.

El sanitario se dispone a llamar. Traga saliva. Todavía es joven y la presencia de la muerte le afecta. Enciende un cigarrillo y llama.

Suenan cuatro tonos, hasta que se escucha una voz femenina.

—¿Cleo? ¿Dónde estás?

Capítulo 104

Es Carrillo quien abre la puerta para sorpresa de Pezuela. Así que él ha llegado antes que ella. Este Carrillo... ¿Cómo ha llegado hasta la casa de Cruz Olalla? ¿Y qué demonios ha sucedido ahí dentro? ¿Por qué no le abrían? Demasiadas preguntas, pero Carrillo no parece que vaya a contestárselas, al menos por el momento. Tiene un aspecto horrible, con la ropa arrugada, el aire exhausto, como si llevara días sin dormir y, sobre todo, un golpe que deforma su frente.

—¡Vaya hostia te han dado! ¿Estás bien?

No, no demasiado bien. Se mueve despacio, está mareado. Al bajar lo examinarán los paramédicos de la ambulancia. Insistirán en llevarlo al hospital para hacerle unas pruebas y tenerlo en observación. Pero ahora Carrillo se limita a abrir la puerta a la subinspectora, que entra llena de energía. Observa la casa. Alcanza el salón. En el suelo, sentada y con aire ausente, está la periodista Gracia Martí, pálida y temblorosa.

Pezuela espera que Carrillo le explique algo, pero él no parece muy comunicativo. La subinspectora se asoma por el ventanal roto y ve en la calzada el cuerpo de una mujer. Se cubre la boca con la mano. ¿Qué ha sucedido?, se pregunta mientras observa el tráfico cortado, a la espera de que llegue el juez y la Policía Judicial.

Pezuela traga saliva. Joder, la mujer que está en el suelo se parece a la periodista. Entonces, si no se trata de una suplantación de personalidad, es que había dos mujeres iguales. Y eso quiere decir que...

—Eran gemelas —confirma Carrillo.

No se ha enterado de casi nada, pero sí de que Cruz era la hermana de Gracia y que esta desconocía su existencia.

—¿Qué ha sucedido?

—Ha saltado.

—Entonces... ¿ella era la mujer que buscábamos?

Carrillo asiente.

La subinspectora se arrodilla frente a Gracia. Le habla. Le pregunta si está bien, aunque está claro que se encuentra en estado de *shock*.

—Carrillo...

No ve al policía. ¿Dónde se ha metido?

—Voy al baño —le contesta este con voz entrecortada.

Carrillo, sin embargo, registra la casa. Tiene que hacerlo ahora, antes de que lleguen los policías. A pesar de la conmoción, busca algo que lo pueda ayudar a entender lo sucedido. Observa las fotos de Cruz: la mujer en la Facultad de Medicina con un grupo de compañeros; en un hospital de campaña, entre varios soldados; en una sala de conciertos; con un grupo de moteros en un mirador de un paisaje montañoso. Le cuesta pensar que no es Gracia la que sale en ellas.

Mira aquí y allá, pero no tiene mucho tiempo. Escucha que llaman a la puerta; ya han llegado. En una mesilla, junto a la cama, encuentra un cuaderno manuscrito. Se lo guarda en el bolsillo. Tendrá que confiar en que Pezuela le pase la información que obtengan tras registrar la casa.

—¡Abro yo! —grita.

Camina lentamente hacia la puerta. Tras abrirla, algunos de los policías lo reconocen y miran con asombro. Él los ignora. Sigue viendo borroso y la sensación de mareo aumenta.

—Adelante... —dice.

Y va con ellos a la sala donde están las dos mujeres. La subinspectora acompaña a Gracia, aunque no ha conseguido que pronuncie ninguna palabra.

Pezuela habla con sus compañeros, pero Carrillo no sigue la conversación. Se deja caer en el sofá. Apoya la cabeza y cierra los ojos. Está a punto de caer en un profundo sueño, pero no lo dejan tranquilo. Pezuela le da unos cachetes. Intenta levantarlo.

—No te duermas.

Tira de él, pero no obedece.

—Tiene que verte un médico. Venga, vamos.

Ante la falta de respuesta de Carrillo, busca ayuda.

—Tú, ven —le grita a alguien.

Lo cogen de los brazos y le hacen caminar por el pasillo para salir de la casa.

—Gracia... —farfulla Carrillo antes de entrar en el ascensor.

A ella también se la llevan. Va detrás de él, en silencio, custodiada por dos policías.

Día 8, domingo 20 de noviembre de 2016

Capítulo 105

Gracia sostiene el diario que le ha dado Carrillo y que ha leído ya varias veces. Todavía no ha asimilado lo sucedido, y tardará tiempo en hacerlo. Pero el cuaderno le ha dado la posibilidad de seguir escuchando a Cruz, de conocer su historia.

Y, una vez más, lee uno de los capítulos que más le han impresionado de ese cuaderno en el que también está ella, de algún modo.

Robert Frost dijo: el jurado está compuesto por doce personas elegidas para decidir quién tiene el mejor abogado. Es decir, quien hace la ley, hace la trampa. Habíamos vivido un sueño idiota, del que despertamos para comprobar que no éramos nadie. No importábamos a nadie. Es duro de aceptar. Nos anularon al robarnos y nos volvieron a anular al no hacernos caso. Demasiada crueldad.

Pero Voltaire dijo: los pueblos a quienes no se hace justicia se la toman por sí mismos tarde o temprano. Y así tenía que ser. Fue cuestión de tiempo tomar la decisión. Si nadie iba a hacer nada, lo haría yo. Sabía quiénes eran, sus nombres se repetían una y otra vez. Pues bien, yo les haría cumplir con el castigo que les correspondía.

Sola no podía hacerlo, pero tenía a Aslan, que me había seguido a España y que era capaz de hacer cualquier cosa por mí. Un hombre tocado por la guerra, dispuesto a acompañarme en mi sueño de hacer justicia. Teníamos un apoyo, un hacker sin nombre al que contacté a través de la Dark Web, alguien que nos pasaba información y nos ayudaba con la logística. Costaba un dineral, pero el dinero no me importaba. Era lo de menos.

Ojo por ojo, diente por diente. No me valía con quitarles la vida, quería que sufrieran. No era una cuestión de sadismo, no disfrutaba de su dolor. Tenía que ver con la justicia; esperaba que recibieran al menos una parte del dolor que habían infligido.

La primera fue sor Carmen. Tardé mucho en prepararlo todo, no quería dejar ningún cabo suelto. Empecé por tener una conversación con ella. Le pedí información; quería saber quién había sido mi madre. Lo negó todo. Me sacó de quicio con su superioridad y su desprecio. Intentó convencerme de que no fueron robos, sino oportunidades para cada una de aquellas pobres criaturas entre las que yo me encontraba. Se nos concedía así la posibilidad de una vida satisfactoria, en una familia cristiana. Ella había contribuido a salvar muchas almas que, de no ser por su intervención, hubieran acabado probablemente descarriadas.

Tras utilizar la fuerza empezó a perder el aplomo. Y habló. Me dijo dónde encontrar documentación sobre mi caso. Creyó que quizás así le perdonaría la vida. No tenía ni idea de lo que le esperaba.

Maté a la monja. Le corté las manos, como se hacía antes con los ladrones. Apliqué justicia y sentí paz al saber que esa mujer no volvería a ejercer su maldad. Firmé el crimen con un pequeño crucifijo. Un crucifijo es la imagen de Cristo crucificado, un cuerpo en una cruz. Al

firmar con este símbolo aceptaba el nombre que me pusieron, Cruz. Sin embargo, ya no representaba aquello en lo que quisieron convertirme, sino aquello en lo que yo finalmente me había convertido.

Hice grabar en aquel crucifijo las palabras «Memento mori», una amenaza para todos aquellos que habían participado en los crímenes. Y no, no me refería a la mortalidad del ser humano o a la fugacidad de la vida. El sentido que yo encontré fue otro: «Recuerda que morirás», porque yo te condeno y te daré tu merecido castigo, la muerte más horrible que puedas imaginar.

La monja no me había mentido. Di con la información que buscaba, y así supe de mi madre, Elena Rojas. Pude ponerle nombre a ese ser con el que tanto había fantaseado. Ahora ya solo me quedaba encontrarla.

Pero me esperaba una sorpresa. El parto de mi madre fue gemelar; nacimos dos niñas, las dos, al parecer, sanas. Y las dos fuimos vendidas.

Tenía una hermana, pero ni una sola pista para dar con ella.

Capítulo 106

LO PRIMERO ES LO PRIMERO, SE DICE.

GRACIA HACE UNA ÚLTIMA LECTURA DE SU ARTÍCULO. EN ÉL RESUME EL RESULTADO DE SUS INVESTIGACIONES, REALIZADAS DESDE AÑOS. ES EL ARTÍCULO TANTAS VECES CENSURADO, TANTAS VECES POSPUESTO POR EL CUARTO PODER Y TODOS LOS DEMÁS PODERES. EL ARTÍCULO QUE NADIE HA QUERIDO PUBLICAR, PERO QUE ELLA AHORA, POR SU CUENTA, VA A LANZAR AL MUNDO. JUSTICIA. HA LLEGADO EL MOMENTO DE HACER JUSTICIA. SE LO DEBE A TODAS LAS VÍCTIMAS.

La Embajada del Infierno

por Gracia Martí

Digamos que el Infierno existe, pero a él no van los pecadores, sino las víctimas. Los culpables se aseguran el Cielo en la Tierra abusando de pobres indefensos que pueblan el Infierno en propia vida. Este es un artículo dedicado a todas ellas, las víctimas.

La red Trento, una organización mafiosa dedicada al secuestro de recién nacidos, a la pederastia, al blanqueo de capitales, a la extorsión y al asesinato, fue creada a finales de los años setenta del pasado siglo, amparada en una asociación laica con fines religiosos y bienvenida por la Iglesia Católica y los poderes fácticos. La red no solamente se dedicaba a operar en España, sino que también posee centros de colaboración en Argentina, Chile, Venezuela y República Dominicana.

Trento tejó una red financiera que aseguró la impunidad de sus delitos en forma de financiación de la propia Iglesia y sus obras públicas, así como el soborno de numerosos cargos políticos para procurarse la impunidad de sus actuaciones. La relación de los cargos públicos está a disposición de la Justicia en el anexo que envío adjunto.

El creador de la red, el empresario Guillermo Dumboa, se procuró la pátina de respetabilidad a través de la Fundación Estamos Contigo, una organización laica de inspiración religiosa dedicada a la educación y al cuidado de jóvenes sin tutela. A través de esa fundación consiguió numerosas subvenciones, exenciones de impuestos y homenajes por la supuesta probidad por parte de las autoridades.

Con el fin de que sus delitos no fueran investigados, se aseguró el accionariado de medios de difusión adscritos al Grupo Satélite; periódicos, cadenas de televisión y dominios de internet que alababan el trabajo de la fundación mientras impedían cualquier investigación sobre sus delitos. Toda su red criminal estaba amparada por la protección jurídica del abogado Jaime Cobo. Él se encargaba de la defensa de cualquier delito y de los trámites legales necesarios para el funcionamiento del entramado empresarial que operaba en España y cuyos beneficios iban a parar a paraísos fiscales.

A principios de los años ochenta del pasado siglo, en diversos hospitales de España, bajo

la supervisión de la religiosa sor Carmen Pradera, se produjeron diversos robos de bebés, apartados de sus madres legítimas, normalmente solteras, a las que se decía que su bebé había nacido muerto. Estos neonatos eran ofrecidos a matrimonios que querían adoptar, evitando los trámites burocráticos a cambio de una cantidad económica. Uno de los ginecólogos a cargo de los partos y firmante del certificado de defunción de muchos de los niños robados fue el doctor Félix Pisabarro. Trento se ocupaba de buscar a los padres, siempre practicantes católicos, y de vender a los niños robados bajo la supervisión de Guillermo Dumboa, quien iba tejiendo con su poder relaciones mafiosas con la Iglesia y los poderes fácticos, de modo que nadie pudiese investigar sus métodos delictivos.

Las actividades de Trento eran diversas. Además del robo de niños, en los centros adscritos a la Fundación Estamos Contigo se aprovecharon de la vulnerabilidad de las niñas acogidas, creando una red de pederastia cuyos usuarios eran principalmente el propio Guillermo Dumboa y varias de sus amistades. Las chicas, cuyas edades normalmente estaban comprendidas entre los doce y los diecisiete años, fueron sometidas a innumerables vejaciones que les causaron daños irreparables. El nombre y la edad de las víctimas puede ser comprobado en el archivo adjunto.

La denuncia de una de ellas fue sobreseída por falta de pruebas, lo que provocó su suicidio. Esta menor había sido amenazada por el abogado Jaime Cobo, al igual que la periodista que suscribe al intentar extraer información sobre lo sucedido.

El método para la ocultación de los hechos delictivos era normalmente el soborno, alcanzando a altas autoridades eclesiásticas, judiciales y políticas. Existen pruebas de importantes retribuciones económicas a miembros del Ministerio del Interior y de Justicia. El nombre y el cargo de los sobornados está detallado también en archivo adjunto.

Es de rigor, pues, que se investiguen las defunciones de recién nacidos en los hospitales indicados desde el año 1979, así como los abusos cometidos con alumnas de los centros de la Fundación Estamos Contigo por la Fiscalía del Estado y que se abran diligencias de inmediato, tal es la gravedad de los hechos.

Esta periodista no pudo publicar sus conclusiones en el periódico en el que prestaba servicio, al ser de capital mayoritario del magnate Guillermo Dumboa y estar prohibida toda mención a él que no fuese en términos elogiosos. Es por ello por lo que he decidido publicar mis conclusiones y el nombre de los criminales y sus víctimas en el presente artículo, enviado a una red social libre, bajo mi responsabilidad, para dar voz a una investigación que comencé mucho tiempo atrás y que ha dejado tantas víctimas inocentes.

Es de justicia que el daño sufrido, si no reparado, sea puesto en conocimiento del público y que los culpables paguen por sus crímenes, bien por acción u omisión.

GRACIA ESPERA QUE, UNA VEZ EN LAS REDES, SE PRODUZCA UN TSUNAMI DE INFINITAS CONSECUENCIAS. ESA ES, AL MENOS, SU INTENCIÓN.

PULSA EL ICONO DE ENVIAR. YA NO HAY VUELTA ATRÁS.

Capítulo 107

—¡Aparta, coño!

Guillermo Dumboa sacude de un manotazo a la fisioterapeuta que le está masajeando la cadera dolorida. En este momento su dolor físico es mínimo comparado con la preocupación tras haber leído el artículo de Gracia Martí y ser conocedor de que todos sus crímenes han sido expuestos a la luz pública.

—¿Para qué coño he puesto mi dinero en tantos medios de comunicación? ¡Malditos cabrones que no han sido capaces de impedir esto!

La fisio permanece a un lado, muda.

—Vete. Déjame solo.

La mujer sale de la amplia estancia maldiciendo al viejo y se pierde en la inmensidad del palacete.

El magnate se sienta en el borde de la camilla y marca un número de teléfono. Uno, dos, tres tonos de llamada y nadie contesta.

—¡Me cago en la puta! ¡Malditos cobardes! —exclama.

Marca otro número grabado y espera unos instantes.

—¿Dígame?

—¿Quién eres?, ¿no está el cardenal?

Se hace un silencio que no pinta nada bien.

—Perdone, señor Dumboa... El cardenal ha dado instrucciones de que no se le moleste.

Sabe lo que eso significa. El cardenal se aparta de él como si fuera un apestado. El empresario lanza el teléfono contra el suelo y contempla cómo se hace añicos.

Coge otro móvil y hace una segunda llamada al delegado del Gobierno.

—¿Quién llama?

Al menos ha contestado. Tal y como están las cosas, no le parece poco.

—¿Qué tal, delegado? —pregunta mientras se palpa la cadera y maldice los clavos que no consiguieron soldarla bien.

—Buenos días, Dumboa —dice su interlocutor con un hilo de voz.

Malo, malo, se dice el magnate con rabia.

—Tendrá que disculparme, pero... no puedo atenderle —susurra con voz trémula su interlocutor.

—¿Qué coño me estás diciendo?

—Órdenes de arriba. Ya sabe cómo funciona esto... —Y tras unos instantes, añade—: Por favor, no vuelva a llamar.

Prueba una última llamada.

—¿Villaescusa?

—Disculpe, señor. El director de *La Verdad* está ocupado en este momento. Si quiere dejarle

usted recado... Él le contestará en cuanto pueda.

Maldito cabrón. Con todo el dinero que ha invertido en el periódico. Y fue él mismo quien lo puso de director. Villaescusa es un pelele manejable con la inteligencia de una larva de renacuajo, que ahora no quiere ponerse al teléfono. Él es el culpable de no haber echado por tierra la carrera de la rata de la periodista, esa puta que lo ha puesto en la picota.

No se atreve ni a poner la televisión. No quiere ver su nombre arrastrado por el fango. Al menos espera que sus cadenas de televisión sean leales.

Se incorpora de la camilla trabajosamente y se dirige hacia el aparador. De un pastillero extrae un tranquilizante, mejor dos, y se los mete en la boca. Pero es difícil bajar el nivel de ansiedad. No puede dejar de pensar en todos aquellos a los que ha untado de dinero y que ya no parecen acordarse de él. Los hundiré, se promete a sí mismo. Si él cae, caerán con él. Se imagina la escena del telediario, saliendo de su casa esposado mientras lo graban y el populacho lo insulta y abuchea y se recrea en su desgracia. Pero le deben mucho, piensa. Toda España le debe mucho.

De repente, el teléfono que descansa en la camilla suena. Dumboa arrastra su cuerpo hasta él. En la pantalla comprueba que se trata de un número desconocido. Lo coge con desconfianza.

—¿Guillermo?

—Sí, ¿quién eres?

—Soy el juez Alcubierre, ¿te acuerdas de mí?

—Por supuesto que me acuerdo. El del caso de aquella niña...

—El mismo. Solo quería decirte que estoy de tu lado.

Por fin alguien le dice a Dumboa lo que quiere oír.

—Yo no era el primer candidato, pero ha habido suerte. Solo he tenido que mover algunos hilos.

—¿A qué te refieres?

—Le habían dado tu caso a Jaraba, pero ya sabes, él es del grupo de los progresistas, y te habría empapelado. Pero yo he hecho todo lo que estaba en mi mano para que se lo retiraran y me lo diesen a mí.

El magnate exhala un suspiro de alivio.

—Así que tu caso ya está en mis manos. Es de urgencia, así que hemos de darnos prisa.

—Todo esto parece un mal sueño.

—Tranquilo, Guillermo, has de conservar la calma. No hables con nadie ni hagas declaraciones.

—Lo que tú digas...

—Te voy a citar para los preliminares y vendrás a los juzgados de la plaza de Castilla. No vas a poder evitar las cámaras de televisión, ni a los periodistas y la prensa carroñera. Pero tranquilo, una vez dentro te voy a tomar declaración. Haremos un pequeño paripé y luego a esperar, porque voy a retrasar tu juicio una y otra vez *sine die*, de modo que no tengas de qué preocuparte.

Dumboa asiente ante el teléfono.

—Te estoy muy agradecido, Alcubierre.

—Coño, Guillermo, que sé quién eres y lo que has hecho por mí. ¡Ah! Y sé precavido. Me transfirieron una orden para la intervención de tus móviles. Por supuesto, les dije que no. Pero más te vale tener cuidado.

—No sé qué decir... Cuando todo esto pase te recompensaré con creces. Sabes que soy de naturaleza generosa.

—No te preocupes, Guillermo. Ven aquí en cuanto recibas la citación y deja todo en mis manos. Solo pasarás un mal rato en la entrada. Luego, dentro de la sala, todo irá como la seda y saldrás tan libre como has entrado. De eso ya me ocupo yo.

—Gracias una vez más —agradece Dumboa mucho más tranquilo—. A propósito, ¿qué tal la familia y los chicos?

—Estupendamente. Gracias a tu aportación de fondos mi hijo mayor puede estudiar en Estados Unidos. Y mi mujer no te olvida; te tiene en un pedestal desde que nos regalaste aquel viaje a Cancún. Me dice que sepas que reza en su iglesia por ti para que nada malo pueda pasarte.

Capítulo 108

Aslan significa «león» en checheno; es el nombre que le otorgó su madre, que decía que nació rugiendo. Aslan se coloca frente al domicilio de su Pigmalión, Cruz, la mujer que le salvó la vida con sus mágicas manos de cirujana. Los soldados rusos, que lo habían lanzado a una fosa común, no conocían su nombre ni sabían su significado. Aslan *el León*, el mejor guerrero del Ejército checheno.

Fue la doctora Cruz quien lo operó cuando le restaba un hilo de vida, y quien le hizo regresar de las tinieblas. El suyo fue el primer rostro que vio al abrir los ojos. Tranquilo, Aslan, vivirás, le susurró. Desde entonces, él la siguió con devoción ciega. Toda su familia había perecido, su pueblo había sido masacrado, pero él no quería morir y la doctora se ocupó de ello. Cuando los españoles dispusieron su marcha, él se presentó en la delegación y suplicó a la doctora que lo dejara ir con ella. Allí no tenía ya nada por lo que vivir, y estaba dispuesto a servir el resto de su vida a la persona que se la había devuelto.

Aslan tiene las llaves de la casa de Cruz, pero ha de tener cuidado. Se coloca las gafas de sol y espera a que la acera se despeje para entrar en el portal. Una vez dentro, se mueve sigilosamente, deteniéndose antes de alcanzar cada piso, asegurándose de no cruzarse con nadie, ni de ser observado por algún vecino metomentodo.

La puerta de la casa tiene un precinto de la Policía. Introduce la llave en la cerradura y se desliza cual serpiente para evitar tocar la cinta adhesiva. Escucha el ruido de una puerta que se abre y se enrosca sobre sí mismo, conteniendo la respiración. Cuando el sonido de unos pasos por la escalera desaparece, cierra la puerta quedamente y se pone los guantes que guarda en el bolsillo de la cazadora.

Bajo la primera baldosa, a la izquierda del fregadero, le había dicho Cruz antes de la última misión. Aslan había asentido, nunca cuestionaba sus órdenes. Mira allí. El hombre se dirige a la cocina y toma un cuchillo, se agacha y despega la baldosa. La deposita cuidadosamente al lado, sin hacer el menor ruido. Hay una bolsa de plástico con algo dentro. Dobla la bolsita, se la introduce en el bolsillo interior y vuelve a dejar la baldosa como estaba. Al acercarse a la puerta escucha el sonido de pasos. Esta vez se han detenido frente a la entrada del domicilio. Se coloca junto a la puerta, de modo que no pueda ser visto si alguien decide entrar. Junta los dedos y los estira, por si ha de utilizar la fuerza en caso de que alguien lo sorprenda dentro. Contiene el aliento mientras escucha una tenue voz por detrás de la puerta.

—Aquí vivía. Vaya final que tuvo.

No hay peligro. Son solo vecinos que se detienen allí, morbosos, para hablar de Cruz. Cuando escucha alejarse los pasos, vuelve a deslizarse bajo el precinto y cierra la puerta con llave. Desciende las escaleras sin hacer ruido y sale a la calle. Camina un centenar de metros hasta una cafetería y se introduce en el local, buscando la primera mesa, la que está al lado de la puerta de salida. Siempre busca tener cerca una vía de escape por si acaso.

—Un café.

—¿Solo? —le pregunta la camarera.

Aslan asiente con la cabeza.

La camarera se retira y, mientras prepara el café, habla con otro camarero. Aslan no es un cliente más. No pasa desapercibido con su aspecto fiero.

En cuanto la joven deposita la taza de café en la mesa, Aslan extrae la bolsita de plástico de su cazadora.

Dinero. Cruz le ha dejado un montón de billetes de cincuenta. Sin contarlos, los guarda en el bolsillo del pantalón. Pero hay más, un papel escrito en checheno, aunque está en alfabeto latino, no en cirílico. Cuando proclamaron la República, renunciaron al alfabeto cirílico para separarse aún más de Rusia, pero casi nadie en su país era capaz de leer el alfabeto latino. Cruz le enseñó a hacerlo, para que pudiera orientarse en el metro, para poder leer los papeles que le daban a firmar en Extranjería, y para saber el nombre de los productos en el supermercado.

La camarera observa cómo el gigantón mueve los labios al leer el texto, sin tocar el café. Solo cuando termina de leer la carta de Cruz, Aslan se bebe el café de un trago.

Mientras la leía, imaginaba la firme voz de su mentora. Siempre le decía lo que era mejor para él, lo ayudó con sus crisis, lo cuidó. Y ahora está solo.

En su carta, Cruz le pide una última misión, la definitiva, por ella, por él, por los cientos y miles de víctimas. Después, le dice Cruz, debes regresar a tu país para iniciar una nueva vida. Tienes que aprender a decidir por ti mismo, pero, sobre todo, debes cuidarte y quererte.

Aslan asiente como si estuviera hablando con un interlocutor de verdad. Rompe la carta en mil pedacitos mientras repite las instrucciones. Se vuelve a colocar las gafas de sol y se acerca a la barra.

—¿Cuánto?

—Uno treinta.

El hombre cuenta las monedas, que extrae de su bolsillo, y las deposita con sumo cuidado en el mostrador.

Día 9, lunes 21 de noviembre de 2016

Capítulo 109

El jefe superior de Policía, Marcelo Fraga, abre un sobrecito de Almax Forte y se lo lleva a la boca. Toma directamente el antiácido del sobre y se lo toma así, a pelo. No debería haber salido ayer, pero era la fiesta de despedida de su colaborador más veterano y, como siempre, no supo decir que no a las copas. En la quietud de su despacho lee los *mails* recibidos y uno le llama especialmente la atención. Tan solo reza: «Olvida a Dumboa», y está remitido por el delegado del Gobierno.

Aprieta los labios. Tras el artículo de Gracia Martí el magnate tiene los días contados. Se le acabó el apoyo del Gobierno y los poderosos.

Nunca le gustó este tipo, no entendía cómo tenía agarrado por los cojones a tanto cargo público. Conseguía lo que se proponía. Como lo de Carrillo, al que le tendieron la trampa solo porque Dumboa lo quiso. Sí, lo hizo, pero no le pareció bien hacerlo. Fueron órdenes de los de arriba, siempre lamiendo el culo de los acaudalados para mantener su puesto.

Esto se va a acabar, se dice. Es el momento de poner límites. Con los cambios de Gobierno hay mucho baile de sillas, y no le gustaría que, cuando le den la patada, le saquen trapos sucios que arruinen su carrera.

Sí, una de las cosas que va a hacer es solucionar lo de Carrillo. El caso está cerrado, ahora que Cruz Olalla se ha suicidado. Y cree que debería devolverlo a su puesto. Así mata dos pájaros de un tiro; evita, llegado el momento, un marrón que se le puede ir de las manos, y, por otro, tendrá a Carrillo agradecido, comiendo de su mano.

Coge el teléfono negro que hay sobre la mesa, el de las llamadas importantes.

—¿Qué pasa, Fraga? —le contesta una voz al otro lado.

—Habrás leído lo de Dumboa, ¿no?

—Esta vez sí está bien jodido.

—Él se lo ha buscado... Oye, tenemos que recular con lo de Carrillo.

—¿Y qué quieres que haga?

Fraga escucha la respiración entrecortada de su interlocutor. Sabe que está harto de sus mandatos, pero una vez más obedecerá.

—Ponte en contacto con la chica que participó en la trampa. Tiene que retirar la denuncia contra Carrillo y que cambie su declaración.

Sabe lo que el otro está pensando. Ahora sí, ahora no.

—¿Y si quiere algo a cambio, que será lo más probable?

—Recuérdale lo que tenemos contra ella, al igual que hiciste para convencerla.

Tenencia de drogas, siempre las putas drogas. Y también un caso de hurto en el metro. Le quitó la cartera a un cliente que no se arredró y la denunció.

—Amenázala con prisión preventiva. Y que espabile, cuanto antes lo haga mejor.

—Para ayer...

—Eso, para ayer. Así que no pierdas ni un minuto.

Cuelga el teléfono. A continuación, entra una policía a entregarle un expediente que deja sobre la mesa. Fraga no dice nada, se limita a rascarse la cabeza y a pensar en el siguiente paso.

Se masajea las sienes y vuelve a tomar el teléfono negro. Escucha cómo se van sucediendo los tonos.

—¿Inspector Carrillo?

Siente la pesada respiración del inspector al otro lado de la línea. Prefiere hablar con él por teléfono que cara a cara. Quién sabe cómo puede reaccionar después de lo que le ha hecho.

—No se equivoque, Fraga. Soy exinspector.

—De eso quería hablarle, ¿sabe? Tiene la oportunidad de volver a serlo.

Se hace un breve silencio que incomoda a Fraga.

—No me fío un pelo de usted —dice Carrillo—. Además, tal y como están las cosas, no sé si me interesa su oferta.

—Deje su orgullo a un lado. Le ofrezco una reparación completa: volver a su puesto en la comisaría y limpiar su nombre.

—Que usted se ha encargado de arrastrar por el fango.

—Yo no, Carrillo. Como usted, me limito a cumplir órdenes.

—Órdenes delictivas.

—Órdenes, al fin y al cabo.

Marcelo Fraga entrecierra los ojos. Desearía terminar esta conversación cuanto antes. Sin embargo, una vez más el inspector se muestra cabezota.

—Mire, Carrillo. La situación es la siguiente: Dumboa ha caído, y yo, se lo reconozco, me alegro profundamente de que ese cabrón vaya por fin a dar con sus huesos en la cárcel. Sus abusos de poder claman al cielo y le ha llegado el momento de pagar. Además, ha dejado a demasiados enemigos por el camino.

—Mucho ha tardado. Quizá, si no le hubieran protegido tanto...

—Tiene razón, pero sigamos. Usted no cometió el delito por el que fue acusado y vamos a conseguir que la prostituta esa retire la denuncia. Como le decía, puede usted recuperar su puesto y su sueldo, lo que le aconsejo. Tiene que pensar en su futuro.

—No es tan fácil, Fraga. No se puede hacer borrón y cuenta nueva de un hecho tan grave. Ustedes me tendieron una trampa, y la gente que debería haberme ayudado en la resolución del caso me traicionó. Me apartaron del mismo de una manera vil.

—Hágame caso, Carrillo. En cuanto la chica retire la denuncia, recibirá una orden para presentarse en la comisaría y quedará revocada de inmediato su suspensión de empleo y sueldo. Y no quiero seguir hablando. Este tema y usted me producen dolor de cabeza.

Marcelo Fraga cuelga el teléfono antes de que Carrillo le conteste. Tiene la tez roja por la tensión.

Aunque el estómago se ha calmado, la cabeza le va a estallar. Rebusca entre los cajones alguna caja de paracetamol o ibuprofeno, pero las que encuentra entre los útiles de escritura y facturas están vacías.

Qué difícil es el inspector, se dice. Tiene serias dudas de que se lo haya ganado, vamos, que eso de que vaya a comer de su mano no va a ser fácil.

Es muy suyo ese Carrillo. Otro cualquiera le hubiese dado por lo menos las gracias, joder.

Capítulo 110

El joven abogado lleva el cabello cubierto de fijador y cara de desear estar en otra parte. Fue el último fichaje de Jaime Cobo para su bufete y, en ese momento, sostiene la penetrante mirada de Guillermo Dumboa. Mantener una conversación con el cliente máspreciado de su desaparecido jefe le hace sentirse un cristiano en el Coliseo romano rodeado por tigres y leones. Pero no le queda otra.

—Ante todo, don Guillermo, no ha de hacer ninguna declaración a la prensa en la puerta de los juzgados, ni antes ni después de las diligencias. Por mucho que le provoquen los periodistas, ¿de acuerdo?

El magnate acaricia el pomo de su bastón. A un lado de la puerta, Flores permanece serio, esperando una orden de su jefe.

—Pues vamos para allá.

Poco después, el Bentley negro se dirige con los tres ocupantes a los juzgados de la plaza de Castilla. Dejan el automóvil aparcado frente al aljibe del Canal de Isabel II y descienden del mismo. El joven abogado se desabrocha el último botón de la camisa y se afloja un poco el nudo de la corbata para dejar pasar el aire, se ve que está agobiado, mientras Flores abre la puerta trasera de la que desciende Dumboa apoyado en su bastón y con su mejor traje. Se acomoda el ralo cabello y se dirigen al cruce de la Castellana.

Frente a los juzgados, una barahúnda de medios de comunicación aguarda con las cámaras en ristre, todos emitiendo en directo. Desde el cruce, Dumboa puede ver que hasta sus propias cadenas televisivas están cubriendo el evento.

Apura el paso ayudado por el férreo brazo de su lugarteniente, mientras el abogado hace de parapeto, esquivando las decenas de micrófonos que aparecen frente a sus rostros.

—Discúlpennos —dice el abogado petimetre—, pero el señor Dumboa no va a realizar ninguna declaración. Todo esto es un enorme malentendido.

Flores es más expeditivo y sacude un manotazo a un cámara que ha golpeado por error la cabeza de Dumboa. Siguen a paso raudo, todo lo que puede aguantar la pierna renca del magnate. Los medios no parecen dispuestos a soltar a su presa, que asciende trabajosamente las escaleras de los juzgados.

—¿Va usted a ingresar en prisión, Dumboa?

—¿Qué tiene que decir sobre las acusaciones de organización mafiosa?

—¿Y qué hay de la pederastia y del robo de recién nacidos en clínicas privadas?

Todo el mundo da por hecho que el magnate va a ser procesado y detenido en cuanto cruce el umbral de los juzgados. La noticia ha corrido como la pólvora y es cabecera de todos los noticiarios.

Dumboa gira la cabeza. De buena gana contestaría a estos cabrones, pero el abogado le murmura calma al oído.

—¡Malnacido!

El magnate se gira al oír el agravio. Por detrás de las cámaras, separados por unas vallas que han colocado los policías, un grupo de madres de niños robados increpan al empresario mientras algunas lloran de impotencia.

Cuando se cierran las puertas del juzgado, la multitud de periodistas y curiosos queda agolpada frente a la entrada, sin haber obtenido una mísera declaración.

Los tres esperan en una sala acomodada, separada del resto de habitáculos. El joven abogado se frota las manos, nervioso. Todo irá bien, le han dicho, pero se lamenta de la mala suerte de ser él el más inexperto del bufete y al que le ha tocado cargar con el muerto.

—Guillermo Dumboa —sale un policía anunciando su nombre—: juzgado número ocho.

Flores lo ayuda a incorporarse y se encaminan los tres a la puerta del juzgado citado.

—Usted no —le dice el policía a Flores.

Dumboa lo sosiega con un movimiento de las manos. Una vez dentro, lo mandan sentar y escucha una perorata del juez.

—Buenos días, soy el juez Alcubierre, del juzgado de instrucción número ocho. Se le ha citado aquí a instancias de la Fiscalía del Estado por la acusación de los siguientes delitos: organización mafiosa, estupro...

Dumboa ni siquiera escucha. Tan solo espera que Alcubierre esté a la altura y cumpla lo prometido, que todo eso sea un maldito trámite, una pesadilla en una breve siesta de la que despierte pronto.

—... agresión, incitación al delito...

A ver si termina pronto y le larga.

Mientras, el abogado, a su lado, toma notas en una *tablet*.

—Ante la inconsistencia de las pruebas presentadas por la Fiscalía y en espera del estudio de un ulterior informe judicial, se declara la libertad del acusado a la espera de posteriores diligencias. Puede usted marcharse.

Dumboa se incorpora con dificultad del banco de madera. Ha durado menos de lo que pensaba. Alcubierre ha cumplido, eso está claro. Sale de la sala y se encuentra con Flores, que lo toma del brazo. Se dirigen al ascensor.

—Ahora calma —le indica el abogado—. Todo ha ido muy bien.

—Los tiene bien puestos este Alcubierre —dice Dumboa, pulsando el botón del ascensor—. Por lo menos hay uno que está a la altura.

Cuando salen a la calle vuelven a ser abordados por la legión de periodistas.

—¿Cómo es que le han dejado salir?

—¿Ha depositado una fianza?

La mayoría no se explica cómo el magnate ha podido salir tan solo un cuarto de hora después de haber entrado. Las madres prorrumpen en gritos de indignación y Flores va apartando a los periodistas a su manera.

Antes de alcanzar el semáforo para cruzar la calle y perderse de vista, Guillermo Dumboa se gira hacia las cámaras mostrando una cínica sonrisa.

Capítulo 111

Charli camina con atención. Todo el mundo sabe que los maltratadores son considerados escoria en la cárcel, por eso se guarda bien las espaldas. Ahora se dirige al comedor entre dos yonquis que no dejan de quejarse. Está hasta los cojones de todo y de todos. Espera que el juez sea benevolente y lo saque pronto de este pudridero para volver con Doina.

—Venga, tío. Pasa de una vez.

Uno de los yonquis se ha atrevido a darle una palmada en la espalda.

—¿Tú eres gilipollas? ¿Quieres que te meta aquí mismo?

—Perdona —recula el yonqui—. Solo queremos papear...

Malditos drogotas. A ver si hay alguien que ponga orden en este sindiós. Mano dura es lo que hace falta. Se cuelan de todos los países y nos traen toda la mierda, piensa mientras se acomoda en la mesa.

Sonríe para sí mismo, él se casó con una rumana, pero hablaba español perfectamente y sabía sus costumbres. Doina no tiene nada que ver con la escoria que lo rodea.

—¿Puedo sentarme?

Charli eleva la vista de la bandeja. No es habitual que alguien quiera sentarse junto a él. Sin esperar respuesta, un hombre de pelo rapado y aspecto musculoso se acomoda en el asiento. Por lo menos es español, se dice.

—Tú eres Charli, ¿verdad?

Este se revuelve en su silla.

—¿Y a ti qué te importa?

—Es solo una pregunta. He oído hablar de ti.

—¿Ah, sí? ¿Y qué has oído?

—Que metiste en cintura a tu mujer. A mí me pasó algo parecido.

Charli se relaja y mete el tenedor de plástico en el arroz a la cubana.

—La mía tiene la lengua muy larga y no me deja tranquilo —dice su acompañante—. Venga a provocarme... Y bueno... Perdí la paciencia.

—Son todas iguales —afirma Charli.

—Sí, unas zorras controladoras.

—Exacto.

Los dos hombres sueltan una carcajada.

—¿Y cuánto te ha caído? —le pregunta el musculado.

—Tengo el juicio pendiente. El cabrón del abogado de oficio dice que no pinta bien. ¿Y a ti?

—Cinco años.

—Al final los españoles somos los que más pringamos... —deduce Charli mientras almuerza—. Mira a todos esos. En esta puta cárcel el que no es argelino es rumano, búlgaro o marroquí. Con esos no se puede ni cruzar la mirada, pero luego salen antes que nosotros. Que si la

emigración, que si los derechos humanos...

—Tienes toda la razón.

—Es verdad que se me fue la mano, pero fue un pronto, joder. Porque yo trabajo y mantengo a la familia. Pero deberías conocer a la Doina... Siempre pidiendo, y con los dos mocosos de su parte. Que si los críos se merecen una vida mejor, que si tienen que estudiar, que si hay que pagarles clases particulares de inglés... ¡Me tiene hasta la polla!

—Te entiendo, tío.

—Y esa noche había quedado con unos colegas y llegué calentito. Ya te imaginas.

A pesar de estar inmerso en la conversación, en ese momento Charli detecta algo. Es ese sexto sentido que se le ha ido agudizando esos días.

Se vuelve. No hay casi nadie en el comedor. Solo ellos dos y los yonquis que están en una mesa próxima. Esos dos los miran. No dejan de mirarlos.

—¿Y a vosotros qué cojones os pasa? ¿Por qué no miráis a vuestra puta madre?

Charli sonríe a su acompañante y sigue comiendo.

Pero la sensación de que algo no va bien persiste. Entonces repara en lo raro que es que el comedor esté casi vacío. Y ahora lo entiende, también es raro que ese tipo se haya sentado con él y le haya hecho bajar la guardia dándole conversación.

Sal por patas, se dice.

Pero antes de que pueda hacer nada su acompañante se abalanza contra él y lo bloquea. Charli intenta soltarse, pero ahí están también los dos jodidos yonquis.

Uno de ellos lleva una navaja y se la clava en el costado. El segundo lo anima.

—¡Venga, colega! ¡Acaba con él!

Y este busca el abdomen, las partes blandas en las que más daño se hace, y lo acuchilla una y otra vez.

—¡Hijos de puta! —brama Charli.

Siente la sangre que corre por sus piernas, empapa el pantalón y gotea en grandes cantidades sobre el suelo.

—¡Cabrones!

Querría palparse las heridas para ver si son tan graves como presiente, pero el dolor le nubla la vista. Y está inmovilizado por el rapado de los cojones. Intenta insultarles de nuevo, pero no logra pronunciar palabra. Las fuerzas le abandonan.

Cuando cae al suelo, los tres atacantes se alejan como si tal cosa. Las órdenes de Dumboa eran claras y las han seguido al pie de la letra.

Día 10, martes 22 de noviembre de 2016

Capítulo 112

Gracia finge tranquilidad cuando entra en la clínica, pero es solo una fachada. Su corazón palpita con fuerza y ella aprieta inconscientemente las mandíbulas. No es para menos. Desconoce qué se va a encontrar y cómo va a desarrollarse el encuentro. Desea descubrirlo con toda su alma, y a la vez la aterra.

Se detiene en el mostrador de recepción y pregunta por Elena Rojas. La recepcionista levanta la mirada del teclado y, al verla, le sonríe.

—Buenos días —la saluda—. Está en la habitación 214, la de siempre.

Gracia asiente con amabilidad. Es consciente de que la han confundido con Cruz, pero no va a sacar a nadie de su error. ¿Para qué? Demasiadas preguntas y demasiado dolor. Prefiere no compartir con nadie lo sucedido. Cruz entró y salió de su vida con tal celeridad que todavía no ha asimilado bien todo lo ocurrido. Y, mientras lo asimila, ha decidido convertirlo en algo íntimo, personal.

—Gracias —le corresponde a la recepcionista.

Sube en el amplio ascensor a la segunda planta. Se cruza con personal que la saluda, como si estuviera acostumbrado a verla. Y ella se siente Cruz, juega a ser Cruz. Resucita a la hermana muerta, en el camino a la habitación señalada.

Una mujer gruesa con uniforme blanco de la residencia se detiene para hablar con ella.

—Encontrarás a Elena en la habitación —le dice.

—¿Cómo está?

—Bien, lleva una buena temporada. Pero hay que cruzar los dedos, cuando menos lo esperamos tiene una crisis y hay que volver a empezar.

—Por suerte, aquí la atendéis muy bien... —finge, esperando que la mujer siga hablando.

—Sí, está muy contenta. Antes entraba y salía, pero desde que decidió quedarse como residente la veo mejor. Además, es peligroso dejarla sola después de lo que le sucedió... Aquí está más arropada.

Gracia intuye que se refiere a los intentos de suicidio. Lo ha leído en el cuaderno de Cruz; Elena se ha intentado cortar las venas en varias ocasiones.

Se despide de la auxiliar y sigue el camino hacia la habitación. Le tiembla la mano cuando sujeta el picaporte. Abre la puerta. Dentro descubre una habitación funcional, luminosa, en la que no hay nadie.

Y le asalta el temor a haber llegado demasiado tarde, como sucedió con Cruz. Encontrar y perder, ¿qué sentido tiene? Sería pura ironía. Pero entonces se abre una puerta que hay junto al armario y una mujer entra en la habitación.

—¡Hola! —la saluda—. Estaba en el baño... Pasa, pasa.

Aparenta más de los sesenta y seis años que ha cumplido. Tiene el pelo blanco corto y la mirada viva.

—Creía que ya no ibas a venir a verme esta semana.

—Pues ya ves, estoy aquí.

La mira como una tonta, intenta ocultar la emoción que siente ante esa desconocida.

—Te lo agradezco. Me gusta mucho verte, hablar contigo... Y eres tan cariñosa conmigo...

Gracia traga saliva.

—A veces me imagino que eres una de mis hijas. Las niñas que se me murieron... Te lo he contado mil veces, ¿verdad? Me repito, lo sé. Perdona.

—No, no te preocupes. Háblame de ellas si quieres.

—Enterarme del embarazo fue un disgusto, no te voy a engañar. Yo era joven y tenía una vida un tanto alocada... Era periodista musical —revela soltando una carcajada. Su rostro se ilumina—. ¿Te imaginas? Conocí a muchos músicos. Mira. —Y señala un marco sobre la cómoda.

Gracia se acerca a verlo. Hay muchas pequeñas fotografías en ese marco. En ellas se ve a Elena con diversos músicos. Gracia reconoce a varios, pero se detiene en uno de ellos, asombrada. Se cubre la boca con la mano.

—¿Es Chet Baker? —le pregunta a Elena.

Ella se ríe y asiente.

—Sí, lo conocí después de una actuación en Ámsterdam, el lugar en el que murió unos años después. Fue una noche especial... Le gustaba escucharme hablar, decía que el español era como el bebop, fresco e impredecible.

A Gracia le gustaría saber más sobre ese asunto, pero Elena sigue hablando y no se decide a interrumpirla.

—Entonces la vida era divertida y yo la disfrutaba a cada momento. Los ochenta... Demasiado alcohol, drogas, lo reconozco. Y yo no era una santa, querida, no nos engañemos. El embarazo me cogió por sorpresa, no entraba en mis planes de vida. Y sin embargo... Quizá fue el reloj biológico. Tic, tac, tic, tac... —Y mueve suavemente la cabeza a derecha y a izquierda—. Cuando suena no puedes dejar de escucharlo. Así que decidí seguir adelante, yo sola, no necesitaba a nadie. Pero...

—¿Qué sucedió?

—Murieron las dos. Eran dos niñas, gemelas. Una de ellas ya nació muerta y la otra... La oí llorar, estoy segura. Pero dicen que luego falleció.

A Elena se le descompone el rostro.

—Nada volvió a ser igual, te lo aseguro. Pasó algo en mi cabeza, se llenó de oscuridad, de tristeza. Me diagnosticaron depresión y no volví a ser la misma. Nada me animaba; el alcohol y las drogas tan solo acentuaban mi soledad. Quería ir con ellas, con las niñas que me esperaban al otro lado. Y lo intenté varias veces, sin éxito. Pero es una historia muy triste. ¿Por qué no salimos a tomar algo?

Elena se cuelga del brazo de Gracia y caminan por los pasillos de la residencia. Cruz nunca le dijo a Elena quién era. No encontró el momento o quizás este todavía no había llegado. Se pregunta cuándo lo hará ella. Porque está segura de que lo hará, tarde o temprano.

Y por si tarda en llegar, Gracia se detiene. Abraza a Elena. La abraza con fuerza, sin contener las lágrimas que corren por sus mejillas.

—Cruz, querida, ¿qué te pasa? —le pregunta Elena.

Gracia sacude la cabeza.

—Simplemente tenía ganas de darte un abrazo —le expresa.

Y siguen caminando hacia la salida.

Capítulo 113

La subinspectora Pezuela golpea la máquina de café, ajena al bullicio de conversaciones que envuelve la comisaría. La máquina la tiene harta. Las monedas bien que se las traga con facilidad, pero lo que es dar servicio...

De repente, el murmullo cesa y la sala común queda en silencio. Pezuela sigue intentando que la máquina le sirva su café.

—Subinspectora...

Se vuelve y se encuentra con Marcelo Fraga, el jefe superior de Policía. Lleva el uniforme impoluto, pero su rostro revela el cansancio de los noctámbulos. Mira en derredor. Sus compañeros, obedeciendo un gesto de Fraga, los han dejado solos en la sala.

—Dígame.

—Soy Marcelo Fraga. —Ella asiente—. Si quiere podemos salir a tomar un café fuera de la comisaría.

—No se moleste, gracias. Tengo trabajo.

—Lo que usted quiera. En fin, como sabrá, el inspector Carrillo ha sido reparado.

—¿Estaba roto? —pregunta sin poder contenerse.

—No haga chistes, subinspectora.

—Lo siento, señor —se disculpa.

Pero no lo siente, qué coño. Sabe, por Carrillo, que Fraga jugó sucio contra él.

—Entiendo su enfado, créame. Sucedieron cosas inoportunas, pero, por suerte, todo va a solucionarse satisfactoriamente. También quería preguntarle qué le parecería un cambio de destino laboral...

En ese momento cae el vaso de cartón en la bandeja y comienza a llenarse de café.

—¿Qué quiere decir usted, señor?

—Hace tiempo que ya alcanzó usted la antigüedad necesaria para un merecido ascenso. Por el proceso de antigüedad selectiva, podría usted conseguir plaza en una de las numerosas vacantes ofertadas en este momento.

Pezuela toma el vaso de cartón y se lo lleva a los labios sin decir nada.

—¿Qué tal una comisaría de alguna provincia cercana? Un puesto más tranquilo, pero con una categoría y remuneración acorde a su valía.

La subinspectora se pregunta qué esconde la propuesta de Fraga.

—Me abruma usted. Me pregunto por qué me proponen eso, después de tantos años.

—Ya sabe cómo son las cosas. Cometimos un error con Carrillo y con usted, y ahora queremos repararlo.

Y aprovechan para separarnos, piensa Pezuela. Carrillo y ella hacen un buen equipo, son independientes, no se casan con nadie. Y ahora Fraga, además de contentarla, quiere probablemente acabar con ese vínculo.

—Qué me dice, ¿qué opina de ese posible ascenso? Solo tiene que cursar la solicitud.

—Me lo pensaré muy detenidamente, señor, muchas gracias —reconoce Pezuela—. Pero hay algunos inconvenientes...

Fraga se contiene para no mostrar su descontento. Estos dos lo sacan de quicio. Están hechos de otra pasta, joder.

—Voy a dar un paso importante en mi vida. Me caso en unos meses... Y no deseo moverme de Madrid.

Marcelo Fraga finge una sonrisa.

—Me alegro, ¿quién es el afortunado?

Pezuela deja escapar la risa.

—En todo caso, afortunada. Es Nina, mi novia desde hace casi diez años.

La subinspectora se recrea en la cara de sorpresa de Fraga.

—Así que, de momento, no puedo aceptar el traslado. Me quedaré aquí, trabajando con Carrillo. Ya estamos acostumbrados el uno al otro.

Pezuela termina el café, estruja el vaso con fuerza y lo lanza a la papelera.

—Y ahora, si no tiene más que decirme, me vuelvo a mi puesto de trabajo.

—Nada más por mi parte, subinspectora. Que tenga un buen día.

El jefe superior de Policía ve alejarse a la mujer por el pasillo. Maldice por lo bajo. ¡Lo que hay que hacer para conservar el puesto!

Esa jodida pareja se lo ha hecho pasar mal, y todo por culpa de Dumboa y los políticos lameculos. Pero, en fin, esta tarde se dará un capricho y jugará media docena de cartones en el bingo y a la mierda con todo.

Concentrado en sus pensamientos, se equivoca de pasillo.

Un agente se le acerca.

—Señor, todo recto a la izquierda. No tiene pérdida.

Capítulo 114

Aslan se masajea la mano herida mientras observa cómo las dos personas a las que ha de vigilar despiden al joven abogado, que marcha aliviado de abandonar tan incómoda compañía. Seguidamente, se acomodan en el automóvil de lujo. La otra mano aferra fuertemente el manillar de la potente motocicleta. Cuando el coche arranca, el soldado checheno los sigue, siempre a distancia prudencial, un par de vehículos por detrás. Cuando ve que el coche va a detenerse, desacelera y echa la moto a un lado de la calzada para que el conductor del Bentley no lo pueda ver por el retrovisor.

No tardan mucho en llegar al palacete de Dumboa. Aslan aparca la motocicleta, se quita el casco y corre con celeridad para alcanzar la verja metálica antes de que se cierre. Va embutido en un mono de la cabeza a los pies que solo permite ver sus ojos. Afortunadamente, en las urbanizaciones de lujo hay poco tránsito. Consigue colarse por un resquicio mientras ve cómo el coche se introduce en el garaje. Corre de nuevo hacia el garaje. No tiene tiempo que perder. La misión ha de producirse allí. Si el magnate y su sicario consiguen llegar al interior de la casa, puede que haya alguien dentro y todo se complique.

Cuando atraviesa la puerta del garaje, las luces del Bentley acaban de apagarse.

—Les hemos dado por el culo a esos cabrones. Ahora seguro que todos esos lacayos vuelven a matarse por mis favores. Soy un tipo duro de roer.

—Don Guillermo, todos esos...

Son las últimas palabras que pronuncia Flores. La puerta de atrás del auto se abre y surge un pétreo brazo que lo aprisiona contra el asiento. Con la otra mano, Aslan desliza hacia arriba el cinturón de seguridad que el chófer todavía lleva puesto y le rodea el cuello con él, echándolo hacia atrás y sujetándolo con el reposacabezas. Flores jadea, incapaz de respirar. Se lleva las manos al cuello, intentando liberarse de la presión del cinturón, pero no puede. En veinte segundos perderá la consciencia. Tres minutos después estará muerto.

—¡Pero, qué co...!

Guillermo Dumboa no ha tenido tiempo ni de bajar del automóvil. Unos fuertes brazos lo sacan del asiento del copiloto y le elevan en volandas, dejándolo caer al suelo como un fardo.

—¡Mi cadera! ¿Qué es esto? ¿Quién eres tú?

Aslan no dice nada. No tiene a Cruz para que le vaya dando las instrucciones con voz firme, así que es él quien tiene que decidir. Pero recuerda lo que decía el papel. Mientras ve a Dumboa maldecir, aún dolorido en el suelo, el checheno extrae del asiento el bastón. Acaricia con la mano la fina caoba antes de golpear con él la maltrecha pierna del magnate, que aúlla de dolor y comienza a soltar una sarta de maldiciones y exabruptos. Ha sido un golpe fuerte, pues ha utilizado toda su fuerza para realizarlo. El viejo intenta arrastrarse, pero un golpe similar en la otra pierna le hace quedar inmóvil.

Sus ojos están llenos de ira, temor, sorpresa, mientras observa el rostro impassible del gigante

que se yergue ante él. No puede moverse, el dolor es inmenso. Grita, pero sabe que dentro del garaje no le escuchará nadie. De improviso, suena el móvil que lleva en el bolsillo. Lo saca y pulsa el botón verde para gritar socorro, pero Aslan se agacha, se lo arrebató y lo lanza contra su rostro, rompiéndole la nariz.

El viejo gime y se alborota cuando ve al soldado extraer un bisturí de un bolsillo. Aslan, con calma, le sacude un bofetón, mientras le quita el cinturón y le baja los pantalones hasta la altura de las pantorrillas.

—¡Socorro! ¡Socorro! ¡Por Dios!

El terror le impide decir nada más. El checheno le arranca de un tirón los calzoncillos, dejándole el sexo al aire. Tal como le había enseñado Cruz, primero una leve incisión y luego con fuerza hacia arriba.

—¡AAAARGGGHH!

Guillermo Dumboa pierde el conocimiento. Su flácido pene está en el suelo, junto a sus pies, como una morcilla mugrienta, sucio, en medio de un charco de sangre. Aslan duda si asestar una tajada a la yugular del magnate con el bisturí. Sin embargo, elige dejarlo desangrarse como a un cerdo en día de matanza. Decide así alargar su padecimiento, sabiendo que, aunque alguien aparezca, no habrá forma de salvar al viejo diablo.

El checheno saca del bolsillo un crucifijo y lo deja a sus pies. Misión cumplida.

Se acerca al cuerpo inerte de Flores dentro del coche. Busca en su bolsillo el mando a distancia que abre la puerta del garaje y el acceso principal a la casa. Lo acciona. Ya tiene vía libre para salir.

Se cubre la cabeza con la capucha del mono y alcanza la calle. Asegurándose de que nadie lo vea, camina presuroso hacia su motocicleta. La arranca y se pierde por las amplias avenidas de la urbanización.

Quince minutos después llega a los bajos de la estación de Chamartín. En un lugar apartado y sin gente, aparca la moto y abre el maletero. Se despoja del mono manchado de sangre y lo cambia por unos chinos y una camiseta negra. Se pone una cazadora negra y complementa su indumentaria con unas gafas de sol. Tira el mono en un cubo de basura, antes de dirigirse hacia las escaleras mecánicas de la estación.

Camina entre gente con maletas. Es el hormiguero siempre en funcionamiento, las hormigas incansables se mueven de un lugar a otro. Con la mano en el bolsillo del pantalón palpa el fajo de billetes que Cruz le dejó. Poco después, en las taquillas, mira los destinos y los horarios de los trenes.

Piensa por ti mismo, le había dicho. Quiérete. Empieza de nuevo.

La mujer de la taquilla lo mira impresionada por su gran fortaleza y le tiene que preguntar dos veces por el destino.

Capítulo 115

En la calle de La Coruña, al lado del metro de Estrecho, se celebra un funeral. Nadie lo diría. Un amplio grupo de distintas razas, creencias y clases sociales bromea frente a la sede de la iglesia pentecostal «Centro de ayuda cristiano». El grupo llama la atención, incluso en ese barrio donde la mezcla de culturas es la norma.

Distintos hermanos de color se abrazan —*Hi, man!*—. Son los amigos de Cleofás; el que lo conoció en el Bronx, el que compartió pensión o tocó con él para un excéntrico millonario, Peter, el productor... Entre ellos, camareros de distintos barrios de Madrid, músicos de diverso pelaje y estilo, pequeños peristas del menudeo, sirleros, mujeres de toda condición... El público corta la estrecha calle.

El centro está iluminado como en las mejores ocasiones, y sobre la puerta se puede ver un cartel con la frase del día: «Yo vivo para adorar al que dio todo por mí». Al lado se anuncia el dial de la radio pentecostal y el concesionario de coches de segunda mano del reverendo.

Las conversaciones desenfadadas elevan el sonido en ese barrio de por sí bullicioso. Todos se ríen recordando anécdotas del viejo Cleofás. ¿Te acuerdas aquella vez que...?

Poco a poco van entrando en el abarrotado centro, acomodándose en los bancos corridos. Frente a ellos, el pastor repasa su discurso. El ataúd abierto muestra el cuerpo de Cleofás, vestido con un traje negro y el rostro con su última media sonrisa. Sus manos están cruzadas.

Los que lo reconocen, aquellos que han tenido sus más y sus menos con la justicia, no ocultan su sorpresa cuando ven llegar al inspector del distrito de Tetuán, acompañado de una mujer que porta una funda negra. Carrillo se sienta intentando pasar desapercibido, y Gracia lo imita.

El reverendo toca el micrófono un par de veces. Por los altavoces se escucha la melodía de «Go Down Moses», mientras el murmullo de los asistentes va cesando. El centro está repleto de gente que ha acudido a despedir al viejo músico. Ángela, la última mujer a la que amó el viejo Cleofás, llora en silencio mientras asiste al reverendo.

—Estamos aquí para honrar la memoria de nuestro feligrés Cleofás Rafael Esteban Jesús Creole, que ahora disfruta la Gloria del Señor.

—¡Bendito sea!

—Y que transita por los Campos del Edén. Todo el bien que dejó nuestro amigo permanece en vuestras almas. Sois los depositarios de la grandeza de su corazón.

—¡Amén!

—Y os invito a que le recordéis con una sonrisa, como las que él repartía. Que el Señor perdone sus defectos, que los tuvo y no fueron pocos...

Los asistentes ríen al unísono, sacudiendo la cabeza ante la admonición del reverendo.

Este continúa con su perorata, mientras un saxofonista sube al estrado y se prepara para interpretar la canción que le dio la calma y la fuerza necesarias para alzar su rostro frente a toda

contrariedad. La melodía que llevaba grabada a fuego en su corazón desde niño.

La música sustituye unos minutos después a las palabras del reverendo. Llega a los corazones de los presentes, los agarra del cuello, los sacude. Pura magia. «Body and Soul». El inicio. El fin.

Cuando acaba el saxofonista, el reverendo los anima a pasar a la sala adjunta para celebrar una pequeña conmemoración y un convite en su recuerdo.

Gracia es de las últimas en salir. Antes de hacerlo se acerca al féretro, abre la funda que porta con delicadeza y extrae un impoluto saxofón, que deposita sobre las manos del finado.

—Te lo prometí, Cleo. Y así harás el viaje bien acompañado —le muestra, inclinando la cabeza y hablando al oído del difunto.

Espera durante unos segundos la carcajada que no llega. Luego, acaricia la frente del viejo músico y se retira.

Los amigos de Cleofás han llevado comida y bebida para compartir. Y tampoco faltan varias botellas del brandi favorito del viejo músico. Celebran, como a él le hubiera gustado, su despedida.

El reverendo se pasea entre los asistentes, saludando, dando consejos y estrechando manos en las que desliza la tarjeta de su concesionario de coches usados. Jamás se habría imaginado que el viejo Cleofás fuese tan popular en el barrio.

Algunos de los asistentes han reconocido a la periodista cuyo rostro salió por la televisión después de haber publicado el artículo más demoledor de los últimos años. Junto a ella, un tímido Carrillo, procura confundirse con la gente, cosa que con su estatura y el cargo que ostenta se le antoja bien difícil.

—¡Gracia!

La periodista se vuelve y descubre a Ángela. Se acerca a ella.

—Le voy a echar mucho de menos... Siempre tenía una sonrisa para mí.

Gracia se enternece al escuchar el llanto de Ángela. Se ha puesto su mejor vestido y ha ido a la peluquería, sin embargo, el rímel que sus lágrimas han arrastrado mancha su rostro.

—Ángie... —le revela Gracia, utilizando el nombre con el que Cleofás llamaba a la mujer—. Fuiste muy importante para él. Ahora bien, no llores... Él no lo hubiera querido, ya sabes cómo era.

Ángela eleva la mirada hacia su interlocutora, hipando.

—Genio y figura hasta la sepultura. Pero, entre nosotras —le dice Gracia en un susurro—, de buena te has librado.

Ángela abre la boca sorprendida, y al momento estalla en una sincera carcajada.

—No te falta razón...

Carrillo espera a Gracia fuera.

Antes de salir, ella se vuelve. Mira a ese particular grupo y le parece un ente extrañamente vivo. Hasta en medio del ruido producido por las conversaciones cree escuchar la típica carcajada de Cleofás.

Así me gusta, panas. Tomaos no una, sino unas cuantas, a mi nombre, parece animarlos desde el otro mundo.

Capítulo 116

—¿Quieres tomar una copa? —le pregunta Gracia a Carrillo.

El inspector asiente; no tiene nada mejor que hacer. Además, después de un funeral, nunca viene mal una copa para templar los ánimos. Incluso cuando se trata de un funeral atípico, como el de Cleofás, uno no puede dejar de sentir el zarpazo de la muerte. El recuerdo de que está ahí, siempre cerca, aunque es humano esforzarse en olvidar su presencia.

—Vamos —le dice ella, dirigiéndose a su moto.

El inspector se pone un casco que ella saca del cofre de la Burgman y se sube a la moto.

Se agarra a Gracia. Siente su cuerpo que se tensa en la conducción. Cierra los ojos y se deja llevar por la calle de Bravo Murillo hacia el centro de la ciudad.

Gracia aparca la moto frente a su casa. Se quitan los cascos y entran en el portal.

—Esta vez con llaves —ironiza Gracia.

Carrillo sonrío ante la pulla de la periodista.

—Anda, pasa, ya conoces la casa —continúa ella con ironía.

El inspector la sigue a la cocina.

—¿Qué tal si empezamos con una cerveza? ¿Te va bien? —pregunta sacando unas latas del frigorífico.

Se sientan en el salón y sirven las cervezas en unas jarras de cristal.

—Nos lo merecemos —brinda Gracia, dando un trago.

Carrillo asiente.

—Hemos estado bien jodidos —afirma.

—Hubo algún momento en el que pensé que no volvería a casa. Creí que Trento acabaría conmigo.

—Llevabas tiempo sin dejarles respirar. Hasta que has conseguido ponerles contra las cuerdas no has parado.

Sí, así es. Trento se ha convertido en *trending topic* con miles de comentarios. Todavía no saben el alcance real del artículo, pero con semejante jaleo está claro que, a partir de ahora, tendrán que andarse con ojo. Incluso apuntan a que el Papa va a realizar declaraciones sobre el asunto.

—Eres imbatible, querida —le confirma Carrillo, acariciando un mechón de pelo rubio que cae sobre su hombro—. David contra Goliat.

Gracia ya ha decidido que los vigilará de cerca. Meterá las narices donde haya que meterlas para asegurarse de que Trento ha cesado toda actividad. Ese será su trabajo. Un trabajo que necesita realizar para poder seguir adelante. Recuerda el diario de Cruz. Justicia.

Gracia bebe un trago de cerveza. Le brillan los ojos.

Carrillo interpreta el silencio de Gracia. Intuye que piensa en lo sucedido, en la hermana que ha perdido, en la madre que ha encontrado. Tiene que ordenar sus afectos. El policía acaricia la

mejilla de Gracia, que cierra los ojos como un gato mimoso.

Se ha creado una particular complicidad entre ellos. No saben en qué puede derivar, pero la caricia de Carrillo y la reacción de Gracia parecen un buen principio para una historia.

Carrillo se acerca a ella lentamente. La besa, mientras su mano sujeta su cuello.

Gracia no abre los ojos, pero puede imaginar los ojos de Adam Driver muy cerca de los suyos. Se esfuerza en no pensar. Los acontecimientos de los últimos días le hacen estar alerta, le cuesta bajar la guardia, relajarse. Los labios gruesos de Carrillo y esa suavidad. Esa manera de entrar despacio en su boca.

Cuando Carrillo retira su lengua y se separa ligeramente, quizá para ver su reacción o para preguntar algo, es Gracia quien toma la iniciativa. Lo empuja para que se tumbe en el sofá y se coloca sobre él, con las rodillas flexionadas. Le coge la cabeza entre las manos y ahora es ella quien lo besa, esta vez con los ojos abiertos.

Percibe la conexión que ya anticipó cuando Carrillo la interceptó en el chalé, cuando pelearon, cuando sus cuerpos han estado unidos o muy cercanos. Y esa conexión promete un buen sexo. Gracia introduce las manos bajo el jersey de Carrillo y recorre su torso. Siente los pezones de él en las palmas de las manos. Y entonces suena el teléfono.

Es el móvil de Carrillo el que rompe el hechizo. Él duda, pero finalmente extiende el brazo para coger el móvil que está sobre la mesa, junto a la copa de cerveza. En la pantalla ve el nombre de Pezuela.

—Perdona —le dice a Gracia.

Esta se hace a un lado y vuelve a sentarse en el sofá.

Carrillo contesta.

—Jefe, hay novedades —le explica la subinspectora, y antes de que él le pregunte qué sucede, añade—: Dumboa, lo han asesinado brutalmente en su casa.

Se sucede un breve silencio.

—Estoy yendo a la escena del crimen.

Carrillo siente el impulso de salir corriendo para acompañar a Pezuela en la investigación, pero Gracia le arrebató el teléfono y cuelga.

—Dumboa está muerto. Lo han asesinado —repite Carrillo.

Gracia no reacciona, sin embargo, no deja de repetir en su cabeza esas palabras: Muerto. Dumboa está muerto.

—¿Quién habrá sido? —se pregunta Carrillo.

—Ni lo sé ni me importa —responde Gracia—. Además, ¿sabes lo que te digo? El mundo es ahora un lugar un poco mejor.

—Lo siento, tengo ahora que...

Gracia no le deja acabar.

—Que le den a Dumboa. Esa investigación puede esperar un poco, ¿no te parece? —afirma Gracia, recuperando su anterior postura.

Carrillo sonríe, y finalmente asiente. Mientras ella, subida a horcajadas sobre el inspector, lo ayuda a quitarse el jersey.

AGRADECIMIENTOS

A Marilis y Jose, nuestros primeros lectores. Gracias por animarnos a seguir.

A Miriam y Leo, por su asesoramiento técnico.

A Irene, lectora perspicaz, que supo hacernos las preguntas adecuadas para que la novela ganara en coherencia.

A Chet Baker, por la banda sonora.



JUANA CORTÉS AMUNARRIZ. (Hondarribia, 1966) es licenciada en Filosofía y escritora de relato, novela y literatura infantil y juvenil. Reside en Madrid, donde inicia su trayectoria literaria en el año 2004. Ha obtenido más de cien premios de relato, entre los que destacan el Segundo Premio Hucha de Oro, el Gaceta de Salamanca, el José Calderón Escalada, el Tomás Fermín de Arteta, el Leopoldo Alas Clarín o el Ignacio Aldecoa.

Ha publicado los libros de relatos *Queridos niños* —Premio Ciudad Alcalá de Narrativa 2009—, *Batallas silenciosas* —finalista del Premio Setenil al mejor libro de relatos publicado en España 2012— y *Cenizas* —Premio Tiflos de cuento 2021.

Entre sus novelas destacan *Las sombras* —Premio Tiflos 2015— y *Los ausentes*, publicada en 2021.

En cuanto a literatura infantil y juvenil, ha publicado con las editoriales Anaya, Everest, Edebé y NubeOcho, y obtenido premios tan prestigiosos como el Premio Ciudad de Málaga, en sus convocatorias de 2016 y 2022.

JOSÉ MARÍA MIJANGOS. (Barcelona, 1965) comenzó su periplo literario traduciendo y redactando Press-Books para una distribuidora cinematográfica. Fue también redactor de novelas románticas para una colección de bolsilibros y articulista en diversos medios de prensa escrita.

Ha publicado las novelas *El rey de prosperidad* (1999), *Curso de asesinos por correspondencia* (2003), *Braille para sordos* (2006), *Soul Man* (2010), *La cárcel del infierno* (2020) y el guion de novela gráfica *La gran esperanza negra* (2014).